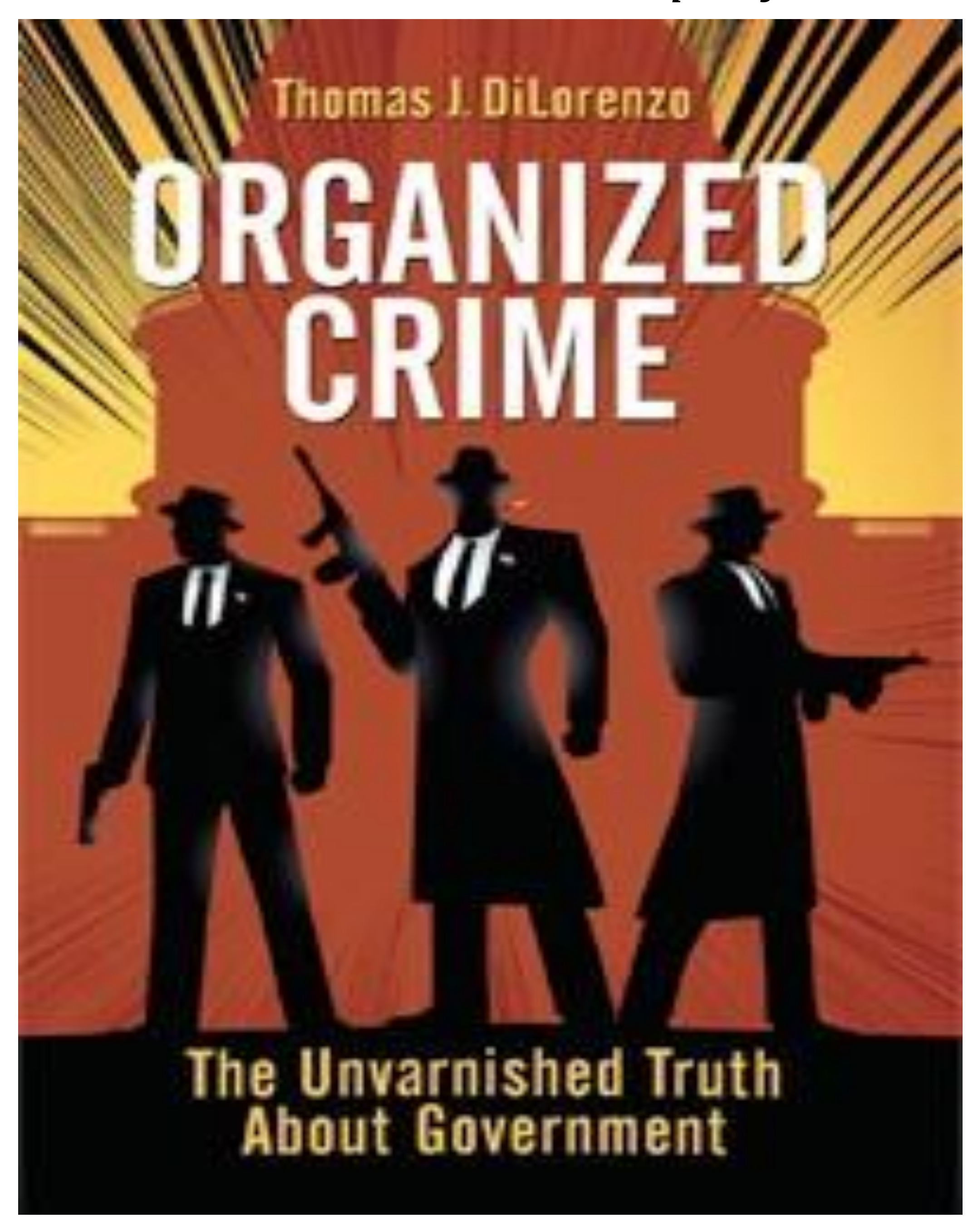
CRIMEN ORGANIZADO
El Estado: la verdad sin maquillaje.



Thomas J. DiLorenzo

El Instituto Ludwig von Mises dedica este volumen a todos sus generosos donantes y desea agradecer a los siguientes patronos, en particular:

Louis Carabini

O

Arthur L. Loeb; Sheldon Rose

O

Anonymous; Robert D. Bowers; John E. Burgess; Sherry
Klein Burgess; Andrew S. Cofrin; Donald K. Cowles;
Michael H. Denyer, MD; Joel Hall; James D. Heiple;
Dr. Guelcin Imre and Prof. Dr. Hans-Hermann Hoppe;
Th e Robert and Ann Kennedy Family Foundation; James E. Kluttz;
Richard J. Kossmann, MD; David and Ann Langdon;
Joe R. Lee; Bailey Liipfert; Rafael Perez-Mera, MD;
Gary Mullennix; Mr. and Mrs. R. Nelson Nash;
David Sims; Mr. and Mrs. Walter F. Woodul III

O

Donald E. Bently; Bob and Rita Bost; Roman J. Bowser;
Roger and Angela Box; Justin Bradfi eld; Alfred R. Davie;
Philip Egan; Michael Fox; Steven C. Frazer; Todd S. Gibson;
Gary T. Gorski; T.J. and Ida Goss; Nadine L. Grabow;
Bob Guess; James E. Hall; John A. Halter; Dr. Frederic Herman;
Kenneth C. Holton; Robert S. James; Dr. and Mrs. Jason E. Jewell;
Scott A. Kearl; Bernard Koether; Jonathan Leckie;
Leopoldo Leyendecker; Richard and Donna Mancini; Michael,
Dawn, and Marina McKay; Donald and Linda Miller; Kenneth S.
Morris; Terence Murphree; James Rutledge Roesch;
Thomas S. Ross; James R. Sattler; John H. Scacchia; Donald E. Siemers;
Silver-Investor.com; Norman K. Singleton; Henri Etel Skinner;
G. Keith Smith, MD; Edward M. Soloko; Albert W. Stewart;
Robert J. Stewart; Hubert John Strecker; Stephan P. Sykes;
Harry E. Teasley, Jr.; Kenneth S. Templeton; Reginald Th atcher;
Dr. Michael Th ibodeaux; Brian Thomson;
Margaret C. Thomson; David W. Tice; Quinten and Marian Ward;
Wayne G. Whitmore, MD; Thomas G. Winar, Sr.

CRIMEN ORGANIZADO
El Estado: la verdad sin maquillaje.

THOMAS J. DILORENZO

MISES
INSTITUTE
AUBURN, ALABAMA

Ludwig von Mises Institute
518 West Magnolia Avenue
Auburn, Alabama 36832
mises.org
ISBN: 978-1-61016-255-5 (paperback edition)
ISBN: 978-1-61016-256-2 (hardback edition)

Translated from the original english into spanish by
Traducido del original inglés al español por
Juan J. Gamon Robres
juanjogamon@yahoo.es

A Laura
y a todos los que
han enriquecido sus vidas
al descubrir la literatura de la libertad.

Contenido

INTRODUCCIÓN: LA ECONOMÍA POLÍTICA SEGÚN LA ESCUELA AUSTRIACA DE ECONOMÍA

El difunto **Milton Friedman** dijo una vez que si gracias a la influencia de los economistas académicos, el porcentaje promedio de los aranceles fuese en América unos pocos puntos porcentuales inferior de lo que en otro caso sería, entonces, los benéficos efectos que el libre comercio habría tenido sobre la prosperidad económica habrían justificado de sobra todos sus salarios. Friedman tenía razón en lo que decía, pero cuando hizo ese comentario, el "grueso" de la profesión económica se dedicaba fundamentalmente a justificar la existencia del parasitario y ruinoso Estado-regulador/Estado-providencia difundiendo una miríada de cuentos sobre los "*fallos de mercado*" y recomendando interminables intervenciones del Estado.

Los teóricos de los fallos del mercado, cuyo epicentro estuvo durante muchos años en los departamentos de Economía de *Harvard* y del *M.I.T. (Massachusetts Institute of Technology)*, se caracterizaron por tres rasgos principales:

- Primero, inventaron unos modelos matemáticos que estaban generalmente muy alejados de la realidad económica, cuando no eran completamente ajenos a ella. Es más, con frecuencia consideraban (y aún hoy consideran) a las teorías realistas, que podían explicar los fenómenos del mundo real, como algo prosaico y carente de rigor académico. Solo estimaban dignas de ser objeto de estudio por la "*Ciencia Económica*" lo que no parecían ser sino triviales manipulaciones matemáticas imposibles de comprender. El grueso de la profesión económica ha sufrido durante largo tiempo de una envidia de la Física y ha buscado modelar lo no modelable (la acción humana) para que su "ciencia" fuese científica como lo es la Física.

- La segunda característica de los teóricos de los fallos del mercado es la continua aplicación de lo que el economista de la *Universidad de California en Los Ángeles (UCLA)* **Harold Demsetz** calificó como la "*falacia del Nirvana*". El juego consiste en lo siguiente: primero, se construye una teoría completamente irreal de competencia "perfecta" que excluye toda competencia (como la que existe en la realidad del mercado) asumiendo que la información disponible es perfecta, los precios y los productos homogéneos, los costes de entrada y salida de una industria son prácticamente nulos o inexistentes y existen "muchas" empresas. Segundo, se comparan los mercados del mundo real con ese Nirvana, ese utópico estado ideal, y se condena a los mercados por ser "imperfectos" o tener "fallos".

- La tercera característica de los teóricos de los fallos de mercado consiste en

recomendar la intervención por parte de gobiernos presuntamente perfectos, de quienes se supone: que están exentos de todo fallo y que corregirán los fallos del mercado.

Hay dos escuelas de pensamiento en el campo de la Economía que nunca aceptaron que esta broma pro-Estatista fuera legítima: la *Escuela Austriaca* y la *Escuela de la Elección Pública.* Esta última (al menos, la variante de la *Escuela de Virginia*) utiliza el concepto económico de los incentivos para estudiar el comportamiento del gobierno y el de todos sus apéndices (votantes, burócratas, políticos, grupos de interés, etc ...). La comprensión de cómo funciona realmente el gobierno desde este prisma curará a cualquiera de la estupidez que consiste en dar sin más por sentado que el gobierno es capaz de corregir los defectos que se observan en el mercado. La Escuela Austriaca nunca aceptó la aplicación de la necia falacia del Nirvana al desarrollo de los "modelos económicos" por obvias razones; fundamentalmente, porque es intelectualmente deshonesta. Por ejemplo, en vez de condenar a los mercados como "imperfectos" porque quienes participan en ellos posean una información no perfecta (como hacía todo el mundo), los economistas austriacos explorarán las formas en las que sus participantes utilizan la información que tienen disponible y adquieren nueva información. El propósito es siempre el de entender como funciona el mundo económico, no el de suministrar lo que más bien parece ser una defensa "académica" de la intervención del gobierno, como ocurre con los teóricos de los fallos del mercado.

Los economistas austriacos también estudian como funciona el gobierno y no dan por sentado que sea una especie de mecanismo benevolente y omnisciente que sirva de corrector de los fallos de mercado. Ejemplos de ello serían el libro de **Ludwig Von Mises**, "*Bureaucracy*", o los numerosos escritos de **Murray N. Rothbard** sobre las maquinaciones que los gobiernos han urdido a lo largo de la Historia. Hay muchos más ejemplos en la literatura austriaca.

El autor considera a este libro como una colección de ensayos en la tradición de la *Economía Política Austriaca* (una combinación de economía aplicada y del estudio de la realidad gubernamental). A diferencia de los economistas pertenecientes a la corriente dominante que se limitan a elaborar un modelo matemático tras otro, que explica poco o nada del mundo real, el enfoque del autor ha sido siempre el contrario (aplicar los conceptos económicos para mejor comprender cómo funciona el mundo de la economía política). La Economía Austriaca es esencial para tener éxito en esta tarea.

El libro está dividido en seis secciones: "Coacción y regulación" analiza varios aspectos de la normativa o regulación gubernamental que es de aplicación a las empresas; "Política y ladrones" trata por supuesto de la naturaleza inherente al gobierno; "Centralización frente a Libertad" examina la interminable búsqueda emprendida por los partidarios del Estado en pos de la monopolización y centralización del poder político y por conseguir aislarse todo lo posible de la influencia del pueblo. "El dinero y el Estado" describe la miríada de males de la banca centralizada, que siempre fue concebida en América por sus

proponentes originales como un mecanismo de corrupción. "Trabajadores y Sindicatos" trata de los varios mitos y supersticiones sobre los sindicatos que con demasiada frecuencia caracteriza a las ideas que tiene el público respecto de la realidad del mercado laboral. Y "Verdades y mentiras sobre los mercados" es una clasificación de algunos de los principales mitos relativos a los fallos de mercado que se han utilizado durante largo tiempo para hacer avanzar ilegítimamente la causa del intervencionismo económico y otras varias causas nuevas.

Thomas J. DiLorenzo

(Mayo 2012)

SECCIÓN 1.- COACCIÓN Y REGULACIÓN

CAPÍTULO 1.- Cuatro mil años de control de precios.

Por lo general, en los mercados de la energía han funcionado la oferta y la demanda, lo que ha dado lugar a subidas y bajadas en los precios de la gasolina. Siempre que el precio de la gasolina sube significativamente, la industria se ve inevitablemente amenazada con medidas de control de precios, eufemísticamente referidas como leyes de represión de la especulación, anti-rapiña u otro sinónimo.

La oposición a los controles de precios - con independencia de cómo los denominen los políticos - ha sido bien conocida durante cientos de años. Al estimular artificialmente la demanda y eliminar una parte o toda la rentabilidad de la oferta, los controles de precios inevitablemente crean escasez. También inducen a los productores a rebajar la calidad, hasta donde les sea posible, y, a menudo, lleva a extraños sistemas de racionamiento que impone el Estado y que solo consiguen agravar las cosas.

Sin embargo la oposición a los controles de precios no es meramente un ejercicio académico restringido al ámbito de los libros de Economía. Existe un registro histórico de cuatro mil años de catástrofes económicas causadas por los controles de precios. Ese registro histórico está bien documentado en el libro, "*Forty Centuries of Wage and Price Controls*" ("*Cuarenta Siglos de Controles de Precios y Salarios*"), de **Robert Schuettinger y Eamon Butler**, que se publicó por primera vez en 1979.

Los autores comienzan citando a **Jean-Philippe Levy**, autor de "*The Economic Life of the Ancient World*", quien afirma que en *Egipto* durante el siglo III A.C. "el Estado era veraderamente omnipresente" y regulaba la producción y distribución del grano. "Todos los precios estaban fijados por mandato en todos los niveles". Este "control adquirió enormes y preocupantes proporciones ya que había todo un ejército de inspectores". Los agricultores egipcios se enfurecieron tanto con la política de control de precios que muchos de ellos simplemente abandonaron sus explotaciones. Al acabar el siglo, "la economía egipcia se derrumbó y con ella se tambaleó su sistema político".

En *Babilonia* hace cuatro mil años, el *código de Hammurabi* era en realidad un ovillo de regulaciones orientadas al control de precios. El Estado estableció que "si un hombre contrata a un peón agrícola, le dará ocho *gur* de grano al año. Si un hombre contrata a un pastor, le dará seis *gur* de grano al año; y si un hombre contrata un barco de sesenta toneladas, pagará una sexta parte de un *shekel* de plata por día de alquiler". Y así sucesivamente. Tales leyes "erosionaron el progreso económico del imperio durante muchos siglos", como demuestran los registros históricos. Una vez abolidas, "se produjo una mejora apreciable en la fortuna de la gente".

En la *antigua Grecia* también se impusieron controles de precios sobre el grano y se creó "un ejército de inspectores nombrados con el propósito de fijar el precio del grano a un nivel que el gobierno ateniense considerase justo". Los controles de precios de los antiguos griegos inevitablemente llevaron a períodos de escasez, pero los comerciantes de

la época consiguieron salvar a miles de personas de la inanición y eludir la aplicación de esas leyes injustas operando en el mercado negro. A pesar de la imposición de la pena de muerte a quienes eludieran las leyes griegas de control de precios, "fue casi imposible hacerlas cumplir". Las escaseces creada por las leyes de control de precios en Grecia llevaron a la aparición de oportunidades en mercados clandestinos instituidos para gran provecho del público.

En 284 A.C. el emperador de *Roma* **Diocleciano** provocó una inflación al aumentar en exceso el dinero en circulación, y después "fijó los precios máximos a los que podía venderse la carne, el grano, los huevos, la ropa y otros varios artículos y estableció la pena de muerte para quien vendiera sus bienes a mayor precio". El resultado, como explican **Schuettinger y Butler**, fue que "la gente dejó de aprovisionar los mercados con sus productos ya que no podían obtener un precio razonable por ellos y esto causó tanta mortandad que por fin se abolió la ley después de que muchos hubieran muerto por su causa".

En épocas más recientes, el ejército revolucionario de **George Washington** casi muere de inanición a consecuencia de los controles de precios de los alimentos establecidos por *Pennsylvania* y otros gobiernos coloniales. Pennsylvania impuso controles de precios específicamente sobre aquellas mercancías que fuesen necesarias para el uso de los ejércitos", creando carencias desastrosas de casi todo lo que necesita un ejército. El 4 de junio de 1778 el *Congreso Continental* adoptó una sabia resolución revocando los controles de precios que rezaba:

> Como la experiencia ha demostrado que las limitaciones sobre los precios de las mercancías no solo no son efectivas para lograr el fin propuesto sino que probablemente producen muy malas consecuencias, resolvemos recomendar a los distintos Estados que rechacen o suspendan todas las leyes que limitan, regulan o restringen el precio de cualquier artículo.

Y, como explican **Schuettinger y Butler**, como consecuencia directa de este cambio de política en el otoño de 1778 el ejército estaba bastante bien aprovisionado.

Los políticos de la *Francia revolucionaria* repitieron los mismos errores después de su revolución, promulgando la "*Ley del Máximo*" en 1793, que primero estableció controles de precios sobre el grano, y después sobre una larga lista de otros artículos. Como era de prever, "en algunas ciudades francesas, la gente estaba tan mal alimentada que no se tenía en pié y se desvanecía en medio de la calle a consecuencia de la malnutrición". Una delegación de varias provincias escribió al gobierno en París diciendo que antes de la entrada en vigor de la ley de control de precios "nuestros mercados estaban aprovisionados, pero tan pronto como se fijó el precio del trigo y del centeno ya no vimos más de esos granos. Los demás granos, que no estaban sujetos a un (precio) máximo, fueron los únicos que se ofertaron". El gobierno francés se vio forzado a abolir su desastrosa ley de control de precios después de que hubiera literalmente matado a miles de personas. Cuando llevaban a **Robespierre** por las calles de París camino del cadalso la muchedumbre gritaba "¡Ahí va el sucio Máximo!"

Al final de la segunda guerra mundial, los norteamericanos eran aparentemente tan

intervencionistas, estaban tan entregados a la planificación centralizada y eran tan totalitarios como los nazis en materia de Política Económica. Durante la ocupación de Alemania tras la guerra, a los norteamericanos les gustaron los controles económicos nazis, incluyendo los controles de precios, así que los mantuvieron ¡El destacado nazi **Hermann Göering** llegó hasta a aleccionar al corresponsal de guerra norteamericano **Henry Taylor** sobre la estupidez de semejante política! Según cuentan **Schuettinger y Butler,** Göering dijo:

> Su América está haciendo muchas cosas en el campo económico que descubrimos que causaban muchos problemas. Ustedes están intentando controlar los salarios de la gente y los precios, el trabajo de la gente. Si ustedes hacen eso, entonces tienen que controlar la vida de la gente. Y ningún país puede hacerlo a medias. Nosotros lo intentamos y no funcionó. Ni tampoco puede ningún país hacerlo del todo. También lo intentamos y tampoco funcionó. Planificando no son Ustedes mejores que nosotros. Debo suponer que sus economistas saben lo que pasó aquí.

Finalmente un domingo del año 1948 el Ministro de Economía **Ludwig Erhard**, aprovechando que las autoridades de ocupación norteamericanas estaban fuera de la oficina y no podían detenerle, acabó con los controles de precios en Alemania. Esto produjo el "*milagro económico alemán*" que por supuesto no fue ningún milagro sino la vuelta al sentido común al permitir que fueran los mercados y no los políticos quienes fijaran los precios.

Los controles de precios fueron la causa de la crisis energética de los setenta en los Estados Unidos y de la crisis energética de California de los noventa. Durante más de cuatro mil años, dictadores, reyes, déspotas y políticos de todo pelaje han visto en los controles de precios la promesa última que hacer al público, la forma de "dar a la gente algo sin contrapartidas, gratis". Y durante más de cuatro mil años los resultados han sido los mismos: escasez, deterioro de la calidad del producto, proliferación de mercados negros operados por criminales, sobornos, destrucción de la capacidad productiva de las naciones, caos económico, creación de enormes burocracias de control de precios y de Estados-policía y la peligrosa concentración del poder en manos de quienes controlan los precios.

CAPÍTULO 2.- La otra guerra.

Un ex-estudiante de maestría (MBA) de este autor, que era el Director del Servicio de Urgencias de un gran hospital, dijo una vez que él y sus colegas empleaban alrededor del 90 por ciento de su tiempo tratando las heridas producidas por arma blanca y arma de fuego de los miembros de las bandas de criminales dedicadas al tráfico de drogas. Su preparación médica para ese tipo de trabajo incluía su experiencia como cirujano militar en tiempo de guerra, que según él mismo confesó, resultó ser muy útil. La increíble violencia de las ciudades norteamericanas es el resultado directo de la *guerra contra la droga* que ha declarado el gobierno y acabará en cuanto esa "guerra" termine.

Nada de esto debe sorprender a nadie. En un mercado libre y sometido a la ley, cualquier disputa entre empresas, o compradores y vendedores puede ser resuelta a través de la negociación o, si es necesario, por los tribunales. Si un empresario cree que ha sido engañado o defraudado, puede en ese caso conseguir que los tribunales protejan su propiedad. Por supuesto que, además, puede dejar de hacer negocios con el empresario sospechoso y puede pedir a todos los que conozca que hagan lo mismo.

Pero una solución relativamente civilizada como esa no se da cuando el gobierno declara fuera de la ley a ciertos productos o servicios. Un traficante de droga no puede acudir a un juez y decirle: "Señoría, entregué una tonelada de cocaína al Señor Smith aquí presente, y se niega a pagarme la totalidad de su deuda. Me gustaría que Usted le obligara a cumplir su parte del contrato". Por el contrario, los traficantes de droga - como los traficantes de bebidas alcohólicas durante la Prohibición - recurren al único medio efectivo que tienen a su alcance para hacer cumplir sus acuerdos comerciales, la violencia.

Sin embargo, aún hay una dinámica más ominosa que entra en acción aquí. Una vez que la violencia se convierte en el medio por el que uno tiene éxito en los mercados ilegales, los enormes beneficios obtenidos en esos mercados atraerán la competencia de aquellos elementos de la sociedad que tengan una ventaja competitiva en el uso de la violencia y en brutalidad. Los más violentos ascenderán a la cúspide.

Las bandas de traficantes de drogas son solamente asociaciones con fines comerciales, que a diferencia de las agrupaciones comerciales normales de los mercados legales, tienen una marcada tendencia a destruir a sus competidores por medios violentos. En los mercados legales, los competidores solo pueden ser "destruidos" produciendo productos mejores o más baratos que los suyos. En los mercados ilegales, con frecuencia los competidores son simplemente asesinados. El asesinato se utiliza para crear "*barreras a la entrada*" en el negocio, por utilizar una frase acuñada por los economistas.

La policía es a menudo tan solo un "socio clandestino" en estas muertes y en toda esa destrucción ya que los criminales pueden fácilmente comprar a los policías para que se conviertan en "informadores" y pueden alertar a la policía de cada nuevo aspirante a

ingresar en su negocio. De esta forma la policía hace el trabajo sucio por ellos arrestando a sus competidores.

En los mercados legales una marca se consolida después de muchos años de buena reputación y los precios bajos son un activo valioso que genera beneficios. En los mercados ilegales, una marca se establece mediante actos violentos de especial brutalidad. La capacidad de las bandas criminales para intimidar a sus rivales es la única "marca comercial" que cuenta en esa clase de negocio.

Y lo que es aún peor, se generan economías de escala -por así llamarlas- con ese comportamiento violento. Si una banda criminal es especialmente conocida, digamos en Los Ángeles, ese hecho hará más fácil que pueda entrar y dominar el tráfico ilícito de drogas en Chicago, Nueva York, Miami y otras ciudades.

El empleo de la violencia para crear beneficios monopolísticos extraordinarios en los mercados ilícitos de la droga también ha atraído al negocio a miles de menores. Trabajan como "oteadores" de la policía o como "recaderos" que entregan la droga a los clientes de la banda. En la mayoría de Estados, los menores de 18 años habitualmente quedan en libertad condicional por crímenes relacionados con drogas y en algunos Estados una condena a prisión no puede extenderse más allá de los 17 años de edad del preso. Al no enfrentar consecuencias negativas o ser éstas leves, esos chicos cuando crecen se convierten en los criminales más endurecidos y violentos de la sociedad norteamericana.

El fin de la llamada guerra contra la droga produciría una reducción drástica y sin precedentes de la violencia en las ciudades americanas. Los costes sanitarios asociados a la guerra contra la droga caerían también, y los hospitales podrían dedicar más recursos a otros tipos de cuidados médicos, un beneficio especialmente valioso ahora que la generación de los "*baby-boomers*"[1] está acercándose a la edad de jubilación y hará un uso más intensivo de los servicios médicos. Los únicos perdedores serían los miles de burócratas del gobierno que perciben fondos públicos para la guerra contra las drogas, y, por supuesto, los propios *gangsters* de la droga.

[1] Baby-boomers: denominación que en América recibe la generación formada por los nacidos después de la 2ª guerra mundial (N. del T.)

CAPÍTULO 3.- ¿Quién regulará a los reguladores?

En el gobierno el fracaso se ve recompensado. Esto es lo que yo llamo *la primera Ley del Gobierno de DiLorenzo*. Cuando la burocracia del Estado del Bienestar fracasa y no reduce la pobreza, se la recompensa con más dinero del contribuyente y más responsabilidades. Cuando los colegios públicos fracasan y no educan correctamente a los niños, se les premia con más dinero y más poder para intervenir en la educación. Cuando la *NASA* pierde una *nave Shuttle*, se la recompensa con un importante incremento de su presupuesto (a diferencia de una línea aérea privada que probablemente entraría en bancarrota). Y cuando la Reserva Federal causó en 2007 la peor depresión desde la Gran Depresión, se vio recompensada con una amplia expansión de sus poderes.

La *Segunda Ley del Gobierno de DiLorenzo* es que los políticos nunca o muy raramente asumirán responsabilidades cualquiera que sea el problema que sus erróneas decisiones políticas provoquen. Ningún grupo social es más irresponsable que los políticos. Con unas pocas excepciones, en general, siempre le echarán la culpa de nuestros problemas económicos al capitalismo, incluso aunque ni siquiera sea el capitalismo nuestro actual sistema económico (fascismo económico o capitalismo corrupto sería un término más exacto). No hay comportamiento más irresponsable que el que consiste en destruir a sabiendas lo que queda de nuestro motor de crecimiento económico con más y más planificación centralizada, aun cuando se le dé el cómico nombre de "*regulación de interés público*".

La Tercera Ley del Gobierno de DiLorenzo es que, con pocas excepciones, los políticos son mentirosos compulsivos. Los medios de comunicación que son tildados de "*perros guardianes*" deberían denominarse con más propiedad "*perros falderos*" ya que denunciar las mentiras de los políticos es el camino más seguro que un periodista tiene para acabar prematuramente su carrera profesional. Si lo hace sus informadores cortarán toda comunicación con él.

Una de las mentiras más grandes del gobierno es que los mercados financieros no están regulados y que hay una gran necesidad de someterlos a la planificación centralizada del gobierno. Se dice que el "*Laissez faire*" causó la Gran Depresión. Los burócratas de la Fed han influido para que se cree una especie de Super Autoridad Reguladora para remediar este supuesto problema. Esto es todo una mentira porque, según reza una de las publicaciones de la propia Fed ("*The Federal Reserve System: Purposes and Functions*"), la Fed ya tiene "autoridad de supervisión y para regular" sobre la siguiente lista parcial de actividades: grupos de sociedades bancarias, bancos conveniados con el Estado, filiales extranjeras de bancos miembros del Sistema de la Reserva Federal, entidades financieras, filiales de bancos autorizados por el Estado, agencias y oficinas representativas de bancos extranjeros, actividades no bancarias de bancos extranjeros, bancos nacionales, entidades de ahorro, subsidiarias o filiales no bancarias de grupos de sociedades bancarias, grupos de sociedades de ahorro y préstamos, procedimientos de información financiera a que están sujetos los bancos,

políticas contables de los bancos, mantenimiento de las operaciones en situaciones de emergencia económica, leyes de protección de los consumidores, negocios bancarios sobre valores de inversión mobiliaria, tecnologías de información utilizadas por los bancos, inversiones extranjeras de bancos, préstamos bancarios al exterior, filiales bancarias, adquisiciones y fusiones bancarias, condiciones para tener un banco, "estándares de adecuación" de capital, aumento del endeudamiento para la compra de títulos-valores, igualdad de oportunidades (no discriminación) en la financiación, obligaciones de información hipotecaria, requerimientos de las reservas, transferencias electrónicas de fondos, responsabilidades inter-bancarias, "solicitudes" de préstamos "*Sub-prime*" amparadas por la Ley de Reinversión en la Comunidad [*Community Reinvestment Act* (CRA)], todas las operaciones bancarias internacionales, préstamos al consumo, privacidad de la información financiera de los consumidores, depósitos destinados a realizar pagos a petición, obligaciones de información sobre "crédito justo", transacciones entre bancos miembros del Sistema de Reserva Federal y sus afiliados, transparencia aplicada a los instrumentos de financiación y transparencia aplicada a los instrumentos de ahorro.

Además, la Fed también fija el precio oficial del tipo de interés con lo que crea inflación de precios y ciclos de auge y caída[2] con sus "*operaciones a mercado abierto*". Aparte de esto, tanto la *Comisión de Valores e Intercambios* ("*Securities and Exchange Commission*") como la *Oficina del Controlador de la Moneda* ("*Comptroller of the Currency*"), la *Oficina de Supervisión Financiera* ("*Office of Thrift Supervision*") y docenas de agencias reguladoras de los gobiernos de los Estados regulan intensamente los mercados financieros. Todo esto es la definición que Washington D.C. atribuye al "*Laissez Faire*" en los mercados financieros.

La cuarta Ley del gobierno de DiLorenzo dice que los políticos tan solo siguen el consejo de sus legiones de asesores académicos cuando impulsa o favorece un aumento del poder del Estado, de su riqueza y de su influencia aun cuando sepan que el consejo es malo para el resto de la sociedad. Los académicos gustosamente colaboran en este juego corrupto porque también incrementa su propia notoriedad y riqueza. Un clamoroso ejemplo de este fenómeno es el hecho de que nada más empezar la "Gran Recesión" tanto los miembros del gobierno, como los medios de comunicación y las empresas editoriales de periódicos de opinión ignoraron prácticamente por completo la muy amplia literatura económica que documenta los notorios fracasos de las reglamentaciones gubernamentales a la hora de promover "el interés público" ocurridas durante todo el siglo pasado.

Siempre ha habido algún tipo de regulación de la actividad económica en Norteamérica, pero el Estado Federal Regulador obtuvo su primera gran victoria con el caso conocido como "*Munn v. Illinois*" que fue sentenciado por el *Tribunal Supremo*

---

[2] Boom and bust cycles: ciclos de expansión y depresión; alcistas y bajistas. Es éste uno de los fenómenos económicos fundamentales que ha sido ampliamente estudiado por los economistas de la escuela de Economía austriaca como Von Mises y Hayek (N. del T.).

en 1877. Los dos hermanos Munn eran propietarios de un negocio de almacenaje de grano y el poderoso *lobby*[3] de los granjeros de su Estado quería, en esencia, quitarles la empresa mediante la imposición por parte del legislativo estatal de un techo al precio de almacenamiento de grano. Tales leyes ya habían sido declaradas inconstitucionales previamente al estimarse que constituían una violación de la *cláusula contractual de la Constitución de los Estados Unidos* Pero los intereses de los granjeros prevalecieron, consiguieron lo que intentaban y la sentencia fue celebrada en todas partes por los partidarios del Estado como una victoria del "interés público". Así que el primer ejemplo destacado de "*regulación de interés público*" fue inequívocamente un acto de saqueo legal que benefició a muy concretos intereses especiales a costa del público, que se habría beneficiado en mayor medida de haber existido un mercado libre.

Ya sea por ignorancia o por corrupción (o por ambas), los académicos pro-estatistas de la época entonaron la melodía del "interés público" de las regulaciones, creando el mito de que los mercados siempre "fallan" y que el remedio es la sabia y benevolente regulación del gobierno en interés del público. Los académicos hicieron esto a pesar del hecho de que había clara evidencia a su alrededor de que la regulación es siempre y en todas partes un fenómeno orientado a dar preferencia a intereses especiales, como lo es casi toda la actividad del gobierno.

Como el historiador **Gabriel Kolko** escribió en 1963 en su libro "*El Triunfo del Conservadurismo*" ("*The Triumph of Conservatism*"), al principio del siglo XX las grandes empresas buscaron la regulación del gobierno porque "estaba invariablemente controlada por los líderes de la industria que era objeto de regulación e iba dirigida al logro de los fines que ellos consideraban aceptables o deseables". La regulación del gobierno ha servido generalmente para hacer avanzar los propios intereses económicos que eran objeto de regulación. Los economistas de la *Escuela de Chicago* denominaron este fenómeno como la "*teoría de la apropiación mediante la regulación*".

La mayoría de los economistas académicos, seducidos por el prestigio, los cargos y el dinero que obtenían de asesorar al gobierno, ignoraron toda esta realidad y se dedicaron durante casi cincuenta años -desde los años previos a la primera guerra mundial hasta los años sesenta- a inventar una mirilla de vacuas teorías, por carecer de base fáctica, sobre los "fallos del mercado". Un libro popular en la época se titulaba "*Anatomía de los Fallos del Mercado*" ("*Anatomy of Market Failure*") de **Francis Bator**. Esta literatura estaba (y está) basada en la técnica fraudulenta de comparar mercados del mundo real con un ideal utópico teórico e inalcanzable ("la competencia perfecta") y en condenar acto seguido al mundo real por ser "imperfecto", mientras se daba por sentado que las regulaciones de los políticos del gobierno "corregirían" perfectamente esas imperfecciones. El economista **Harold Demsetz** etiquetó esta broma como la "*Falacia del Nirvana*". Comparar los mercados del mundo real con el "Nirvana" siempre le llevará a uno a concluir que los mercados son en comparación "imperfectos". Los

---

[3] Lobby: grupo organizado de presión o influencia. Como el español no dispone de una palabra específicamente destinada a describir esta realidad -lo que resulta cuando menos llamativo- se utilizará en el texto el anglicismo lobby en singular y lobbies en plural que ya ha recibido el refrendo del público en los países hispano hablantes(N. del T.).

teóricos de los fallos del mercado nunca compararon, siquiera una sola vez, al gobierno con el Nirvana para someter al intervencionismo al mismo criterio. La *Escuela Austriaca de Economía* es la única Escuela de pensamiento de la profesión económica que nunca participó en esta broma.

En su haber, la *Escuela de Chicago* de Economía se unió a la *Escuela Austriaca* para exponer muchas de las falacias sobre los fallos de mercado y las siempre acertadas regulaciones. Se publicaron cientos de artículos de revistas y de libros que re-descubrieron la vieja verdad según la cual, como escribió en 1971 el Nobel de Economía **George Stigler.** "por regla general, la industria (que es objeto de regulación) siempre se apropia de ella y consigue que se diseñe y aplique en su beneficio".

Este tipo de investigaciones se ampliaron a lo largo de los años para mostrar que las grandes empresas a menudo apoyan y promueven onerosas regulaciones gubernamentales en materia medioambiental y de "seguridad" porque saben que su cumplimiento será tan costoso que probablemente arruinará a sus competidores más pequeños al tiempo que, y lo que es más importante, desanimará a otros que se planteen entrar en su mercado. Hace tiempo que las empresas descubrieron que la única manera de conservar un monopolio[4] a largo plazo consiste en conseguir que el gobierno lo respalde. Los monopolio o cárteles privados se rompen siempre porque invariablemente alguno de sus miembros acaba haciendo trampas. Por ejemplo, las industrias de transporte ferroviario y por carretera fueron "cartelizadas" por la "*Federal Interstate Commerce Commission"* (ICC) durante varias décadas. La ICC estableció precios monopolísticos en esas industrias y prohibió que hubiera en ellas verdadera competencia. El "*Civil Aeronautics Board*" (CAB) ("*Consejo de Aeronáutica Civil*") "cartelizó" la industria aeronáutica prohibiendo la competencia en los precios hasta que se produjo la des-regulación de aquella industria de finales de los setenta. Había una vigorosa competencia en la industria eléctrica en los Estados Unidos hasta que a principios del siglo XX la regulación del gobierno acabó con ella permitiendo constituir monopolios a los Estados y a los gobiernos locales. También la empresa AT&T disfrutó de un monopolio sancionado por el Estado durante varias décadas.

El "*Banco de la Reserva Federal*" (la Fed) ("*Federal Reserve Bank"*) se constituyó en el período histórico durante el que los monopolios sancionados por el Estado fueron la norma. Y precisamente se fundó para facilitar la creación de un cártel en la industria bancaria. Como escribió **Murray Rothbard** en su "*History of Money and Banking in the United States*", las élites financieras de este país ... fueron responsables de implantar el sistema de la Reserva Federal, como un cártel creado y sancionado por el gobierno para permitir a los bancos de la Nación inflar la oferta monetaria ... sin sufrir la rápida retribución de los depositantes y de los tenedores de billetes que pretendieran canjearlos por dinero (metálico).

---

[4] Cártel: monopolio, es otro anglicismo que ha recibido amplia acogida en la literatura económica y jurídica del mundo hispano (N. del T.).

En otras palabras, darle a la Fed más competencias regulatorias no es algo distinto a darle otra botella de whisky a un alcohólico, otra arma a un asesino o un pasamontañas a un ladrón de bancos. Está condenado a agravar las cosas, no a aliviarlas.

CAPÍTULO 4.- Las regulaciones y el mercado de valores.

El índice *Dow Jones* de valores industriales estaría varios miles de puntos por encima de no ser por las regulaciones gubernamentales que obligan a las empresas a distraer incontables recursos y a dedicar mucho tiempo a tratar con los reguladores del gobierno en vez de a crear nuevos productos y servicios y a reducir costes y precios para obtener o aumentar sus beneficios. Siendo que la futura rentabilidad esperada es el ingrediente más importante de los precios de las acciones, la regulación destruye el valor de las acciones.

La regulación estatal ha transformado a las corporaciones norteamericanas, que de ser empresas emprendedoras se han convertido en lentas burocracias monstruosas. Como escribió **Ludwig Von Mises** en "*Liberalism"*:

> La burocratización de las empresas privadas que vemos hoy por doquier es puramente el resultado del intervencionismo, que las obliga a tener en cuenta factores que, si ellas pudieran determinar libremente sus propias políticas, estarían lejos de tener papel alguno en la dirección de sus negocios. Cuando el afectado debe rendir pleitesía a los prejuicios políticos y a toda clase de sensibilidades para evitar verse continuamente hostigado por varios órganos del Estado, pronto se da cuenta de que ya no se encuentra en posición de asentar sus cálculos sobre el sólido terreno de las pérdidas y de los beneficios.

Mises escribió ese pasaje en 1962 cuando el gobierno era minúsculo si lo comparamos con el Estado *Leviatán* omnipotente de hoy. Con la densa niebla de las normativas y regulaciones, los Tribunales y las agencias regulatorias han vaciado de contenido tres de los más importantes ingredientes del capitalismo: la propiedad privada, la libertad contractual y la libertad de asociación. Gracias a los controles derivados de las reglamentaciones, que en América afectan a todas las empresas, hoy los derechos de propiedad verdaderamente privados apenas existen ya en el mundo de los negocios.

El volumen de reglamentaciones gubernamentales que afectan a las empresas nubla la mente. Cada año, el "*Competitive Enterprise Institute"* ("*Instituto para la competitividad de las Empresas*") de Washington D.C. publica "*Ten Thousand Commandments*" ("*Diez mil mandamientos*") (publicado por Clyde Wayne Crews, Jr.), un inventario de las regulaciones federales. La edición del año 2011 de esa publicación mostraba que el coste económico que para las empresas suponía tener que cumplir con las normas federales se estimaba en 1.752 billones de dólares, un importe equivalente al 50 por ciento de la totalidad del presupuesto federal para ese año. Ese importe supera al beneficio empresarial acumulado antes de impuestos y equivale a casi el doble de la recaudación del Impuesto sobre la Renta de ese ejercicio fiscal. Hay más de 80.000 páginas de normativa impresa en letra pequeña listada en el *Federal Register*, con no menos de 58 agencias federales dedicadas a añadir diligentemente miles de nuevas reglamentaciones cada año. El

gobierno estatal y los gobiernos locales han de hacer cumplir miles de páginas de nuevas regulaciones cada año.

Obviamente, las empresas norteamericanas han de dedicar mucho tiempo y tienen que gastar miles de millones de dólares para realizar el trabajo burocrático que le exige el gobierno y cumplir con sus reglas y normativas en vez de concentrarse en fabricar productos mejores y más baratos. Los beneficios se ven mermados, los puestos de trabajo destruidos, o nunca se llegan a crear, y los precios de las acciones se estancan. La inseguridad que los continuos nuevos edictos gubernamentales inducen sobre los derechos de propiedad conduce a los inversores a tener mucha menos certeza respecto del valor de los contratos que formalizan, ya que las reglas y regulaciones están cambiando constantemente y, a veces, parecen de otra galaxia.

Por lo general, las regulaciones gubernamentales logran muy poco, si es que llegan a producir beneficio alguno para los consumidores en cuyo nombre son promulgadas. Esa fue la conclusión a la que llegó el premio Nobel **Ronald Coase**, quien siendo profesor de Derecho de la *Universidad de Chicago* publicó durante muchos años el prestigioso "*Journal of Law and Economics*" en una época en la que la revista publicaba cientos de artículos académicos sobre los efectos de las regulaciones. Tras editar y publicar cientos de esos estudios, el Profesor Coase (en "*Large Corporations in a Changing Society*" que publicó **J.F.Weston**) concluyó que:

> En los últimos quince años o así, especialmente en los Estados Unidos, se han hecho más estudios serios sobre las normas que afectan a las empresas que en todo el período anterior. Esos estudios han sido tanto cuantitativos como no-cuantitativos ... la principal lección a extraer de esos estudios es clara: todos tienden a sugerir que la regulación o bien no es efectiva o bien cuando tiene un impacto apreciable, en general, el efecto producido es malo, de forma que los consumidores reciben un producto peor o uno más caro, o ambas cosas a la vez, a resultas de aquélla. En efecto, ese resultado es tan uniforme que lleva a plantear un enigma: uno esperaría encontrarse en todos esos estudios por lo menos algunos programas gubernamentales que hiciesen más bien que mal.

Las universidades que cuentan con Facultades de Ciencias Empresariales o Económicas (Escuelas de Negocios) raramente enseñan nada en especial sobre emprendimiento o acerca de las virtudes del libre mercado o, en general, del capitalismo. Pero ofrecen numerosos cursos sobre "legislación Mercantil", "legislación Administrativa", "Ética de los negocios" y "Responsabilidad Social Corporativa". Todos esos cursos van destinados a enseñar a los alumnos cómo convertirse en buenos burócratas corporativos que no se limiten a lograr resultados económicos y que, en cambio, presten colaboración a la míriade de agentes del Estado. Hasta la Contabilidad se enseña según los dictados de la "*Securities and Exchange Commission" (SEC*). A consecuencia del dominio que los reguladores del gobierno ejercen sobre todas las empresas, cada vez

un mayor número de sus altos ejecutivos tienen formación de abogados, lobistas[5] o publicistas, las herramientas de la manipulación gubernamental, en vez de una formación en fabricación e ingeniería.

La regulación también ha destruido la libertad de expresión en el mundo empresarial. Muy poca gente de las empresas se atreverá a hablar mal de las leyes por miedo a represalias en forma de nuevas regulaciones, inspecciones fiscales y otras formas de acoso gubernamental. Muchas empresas norteamericanas están tan intimidadas por el Estado regulador que donan miles de millones de dólares a grupos de activistas políticos que presionan para que se aprueben todavía más regulaciones al tiempo que defienden una todavía mayor intervención estatal. El "*Centro de Investigación del Capitolio*" ("*Capitol Research Center")* en Washington, D.C. estimó que por cada dólar que las grandes empresas americanas gastan en fines filantrópicos y destinan a organizaciones pro-empresa como el *Instituto Mises*, entregan tres dólares a organizaciones que son hostiles a las empresas o anti-empresa. Algunas de ellas aparentemente creen que están "comprando" la buena predisposición de los reguladores, pero están en realidad entregándoles la "cuerda" con la que el Estado las colgará económicamente. Otras son solamente víctimas de extorsiones protagonizadas por grupos activistas de izquierda.

La burocracia federal es completamente incapaz de gestionar su propio presupuesto y menos aún las decisiones presupuestarias de las miles de empresas privadas. Es notorio que las empresas públicas son poco diligentes, ineficientes y corruptas. La idea misma de que el gobierno pueda asumir las decisiones empresariales de los miles de empresas privadas es una broma que está destruyendo el capitalismo en América.

---

[5] Véase la nota anterior respecto de la palabra inglesa lobby y lobbies.

CAPÍTULO 5.- Nuestra totalitaria burocracia reguladora.

En el capítulo 5 del clásico de **F.A. Hayek** titulado "*Camino de servidumbre*" ("*Road to Serfdom*"), el premio Nobel advertía que el Estado no necesita controlar directamente a todos o ni siquiera a la mayoría de los medios de producción para ejercer un control totalitario sobre la vida económica de la nación. Citó el ejemplo de Alemania donde, ya en 1928, "las autoridades centrales y locales controlaban directamente el 53%" de la economía alemana. Además de esto, escribía Hayek, la industria privada en Alemania estaba tan extensamente regulada que el Estado controlaba indirectamente "casi toda la vida económica de la nación". Fueron esos controles totalitarios los que llevaron a Alemania a recorrer el "camino de servidumbre". Como señaló después Hayek, "no hay casi ningún fin individual cuya consecución no sea dependiente de la acción del Estado, y la 'escala social de valores' que guía la acción del Estado ha de abrazar prácticamente todos los fines individuales". En otras palabras, la regulación estatal estaba tan omnipresente que el logro de beneficios, a impulsos de las preferencias de los consumidores, fue en su mayor parte sustituido por los caprichos de los burócratas reguladores.

Puede parecer chocante a algunos, pero los Estados Unidos de América de hoy supera a la Alemania *Nazi* de los años treinta con respecto al grado en que el Estado interfiere y controla la actividad económica. En primer lugar, el gasto público, en todos los niveles de gobierno, representa alrededor del 40% de la renta nacional. Difiere en unos cuantos puntos porcentuales año tras año, pero ha estado por encima del 40 por ciento en años recientes. Sin incluir todos los gastos extra-presupuestarios de las agencias del Estado Federal, de los Estados y de los gobiernos locales, como **James Bennett y un servidor** expusimos en nuestro libro, "*Underground Government: the Off-budget Public Sector"* ("*El Estado Oculto: El Sector Público No Incluido En El Presupuesto*"). Si se incluyera el gasto público expresado en puntos porcentuales respecto de la Renta Nacional sería por lo menos del 45-50%, cifra que no está muy alejada del 53 % de la Alemania nazi a que aludía Hayek.

En cuanto a la regulación se refiere, a nivel federal hay 9 departamentos ministeriales que regulan, controlan y reglamentan la vivienda, el transporte, los cuidados sanitarios, la educación, la energía, la minería, la agricultura, el empleo y el comercio en general. Además de las docenas de agencias reguladores federales, los gobiernos de los Estados también suministran una montaña de regulaciones. El sitio web del Estado de *Alabama*, por ejemplo, lista agencias reguladoras y comisiones que rigen sobre: la jubilación, la geología, la salud pública, la educación, la conservación, los recursos naturales, las relaciones industriales, la agricultura, la tercera edad, el turismo, las agencias de viaje, los asuntos atinentes a los veteranos, la gestión medioambiental, la ciencia forense, el desarrollo de negocios, la rehabilitación, la banca, los seguros, el trabajo, el transporte, los servicios a la juventud, la infancia, la producción

de películas de cine, los puertos, los discapacitados, el arte, el suelo, el petróleo y el gas, los bosques, la ética, la minería de superficie, las bebidas alcohólicas, las subastas y las iniciativas basadas en "credos religiosos". Y Alabama es un Estado relativamente conservador; la mayoría de los demás Estados probablemente cuenta con listas mucho más largas de funciones regulatorias.

Debido a los inevitables fallos de toda la planificación gubernamental en una democracia, Hayek escribió que "(se extenderá) la convicción de que si se quiere hacer una planificación eficiente, debe quitarse la dirección a los políticos y ha de ponerse en manos de expertos - que serían funcionarios permanentes o cuerpos autónomos independientes". Es más, el "clamor a favor de una dictadura económica es una fase característica del movimiento hacia la planificación (central) de toda economía. Esto, en efecto, describe muchas de las funciones regulatorias antes mencionadas pero es especialmente descriptivo de los "zares" que ahora pueblan la rama ejecutiva del gobierno federal. Lo que en 2010 incluía nombramientos políticos con estatus de "zar" para las siguientes categorías: Afganistán, SIDA, Reciclado, Fronteras, Recursos Hídricos de California, Automóviles, Oriente Medio, Golfo Pérsico, Pakistán, Sur de Asia, clima, Violencia doméstica, Drogas, Economía, Energía, Medio Ambiente, Iniciativas basadas en la Fe Religiosa, Evaluación del Rendimiento de la Acción de Gobierno, Grandes Lagos, Empleos verdes, Cierre de la Base de Guantánamo, Salud, Información, Inteligencia, Ciencia, Legislación de fomento o estímulo, Pagos, Regulaciones, Sudán, TARP, Tecnología, Turismo, Asuntos Urbanos, Armas, Armas de Destrucción Masiva, Guerra, Petróleo, Fabricación, Seguridad Informática, Seguridad en las Escuelas e Irán.

Sería muy difícil en efecto rebatir la proposición de que la economía de los Estados Unidos hoy está todavía más extensamente controlada, regulada y reglamentada por el Estado que lo fue la Alemania Nazi como la describió Hayek en "*Camino de Servidumbre*". Los norteamericanos han caminado muchas millas por el camino de la servidumbre engañándose a si mismos con la idea de que, de alguna manera, el Dios de la democracia les salvará de la esclavitud estatal. Como advirtió Hayek, "no existe justificación a la creencia de que en cuanto el poder sea conferido por procedimientos democráticos, no pueda ser arbitrario".

CAPÍTULO 6.- La mentira de la legislación anti-monopolio.

Cuando el gobierno estadounidense persiguió a *Microsoft Corporation* durante los años 90 (tras una década de "investigaciones" que no descubrieron nada ilegal) el jefe de la División Anti-Monopolio[6] de Departamento de Justicia de los Estados Unidos, **Joe Klein**, justificó el pleito diciendo que formaba parte de la larga tradición norteamericana de normas dedicadas a la protección de los consumidores, que se inició con la Ley anti-monopolio de 1890 -llamada Ley Sherman en honor a su promotor- (*Sherman Antitrust Act de 1890)*. En realidad, la historia de las regulaciones anti- monopolio ha sido una historia de campañas de caza de brujas contra las mejores y más innovadoras empresas de América, por lo general inspiradas políticamente e instigadas por amargados competidores de las mismas.

En el ejemplar del mes de junio de 1985 de la revista especializada "*International Review of Law and Economics"* demostré que durante la década previa a la Ley Sherman de 1890 las industrias acusadas de "monopolio" por el senador **John Sherman** y sus colegas estaban expandiendo su producción, en promedio, cuatro veces más deprisa que la economía en su conjunto (algunas de ellas lo hicieron hasta diez veces más aprisa). También estaban bajando sus precios más deprisa de lo que lo hizo el nivel de precios durante ese período de diez años de deflación de precios. Los acusados de prácticas monopolísticas estaban siendo atacados políticamente porque habían estado fabricando productos cada vez más baratos, para consternación de sus menos eficientes, pero políticamente influyentes, rivales. La legislación anti-monopolio fue una trama proteccionista desde el principio.

El juez del caso anti-monopolio contra Microsoft, un tal **Thomas Penfield Jackson**, tenía una actitud tan sesgada que el órgano colegiado que le designó, formado por tres jueces federales, le quitó el caso. Un ejemplo de lo tendencioso que era fue una entrevista que concedió a una revista en la que comparaba al fundador de Microsoft **Bill Gates** con **John D. Rockefeller** (y con **Al Capone**). El juez Jackson se extralimitó cuando comparó Gates a Capone pero no mucho cuando le comparó con Rockefeller. Como **Dominick Armentano** demonstró en su libro, "*Antitrust and Monopoly: Anatomy of a Policy Failure*" ("*Antitrust y Monopolio: Anatomía de un Fallo Político*", la empresa *Standard Oil Company* de Rockefeller desencadenó una bajada de precios del petróleo que de costar más de 30 centavos el galón en 1869 pasó a costar 5,9 centavos en 1897, a la par que creó miles de nuevos productos y estimuló la innovación en toda la industria. Por ello, Rockefeller fue perseguido y obligado a escindir su empresa a pesar del hecho de que tenía más de 300 competidores cuando supuestamente "monopolizó" la industria petrolera.

---

[6] Anti-Trust: o sea anti-monopolio. Es éste un término inglés que ya hace largo tiempo fue importado a los textos de Derecho Mercantil y de Economía escritos en español.

En su clásico, "*Antitrust and Monopoly*", Dominick Armentano examinó cuidadosamente 55 de los más famosos casos anti-monopolio de la Historia de los Estados Unidos y concluyó que en cada uno de ellos las empresas acusadas estaban bajando los precios, expandiendo la producción, innovando, creando nuevos productos y, por lo general, beneficiando a los consumidores. No era a los consumidores a quienes estaban perjudicando, sino a sus competidores menos eficientes y amargados. Por ejemplo, en 1911, la *American Tobacco Company* fue hallada culpable de prácticas monopolísticas aún cuando el precio de los cigarrillos (por miles) había bajado de 2,77 $ en 1895 a 2,20 $ y todo ello aún a pesar de que la empresa sufrió un aumento del 40 % en el coste de las materias primas.

En lo que es quizás el mejor ejemplo de doble lenguaje en la Historia de la legislación anti-trust de los Estados Unidos, en 1944 el juez **Learned Hand** declaró a la empresa *Alcoa* culpable de monopolizar el mercado de lingotes de aluminio virgen por emplear "habilidades superiores y tener una mayor capacidad de previsión" que según el juez eran superiores a las de las empresas de la competencia que tenían habilidades inferiores y una menor capacidad de previsión. Condenó a Alcoa por ser extremadamente hábil a la hora de anticipar correctamente la demanda del mercado de sus productos y a la hora de atender esa demanda, con "exclusión" de los competidores cuyos precios eran más altos.

Alcoa "abrazó cada nueva oportunidad con una gran organización", declaró el juez Hand, y asignó a la organización una plantilla empresarial de élite. Este "pecado" debe hacerse público, dijo.

En 1962 el gobierno prohibió que la *Brown Shoe Company*, que poseía un 1 % del mercado de calzado, adquiriese a la empresa *Kinney Shoes*, que también tenía una impresionante participación del 1 % del mercado en aquellos tiempos. La ridícula pretensión del gobierno era que una compañía que tenía el 2 % del mercado supuestamente amenazaba a la competencia en esa industria.

En 1969, *IBM*, que tenía una cuota del mercado de equipos informáticos del 65 %, fue demandada por el gobierno de los Estados Unidos bajo la acusación de que monopolizaba la industria de los ordenadores. *IBM* se vio envuelta en un litigio que duró 13 años antes de que finalmente el gobierno abandonara el caso. Mientras tanto, la compañía se vio eclipsada en el mercado por *Intel*, *Microsoft* y otras compañías. Este asalto gubernamental a IBM innegablemente debilitó a la compañía.

En 1962 el gobierno forzó a la *Schwinn Bicycle Company* a que se separase de su red comercial. La competencia extranjera llevó entonces a Schwinn a la bancarrota. *General Motors* nunca fue perseguida por infringir las leyes anti- monopolio, pero el temor que tenía la compañía a verse envuelta en un conflicto de ese tipo la llevó a adoptar de 1937 a 1956 una política dirigida a no permitir nunca que su participación excediera el 45 % de la que tuviesen los tres grandes fabricantes en conjunto (*Ford Motor Company*, *General Motors* y *Chrysler*). Esto contribuyó a la caída de la competitividad de la empresa frente a los fabricantes extranjeros, especialmente frente a los de Japón.

A *RCA* los reguladores anti-monopolio le prohibieron cargar royalties a los licenciatarios norteamericanos, por lo que la compañía licenció sus productos a empresas japonesas. Esto llevó directamente al abrumador dominio de las empresas de electrónica japonesas en el mercado norteamericano.

La regulación anti-monopolio acabó con la *Pan American World Airways* al prohibirle adquirir rutas domésticas. Sin esas rutas de "aprovisionamiento" de sus rutas internacionales la compañía quebró.

El monopolio es imposible en un mercado libre. El Estado es el auténtico origen de los monopolios con sus monopolios legales, con sus tarifas proteccionistas, con su legislación sobre autorizaciones o licencias administrativas de actividad, "certificados de necesidad" y otras prácticas regulatorias de finalidad monopolística como la legislación anti- monopolio.

CAPÍTULO 7.- Los *luditas* anti-monopolio

Los *luditas* fueron trabajadores textiles británicos de principios del siglo XIX que se opusieron a la introducción de los telares mecánicos, destruyéndolos y haciendo proclamas en las que denunciaban la nueva tecnología en nombre del mítico rey *Ludd* de los bosques de *Sherwood*. Lo que los luditas no entendieron (y los neoluditas de hoy no comprenden tampoco), es que esa "tecnología que ahorra trabajo", al reducir los costes de producción y los precios, aumenta la demanda de los consumidores respecto de los bienes producidos lo que a su vez genera más puestos de trabajo en esa industria, no menos.

En 2011 el neo-ludismo volvió a resurgir cuando la administración **Obama** bloqueó la fusión que *AT&T* y *T-Mobile USA* habían propuesto. Según el diario *New York Times* del 31 de agosto 2011, el rechazo a la fusión supuestamente "ayudaría a salvar puestos de trabajo de trabajadores norteamericanos". En palabras del Diputado anti-monopolio del Fiscal General **James M. Cole** "El punto de vista de la Administración Obama es que a través de la innovación y la competencia es como se crean puesto de trabajo". Las fusiones por lo general reducen el empleo al "eliminar las duplicidades", dijo Cole. Y añadió, "así que vemos esta iniciativa como algo que contribuirá a proteger puestos de trabajo de nuestra economía". La fórmula para crear empleo en la economía de los Estados Unidos según la Administración Obama consiste en proteger, y, si es preciso, aumentar las "duplicidades" que encarecen los costes. Los competidores extranjeros de las empresas norteamericanas deberían estar ovacionando a la Administración Obama.

En realidad, en oposición al análisis económico de la Administración Obama, la reducción de plantilla para eliminar los puestos duplicados de una empresa es otra forma de decir "reducir costes para ser más competitivos en los mercados internacionales". Cuando una empresa tiene éxito a la hora de hacerse más competitiva de esta forma, su cuota de mercado se expande y se crean más puestos de trabajo en esa compañía.

Es verdad que la "innovación" puede crear empleos. Lo que la administración Obama no entiende es que una fusión como la propuesta por *AT&T* y *T-Mobile USA* es una innovación. Es una propuesta novedosa para reducir costes y ofrecer servicios de comunicación más baratos. La constante innovación es una necesidad en una industria tan hiper- competitiva como la del sector de la telefonía móvil.

La posición de la Administración Obama respecto de la fusión propuesta era una combinación de Ludismo y mercantilismo. Los mercantilistas del siglo XVIII creyeron en la superstición de que la riqueza se creaba no mediante la producción sino acumulando y guardando el oro. Los mercantilistas de Obama aparentemente creen que los empleos existentes, no el oro, es lo que se ha de conservar. No se dan cuenta de que la economía es algo dinámico, que se están creando y destruyendo puestos de trabajo conforme nuevas y mejores industrias y prácticas mercantiles sustituyen a las más antiguas y menos eficientes (a la hora de servir al cliente).

Como suele ocurrir en los casos anti-monopolio, la Administración Obama

defendió su bloqueo a la fusión argumentando que ésta de alguna manera reduciría la competencia. Pero exactamente ¿Cómo es que podía pasar algo así cuando había más de 180 empresas de telefonía móvil en los Estados Unidos, y centenares de empresas dispersas alrededor del mundo, dispuestas a convertirse en competidoras potenciales en el mercado norteamericano? *AT&T* y *T- Mobile* nunca podrían haber conseguido un aumento de precios, y aún menos haberlos incrementado hasta precios de monopolio, cuando había cientos de empresas agazapadas al acecho para aprovecharse de absurdas decisiones sobre precios.

El objetivo obvio de la fusión propuesta era reducir los precios para obtener beneficios. Eso no quiere decir que habrían tenido éxito a la hora de bajarlos ya que no hay nada seguro en el mundo de los negocios. Lo que sí es seguro, sin embargo, es que el bloqueo de la propuesta de fusión por la administración Obama prohibió a esas dos compañías que intentaran ser más competitivas y que generasen aún más puestos de trabajo que los que ya creaban.

CAPÍTULO 8.- La socialización de la medicina frente a las leyes económicas

En el núcleo del continuo asalto del gobierno norteamericano al sector de la sanidad o de los servicios de salud de la economía se encuentra una ley aprobada durante la Administración Obama que eventualmente llevaría a toda la industria de los seguros de salud a la ruina o la transformaría de facto en una industria nacionalizada. La ley creaba nuevos impuestos e imponía costes adicionales a las compañías del sector de los seguros de salud y creaba una burocracia del seguro de salud para "competir" ostensiblemente con las empresas privadas. Esto forma parte de un plan a largo plazo para conseguir realizar por fin el sueño de implantar una medicina socializada en América, después de que el socialismo haya conseguido tan maravillosos logros en otros países. Como todos los monopolios gubernamentales, éste funcionaría con toda la compasión de la Agencia Tributaria y la eficiencia del servicio de correos.

Hace algunos años el premio Nobel de Economía **Milton Friedman** estudió la historia económica de los servicios sanitarios en Norteamérica. En un estudio de 1992 publicado por la *Hoover Institution* titulado "*Input and output in Health Care*" ("*Ingresos y Egresos en los cuidados de salud*", Friedman observó que el 56 % de todos los hospitales que había en 1910 en los Estados Unidos eran empresas lucrativas de propiedad privada y explotadas privadamente. Después, tras décadas de subsidios gubernamentales a hospitales gestionados por el Estado, aquel número había caído al 10%. Llevó décadas, pero a principios de 1990 el Estado había tomado el control de casi toda la industria hospitalaria. La pequeña porción de esa industria que seguía siendo privada y lucrativa estaba tan regulada que se podía considerar también como un apéndice del Estado. La mayoría de decisiones que hacen los administradores de los hospitales "privados" tiene que ver con cumplir los edictos burocráticos del gobierno, no propiamente con la atención al paciente.

La conclusión clave de Friedman era que, como sucede en todos los sistemas burocráticos, la titularidad de la propiedad o de la gestión de la sanidad por parte del gobierno creó una situación en la que mayores inversiones en equipamiento, en infraestructura y en los salarios de los profesionales médicos, en realidad llevaba a resultados decrecientes en términos de cantidad y calidad de la atención sanitaria. Por ejemplo, mientras que los gastos médicos aumentaron un 224% de 1965 a 1989, el número de camas hospitalarias por cada 1.000 habitantes cayó un 44 % y el número de camas ocupadas se redujo un 15%. Durante el período que media entre 1945-1989 que estudió Friedman, los costes diarios por paciente también aumentaron casi veinticuatro veces y eso una vez descontados los efectos de la inflación de precios. La expansión del Estado a los servicios hospitalarios resultó en un servicio inferior a la par que alimentaba un astronómico aumento de costes. Este tipo de resultado está presente en todas las burocracias que gestiona el gobierno ya que no hay en ellas ningún mecanismo de retro-alimentación por parte del mercado. Como en las actividades del gobierno no existe el concepto contable de beneficios, no hay ningún mecanismo fiable para

recompensar los buenos resultados y castigar los malos. De hecho, en toda empresa gubernamental ocurre justamente lo contrario: los malos resultados se recompensan con mayores dotaciones en los presupuestos después de que se hagan promesas de introducir "mejoras" a cambio de más dinero.

Después que el gobierno se involucra en cualquier industria los costes siempre se disparan. En 1970 el gobierno previó que la parte de *Medicaid* destinada a seguros hospitalarios solo costaría 2,9 billones de dólares al año. Como los gastos reales eran de 5,3 billones de dólares, eso equivalía a subestimar el 79 % de los costes. En 1980 el gobierno presupuestó 5,5 billones de dólares en gastos para cubrir seguros hospitalarios; los gastos reales más que cuadruplicaron ese importe -25,6 billones de dólares-. Pero el gobierno siempre promete reducciones de costes cuando empieza a hacerse con una industria.

En respuesta a la explosión de costes que sus propias políticas causaron, el gobierno se concedió a sí mismo aún mayores poderes extraordinarios sobre la industria sanitaria estableciendo 23 nuevos impuestos en los primeros 30 años de vigencia del programa *Medicare* (Véase **Ronald Hamoway**, "*The Genesis and Development of Medicare*" en ed. "*American Health Care*" de **Roger D. Feldman**).

Todos los monopolios de salud gubernamentales, ya estén en *Canadá*, *Gran Bretaña* o *Cuba*, experimentan una explosión tanto de los costes como de la demanda. Ésta última crece porque en un sistema así, los servicios sanitarios son percibidos como "gratuitos" (por supuesto que no son "gratuitos"; los costes simplemente vienen enterrados y ocultos en la legislación financiera general). Siempre que algo tiene explícitamente asociado un precio igual a cero, la demanda de los consumidores aumentará espectacularmente y los cuidados de salud no son una excepción. Al mismo tiempo, las torpezas burocráticas -que son algo rutinario- asegurarán grandes ineficiencias que se harán endémicas y empeorarán año tras año. Según los costes se descontrolen y empiecen a resultar embarazosos para quienes falsamente prometieron reducciones de costes, puede esperarse que los políticos hagan lo que los políticos siempre hacen ante ese tipo de situaciones y que impongan precios máximos a la industria, generalmente disfrazados con algún hábil eufemismo del tipo "controles presupuestarios generales".

Los precios máximos siempre estimulan la demanda y reducen la oferta, por lo que producen desabastecimientos. Se hace necesario racionar por medios ajenos al sistema de precios. Esto quiere decir que son los burócratas del gobierno, no los individuos y sus médicos, quienes inevitablemente determinan quienes recibirán tratamiento médico y quienes no, cuantos médicos y enfermeros serán licenciados por las facultades de medicina y escuelas de enfermería, etc ... En otras palabras, asumen el control totalitario de la industria.

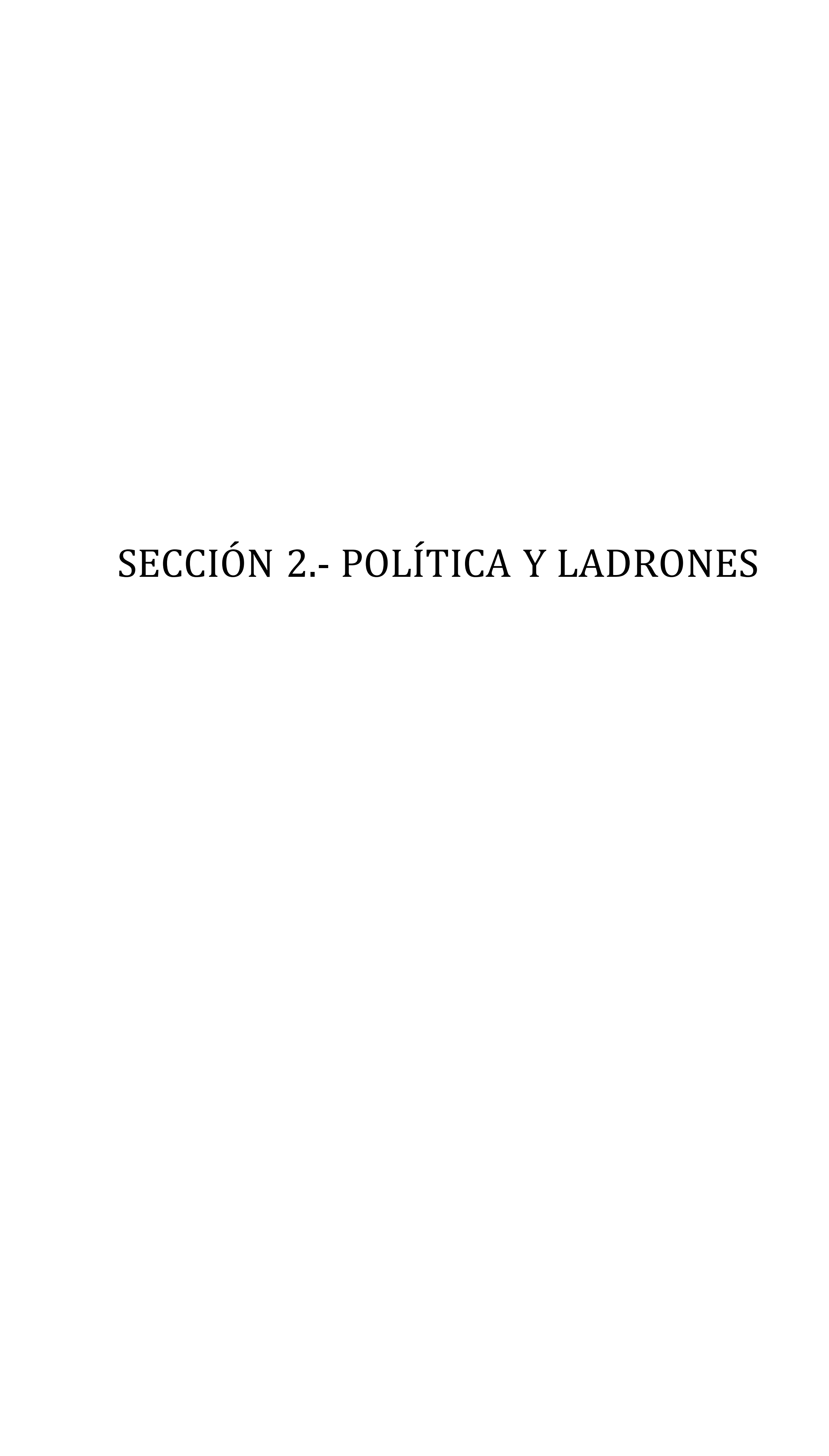
Todos los países que han optado por socializar la medicina han padecido una enfermedad consistente en la escasez de servicios de cuidados de salud inducida por controles de precios. Si por ejemplo un canadiense sufre quemaduras de tercer grado en

un accidente automovilístico y necesita cirugía plástica reconstructiva, el tiempo medio de espera para dicho tratamiento es de cinco meses. La lista de espera para cirugía ortopédica también es de casi cinco meses; para neurocirugía es de tres meses; y es incluso de hasta más de un mes para cirugía coronaria (véase la publicación de **Baccus Barua, Mark Rovere y Brett J. Skinner** titulada "*Esperando turno: Listas de espera hospitalarias en Canada, informe de 2011"* publicada por "*The Fraser Institute"*). Es por ello por lo que tantos canadienses de clase media que precisan atención sanitaria urgente acuden desde hace años a los hospitales norteamericanos.

Un artículo del periódico "*The New York Times*" del 16 de enero de 2000 titulado "*Hospitales llenos inducen a los canadienses a esperar e irse al sur*" de **James Brooke**, ofrecía muchos ejemplos de porqué el sistema público de salud canadiense llevaba a peligrosas situaciones de escasez. Por ejemplo una abuela de 58 años estuvo esperando que la operasen a corazón abierto en el pasillo de un *hospital de Montreal* con otros 56 pacientes mientras las puertas automáticas se abrían y cerraban toda la noche dando entrada a gélidas corrientes de aire. Llevaba más de cinco años esperando ser operada de corazón.

En *Toronto*, 23 de los 25 hospitales de la ciudad desviaron ambulancias en un solo día debido a la escasez de médicos. En *Vancouver,* muchas ambulancias que trasladaban a personas que habían sufrido un ataque al corazón, quedaron atascadas en el aparcamiento del hospital durante horas a la espera de poder ser atendidas. Al menos mil médicos y muchos miles de enfermeras canadienses han emigrado a los Estados Unidos para evitar los controles de precios sobre sus salarios. "Pocos canadienses recomendarían su sistema como modelo a exportar" escribió **James Brooke** en el *New York Times*.

La escasez inducida por los controles de precios canadienses también se manifiesta bajo la forma de reducido acceso a tecnologías médicas. Por cabeza, los Estados Unidos tienen ocho veces más aparatos de imágenes por resonancia magnética, siete veces más unidades de radioterapia para el tratamiento del cáncer, seis veces más unidades de litoterapia y tres veces más unidades de cirugía cardíaca para la práctica de intervenciones a corazón abierto. Hay más escáneres de imágenes por resonancia magnética en el Estado de Washington, con una población de unos cinco millones de habitantes, que en todo Canadá con una población de más de treinta millones (véase **John Goodman y Gerald Musgrave**, "*El poder del paciente: cómo resolver la crisis de los cuidados de salud en Norteamérica*"). Éste será el futuro de los Estados Unidos de seguir la senda de la medicina socializada.



SECCIÓN 2.- POLÍTICA Y LADRONES

CAPÍTULO 9.- Pagar para que te dejen jugar: ¿A qué viene tanto alboroto?

En 2009, el *establishment*[7] de Washington y los medios nacionales fingieron indignación por el hecho de que el Gobernador **Rod Blagojevich** de *Illinois* vendiese favores políticos. El gobernador, al parecer, había aceptado sobornos para designar a un sustituto para el puesto vacante de senador de los Estados Unidos que había dejado vacante Obama y que le correspondía a él nombrar en su condición de gobernador del Estado. El Fiscal Federal **Patrick Fitzgerald** dio lugar a la que tal vez fue la mayor carcajada cuando señaló que **Abraham Lincoln** se revolvería en su tumba de haber sabido que un político de *Chicago* había sido contratado de una forma tan sospechosa.

En realidad, Lincoln se habría quedado anonadado ante tan estúpida afirmación. Como una vez indicó el biógrafo de Lincoln **David Donald**, quién recibió un premio *Pulitzer* por su trabajo, cuando Lincoln se postuló para la presidencia ya se había convertido en un maestro a la hora de tirar los hilos políticos en Illinois. Cuando era joven, Lincoln dijo que su principal aspiración era convertirse en el "**DeWitt Clinton** de Illinois", refiriéndose al anterior gobernador de Nueva York a quién se atribuyó la invención y el perfeccionamiento del "sistema de expolio" de la corrupción política institucionalizada.

Como presidente, uno de los primeros actos de Lincoln fue reunir al Congreso en sesión especial en junio de 1861 para empezar a trabajar sobre la *ley del ferrocarril del Pacífico*, que, eventualmente, daría lugar al mayor espectáculo de soborno y corrupción de la Historia americana hasta entonces (el escándalo del *Crédit Mobilier*). Lincoln se aprovechó personalmente de dicha legislación que le dio, como Presidente, el derecho a elegir el lugar de la costa Este desde el que arrancaría la construcción del ferrocarril transcontinental. Eligió *Council Bluffs*, en *Iowa*, donde había comprado una gran porción de terreno en 1857. Muchos de los destacados compañeros de Lincoln en el Partido Republicano desde **Thaddeus Stevens** a **Justin Morrill** pasando por **Oakes Ames** e incluso el **General Sherman**, acumularon grandes fortunas gracias a la ley del ferrocarril del Pacífico.

La venta de favores políticos -incluido el nombramiento de puestos para las oficinas del gobierno- es lo que define a la política de Washington (y a todos los demás políticos de Estados Unidos). Con la sola excepción del congresista Ron Paul, en décadas recientes virtualmente todos los políticos de Washington dedican la mayor parte de su tiempo a la compraventa de favores políticos de un tipo o de otro. Se "vende" legislación y reglamentación "a cambio de contribución a las campañas electorales, sobornos, puestos bien remunerados para familiares y amigos, promesas de empleos en el sector privado, favores monetarios, etc ...". Es lo que los políticos hacen y en lo que la política consiste. El gobernador Blagojevich no hacía sino cumplir con la deshonesta jornada de

[7] Establishment es un anglicismo ampliamente divulgado y utilizado en español que se podría traducir por sistema (N. del T.).

trabajo característica de todo político.

El gobierno se ha hecho tan adepto a vender favores políticos que se han escrito manuales universitarios que constituyen una verdadera ciencia de la extorsión política. Un ejemplo a propósito sería el libro "*Money For Nothing: Politicians, Rent Extraction, and Political Extertion*" ("*Dinero por nada: políticos, extracción de rentas y extorsión política*") de **Fred S. McChesney**. Mucho se ha escrito respecto de la concesión gubernamental de favores a empresas y a otros grupos a cambio de "contribuir a sus campañas", pero McChesney se fija en otro fenómeno aún más insidioso: el de políticos que amenazan con imponer costes a las empresas o a completos sectores económicos mediante reglamentaciones e impuestos si esas empresas o esos sectores económicos no pagan y "contribuyen" a sus campañas. Lo califica como "una forma de extorsión política o chantaje".

La extorsión o chantaje políticos puede tomar la forma de amenazas de imponer controles de precios, por ejemplo, o amenazas de retirada de licencias de ocupación o de actividad o de permisos de obra o instalación. O puede venir en la forma de amenazas de aumentar los costes a determinada empresa mediante un impuesto especial sobre ciertos consumos o mediante una regulación especialmente costosa y onerosa. El propósito de las amenazas es el de solicitar "contribuciones" electorales a los negocios amenazados. Los políticos incluso tienen su propio vocabulario para la extorsión política y el chantaje. Denominan a esa legislación "*leyes lecheras*", ya que ordeñan la leche, o sea obtienen o generan fondos para campañas electorales de las empresas que los políticos llaman vacas lecheras.

También hay "*leyes exprimidoras*" diseñadas para "exprimir" dinero a las empresas amenazadas. Y hay "*leyes extractivas*" diseñadas con el mismo propósito -para extraer dinero de los lobistas corporativos bajo la amenaza de legislación. Entre los ejemplos citados por el profesor McChesney se encuentran:

- La legislación sobre responsabilidad de los productos que se propone periódicamente para extraer fondos electorales de ambos lados del debate.
- Proponer legislación para restringir intercambios futuros, lo que permite obtener cuantiosos fondos de quienes aspiran a llevar adelante ese tipo de negocios en el futuro.
- Proponer controles de precios sobre las empresas farmacéuticas, lo que hace posible exprimir millones de dólares de la misma.
- Proponer controles de precios sobre las empresas de televisión por cable que produce el mismo efecto.

- Proponer la prohibición de fumar o proponer impuestos aún más altos sobre productos derivados de las labores del tabaco, siempre permite recaudar millones de dólares de la industria tabaquera.

- Propuestas dirigidas a incrementar los impuestos que gravan el consumo de bebidas alcohólicas son verdaderas "leyes exprimidoras" de eficacia probada.

- Propuestas para "aumentar los impuestos que recaen sobre los ricos" y de "hacerles pagar su justa parte" son ejemplos clásicos de leyes extractivas.

Cada vez que se ha recaudado una "suficiente" cantidad de dinero de los individuos, corporaciones o grupos afectados, la legislación que se propuso para amenazarles se abandona. No es pues algo distinto, en otras palabras, de las prácticas propias de los grupos del hampa cuando piden sobornos a cambio de permitir que una empresa exista en su vecindad. El gobernador Blagojevich, a quien se acabó condenando a catorce años de cárcel, fue una ofrenda política, un cordero sacrificado, utilizada por la maquinaria política de la ciudad de Chicago que, en 2009, había emigrado a la *Casablanca*. Su aparente propósito al perseguir a Blagojevich por lo que ellos mismos habían estado haciendo durante toda su carrera política era intentar hacer creer a la gente que los políticos de Chicago no eran en realidad la banda de ladrones y criminales que tanta gente cree que son.

CAPÍTULO 10.- Criminalidad Fed-ACORN

Hace algunos años, la “*Association of Community Organizations for Reform Now”* (ACORN), " Asociación de Organizaciones Comunitarias 'Reformemos Ahora' ", el grupo de activistas de izquierda que contrató a Obama tras salir de la Facultad de Derecho, saltó a las noticias después de que uno de sus "asesores fiscales" fuese grabado dando asesoramiento sobre evasión fiscal a dos personas que simulaban ser un proxeneta y una prostituta. Los impostores dijeron al "asesor" que querían un préstamo subvencionado por el gobierno para abrir una casa de citas en la que emplearían a docenas de chicas adolescentes de América Central que traerían al país de forma ilegal. En el video, los "asesores" se jactaban de saber cómo podrían solicitar el préstamo al gobierno sin que las autoridades legales descubriesen lo que perseguían realmente.

Por sórdida que fuera esa historia, palidece en comparación con la función principal de ACORN durante los últimos treinta años. ACORN ha sido uno de los actores principales e lo que puede describirse como una banda legal de estafadores dirigida por el *Federal Reserve Board* (*Consejo de la Reserva Federal), el Comptroller of the Currency (Controlador o Interventor del Tesoro)* y otras agencias del gobierno. La estafa empezó con la *Community Reinvestment Act de 1977* (CRA) del presidente **Jimmy Carter**, que dio poderes a "grupos comunitarios" como ACORN para que pudiesen efectivamente extorsionar millones de dólares a los bancos. Tales grupos son habilitados por la referida ley para "reclamar" contra las fusiones o expansiones bancarias. Presentan una denuncia ante la Fed, por la que solicitan que el banco que pretende expandirse o fusionarse haga donaciones millonarias a ACORN para que, supuestamente, ésta preste ese dinero a prestatarios sub-óptimos. Por supuesto que ACORN siempre se queda con una parte del dinero para sus propios salarios y gastos. *WaMu Bank*, que quebró, presumió una vez de que había ganado 375 millones de dólares con préstamos de ACORN y la Fed concedió a *Countrywide Bank* un premio después de que ganara 600 mil millones de dólares con ese tipo de préstamos, antes de entrar también en concurso de acreedores durante la crisis de las hipotecas sub-prime de 2008-09.

Gran parte del dinero que ACORN y otros "grupos comunitarios" similares de izquierda reciben de los bancos, se utiliza para actividades políticas como la afiliación en masa de votantes al Partido Demócrata; el apoyo a candidatos políticos de izquierda en todos los niveles de gobierno (cuanto más a la izquierda, mejor); la organización de manifestaciones, protestas y la financiación del esfuerzo de grupos de presión de montajes varios como el de su "*People's Platform*", etc... La “*People's Platform*” de ACORN en una ocasión prometió que "Seguiremos nuestra lucha hasta que la vía americana sea una única vía, hasta que la riqueza se comparta..." En otras palabras, socialismo.

La propia ley CRA está basada en una falsedad: que los bancos sistemáticamente renunciarían a ganar miles de millones de dólares en las comunidades de bajas rentas pobladas por grupos raciales minoritarios al evitar 'trabajar' en ellas. Se supone que los bancos están tan cegados por los prejuicios (raciales) que el gobierno les debe obligar para que puedan obtener esos beneficios mil millonarios en el mercado de hipotecas sub-prime.

La realidad es que la Fed obliga a los prestamistas hipotecarios bajo la legislación CRA a destinar miles de millones de dólares a préstamos de dudoso cobro a conceder a prestatarios no cualificados. Cuando los columnistas de la revista *Forbes* **Peter Brimelow** y **Leslie Spence** preguntaron a la representante de la Fed de Boston **Alicia Munnell** por la discriminación sistemática de los préstamos de la Fed de principios de los años 1990, Munnell se vio obligada a admitir que no tenía pruebas de ello. Ella y otros directivos de la Fed (y de la administración **Clinton**) siguieron de todas formas aumentando los préstamos concedidos al amparo de esa ley. Esto sugiere que el objetivo de la ley ha sido siempre el de redistribuir la renta por la fuerza, no luchar contra la discriminación racial. Las alegaciones de discriminación son utilizadas simplemente como un ardid para intimidar a los prestamistas hipotecarios que no se muestren dispuestos a cooperar.

CAPÍTULO 11.- El hundimiento de los precios: El auténtico problema

La más importante reforma fiscal de los años ochenta del siglo pasado fue la actualización de los tipos de gravamen del Impuesto Federal sobre la Renta para ajustarlos a la inflación y la reducción en el número de escalas del impuesto de quince a tres. Antes de eso, los trabajadores corrientes de clase media se veían empujados a mayores y mayores escalas de renta por el solo hecho de percibir aumentos de salarios motivados por la necesidad de ajustarlos a la (creciente) inflación. El resultado era que dos años seguidos de incremento en la renta para ajustarla a la inflación en realidad producían el efecto de reducir el nivel de vida del contribuyente al disminuir su renta neta, la renta después de pagar el impuesto, al tiempo que el Estado se enriquecía.

Bajo este corrupto sistema, la Fed imprimiría cantidades excesivas de dinero, creando inflación de precios. La inflación llevaría a aumentos en el coste de la vida que a su vez motivarían "saltos en la escala de gravamen" y mayores pagos vía impuestos. El presupuesto del gobierno federal se infló mientras los contribuyentes sufrían. Los políticos nunca tuvieron que enfrentarse a las recriminaciones y al desgaste resultante de votar impuestos más altos; la inflación se encargó de hacerlo por ellos. Era una verdadera forma de imposición sin representación (lo que no implica que la imposición con representación sea de ninguna manera mejor).

Como consecuencia de la actualización de los tipos del impuesto sobre la renta, el gobierno federal ya no puede asaltar a la clase media por este especial procedimiento. Pero los gobiernos locales y los de los Estados sí, a través del vehículo de la imposición sobre la propiedad. Cada vez que aumenta el valor de las propiedades, tal como sucedió de forma espectacular en los primeros siete años del siglo XXI, los ingresos derivados de los impuestos sobre la propiedad suben automáticamente sin que ningún político tenga que votar jamás un aumento de los impuestos. Las valoraciones aplicadas por los impuestos sobre la propiedad hacen ese trabajo sucio por ellos.

De modo que cuando la política monetaria expansionista de la Fed causó la burbuja inmobiliaria, los extraordinarios aumentos en los valores de las propiedades se vieron acompañados por igualmente extraordinarios aumentos de la recaudación de los impuestos sobre la propiedad (después de que reventara la burbuja, los gobiernos locales quisieron aumentar los tipos de gravamen de los impuestos sobre la propiedad para no perder los ingresos fiscales procedentes de la imposición sobre la propiedad, que vienen determinados por el producto del valor de la propiedad por el tipo de gravamen que le es de aplicación).

Por ejemplo, en *Maryland*, los gobiernos locales informaron que habían recaudado un 35 % más en impuestos sobre la propiedad en 2005 de lo que recaudaron en 2000.

Es improbable que la calidad o la cantidad de los "servicios" gubernamentales

mejorase en un tercio durante ese período. Los ciudadanos estaban simplemente pagando un tercio más caros los mismos -o peores- "servicios".

CAPÍTULO 12.- El robo agrícola y ganadero

En 1996 el Presidente **Bill Clinton** firmó la ley llamada "*freedom to farm*" (libertad para la agricultura y la ganadería) que se suponía que iba a acabar con todos los subsidios agrícolas y ganaderos. Entonces la principal forma de subsidio del sector operaba vía precios mínimos -eran precios mínimos impuestos a la fuerza por el Estado que eran más altos que los precios de mercado libre-.

Acabar con los precios mínimos haría posible sin duda que los mercados de productos agrícolas y ganaderos funcionase más eficientemente, pero es muy poco habitual -y un poco extraño- observar gobiernos que decidan terminar voluntariamente con un programa de subsidios que beneficia a un conglomerado de intereses económicos que es políticamente muy poderoso, a saber, las prósperas corporaciones del sector agrícola y ganadero o agro-alimentario. La realidad es que los subsidios no terminaron; simplemente adoptaron una forma diferente.

Un principio de la *Economía de la Elección Pública* es que los políticos siempre harán todo lo que puedan para disfrazar los subsidios a percibir por grupos que para nada los merecen, como es el caso de las grandes corporaciones de la industria agro-alimentaria. Si los pueden subvencionar mediante medidas proteccionistas o precios mínimos, lo preferirán sin vacilar a hacerlo por el sencillo procedimiento de extender un cheque a un empresario millonario. Con este proceder sería muy fácil que el público viese la trampa. Pero los controles de precios han creado tales distorsiones en los mercados agrícolas que los gobiernos al parecer decidieron que ya era hora de acabar con ellos -o algo parecido-. En su lugar se implantaron "pagos de transición" supuestamente diseñados para aliviar temporalmente los daños y el sufrimiento de los pobres granjeros millonarios que habían perdido la garantía que tenían de cobrar precios superiores a los de mercado por todo lo que vendían.

Esta estratagema fue otro ejemplo de cómo el gobierno engaña al público por el sistema de ponerle el cebo y darle luego el cambiazo. Los pagos de transición jamás fueron verdaderamente transitorios y probablemente nunca se pensó que lo fuesen. El poder del *lobby* agroalimentario jamás se vio reducido y se puso inmediatamente a trabajar para aumentar los nuevos subsidios y para hacerlos permanentes. Y lo ha conseguido. Cada año hay una avalancha de "leyes que incrementan el gasto" y que aumentan los importes a percibir por las corporaciones agroalimentarias en concepto de ayudas o acciones de fomento que los contribuyentes norteamericanos tienen que aportar y que ascienden anualmente a decenas de miles de millones de dólares.

Bautizando a los programas con el título de "transitorios", el Congreso se asegura una permanente corriente de fondos con la que el sector del campo contribuye a financiar sus campañas electorales con la seguridad de que presionarán y obtendrán, todos los años, millones de dólares en ayudas a cambio de que el gobierno extienda la vigencia de las leyes que instituyeron esos programas.

Un artículo de *USA Today* sobre los algodoneros de Texas de, 1 de febrero de 2005 explicaba el funcionamiento de sistema de expolio protagonizado por la industria del campo. El artículo mencionaba a un tal Eugene Bednarz que había cosechado cuatro mil balas de algodón. En conjunto, la producción de algodón de aquel año se esperaba que superase los 7,5 millones de balas, el mejor rendimiento en más de cincuenta años.

Eso también significaba que el *lobby* del campo llevaría a cabo la mayor exacción de rentas a los contribuyentes en más de medio siglo. La forma en que funcionó el nuevo sistema consistía en que si el precio de mercado del algodón caía por debajo del precio de mínimo fijado por el gobierno el Estado destinaría dinero público a pagar a los granjeros la diferencia entre el precio real que obtuvieran por su algodón y el precio de soporte determinado arbitrariamente.

En aquel momento, el precio de mercado del algodón era de 35 centavos por libra, siendo el precio establecido por la autoridad de control de precios de 52 centavos por libra. Una bala de algodón pesa alrededor de quinientas libras. Por tanto, al Sr. Bednarz se le pagó la diferencia -17 centavos- por cada libra de su algodón. En consecuencia, el Estado le dio un cheque de 340.000 dólares por no hacer absolutamente nada. Ningún consumidor ni ningún contribuyente recibió beneficio alguno en contrapartida. Aquel año, los algodoneros de Texas en conjunto se aprovecharon de esta forma por importe de 637.500.000 dólares.

Los productores de algodón, trigo, maíz, soja y arroz se hicieron ricos con esta estafa, mientras que otros, como los productores de azúcar, expoliaron a los contribuyentes de una manera levemente distinta, mediante reducciones en la oferta ordenadas por el Estado que hicieron subir los precios tres o cuatro veces por encima del precio mundial del azúcar. Además, todos los productos que llevasen azúcar se volvieron también más caros.

Casi todo lo que hacen los gobiernos hace que aumenten los precios y suba el coste de la vida. Pero la mayor parte de los americanos aún creen en el cuento de hadas de que es el mercado libre el que provoca las subidas de pecios y que son las regulaciones del benevolente y omnisciente gobierno lo que necesitamos para "salvarnos".

CAPÍTULO 13.- El padre fundador del capitalismo de compinches

En los primeros años de la *Gran Recesión* tan pronto como el gobierno federal anunció sus multimillonarios rescates de los plutócratas de *Wall Street*, los defensores de los rescates sacaron a relucir lo que aparentemente consideraban su arma secreta: el mito de **Alexander Hamilton** como supuesto inventor del capitalismo americano. Hamilton, se decía, aprobaría los rescates ya que él fue quien, después de todo, propuso por vez primera aranceles o tarifas proteccionistas para las nacientes industrias y quien propuso también la plena introducción en América del mercantilismo al estilo europeo con sus miles de subsidios y "botines" para varios sectores económicos [Hamilton abogó por ello en su famoso "*Report on Manufactures" ("Informe sobre las manufacturas*)].

Una institución de *Wall Street* -la revista *Forbes*- publicó un artículo titulado "*Alexander Hamilton frente a Ron Paul*" para respaldar la idea de que las críticas libertarias a las ayudas estatales a las empresas debían rechazarse por ser Hamilton un gran hombre de Estado y genio económico en comparación con el congresista **Ron Paul** y sus seguidores.

El diario *Wall Street Journal* se unió al culto a Hamilton publicando un artículo del especialista en Historia Económica **John Steele Gordon** en el que sostuvo que nuestro verdadero problema era la insuficiente centralización bancaria y que necesitábamos más planificación central por la Fed, no menos. Gordon abogó por un hombre fuerte en materia económica bajo la forma de un dictador/regulador de los mercados financieros, apoyó los rescates y nada menos que: ¡Echó la culpa de la crisis a **Thomas Jefferson!**

Jefferson se opuso a la creación del primer banco central de los Estados Unidos, el *Bank of the United States*, que Hamilton había promovido. Jefferson defendía un dinero sólido, no depender de los políticos en lo atinente al dinero. Es esta clase de ideas, dijo Gordon, las que se hallaban en el origen de la *Gran Recesión*. En realidad, la burbuja inmobiliaria fue el producto de la política de la Fed dirigida a mantener año tras año tipos de interés próximos a cero y de las políticas del gobierno federal orientadas a forzar o a incentivar a los bancos para que concediesen billones de dólares en préstamos hipotecarios de dudoso cobro a deudores no cualificados (garantizados por *Fannie Mae* y *Freddie Mac*).

Lo que ha demostrado toda esa frenética idolatría hacia Hamilton es cómo el mito de que Alexander Hamilton fue una especie de genio de la planificación económica centralizada constituye ideológicamente la piedra angular del sistema americano de capitalismo de compinches financiado mediante una enorme deuda pública y mediante la falsificación legal de la moneda protagonizada por un banco central. Es este sistema el que causó principalmente la *Gran Recesión,* no la oposición a dicho sistema, como Gordon y otros adujeron.

El auténtico Hamilton

El auténtico Hamilton fue el líder intelectual del grupo de hombres que en la época fundacional querían importar a América el sistema británico del mercantilismo y el imperialismo como forma de gobierno. Mientras estuvieron del lado de quienes se veían perjudicados por el mercantilismo e imperialismo Británicos, se opusieron a él e incluso lucharon en una revolución contra el mismo. Pero en cuanto se hallaron del lado de los beneficiarios cambiaron de parecer. "Es bueno ser el rey", como dijera el actor cómico **Mel Brooks**.

Fue Hamilton quien acuñó la frase: "El sistema americano" -para describir la política de ayudas corporativas, aranceles proteccionistas, banca centralizada y una gran deuda pública- y quien dijo que ese sistema sería una "bendición" para América. A diferencia de su enemigo político Thomas Jefferson, que fue un hombre muy erudito en la Ciencia Económica de su tiempo y que había estudiado a **Adam Smith**, a **Jean Baptiste Say** y a **Richard Cantillon**, entre otros. Hamilton en cambio, ignoró o despreció o quizás ni siquiera supo de esas ideas. Por el contrario, extendió los mitos mercantilistas que habían inventado apologistas de las relaciones públicas como **Sir James Steuart** para los mercantilistas británicos.

Hamilton respaldó la causa que postulaba que se debía contraer una gran deuda pública pero no lo hizo para establecer la buena reputación crediticia del gobierno de los Estados Unidos o para financiar cualesquiera programas de gobierno, sino por la maquiavélica razón de vincular los intereses egoístas de los ricos al Estado. Serían los ricos quienes comprarían la deuda pública, argumentó, de forma que se convertirían naturalmente en un poderoso grupo de presión favorable a impuestos más altos y a un Estado más grande. Lo harían para asegurarse de que el Tesoro siempre tuviera suficientes ingresos fiscales para garantizar que recibirían los pagos en concepto de intereses de sus títulos de deuda. Tenía razón: los titulares de bonos de la deuda pública y los bancos de inversión que comercializan esos títulos, siempre han apoyado la existencia de un Estado grande. Y es por eso por lo que los bancos de inversión de *Wall Street* fueron los primeros en la fila a la hora de recibir rescates del gobierno tan pronto como comenzó la Gran Recesión. El Estado, antes y por encima de todo, cuida de los suyos como lo haría cualquier banda mafiosa.

Los principales argumentos de Hamilton favorables al establecimiento de un imperio fundado sobre el capitalismo de amiguetes o de compinches vienen recogidos en su "*Report on Manufacture*". En la biografía que **William Graham Sumner** escribió sobre Hamilton en 1905 relató que el informe de Hamilton abogaba "por el viejo sistema mercantilista de la escuela inglesa, modificado para adecuarlo a la situación de los Estados Unidos". El propio Jefferson escribió una vez que los planes de Hamilton a favor del proteccionismo, de las ayudas empresariales y la centralización bancaria eran "el medio a través del cual el corrupto sistema británico de gobierno podría introducirse en los Estados Unidos". Sumner y Jefferson tenían razón.

El mercantilismo Hamiltoniano es esencialmente el sistema político y económico en el

que los americanos han vivido durante varias generaciones: un Presidente con poderes regios que gobierna mediante órdenes ejecutivas y no respeta las restricciones constitucionales a sus poderes; Estados que son meros títeres del gobierno central; subsidios corporativos a discreción; decenas de billones de dólares en deuda pública acumulada y permanentes ciclos expansivos y recesivos (con inflaciones periódicas) causados por los torpes manejos de los falsarios planificadores centrales del *Federal Reserve Board*. Ésa es la maldición que Hamilton le echó a América, una maldición que debe exorcizarse para que la libertad y prosperidad americanas puedan algún día volver a tener fuerza y vigor.

CAPÍTULO 14.- La maldición del instigacionismo

De todos los candidatos presidenciales republicanos de la campaña electoral 2011-2012 solo **Ron Paul** adoptó la filosofía de **Washington** y **Jefferson** respecto a la política exterior norteamericana. Por ello, tanto el uno como el otro, y todos los demás estadistas de las últimas siete décadas que pensaron como ellos, se han visto tachados de "aislacionistas". En ese contexto, la acusación de ser aislacionista es auténticamente *Orwelliana*. Cuando Ron Paul aboga por la paz y por el libre comercio y se declara únicamente partidario de las guerras justas y defensivas, está abogando por la máxima interacción posible entre los pueblos del mundo.

La división internacional del trabajo y la libertad de comercio constituyen el verdadero origen de la civilización humana. Todos los bienes y servicios de los que disfrutamos en nuestra vida diaria son el producto del esfuerzo de cientos o de miles de personas de todo el mundo que se han especializado en hacer algo y que, motivadas por sus propios intereses egoístas, se encargan de que tengamos nuestro pan, nuestra carne, nuestra cerveza y todo lo demás. Son las restricciones al comercio las que son auténticamente aislacionistas, y nada restringe más que la guerra los intercambios mutuamente ventajosos que acuerda la gente en este mundo. La guerra lleva al aislacionismo. La gente en un mercado libre interactúa pacífica y provechosamente; se mata entre sí cuando está en guerra.

El principio fundamental de la economía es que mientras exista la propiedad privada y mercados razonablemente libres, los individuos, persiguiendo cada uno su propio interés egoísta, se especializarán en hacer las cosas que se les den mejor que a otros, venderán esas cosas a otros y utilizarán el producto así obtenido en comprar aquellas otras cosas para cuya producción no sean muy hábiles. Es de esta forma como los más pobres de entre los pobres son aún capaces de sobrevivir y de mejorar sus vidas. En el libre mercado no existe esa mentalidad de "supervivencia del más apto". Los más pobres de entre los pobres no tienen que producir sus propios alimentos, construir sus propias casas y confeccionar su propia ropa (ni ellos ni nadie): la división internacional del trabajo les permite recurrir a otros para que les proporcionen tales cosas de manera que se puedan sustentar.

La guerra por otra parte, hace que salte en pedazos la división internacional del trabajo, como **Ludwig Von Mises** escribió en su obra maestra "*La Acción Humana*" ("*Human Action*"). Por ejemplo, a finales del siglo XIX y principios del XX, la revolución industrial mejoró el nivel de vida de la gente corriente más de lo que nunca pudieran imaginar las generaciones que la precedieron. Donde quiera que se permitió que el capitalismo floreciera, el hombre corriente gozó de los frutos de la división internacional del trabajo mientras veía como aumentaba su nivel de vida y disminuían las horas que cada semana tenía que dedicar al trabajo (lo que también fue resultado de la mayor productividad del trabajo resultante de la mayor inversión en capital que el capitalismo trajo consigo). La *primera guerra mundial* destruyó todo eso, lanzando país

tras país al abismo del aislamiento respecto de todos los demás y acabando así con la división internacional del trabajo. Las gentes del vasto mundo que se habían beneficiado de incontables formas del esfuerzo de extraños, se vieron aisladas de esos beneficios mientras veían como declinaban sus estándares de vida. Los países se vieron aislados de los beneficios del comercio internacional mientras formaban alianzas políticas para combatir junto a otros. Siendo la guerra lo opuesto al capitalismo, el resultado final fue la muerte de millones de personas y la destrucción de capital a escala masiva.

Por supuesto, siempre existe quien saca provecho de la guerra: los monarcas, los dictadores y los "hombres de Estado" que disfrutan revolcándose en la "gloria imperial" tal y como los describió **Alexander Hamilton**; los conectados políticamente que se enriquecen con los contratos de suministro de armamento; los académicos y los "periodistas" que manejan el aparato de propaganda belicista del Estado a cambio de notoriedad, posición y dinero; y el Estado en general. La guerra es la salud del Estado; nada engrandece tanto al Estado y a todos sus funcionarios más que la guerra. Como corolario, tampoco existe nada que destruya tanto la libertad y la prosperidad como la guerra no defensiva. Y como señaló **Murray Rothbard** en su ensayo titulado "*Guerra Justa*", las únicas guerras verdaderamente defensivas y justas de la Historia americana han sido la revolución americana y la guerra defensiva del sur contra la invasión lanzada contra él por el Partido Republicano en 1861-65.

Los verdaderos "aislacionistas" que persiguen destruir la cooperación pacífica de la gente de este mundo son un grupo de gente que podría llamarse "instigacionistas". Ellos son los ególatras y los buscadores de rentas no competitivas mencionados antes que instigan guerras con sus mentiras, con sus connivencias y con sus manipulaciones. Nunca han participado ellos mismos personalmente en una guerra, ni siquiera han cumplido el servicio militar en tiempo de paz, y son merecidamente llamados "pollitos de halcón" por muchos comentaristas.

Abraham Lincoln, en su primer discurso inaugural, hizo la mayor apología de la esclavitud -de los Estados sureños- que se hiciera nunca, llegando incluso a comprometerse a apoyar su explícita consagración constitucional, mientras que en ese mismo discurso amenazaba al mismo tiempo con hacer la guerra por razones fiscales. Como no tenía ninguna intención de liberar a esclavo alguno y desencadenar la guerra con el propósito de asegurar la recaudación de impuestos le habría convertido en un criminal internacional de guerra, necesitaba inventar una excusa para invadir su propio país (lo que supone, por cierto, la exacta definición de traición según el artículo 3 sección 3ª de la "*Constitución de los Estados Unidos*"). De manera que a tal fin, se inventó la noción de una "unión perpetua". Los padres fundadores, según Lincoln, habrían estado de acuerdo con él en que si cualquier colectivo intentara abandonar la unión "voluntaria" que los padres fundadores crearon, el gobierno central tendría el "derecho" de invadir esos Estados, asesinar centenares de miles de sus ciudadanos, bombardear sus ciudades, incendiarlas hasta convertirlas en cenizas y saquear sus riquezas. Esto es por supuesto lo que el ejército de Lincoln hizo, todo eso se llevó a cabo para preservar un trato político

acordado hacía setenta años. En cuanto a *Fort Sumter*, es revelador que Lincoln escribiera al comandante de sus fuerzas navales, **Gustavus Fox**, después del incidente (en el que nadie resultó ni muerto ni herido) para agradecerle su asistencia a la hora de conseguir que los sureños de Carolina del Sur fuesen quienes disparasen el primer tiro e iniciar así la guerra.

La guerra Hispano-Americana fue una guerra puramente imperialista y jamás tuvo el propósito de proporcionar beneficio alguno al norteamericano medio. Es por ello por lo que el gran escritor libertario de finales del siglo XIX **William Graham Sumner** encabezó su famoso ensayo con el título "*La conquista de los Estados Unidos por España*". La guerra Hispano-Americana convirtió a los Estados Unidos en un imperio como el imperio español, y dejó de ser la república constitucional imaginada por los padres fundadores. Pero ególatras fanfarrones como **Teddy Roosevelt** consiguieron construir sus carreras políticas gracias a aquella demencial aventura.

Tampoco se les había perdido nada a los norteamericanos para tener que intervenir en la *primera guerra mundial*, el desastre más colosal del siglo XX, si no de todos los tiempos. Lo único que "consiguió", como escribe **Jim Powell** en "*Winston's War*", fue fortalecer el poder de los comunistas en la Unión Soviética y el ascenso de los Nazis en Alemania. Pero había en juego mucho poder, gloria y riquezas para la clase política y para todos los que la apoyasen. Los contratistas de defensa se hicieron más ricos de lo que pudieran jamás imaginar. En el gobierno, burócratas de poca monta se convirtieron en poderosos dictadores económicos y la clase de los intelectuales pro-estatistas empezaron a verse a sí mismos como una especie de grandes ingenieros sociales. Así, por ejemplo, los denominados progresistas fueron unánimemente partidarios de la guerra, debido a su doble creencia de que (1) el gobierno puede y debe emplearse para crear el paraíso en la tierra y (2) la planificación centralizada al estilo soviético exigida por la guerra podría ser un proyecto demostrativo de la eficacia de la planificación central al estilo soviético aplicable a la economía americana en tiempos de paz, una vez acabada la guerra.

Tras ocho años de completo fracaso en la tarea de poner fin a la Gran Depresión con sus políticas de intervención masiva que solo lograron empeorar las cosas, **Franklin Delano Roosevelt** (FDR) manipuló a los japoneses para que invadieran Pearl Harbor lo que documenta **Robert Stinnett** con gran cuidado en su libro "*Day of Deceit: The truth about FDR and Pearl Harbor*". Para FDR la participación en la guerra europea sería la madre de todos los programas gubernamentales de gasto, el programa que seguro que acabaría con la depresión y que, por lo menos, distraería la atención del público de sus abismales fracasos. Al fin y al cabo, estaban en juego la reputación y el legado de Franklin Roosevelt (la guerra no terminó la depresión; solo acabó con el desempleo ya que se alistaron más de diez millones de hombres cuando tan solo cinco millones de americanos estaban desempleados a finales de los años treinta).

La conspiración instigacionista fue responsable de las mentiras que involucraron a

América en la desastrosa *guerra de Vietnam* que causó la muerte sin sentido e innecesaria de 55.000 norteamericanos y de cientos de miles de vietnamitas. Y por último tenemos la última "victoria" de los instigacionistas, la guerra de Iraq, que hasta la *CIA* admite que se basó en una mentira: que **Sadam Hussein** tenía "armas de destrucción masiva" que amenazaban a los Estados Unidos Miles de soldados norteamericanos murieron allí para nada, mientras que cientos de miles más salieron mutilados y cientos de miles de iraquíes murieron. En lo que respecta al contribuyente norteamericano corriente todo eso se hizo para nada.

Pensad sobre la enfermiza historia del instigacionismo la próxima vez que veáis a uno de esos halcones de la política con una zalamera sonrisa de satisfacción mientras os urge con invadir Irán, Siria, Corea del Norte o cualquier otro lejano lugar en el que crea que deberían lanzarse las bombas americanas.

CAPÍTULO 15.- Los medios de comunicación: perritos falderos del Estado

A finales de los años setenta, los economistas de la *Universidad de Rochester* **William Meckling** y **Michael Jensen**, presentaron una teoría sobre el sesgo ideológico hacia la izquierda que había en los medios, que se basaba en un riguroso estudio sobre cómo consiguen mejor satisfacer sus propios intereses particulares ligado a un análisis del papel del gobierno a la hora de moldear ese interés egoísta. En pocas palabras, sus tesis era que el gobierno se había convertido en algo tan extenso y tan omnipresente que el periodista corriente dependía principalmente del propio gobierno, con todos sus políticos, sus burócratas y sus grupos especiales de interés para obtener la mayor parte de las informaciones que se transmitían al público. Si uno es un periodista que escribe de medio ambiente, por ejemplo, debe cultivar relaciones con los burócratas de la Agencia para la Protección del Medio Ambiente (*Environmental Protection Agency*) quienes constituyen su principal fuente de noticias de actualidad sobre política medioambiental. Si uno es periodista y escribe o informa sobre asuntos laborales, tiene que cultivar relaciones con los burócratas del Departamento del Trabajo (*Department of Labor*) ya que son la principal fuente de noticias de última hora sobre política laboral, etc...

Consecuentemente, cualquier periodista de noticias que sea demasiado crítico con las agencias del gobierno sobre las que informa, se arriesga a verse desconectado de su fuente de información, la sangre que da aliento a su carrera profesional. Así pues, los periodistas que quieran hacer carrera tienen esencialmente que convertirse en perritos falderos y en voceros del Estado. Tolerarán y, ocasionalmente, expondrán críticas relativamente inocuas del Estado pero es más probable que se dediquen a demonizar a quienes formulen verdaderas críticas. Lo hacen para engañar al público y hacerle creer que existe un real debate político en Washington sobre los asuntos públicos.

Siempre que aparece en escena alguien como el congresista **Ron Paul**, que pone en cuestión la existencia misma de cualquier institución de planificación central estatista (como la Reserva Federal), los medios lo ignorarán y/o demonizarán así como a cualquiera que comparta sus puntos de vista.

La teoría de Jensen/Meckling al respecto es correcta aunque omite algunos otros elementos importantes que son determinantes del sesgo pro-estatista de los medios. A nuestro entender **Murray Rothbard** en sus dos ensayos titulados "*La naturaleza del Estado*" y "*Anatomía del Estado*" colmó esas lagunas. Rothbard señaló que todos los gobiernos recurren fundamentalmente a un conjunto de mitos y supersticiones acerca de su pretendida grandeza y benevolencia acompañado de mentiras, mitos y supersticiones respecto de los "males" que trae consigo la libertad, el voluntarismo, la empresa privada y la sociedad civil. No son tanto los burócratas del gobierno quienes contribuyen a mantener y extender esos mitos y supersticiones sino las varias prostitutas intelectuales del mundo

académico y de los medios de comunicación. Los "historiadores cortesanos" del mundo académico inventan continuamente retorcidos cuentos sobre los "fallos" del voluntarismo y del libre mercado para justificar una mayor interferencia del gobierno en nuestras vidas. La Economía *Keynesiana,* sería un ejemplo perfecto de este fenómeno. y el columnista del *New York Times* y del Partido Demócrata **Paul Krugman** sería un perfecto ejemplo de esos historiadores de la corte.

Ésa es otra de las razones por las que los medios ignoran a personas como el congresista **Ron Paul**. Hay unas pocas excepciones, pero en su mayoría, los integrantes de los medios han dedicado muchos años a ser los expertos portavoces de la propaganda del Estado militarista y del Estado del Bienestar. Forman parte del aparato del Estado en igual medida que pueda serlo cualquier político o burócrata del gobierno. Son la herramienta esencial de la que se vale el Estado para engañar a la población y conseguir que consienta pacíficamente la interminable expansión del Estado y el enriquecimiento económico de todos sus servidores, en especial, de los medios. La expansión del Estado siempre lleva a una menor prosperidad y a una reducción de las libertades de la población general.

La mayor parte de los medios predominantes no son más que remunerados embusteros profesionales que repiten una y otra vez cosas tan absurdas como: "Que un mayor gasto público y un aumento de los impuestos nos harán más ricos"; "Que es constitucional sacar una radiografía a cualquiera que pase por un aeropuerto"; "Que la Constitución otorga al Presidente de los Estados Unidos el derecho a bombardear cualquier país del planeta sin consultarlo con nadie, en especial sin consultarlo con el Congreso de los Estados Unidos"; "Que los padres fundadores pensaron que sería buena idea dejar la libertad de todos en manos de cinco jueces nombrados de por vida por el gobierno"; "Que la socialización de los servicios de salud hará disminuir los costes de la atención sanitaria"; "Que las recesiones y las depresiones son causadas por repentinos estallidos de codicia y por el espíritu animal"; "Que los capitalistas se enriquecen vendiendo a la gente productos dañinos o perjudiciales que ponen sus vidas en peligro"; "Que el Presidente tiene constitucionalmente derecho a ordenar el asesinato de ciudadanos norteamericanos si los considera sospechosos de ser combatientes enemigos"; etc ...

Tras dedicar toda su carrera a extender esas absurdas mentiras, la aparición de personas educadas, formadas e instruidas como el congresista Ron Paul aterroriza por completo a los "medios dominantes" ya que, de una vez por todas, amenaza con exponer sus manejos como el fraude y el enemigo de la sociedad que en realidad son. Esto también explica la hostilidad mostrada por el Estado y la mayor parte de los medios de comunicación respecto de sitios web dedicados a apoyar la causa de la libertad, en particular, y respecto de Internet, en general. La existencia de fuentes de información desprovistas de guardianes que restrinjan el libre acceso a la misma amenaza con hacer saltar en pedazos el imperio de mentiras sobre el que descansan todos los poderes del Estado.

SECCIÓN 3.- CENTRALIZACIÓN FRENTE A LIBERTAD

CAPÍTULO 16.- Libertad y Federalismo

Los norteamericanos -y la mayor parte del resto del mundo- se han visto privados de uno de los más importantes mecanismos para asegurar y mantener una sociedad libre, a saber, el federalismo o los derechos de los Estados. No es algo meramente accidental que los derechos de los Estados se hayan visto relegados a la memoria o que hayan sido denigrados como instrumentos racistas. La tradición *Jeffersoniana* consistente en otorgar derechos a los Estados fue, y sigue siendo, la clave para entender porqué **Thomas Jefferson** creía que el mejor gobierno es aquél que gobierna menos y que un gobierno constitucionalmente limitado era, en efecto, posible. Los enemigos de la libertad se han opuesto siempre y en todo lugar a la descentralización política y se han mostrado siempre partidarios del monopolio del poder político.

¿Qué son los derechos de los Estados?

La idea de asignar derechos a los Estados está íntimamente asociada a Thomas Jefferson y a sus herederos políticos. El propio Jefferson nunca sostuvo la idea de que "los Estados tengan derechos", que siempre ha sido un concepto vacío. Por supuesto que los Estados no tienen derechos, solo los individuos los tienen. La esencia de la idea de Jefferson es que si se quiere que el pueblo sea quien detente el poder sobre su propio gobierno y que no se convierta en su siervo, entonces, debe existir algún instrumento que le permita controlar al gobierno. Ese instrumento, en la tradición Jeffersioniana, son las comunidades políticas organizadas en los ámbitos estatal y local. Así es como el pueblo puede supervisar, controlar, disciplinar e incluso abolir, si es necesario, a su propio gobierno.

Fue Jefferson, después de todo, quien escribió en la *Declaración de Independencia* que los poderes de un gobierno justo provienen solamente del consentimiento del pueblo, y que siempre que el gobierno abusa de los derechos del pueblo, del derecho a la vida, a la libertad y a alcanzar la felicidad, es obligación de éste abolir ese gobierno y sustituirlo por otro distinto. El pueblo para este fin obraría de la misma forma a como lo hizo cuando adoptó la Constitución: mediante convenciones políticas organizadas por los Estados. Los Estados, al fin y al cabo, eran considerados por la generación que fundó Norteamérica como naciones independientes en el mismo sentido que lo eran Gran Bretaña y Francia. La *Declaración de Independencia* concebía a los Estados específicamente como "libres e independientes", con la independencia suficiente para exigir impuestos y hacer la guerra, como lo haría cualquier otro Estado.

Es por ello por lo que los herederos políticos de Thomas Jefferson, demócratas sureños de mediados del siglo XIX, mantuvieron convenciones políticas (y elecciones populares) en los Estados para decidir si continuarían o no formando parte de la unión voluntaria alumbrada por los padres fundadores. Es también por eso que los federalistas de *Nueva Inglaterra* celebraron en 1814 una convención política en *Hartford, Connecticut*, cuando consideraron separarse de la Unión y decidieron finalmente rechazarla. El artículo 7 de

la *Constitución de los Estados Unidos* explicaba que los Estados podían unirse o no a la Unión en función de los votos adoptados en las convenciones políticas estatales por los representantes de las varias comunidades que hubiera en cada Estado (no por las legislaturas de los Estados) y, si nos atenemos a la letra de la Declaración de Independencia, también tenían el derecho a votar la secesión respecto del gobierno (del Estado) para crear uno nuevo si así lo hubiesen querido.

Jefferson no solo fue el autor de la declaración de secesión de Norteamérica respecto del Imperio Británico. En su *Kentucky Revolves (Resolución de Kentucky) de 1798* defendió la idea de la *nulificación* o anulación de las leyes que se considerase que fueran inconstitucionales y también creyó que la *Décima Enmienda a la Constitución* ("Los poderes no delegados a los Estados Unidos por la Constitución, ni prohibidos a los Estados por ella, están respectivamente reservados a los Estados o al pueblo") era la piedra angular de todo el documento. Era un "*construccionista estricto*" que creía que se debería dedicar todos los esfuerzos para conseguir que el gobierno central solo poseyese aquellos poderes que le hubiesen sido delegados por los Estados en el artículo 1, sección 8ª.

Los derechos de los Estados, o sea el *Federalismo*, nunca significaron que los políticos de los gobiernos de los Estados fuesen considerados de algún modo más inteligentes o de mayor moralidad o menos corruptos que los políticos nacionales. La idea siempre fue que (1) es más fácil que el pueblo pueda vigilar y controlar al gobierno cuanto más próximo esté de él y que (2) un sistema descentralizado de gobierno que consistiera en numerosos Estados que se hallaran en competencia unos con otros, facilitaría a los ciudadanos una escapatoria ante la tiranía de un gobierno más centralizado o monopolístico. Si supongamos, *Massachussets* crease una teocracia estatal, quienes no quisieran vivir bajo esa teocracia (o cualquier teocracia) podrían escapar a Virginia, Pennsylvania o algún otro Estado. La idea de los derechos de los Estados nunca fue concebida por los Jeffersonianos para crear un laboratorio de experimentación con las políticas gubernamentales, como han afirmado algunos científicos políticos contemporáneos. Eso sería tratar a la gente como si fueran ratas enjauladas en un laboratorio y no es probable que fuese así como Jefferson gustara verse a sí mismo.

La secesión o la amenaza de secesión siempre se concibió como un medio dirigido a mantener dos cosas: la unión de los Estados y un gobierno constitucional. La idea era que el gobierno central, al ser consciente de que las leyes inconstitucionales podrían llevar a la secesión o a su anulación, probablemente solo propondría leyes constitucionales. La anulación y la amenaza de que pudiera declararse, tenían los mismos efectos. Es por ello por lo que el gran historiador británico de la libertad, **Lord Acton**, escribió lo siguiente al **General Robert E. Lee** el 4 de noviembre de 1866, diecisiete meses después de que éste se rindiera en *Appomattox*:

> "Veo en los derechos de los Estados el único control sobre el absolutismo de la voluntad soberana y la secesión me llenó de esperanza, no por ser

> la destrucción sino la salvación de la Democracia. Las Instituciones de su República (refiriéndose a la Constitución Confederada) no han desempeñado en el Viejo Orden la influencia salvadora y liberadora que les debería haber correspondido a consecuencia de los defectos y al abuso de los principios para cuyo remedio la Constitución Confederada estaba expresamente concebida. Creí que el ejemplo de la gran Reforma habría bendecido a todas las razas de la humanidad estableciendo una auténtica libertad, desprovista de los peligros innatos y de los desórdenes propios de las Repúblicas. Por consiguiente consideré que Usted estaba combatiendo las batallas de nuestra libertad, nuestro progreso y nuestra civilización; y lamento más profundamente todo cuanto se perdió en *Richmond* más de lo que celebro cuanto se salvó en *Waterloo*".

Además de ver el derecho de secesión como el único "medio" por el que el pueblo podría efectivamente detener a un gobierno tiránico, Lord Acton estaba también refiriéndose a cosas tales como eliminar de la Constitución Federal de los Estados Unidos la "*cláusula del interés general*" (para otorgar poderes extraordinarios a la Confederación) que preveía la Constitución Confederada; un único mandato de seis años para el Presidente; la prohibición de tarifas proteccionistas y de las ayudas a las empresas (con excepción del dinero destinado al dragado de los puertos); y en general, un sistema de gobierno más descentralizado. Por supuesto, nunca se permitió que ese sistema se hiciera realidad dado que los Estados Confederados fueron invadidos por el mayor ejército que jamás se hubiese visto hasta aquel momento en la historia del mundo e hicieron lo que los Estados siempre hacen en esas situaciones, a saber, confiscar recursos y centralizar el poder para llevar adelante una guerra defensiva.

El General Lee entendió lo que decía Lord Acton y estuvo de acuerdo con él. En una carta fechada el 15 de diciembre de 1866, el **General Lee** le contestó lo siguiente:

> Aunque he considerado que la conservación del poder constitucional del Gobierno General es el fundamento de nuestra paz y seguridad interior y exterior, sin embargo, creo que el mantenimiento de los derechos y de la autoridad reservados a los Estados y al pueblo, no son solo esenciales para el ajuste y equilibrio del sistema general, sino que son la salvaguardia de la subsistencia de un gobierno libre. Lo considero como la fuente principal de la estabilidad de nuestro sistema político, mientras que la consolidación de los Estados en una gran república, seguro que será agresiva hacia el exterior y despótica internamente, será la segura precursora de la ruina que ha aplastado a todos cuantos la precedieron (énfasis añadido).
>
> Acton y Lee fueron proféticos en su intercambio de correspondencia: la centralización del poder del gobierno que fue el sello de los sistemas políticos del mundo a finales del siglo XIX y durante el siglo XX resultó ser una plaga para la humanidad además de ser el requisito previo para la adopción del fascismo y de todas las demás formas de socialismo, incluido el comunismo.

CAPÍTULO 17.- Los Orígenes de la Nulificación

Los defensores de la centralización el poder en manos del gobierno desprecian la idea *Jeffersoniana* de la 'nulificación', esto es, la idea de que los ciudadanos de uno o varios Estados deben tener algo que decir respecto de la constitucionalidad de las leyes federales y deben tener la posibilidad de anular en su Estado aquellas leyes que consideren que son inconstitucionales.

Esta idea fue popular entre los colonos americanos, pero está más íntimamente asociada a **Thomas Jefferson** y a **James Madison**, autores de las resoluciones de Virginia y de Kentucky de 1798. Jefferson, a petición de unos amigos de Kentucky, redactó la *Kentucky Revolve* ("*Resolución de Kentucky*") que concibió como un instrumento para anular la odiada ley contra la Sedición (*Sedition Act*) que había impuesto el Presidente **John Adams**, "*La ley contra la Sedición*" efectivamente declaraba ilegal que se criticara al gobierno federal.

Tan pronto como el Partido Republicano alcanzó el poder -y una vez retirado **George Washington-**, logró efectivamente erradicar la libertad de expresión política en América en clara violación de la *Primera Enmienda*. La chispa que encendió ese impulso totalitario fue un editorial del nieto de **Benjamin Franklin**, **Benjamin Franklin Bache,** editor del periódico *Philadelphia Aurora*. Bache era un seguidor de Jefferson y de su *Partido Demócrata- Republicano* que se oponía abiertamente al programa federal de estatismo económico, es decir: tarifas proteccionistas, un banco nacional, ayudas a las empresas, elevados impuestos y una gran deuda pública. En un editorial llamó a John Adams "viejo, pendenciero, calvo, ciego, tullido, desdentado Adams".

Se dice que **Abigail Adams** se enfadó mucho por la caracterización que Bache hizo de su marido y junto a los periódicos de tendencia federalista empezó a instigar que Bache fuese castigado. El resultado fue la *Ley de Extranjería y contra la Sedición* (*Alien and Sedition Act*). La ley contra la sedición fue aprobada el 14 de julio de 1798 y en ella se tipificó como constitutiva de delito la conducta de quienes "escribieran y publicasen falsedades, escándalos y hechos maliciosos del gobierno, de sus miembros o de sus funcionarios". Por supuesto que sería el propio gobierno quien decidiría qué escritos deberían ser considerados impropios o ilegales, como sucedería después en todas las sociedades totalitarias. La ley se redactó de forma que dejara de estar vigente el día que John Adams abandonara el gobierno para que tan solo pudiera emplearse contra miembros y simpatizantes del partido de Jefferson.

Muchos Jeffersonianos estaban molestos por las ostentosas y regias muestras de grandeza que exhibía la familia de los Adams y no se escondían en sus frecuentes críticas. En el mes de noviembre de 1798 un hombre llamado **David Brown** plantó una estaca en *Dedham, Massachussets*, con un letrero que, en defensa de la libertad, decía: "No a la ley del Timbre, No a la Ley de Sedición, No a las leyes de Extranjería, No al impuesto sobre la propiedad de la tierra, Abajo los tiranos de América; Paz y retiro para el

Presidente; Larga vida al Vice-Presidente (Jefferson)". Por ello fue multado y sentenciado a dieciocho meses de prisión.

Varias docenas de redactores de periódicos que apoyaban a Jefferson fueron arrestados por criticar al gobierno en aplicación de la Ley de Sedición. Además, turbas de partidarios del Partido Federalista atacaron con frecuencia a los periódicos y a las empresas editoras que simpatizaban con el Partido Demócrata-Republicano o que criticaban a John Adams. El Federalista **Roger Griswold**, un congresista de Connecticut, hallándose en el interior del Congreso, atacó al congresista **Mathew Lyon** de *Vermont* golpeándole con un bastón de nogal americano después de que Lyon criticase a los Federalistas por estar "en oposición a los intereses y opiniones de nueve décimas partes de sus constituyentes".

Después de que Lyons escribiera un artículo periodístico sugiriendo que Adams mostraba "ilimitada ansia por una pompa ridícula, por una demencial adulación y un avaricioso egoísmo", la Administración de Adams convocó un gran jurado y denunció a Lyons. Quien a pesar de ser un veterano de la guerra revolucionaria, se vio forzado a caminar con grilletes por las calles de su ciudad natal y fue después encarcelado. Estando en prisión, se presentó a las elecciones y fue holgadamente reelegido.

Este es el tipo de comportamiento despótico que motivó que Jefferson escribiese la *Resolución de Kentucky de 1798*. La Sección Primera de su famoso "Resultando" reza como sigue:

> Dado, que los varios Estados que componen los Estados Unidos de América no se encuentran unidos sobre los principios de ilimitada sumisión a su Gobierno General.
>
> (Resultando) que de común acuerdo, con el estilo y bajo el título de Constitución de los Estados Unidos de América, con sus enmiendas, constituyeron un Gobierno General para fines especiales, al que delegaron ciertos finitos poderes, reservándose cada Estado la masa residual de Derecho de su propio auto-gobierno.
>
> (Resultando) que siempre que el Gobierno General asume poderes no delegados, sus actos carecen de autoridad, son nulos y su observancia o cumplimiento no es exigible ...
>
> (Resultando) que al Gobierno creado por ese común acuerdo no se le hizo juez último y exclusivo de la extensión de los poderes que le fueron delegados.
>
> (Resultando) que éso hubiera dejado a su discreción, y no a la Constitución, la fijación de los límites de sus poderes.
>
> (Resultando) que, como en los demás casos en los que existe un pacto entre varias partes, que carecen de un Juez común, cada parte tiene el mismo derecho a juzgar por sí misma, tanto las infracciones como la forma y medida de corregirlas.

La *Virginia Resolve*, obra de **Madison**, era casi idéntica. Cuando Jefferson fue elegido presidente, la *Ley de Sedición* resultó derogada. El nuevo presidente puso inmediatamente fin a todas las acusaciones federales que estaban en trámite y perdonó a quienes habían sido condenados bajo la Ley de Sedición, incluso al congresista Lyons.

Durante la presidencia de Jefferson, los Federalistas de *Nueva Inglaterra* utilizaron la *Resolución de Kentucky* para anular el embargo comercial que Jefferson había impuesto después de que la Marina Británica empezara a secuestrar buques y marinos americanos para emplearlos en su guerra contra Francia. El 5 de febrero de 1809 la legislatura de *Massachussets* declaró que el embargo "no era legalmente vinculante respecto de los ciudadanos de su Estado" y denunció la ley por ser, como describe **James J. Kipatrick** en "*The Sovereign States*","injusta, opresiva e inconstitucional" Todos los Estados de Nueva Inglaterra, incluido Delaware, 'nulificaron', o sea, declararon nula la ley de embargo.

Cuando estalló la guerra de 1812, los Federalistas de Nueva Inglaterra se separaron de hecho de la unión no participando en la guerra. El instrumento político de su postura anti-bélica fue la nulificación. Como declaró la asamblea del Estado de Connecticut, y recoge Kilpatrick:

> No se debe olvidar que el Estado de Connecticut es un Estado LIBRE, SOBERANO E INDEPENDIENTE y que los Estados Unidos son una República confederada y no consolidada (única). El Gobernador de este Estado tiene la elevada y solemne obligación de "mantener sus plenos y legítimos derechos y privilegios como Estado soberano, libre e independiente" que es, "para hacer cumplir la Constitución de los Estados Unidos". Y la obligación de hacerla cumplir impone la obligación adicional de respetar lo primero. El edificio no puede tenerse en pie si los pilares sobre los que se asienta están dañados o en ruina.

Esta afirmación no hacía sino reproducir la interpretación que hacía Jefferson de que los derechos que la Constitución reconoce a los Estados derivan de un pacto entre Estados. El mismo razonamiento se utilizó después cuando Carolina del Sur anuló la Ley de 1828 conocida como "*Ley de las abominables tarifas*" ("*Tariff of Abominations Act*"); por los ciudadanos del Estado de Ohio en su lucha contra el intento del *Bank Of The United States* de abrir sucursales en ese Estado; y por los gobiernos de Wisconsin y varios otros para anular la *Ley de Esclavos Fugitivos de 1850.* Nunca fue un ardid ideado por los dueños de esclavos "justificar" la esclavitud, como algunos historiadores contemporáneos, ineptos o deshonestos, han afirmado fraudulentamente.

CAPÍTULO 18.- Lo que realmente se celebra el 4 de julio

La mayoría de norteamericanos parece que no es consciente del hecho de que una de sus fiestas favoritas, el cuatro de julio, si se examina con rigor, celebra un acto de violenta secesión. El día de la independencia se celebra la secesión de los colonos respecto del *Imperio Británico, la primera guerra de secesión americana.*

La más prominente figura de los secesionistas, **Thomas Jefferson**, fue muy claro en lo que quería decir cuando redactó la declaración de secesión, más conocida como *Declaración de Independencia*: El gobierno deriva sus justos poderes del consentimiento de los gobernados, escribió, y siempre que ese consentimiento le es retirado, el pueblo tiene el derecho y el deber de "cambiar o abolir" ese gobierno y de "instituir un nuevo gobierno".

En su primer discurso inaugural el Presidente Jefferson defendió el derecho de secesión al declarar que: "si hubiese entre nosotros quienes quisieran disolver esta Unión o cambiar su forma republicana ¡Dejadles hacerlo! Cual monumento para rendir homenaje a la garantía de que el error de opinión puede ser tolerado allí donde solo la razón queda para combatirlo". Para Jefferson debatir la cuestión de la secesión era admisible pero no utilizar la fuerza del gobierno para detenerla (Compárese con las amenazas de **Abraham Lincoln** de "invadir" y "dar un baño de sangre" a cualquier Estado que intentase separarse de su primer discurso inaugural).

Con el tiempo Jefferson nunca cambió de opinión respecto de la importancia que tenía el derecho de secesión como instrumento de libertad. Consideró a todos los norteamericanos, con independencia de su lugar de residencia, como parte de la misma "familia" y nunca habría contemplado la oposición violenta a cualquier Estado o región que hubiese querido separarse de la unión. En una carta fechada el 29 de enero de 1804 y dirigida al **Dr. Joseph Priestly** escribió:

> Ya permanezcamos a una única Confederación o ya formemos las Confederaciones del Atlántico y del Mississippi, creo que no sería algo importante para la felicidad de cualquiera de las partes. Los de la Confederación occidental en el futuro estarían tan identificados con aquel país como lo estarían con este último; y aún cuando yo previera que fuese a producirse una separación en un tiempo futuro, aún así, debería sentir como míos el deber y el deseo de promover los intereses del Oeste con tanto afán como los del Este, obrando tan bien como pudiera por ambas porciones de nuestra futura familia ...

En una carta que envió a **John Breckenridge** de 12 de agosto de 1803, Jefferson trató de esa misma cuestión en el contexto del intento de secesión de los Federalistas de Nueva Inglaterra para crear su propia confederación, como reacción a la compra de *Louisiana* a la que se oponían vehementemente. Si tuviese que producirse una "separación", escribió Jefferson, entonces que "Dios los bendiga a ambos y, si fuera por su bien, que sigan unidos; pero que se separen, si fuese mejor".

Originalmente, la unión de los padres fundadores era una unión voluntaria basada en el consentimiento del pueblo de Estados libres, soberanos e independientes. No era una unión que se mantuviera mediante la violencia, la intimidación, la censura y la invasión militar. Eso es lo que fue la Unión Soviética y en lo que se convirtió la Unión Americana en la era posterior a 1865.

CAPÍTULO 19.- La elección de los senadores de los Estados Unidos fue una mala idea

La elección popular de los senadores de los Estados Unidos permite a un pequeño contubernio de ricos plutócratas ejercer una desproporcionada influencia sobre la política del gobierno. Esto se debe a que para ser elegido senador del Senado de los Estados Unidos se necesita contar con millones de dólares para financiar los anuncios televisados, los asesores de campaña, los publicistas y los demás elementos que son precisos para participar en las modernas campañas electorales. Por ello, quienes más contribuyen a financiar las campañas -y algunos de ellos ni siquiera son ciudadanos americanos- hace tiempo que tienen a los Senadores de los Estados Unidos "en el bolsillo". Y los intereses de esos donantes no siempre coinciden con lo que más interesa a los electores del Estado que ha de elegir a sus senadores.

No siempre sucedió así. El sistema original pergeñado por la Constitución atribuía la elección de los senadores de los Estados Unidos a los legislativos de los Estados. Los senadores no fueron elegidos mediante el voto popular hasta 1913 que fue el año en el que se ratificó la *17ª Enmienda.*

El Profesor **Ralph Rossum** del *Claremont McKenna College* explicó la lógica que animaba al sistema de designación senatorial en su libro "*Federalism, The Supreme Court and The Seventeenth Amendment*" ("*Federalismo, la Corte Suprema y la Decimoséptima Enmienda*"). Los padres fundadores intentaron que las legislaturas de los Estados nombrasen a los senadores y luego dieron unas instrucciones acerca de cómo debería votarse en el Congreso. Lo diseñaron así para evitar que intereses especiales corrompiesen a los senadores. El profesor Rossum escribió que "Durante la Convención Constitucional y las convenciones de ratificación se mencionó reiteradamente que las legislaturas tenían la facultad de dictar instrucciones a los senadores y siempre se asumió que existía esa posibilidad".

En la convención de ratificación de New York, **John Jay**, uno de los autores de los "*Federalist Papers*" dijo que "El Senado ha de estar formado por hombres nombrados por las legislaturas de los Estados ... Supongo que también les darán instrucciones, que habrá una correspondencia permanente entre los senadores y los miembros del ejecutivo de los Estados". En la convención de ratificación de Massachussets **Fisher Ames** se refirió a los senadores de los Estados Unidos llamándolos "embajadores de los Estados". **James Madison** escribió en el número 45 de los "*Federalist Papers*" que gracias a este sistema de nombramiento de senadores, el Senado de los Estados Unidos "no se vería inclinado a invadir los derechos de los Estados individualmente considerados o las prerrogativas de sus gobiernos". En el número 62 del "*Federalist*", Madison escribió también que el sistema de designación "dio a los gobiernos de los Estados una representación en la formación del gobierno federal que debería asegurar la autoridad de este último". En otras palabras estaba dirigido a favorecer la posibilidad de

que los ciudadanos de los Estados fueran los amos en vez de los siervos de su propio gobierno central.

Cuando Kentucky y Virginia anularon las *Leyes de Extranjería y de Sedición,* las *resoluciones de Kentucky y Virginia,* emanadas de los legislativos de los Estados, instruyeron a los senadores del Senado de los Estados Unidos elegidos por esos Estados para que rechazaran esas leyes. El sistema de nombramiento de senadores por los Estados condujo muchas veces a la posterior dimisión de senadores al renegar éstos de sus promesas de permanecer fieles a los deseos de la legislatura de su Estado. **John Quincy Adams** renunció a su puesto en el Senado de los Estados Unidos para apoyar el embargo comercial acordado e impuesto por la Administración del Presidente Madison al que la legislatura de su Estado se oponía. El senador **David Stone** de Carolina del Norte dimitió en 1814 después de que la legislatura de su Estado no aprobase su colaboración con los Federalistas de Nueva Inglaterra en varias cuestiones legislativas. El Senador **Peleg Sprague** de Maine, renunció en 1835 tras negarse a seguir las instrucciones del legislativo de su Estado en el sentido de oponerse a la constitución del "*Second Bank Of The United States*".

Cuando el Senado de los Estados Unidos censuró al Presidente **Andrew Jackson** por haber vetado la constitución del Banco, siete senadores dimitieron antes que cumplir con las instrucciones que habían recibido de las legislaturas de sus respectivos Estados en el sentido de votar contra la censura al Presidente Jackson. Uno de ellos fue el Senador **John Tyler** de Virginia, quien se convertiría en Presidente de los Estados Unidos en 1841.

El sistema original de nombramiento de los senadores del Senado de los Estados Unidos por los legislativos de los Estados cumplió exactamente aquello que estaba llamado a lograr: limitar las proclividades tiránicas del gobierno central. Como escribió el profesor **Todd Sywicki** de la *George Mason University* en un ejemplar de 1997 de la revista "*Cleveland State Law Review*", "el Senado jugó un papel activo a la hora de preservar la esfera de soberanía e independencia de acción de los gobiernos de los Estados" durante la era anterior a la *Decimoséptima Enmienda de 1913*. "En vez de delegar la autoridad para hacer leyes en Washington D.C., los legisladores de los Estados insistieron en mantener dicha autoridad cerca de su respectivo Estado ... Como resultado, a largo plazo el tamaño del gobierno federal permaneció siendo bastante estable y relativamente pequeño durante el período previo a la *17ª Enmienda*". Ésta, por supuesto, es también la razón por la que hubo una cruzada durante varias décadas para terminar con el sistema de nombramiento legislativo de senadores y sustituirlo por las elecciones directas. El "Dios" de la democracia ofreció un inteligente subterfugio a quienes abogaban por un poder ilimitado en manos de un gobierno central.

CAPÍTULO 20.- Falsa virtud: La política de mentir sobre la Historia

En 1961 la revista *Life* invitó al ganador del premio *Pulitzer*, el poeta y novelista **Robert Penn Warren** [autor de “*Todos los hombres del Rey*” ("*All the King's Men*") y de otras diecinueve novelas], para que escribiera acerca de los pensamientos que le evocaba la guerra civil con ocasión del centenario de ese evento. Warren contestó con un largo ensayo sobre "*El valor simbólico de la guerra*" que se publicó eventualmente como un pequeño libro en rústica titulado "*El Legado de la Guerra Civil*" ("*The Legacy of the Civil War*").

Siendo Warren un autor muy anterior a la época en que la plaga de la corrección política dominara la sociedad americana, escribió que, además de la cuestión de la extensión de la esclavitud a los nuevos territorios, en 1861 había un "tejido de causas" para la guerra, incluida la disputa sobre la constitucionalidad de la secesión, "la creciente deuda del Sur con los Estados del Norte, la rivalidad económica, los temores del Sur a verse rodeado, las ambiciones del Norte, los choques culturales, ..."

Robert Penn creía que, aparte de la cuestión de la esclavitud, la guerra tuvo una miriada de causas económicas. "*Las tarifas Morrill de 1861* fueron realmente previas a los disparos de *Fort Sumter*, el símbolo de la victoria republicana y un presagio de lo que tenía que venir; y en los siguientes cuatro años no hubo sesión del Congreso en la que no saliera a relucir ese asunto arancelario".

Lo que Warren estaba diciendo es que tan pronto como la población del Norte creció lo bastante como para asegurarse el dominio sobre el Sur en el Congreso de la Nación, utilizó esa hegemonía (gracias a la amplia mayoría que tenía) para saquear económicamente al Sur con unos aranceles proteccionistas que beneficiaron principalmente a los fabricantes del Norte. Y esto tuvo lugar antes de Fort Sumter; los diez sucesivos incrementos de las tarifas que tuvieron lugar durante la Administración Lincoln y que aumentaron la tarifa media de un 15 % a casi un 50 %, fueron la base sobre la que se asentó la política del Partido Republicano, no las medidas para la financiación de la guerra. Tales tipos impositivos aún se mantuvieron durante otro medio siglo de supremacía política del partido republicano, hasta que se adoptó el Impuesto sobre la Renta en 1913.

"Aún más importante", escribe Warren, "fue el establecimiento de un sistema bancario nacional ... y la emisión a escala nacional de los billetes verdes (los *greenbacks*) ... y los subsidios del gobierno (a las empresas conectadas políticamente)". El sueño de Hamilton de una gran deuda nacional también se vio realizado, y esa deuda significó una nueva relación fiscal de los ciudadanos con el gobierno federal, incluido el nuevo Impuesto sobre la Renta". Todo ello centralizó mucho el poder en torno a Washington, D.C. y fue con certeza el resultado, si no el principal objetivo, de la guerra.

"De esa guerra nació el concepto de la *guerra total*", escribió, con referencia a la muerte intencionada y en masa de decenas de miles de civiles sureños y la completa destrucción de sus pueblos y ciudades unida al saqueo de propiedades privadas por valor de millones de dólares (y no se estaba refiriendo a las "propiedades de los esclavos"). Warren se burló del patético intento que hizo Lincoln por "justificar" el asesinato en masa de civiles citando un discurso de 1862 en el que Lincoln dijo que: "Los dogmas del tranquilo pasado son inadecuados al tormentoso presente ... Como nuestro caso es nuevo, hemos de pensar y actuar con originalidad". Esto es, "tenemos" que abandonar el código moral de las sociedades civilizadas, y del Derecho Internacional, que en los conflictos armados prohíben el asesinato de civiles (en su mayoría mujeres y niños). Considerando el hecho de que Lincoln suspendiera ilegalmente la garantía judicial del *habeas corpus*, arrestara en masa y encarcelara a decenas de miles de disidentes políticos en el Norte sin previo proceso judicial, cerrara cientos de periódicos de la oposición, deportase a un congresista de la oposición (**Clement Valandigham** de Ohio), amañara las elecciones en el Norte, orquestrara la secesión ilegal del oeste de Virginia y esencialmente se constituyera en dictador, la afirmación de Lincoln de "pensar con originalidad" también implicaba que la Constitución debía ignorarse.

Uno de los temas recurrentes de su obra, "*The Legacy of the Civil War*" ("*El Legado de la Guerra Civil*") , es que la guerra supuestamente confirió al Norte (que monopolizó el gobierno federal durante más de medio siglo después) un "*tesoro de virtud*". Ésta, dijo Warren, es "la herencia psicológica" que la guerra dejó al Norte. Escribió que "El hombre del Norte, se siente redimido por la Historia merced a ese Tesoro de Virtud". Tiene en el bolsillo no una indulgencia papal conferida por algún itinerante confesor de la Edad Media, sino una indulgencia, una indulgencia plenaria, por todos sus pecados pasados, presentes y futuros".

Así pues, ese supuesto "Tesoro de Virtud" colmaría al gobierno de los Estados Unidos con un extraordinario orgullo que se convertiría en la justificación de su guerra de genocidio contra los indios de las praderas que se extendió durante 25 años y empezó tan solo tres meses después de *Appotamox*; del saqueo de los sureños por más de una década después de la guerra bajo la risible rúbrica de "reconstrucción"; del asesinato de unos 200.000 filipinos por su oposición a convertirse en peones del imperio americano tras haberse librado del imperio español; para entrar en una guerra europea que no era asunto nuestro para supuestamente "hacer el mundo seguro y apto para la democracia" y etcétera ... Todo esto se hizo supuestamente en nombre de la virtud, de la libertad y de la democracia.

La farsa de la teoría del "*excepcionalismo americano*" fue definida con mayor exactitud por Robert Penn Warren como "narcisismo moral" que es "una pobre base de la política nacional". Aún así, fue la "justificación" para nuestras cruzadas de 1917-1918 y 1941-1945 y de nuestra diplomacia de la rectitud, con el eslogan de la rendición incondicional y la rehabilitación espiritual universal de los demás (énfasis añadido)".

Para poder presentarse como los *Seres Humanos De Más Elevada Moralidad de la Tierra* los norteamericanos tuvieron que olvidarse de muchos datos de su propia Historia -o más bien, que el sistema educativo, que el Estado controla y domina, eliminase ciertos contenidos o los distorsionase hasta hacerlos irreconocibles-. Según palabras del propio Warren:

> Se olvida que la plataforma Republicana de 1860 prometió proteger la institución de la esclavitud donde existiera, y que los Republicanos estaban dispuestos, en 1861, a garantizar la esclavitud en el Sur, como cebo a cambio de que retornase a la Unión. Se olvida que en julio de 1861, el Congreso, por votación casi unánime en ambas cámaras, afirmó que la guerra se conducía no para interferir con las instituciones de ninguno de los Estados sino solo para mantener la Unión. Se olvida que la Proclamación de Emancipación... era provisional y limitada: la esclavitud se iba a abolir solamente en los Estados que se habían separado y tan solo si no regresaran a la Unión antes del siguiente mes de enero.

Es más, también debe olvidarse, escribió Warren, que la mayor parte de los Estados del Norte "se negaron a conceder el derecho de sufragio a los negros" y que Lincoln era tan partidario de la supremacía de la raza blanca como cualquier hombre de su tiempo. "Se olvida que Lincoln, en Charlestown, Illinois, en 1858, afirmó formalmente que: "No soy, ni nunca he sido de ninguna manera partidario de la igualdad social y política de las razas blanca y negra".

Solo extirpando la verdadera historia de Lincoln y de su guerra, de los libros de Historia, puede verse la guerra como "acorde a esa doctrina del Tesoro de Virtud, como una cruzada acometida conscientemente con tanta rectitud que queda aún suficiente virtud remanente acumulada allá en el cielo, como los hechos de los apóstoles, para perdonar todos las pequeñas faltas y descuidos de los descendientes de aquellos cruzados, desde luego hasta la presente generación".

Warren citaba más adelante el comentario del historiador **Samuel Eliot Morison** según el cual un efecto de ese supuesto Tesoro de Virtud en Nueva Inglaterra (de donde Morison era originario) sería que "En la generación posterior a la guerra civil esa región ya no seguiría aportando profesores y hombres de letras a la Nación, sino que la dotaría de una camada de políticos de una nueva raza" obsesionados con aprovecharse merced a sus contactos políticos.

Con tal excedente de virtud, los Americanos solo tenían que anunciar sus intenciones políticas, sin siquiera considerar jamás una evaluación de si las políticas cumplían o no los objetivos que prometían cumplir.(como por ejemplo, hacer que el mundo sea un lugar seguro para la Democracia). "Ya que el hombre recto tiende a estar tan seguro de sus propias motivaciones que no tiene que examinar las consecuencias". Más aún, "el efecto que resulta de nuestra convicción respecto de nuestra virtud es hacer que automáticamente, y, por extraño que parezca, mintamos... y luego al intentar justificar la mentira, nos engañamos a nosotros mismos y transmutamos la mentira en una especie de verdad superior".

Robert Penn Warren creía que la mayoría de americanos estaban contentos creyendo todas esas mentiras respecto de su propia Historia que era el producto de la manipulación de especialistas en propaganda, y de su, a veces, a-histórica Historia". Los americanos en su mayor parte, "están dispuestos a ver la guerra civil como la fuente de nuestro poder y prestigio entre las naciones".

Desde que Robert Penn Warren escribió esas palabras en 1961, año tras año, las mentiras se han ido acumulando como copos de nieve en una tormenta de Colorado. Prestigio basado en una avalancha de mentiras es una descripción mucho más exacta de la política exterior norteamericana en la era posterior a la Guerra Civil de lo que lo pueda ser el "Excepcionalismo Americano", el canto de apareamiento de todos los neo-conservadores que tomaron el control del orden establecido en la Política exterior americana en los años 1980. Nadie debe sorprenderse de que cada uno de esos "pollitos de halcón", como se les llama a menudo (por defender guerras sin fin, sin que la mayoría de ellos haya estado jamás en el ejército), sea, entre otras cosas, un 'miembro de carnet' del culto a Lincoln.

CAPÍTULO 21.- Cómo (y porqué) se inventó el mito de Lincoln

En su libro de 2009, "*The Unpopular Mr. Lincoln*" ("*El impopular Sr. Lincoln*"). el historiador **Larry Tagg** utilizó miles de fuentes literarias originales para defender su tesis de que Lincoln fue, con diferencia, el presidente más odiado e insultado durante su vida. Tras su muerte Lincoln fue convertido en la figura del abuelito santurrón y amable con la que se le ha retratado siempre desde entonces. Este "maquillaje", como explica el profesor Tagg, fue resultado del trabajo de la máquina de propaganda del Partido Republicano con la importante ayuda del clero de Nueva Inglaterra.

Con respecto a como fue visto Lincoln por la gente del Norte -así como del resto del mundo- en vida, escribe Tagg:

> Es llamativa la violencia de las críticas dirigidas a Lincoln por los grandes hombres de su tiempo en ambos lados de la línea Mason-Dixon. La extensión y profundidad de los enormes prejuicios que se tuvieron contra él son con frecuencia chocantes por su crueldad, por su intensidad y por su implacable fuerza. La pura verdad es que el Sr. Lincoln fue profundamente injuriado por muchos de los que lo conocieron personalmente y por cientos de miles que tan solo oyeron hablar de él.

Larry Tagg no es ningún neo-confederado. Es nativo de Lincoln, Illinois, y en el preámbulo de su libro, reconoce estar agradecido a **Harold Holzer**, prominente estudioso de Lincoln. Llega incluso a decir que Lincoln durante su presidencia fue objeto de muchas denuncias en los Estados del Norte por ser un "tirano sanguinario" y un "dictador" por sus "detenciones arbitrarias, la suspensión del *habeas corpus* y el cierre de periódicos", entre otras cosas. Recoge una cita del abolicionista **Wendell Phillips** según la cual Lincoln fue "un hombre de primera clase entre los hombres de segunda". El historiador **George Bankroft** llamó a Lincoln "terco ignorante rodeado de algunos hombres casi tan ignorantes como él".

El periódico demócrata de Wisconsin The Lacrosse abogó por su asesinato cuando en un editorial de noviembre de 1864 publicó un editorial que rezaba: "Si Abraham Lincoln debe ser reelegido para otro mandato de cuatro años de una Administración tan desgraciada, confiamos en que, en aras al bien público, haya una mano atrevida que clave la daga en el corazón del tirano". El "New York Times" fue igual de duro cuando en su editorial de mayo de 1864 publicó: "Nunca hombre alguno fue en vida acusado de crímenes políticos de tal multiplicidad y enormidad como Abraham Lincoln. Ha sido denunciado un sin número de veces de perjurio, de usurpación, de tiranía, de subvertir la Constitución, de destruir las libertades de este país, de ser un desesperado peligroso, un hombre frívolo y sin corazón que se deleita presenciando las últimas agonías de una nación que expira". No hay lugar en el infierno, seguía diciendo The Times que esté "lo bastante colmado de tormentos para hacerle expiar sus iniquidades".

El capítulo más interesante del libro "*The Unpopular Mr. Lincoln*" es el epílogo final que

lleva por título: "El repentino santo". En él, el profesor Tagg explica como el Partido Republicano, con la ayuda del clero de Nueva Inglaterra, se sacó de la manga el mito de un "santo" y "bien amado" Abraham Lincoln. En lo que a ese partido concierne, el asesinato fue una suerte ya que le dio la oportunidad de deificar sus ambiciones políticas por un Gran Gobierno, o sea por la expansión del aparato del Estado, al unirlas a la figura de Lincoln que pronto iba a ascender a los altares. Como explica Tagg, el Partido Republicano "vio que su muerte era una bendición desde la perspectiva propagandista ya que podrían presentar a Lincoln como el defensor del Norte y de la libertad ...". Recoge una cita del senador de Iowa **James Grimes** según la cual la campaña de propaganda del partido para deificar a Lincoln tuvo tanto éxito que "ha hecho imposible que en adelante se diga la verdad acerca de Abraham Lincoln".

El profesor Tagg explica como fue el Secretario de Guerra **Edwin Stanton** quien decidió utilizar el funeral de Lincoln como una herramienta de propaganda de masas ya que "convirtió al cadáver del mártir en una muestra itinerante de la maldad sudista". La procesión del funeral siguió una ruta de 1.600 millas y Stanton prohibió que se ocultase el daño causado por el proyectil del asesino para que el cuerpo tuviese el aspecto más espantoso posible.

Muchos predicadores de Nueva Inglaterra, que solo unos meses antes habían maldecido a Lincoln, se embarcaron en la empresa de deificarlo. **Henry Ward Beecher** puede decirse que fue el mayor hipócrita de entre todos ellos. Había atacado despiadadamente a Lincoln desde su púlpito durante años, pero tras su muerte, escribe Tagg, "no hizo más que alabar a Lincoln".

El Partido Republicano siguió empleando las canallescas tácticas que había utilizado para atemorizar al público del Norte durante la guerra. "Los diarios Demócratas se dieron rápidamente cuenta de que si no se arrepentían de su oposición a Lincoln", escribe Tagg, "arriesgaban verse arruinados por bandas de maleantes como las que destrozaron sus oficinas en el primer verano de la guerra".

El Partido Republicano también dispuso de un ejército de simpatizantes organizado en bandas de matones que hicieron cuanto pudieron para censurar la libertad de expresión en el Norte, como también había hecho durante la guerra. Un observador del funeral de Lincoln "ovacionó a **Jefferson Davis**" y "fue atacado por los asistentes al funeral y casi despedazado". Se escuchó decir a un hombre en la recepción de un hotel de Chicago "le está bien empleado" e inmediatamente lo mataron a tiros frente a docenas de testigos. Pero "no hubo arresto alguno, nadie habría arrestado al hombre que hizo los disparos", dice Tagg.

Como documenta Tagg, muchos americanos del Norte fueron encarcelados por hacer observaciones parecidas. "En todas las ciudades los cerrojos de las puertas de las prisiones locales se cerraron sobre los hombres que celebraban con júbilo la muerte de Lincoln". El editor de un periódico de Maryland que se mostró crítico con Lincoln fue linchado por una muchedumbre. Como ya hicieran durante la guerra en el Norte,

bandas de matones del Partido Republicano visitaron las sedes de los periódicos de la oposición y "vaciaron su contenido en la calle en medio de los aplausos de una inmensa multitud".

La oposición al Partido Republicano en los medios de comunicación quedó prostrada por varias generaciones. Durante la "reconstrucción" el ejército de ocupación ordenó a los Ministros religiosos en los Estados del Sur que dieran sermones en los que santificaran a Lincoln y lo mismo ordenó a muchos diarios sureños. Desafiar esas órdenes significaba el "terror de la confiscación y del encarcelamiento", escribe el profesor Tagg. No es de extrañar que aparecieran "repentinas proclamaciones de la nobleza de Lincoln" por todo el Sur.

Así es como se inventó el mito de Lincoln y eso explica porqué el americano medio no sabe casi nada del más prominente Presidente de la nación.

CAPÍTULO 22.- La centralización lleva a los peores individuos a los puestos más altos del Estado

Todos los peores tiranos de la Historia que en el mundo han sido, fueron enemigos de los derechos de los Estados, del federalismo, y de la división de poderes. Los tiranos ambicionan monopolizar el poder político y esa monopolización del poder político no puede producirse si la gente tiene una vía de escape. Si uno quiere ejercer poderes dictatoriales sobre una sociedad, tiene que aplastar la disidencia, abolir las posibilidades de disidencia. **Adolf Hitler** demostró tener más maestría que cualquier otro tirano del siglo XX. En la página 566 de las 1.999 páginas de la edición de "*Mein Kampf" ("Mi Lucha")* de **Mariner/Houghton Mifflin**, Hitler se hizo eco de los puntos de vista de Lincoln, Hamilton, Story, Marshall y Webster cuando escribió:

> Los Estados individuales de la Unión Americana ... no podrían haber alcanzado por si mismos ninguna soberanía estatal. Porque no fueron esos Estados quienes formaron la Unión sino que, por el contrario, fue la Unión la que formó una buena parte de los así llamados Estados.

Con ello Hitler no hizo sino reiterar el argumento ya utilizado por Lincoln en su discurso inaugural del 4 de marzo de 1861 cuando dijo:

> La Unión es más antigua que la Constitución. Se formó, de hecho, en virtud de los "Artículos de la Asociación de 1774". Maduró y prosiguió con la "Declaración de Independencia" ... con los "Artículos de la Confederación de 1778"... y al establecerse la "Constitución" ... De esas ideas se infiere que ningún Estado puede por su propia iniciativa separarse legalmente de la Unión. Hitler escribió esas palabras para justificar su propia decisión de abolir los derechos de los Estados en Alemania, y, a tal fin, era natural que se refiriese a la novedosa teoría a-histórica de Lincoln para reforzar su tesis.

Hitler despreciaba a los denominados "Estados soberanos" de Alemania, porque, con su "impotencia" y "fragmentación", obstaculizaban el camino hacia un *Reich* centralizado. Durante siglos los europeos habían entendido que esa "fragmentación" constituía un medio de gran importancia para defender la libertad de la tiranía. Los europeos habían ido eliminando lentamente esas libertades mediante la centralización del gobierno y Hitler quería acelerar el proceso convirtiendo a toda Europa en un gran *Reich* administrado por él.

Hitler alabó al Canciller **Otto Von Bismarck** por haber demostrado tener "una gran visión de Estado" al disminuir gradualmente la soberanía de los Estados alemanes y haber fortalecido el poder del gobierno alemán. Es éste un desarrollo muy bienvenido, escribió Hitler, ya que el poder del Estado Central en Alemania estaba supuestamente amenazado por la "lucha entre la Centralización y el Federalismo, tan hábilmente propagado por los judíos en 1919-20 y más adelante, ...".

Más tarde condenó al Federalismo al calificarlo de ser "una alianza de Estados

soberanos que renuncian juntos a su propio libre albedrío, a la fuerza de su soberanía" para ceder parte de su soberanía (pero no toda) y formar la "federación común". Ésta fue una acertada descripción del sistema constitucional Americano original de derechos de los Estados o Federalismo, y Hitler hizo patente su extrema oposición al mismo.

Hitler escribió que Bismarck hizo un buen trabajo al destruir la mayor parte de los vestigios del Federalismo y de los derechos de los Estados en Alemania, pero no llegó lo bastante lejos. "Así que hoy este Estado (Alemania), para asegurar su propia existencia, está obligado a reducir más y más las derechos soberanos de las provincias individuales, no solo en razón a consideraciones materiales sino también por consideraciones de índole espiritual". Por tanto, de ello resulta una regla que es "esencial para nosotros, Nacional Socialistas", escribió Hitler: "un poderoso Reich nacional".

Adolf Hitler afirmó entonces el argumento de la "inevitabilidad": "Con certeza, todos los Estados del mundo se están moviendo en pos de una cierta unificación de su organización interna. Y en esto Alemania no será excepción. Hoy es absurdo hablar de una "soberanía estatal" referida a provincias concretas". Condenó la idea del Federalismo por ser obra de "oscuros intereses partidistas" y, lo que es más, prometió que los *Nacional Socialistas (Nazis),* eliminarían por completo todos los derechos de los Estados:

> Dado que para nosotros el Estado es solo una forma y que lo esencial es su contenido, la nación -la gente-, está claro que todo debe subordinarse a los intereses soberanos de ésta. En particular, nosotros no podemos reconocer soberanía de Estado y soberanía en lo tocante al poder político a ningún Estado individualmente considerado dentro de la nación y del Estado que la representa.

Hitler solicitó que "acabaran las dañinas federaciones de Estados individuales". En el futuro de Alemania, escribió, los Estados individuales ya no intervendrían en el "poder y la política de Estado". Y el *Nazismo* no es el "servidor" del pueblo de los "concretos Estados federados", siguió diciendo, al tiempo que predecía que "la doctrina *Nacional Socialista*" algún día guiará a la Nación Alemana a "reordenar la vida del pueblo". El pueblo está destinado a convertirse en servidor del Estado, no lo contrario. Hitler creía que éso solo se podría conseguir en Alemania aboliendo primero los derechos de los Estados.

CAPÍTULO 23.- El Gobierno mata: el capítulo que faltaba

En años recientes, los estudiosos han intentado documentar el alcance que han tenido en el siglo XX las acciones de los distintos Estados dirigidas a asesinar en masa a sus propios ciudadanos. Estas no son estimaciones de muertes ocasionadas por guerras, sino de muertes de disidentes políticos. Los más destacados trabajos son los del sociólogo **R.J. Rummel**, "*Power Kills*" ("El poder mata") y "*Death by Government" ("Muerto por el Gobierno*"), y "*The black book of Comunism" ("El libro negro del Comunismo*") de una colección de autores franceses.

La razón principal de esos "*democidios*", como los denomina el profesor Rummel, es la de eliminar toda oposición al régimen gobernante y a su ideología. Según "El libro negro del Comunismo", los *Gulags* "que se resistieron en Rusia a la colectivización (de sus propiedades) fueron fusilados y los demás deportados". Cuando la población rural de Ucrania se resistió, **Stalin** provocó una hambruna que mató a unos seis millones de ucranianos en unos poco meses. Los mismos crímenes fueron cometidos por los regímenes de **Mao Tse Tung**, **Kim Il Sung** y **Pol Pot**, entre otros. En todos los casos, la razón de esos asesinatos en masa fue la de eliminar a quienes se resistían a la centralización del poder político y a la planificación centralizada de sociedades enteras.

"*El Libro Negro del Comunismo*" estimó que los *soviets* asesinaron por lo menos a veinte millones de conciudadanos; los socialistas chinos mataron a 65 millones; los socialistas vietnamitas mataron a un millón; los comunistas norcoreanos mataron a dos millones; un millón murió en la Europa del Este; 150.000 en América Latina; 1,7 millones en África y 1,5 millones en Afganistán. Además de esto, el Profesor Rummel incluyó en sus estimaciones a 21 millones de civiles asesinados por el gobierno *Nazi*.

En su obra "*Power Kills*" ("*El Poder mata*") el profesor Rummel escribe que los regímenes "democidas" tienden a ser aún más perversos con su propio pueblo cuando a su poder político se le une "una ideología absolutista" como es el socialismo. Y señala que cuando los gobernantes de esos regímenes concluyen que la existencia de un grupo social es incompatible con sus creencias y objetivos, sus poderes totalitarios les permiten destruirlo. Según el profesor Rummel, la guerra o la rebelión han facilitado con frecuencia una excusa conveniente y han dado cobertura a semejantes "democidios".

A la luz de esos razonamientos, parece que en todo cuanto se ha escrito sobre "democidios" existe una omisión que resulta llamativa, a saber, la de 350.000 ó más residentes de los Estados del Sur que murieron como resultado de la invasión y de la guerra total que el gobierno de Lincoln libró contra ellos desde 1861 a 1865. Los historiadores durante mucho tiempo cifraron los muertos de guerra del Sur en 300.000 personas, mientras que el historiador **James Mc Pherson** estima que murieron además unos 50.000 civiles sureños, en su mayoría mujeres y niños. Nuevas estimaciones de la literatura histórica sostienen que el número real de muertes puede estar más cerca de 450.000.

Lincoln nunca admitió que los Estados del Sur estuvieran fuera de la Unión y que la secesión fuese legítima. Adujo que la secesión de los Estados del Sur era una mera "rebelión" de una minoría radical y era por consiguiente ilegítima. Siempre consideró a todos los sureños, desde **Robert E. Lee** al más humilde de los granjeros, como ciudadanos americanos. Por consiguiente, su guerra total contra sus propios ciudadanos puede calificarse como un acto de democidio tal y como lo define el Profesor Rummel.

La ideología que los Sureños rechazaban era la perpetua Unión "mística", como la llamó Lincoln, de la que nunca pudiera haber ninguna salida. Creían que la Unión era voluntaria, que los Estados eran independientes, libres y soberanos, y que tenían el derecho de adherirse o no a la Unión. Lincoln era un Ultra-Nacionalista que no comulgaba con esa visión y que estaba dispuesto a utilizar los poderes del Estado para matar a cientos de miles de sus propios ciudadanos para "probarse" a si mismo que era él quien tenía razón.

La población de los Estados Unidos en 1861 era de alrededor de una décima parte de la que fue a principios del siglo XX. En proporción a la población actual, el número de sureños que murieron como resultado de la guerra total que se libró contra ellos sería hoy equivalente a 3,5 millones. Eso haría parecer al régimen de Lincoln como significativamente peor que el régimen de Pol Pot en Camboya. Si se aceptan las nuevas estimaciones que elevan a 450.000 el número de sureños muertos, entonces, en términos de democidio, el régimen de Lincoln habría sido más del doble de malo que los regímenes comunistas de Pol Pot y de Corea del Norte y cuatro veces peor que el de los comunistas Vietnamitas.

CAPÍTULO 24.- El Nacimiento del Imperialismo Americano

En el libro "*The Costs of War*" ("*Los Costes de la Guerra*" publicado por John Denson), el historiador **Joseph Stromberg** se refiere a la guerra hispano-americana de 1898 como un primer ensayo de lo que sería el Imperio Americano. La guerra no tenía nada que ver con la defensa nacional y fue puramente un acto de imperialismo de parte del gobierno norteamericano, que tomó el control de Cuba, Puerto Rico, Guam y las Islas Filipinas. Llevó al reconocido historiador de finales del siglo XIX, **William Graham Sumner** de Yale, a componer un famoso ensayo titulado "*La conquista de los Estados Unidos por España*". El ensayo describía como la guerra transformó a América, que de ser una República se convirtió en un Poder Imperial, exactamente igual que el viejo Imperio Español al que derrotó en la guerra.

Sumner también vaticinó lo que iba a venir y lo que América es hoy: el policía del mundo, con presencia militar en más de cien países e involucrado en los asuntos de casi todo el mundo. Como escribió en su obra "*War and other essays*" ("*La Guerra y Otros Ensayos*"):

> Nos contaron que necesitábamos tener Hawaill para asegurar California ¿Qué hemos de tener ahora para asegurar las Filipinas? ... Tendremos que tomar China, Japón y las Indias Orientales ... para 'asegurar' lo que tenemos. Por supuesto esto quiere decir que ... hemos de conquistar toda la tierra para estar seguros en cualquier parte de ella, y la falacia se hace patente.

El análisis de Stromberg acerca de la importancia de la guerra Hispano-Americana como "ensayo" del imperialismo americano es un análisis astuto, pero el verdadero ensayo ocurrió en realidad más de treinta años antes durante lo que Stromberg llamó la guerra del gobierno de los Estados Unidos contra las "naciones independientes interiores", es decir, los indios de la llanura. Allí es donde se fraguó el verdadero molde del imperialismo americano, con su demonización de los indios como "bestias salvajes" inhumanas; el asesinato en masa y sin distinción de hombres, mujeres y niños y de todo animal viviente; y la política de rendición incondicional. En efecto, hasta se puede argüir que incluso la guerra para impedir la independencia de los Estados del Sur fue en sí misma un "ensayo" de la posterior guerra contra los indios de la llanura que iba a durar 25 años.

La guerra de exterminio de Sherman

Tan pronto como acabó la guerra para impedir la independencia del Sur, el gobierno de los Estados Unidos empezó una nueva guerra contra los indios de la llanura. El 27 de junio de 1865, apenas dos meses después del fin de la guerra, el **General William Tecumseh Sherman** recibió el mando del distrito militar del Missouri, que era una de las cinco divisiones militares en las que el gobierno había dividido el país. Nunca hubo ningún intento de ocultar el hecho de que la guerra contra los indios de las praderas era en primer lugar y principalmente un subsidio indirecto del gobierno a las compañías

de ferrocarril transcontinentales. Las compañías ferroviarias eran, financieramente hablando, la columna vertebral del *Partido Republicano*, que fue quien fundamentalmente monopolizó la política desde 1865 hasta 1913, empezando con la elección del primer presidente republicano, el famoso abogado y *lobista* de la industria ferroviaria, **Abraham Lincoln** de la *Illinois Central*.

El General Sherman escribió en sus memorias que tan pronto como acabó la guerra, "Mis pensamientos y mis sentimientos de inmediato se dirigieron a la construcción de la gran vía férrea del Pacifico ... Me puse en contacto con sus promotores, que ya estaban trabajando en el proyecto, los visité en persona, y les aseguré que les animaría y facilitaría toda la asistencia posible". **Michael Fellman**, en "*Citizen Sherman*" ("*Ciudadano Sherman*"), cita una carta que Sherman escribió a **Ulysses S. Grant** en 1867 diciéndole que "No vamos a permitir que unos pocos indios ladrones y andrajosos detengan el progreso (de los ferrocarriles)".

Dee Brown, en "*Hear that Lonesome Whistle Blow*" ("*Escucha ese solitario silbido*"), escribió que el viejo amigo personal de Lincoln, **Grenville Dodge**, al que había nombrado General del Ejército, recomendó en un principio que los indios fueran esclavizados para poderlos obligar a cavar el lecho de la vía férrea desde Iowa a California. El gobierno, en cambio, decidió matar al mayor número de indios posible, mujeres y niños incluidos, y encerrar luego a los supervivientes en campos de concentración eufemísticamente llamados "reservas".

Cuando llegó a la Presidencia, Grant nombró Comandante General del Ejército de los Estados Unidos a su viejo amigo Sherman y otra luminaria de la "guerra civil", el **General Phillip Sheridan**, asumió el mando sobre el terreno en el Oeste. "Así pues, el gran triunvirato que llevó adelante el esfuerzo de guerra de la Unión durante la guerra civil", escribe Fellman, "formuló y ejecutó la política sobre asuntos indios hasta alcanzar, en la década de los años 1880, lo que Sherman algunas veces llamó "la solución final del problema indio" (énfasis añadido). Otros antiguos oficiales del ejército de la Unión participaron en la masacre. Entre ellos: **John Pope**, **O.O. Howard**, **Nelson Miles**, **Alfred Terry**, **E.O.C. Ord**, **C.C. Augur**, **Edward Canby**, **George Armstrong Custer**, **Benjamin Garrison** y **Winfield Scott Hancock**.

En su obra "*Sherman: A Soldier's Passion For Order*" ("*Sherman: La pasión por el orden de un soldado*"), **John Marzalek** escribe que: "Sherman veía a los Indios como veía a los recalcitrantes sureños durante la guerra y a los pueblos liberados tras ella: como rebeldes que se oponían a las fuerzas legítimas de una sociedad ordenada". "Durante la guerra civil", prosigue Marzalek, "Sherman y Sheridan habían practicado una guerra total de destrucción de la propiedad ... Ahora el ejército, en su guerra contra los Indios, arrasó sistemáticamente pueblos enteros ... Sherman insistía en que la única respuesta al problema Indio era una guerra sin límites del tipo que él ya había librado contra la Confederación".

Lee Kennett, autor de "*Sherman: A Soldier's Life*" ("*Sherman: La Vida de un*

Soldado") escribe que Sherman, Sheridan, Grant y las demás "luminarias de la Guerra Civil", todos ellos, consideraban a los Indios como seres infrahumanos racialmente inferiores a los blancos, una creencia que utilizaron para "justificar" su política de exterminio. Sherman también creía que los esclavos liberados se convertirían en bestias salvajes de no ser estrictamente controlados por los blancos. Llegó a decir que: "Los indios son un ejemplo certero de la suerte que seguirían los negros en el caso de que fuesen liberados de su control por los blancos". Según Fellman, Sherman quiso realizar "una limpieza racial del territorio". Sherman declaró que: "Hay que matar a todos los Indios o mantenerlos como una especie de parias". Fellman documenta que Sherman le "dio a Sheridan autorización previa para que cuando él mismo o cualquiera de sus subordinados atacasen poblados indios pudieran matar a su discreción a cuantos hombres, mujeres y niños juzgaran necesario".

Las tropas de Sherman y de Sheridan realizaron más de mil ataques contra poblados indios, sobre todo durante los meses de invierno cuando las familias estaban reunidas. Se dieron órdenes para que se matara a todo y a todos, incluidos los perros. También se libró una guerra de exterminio contra el bisonte americano, ya que para los Indios era la principal fuente de alimento, de ropa y de otras cosas (los Indios incluso fabricaban anzuelos de pesca con huesos secos de Bisonte).

Las "*Guerras Indias*" fueron en realidad la continuación de la política de exterminio que comenzó la Administración Lincoln durante la guerra que libró para impedir la independencia del Sur. Uno de los primeros ataques que devino famoso y que desde entonces se conoce bajo el nombre de la masacre de *Sand Creek* ocurrió en noviembre de 1864. Había un poblado *Cheyenne* y otro *Arapaho* situados en Sand Creek, al sureste de Colorado, que el gobierno de los Estados Unidos había garantizado que sería un lugar seguro. No obstante, otra "luminaria" del ejército de la Unión, el Coronel **John Chivington**, fue quien ejecutó el plan del gobierno de renegar de su promesa. **S.L.A. Marshall**, autor de treinta libros sobre Historia Militar de los Estados Unidos, describió en "*Crimsoned Prairie: The Indian Wars*" ("*Pradera carmesí: Las Guerras Indias"*) que las órdenes que Chivington dio a sus tropas eran: "Quiero que les matéis y arranquéis la cabellera a todos, grandes y pequeños, esos cretinos tienen piojos".

Marshall describe como los soldados "se entregaron durante todo un día a una lujuria de sangre, a una orgía de mutilaciones, de rapiña y de destrucción mientras Chivington ... lo supervisaba y aprobaba". A su regreso a Denver, Chivington "y sus asaltantes se exhibieron en los alrededores de Denver, enseñando sus trofeos, más de un centenar de cabelleras secas. Fueron aclamados como héroes conquistadores, que era lo que esencialmente perseguían". "Los soldados de Colorado se han vuelto a cubrir de gloria", proclamó en Colorado un periódico del partido republicano.

Un relato aún más desagradable de la masacre de Sand Creek viene recogido en el famoso libro de **Dee Brown**, "*Bury My Heart at Wounded Knee: An Indian History of the American West*" ("*Enterrad mi corazón en Wounded Knee: Una Historia India del Oeste Americano*"). "Cuando los soldados llegaron donde estaban las mujeres (*squaws*), ellas salieron corriendo mostrándose para que los soldados vieran que eran mujeres e imploraron clemencia, pero los soldados les dispararon a todas ... Parecía ser una matanza indiscriminada de hombres, mujeres y niños... Las mujeres no ofrecieron resistencia. Se les arrancó a todos la cabellera".

Este tipo de guerra de exterminio o genocidio se repitió cientos de veces desde 1865 a 1890, cuando se llevó finalmente a efecto la "solución final" de Sherman. Al comentar la carnicería de mujeres y niños indios protagonizada por Custer, el Superintendente de Asuntos Indios **Thomas Murphy** notó en 1868 que era "un espectáculo de lo más humillante, una injusticia sin parangón, un crimen nacional de lo más indigno, que debe, más pronto o más tarde, hacer caer sobre nosotros o sobre nuestra posteridad el juicio de los Cielos" (citado en el libro de Dee Brown "*Bury My Heart at Wounded Knee*").

A Custer le pareció que sus órdenes, que consistían en "matar o colgar a todos los guerreros", era "peligrosa" para sus soldados, porque significaba "apartarlos de la vieja consigna según la cual debían matar a hombres, mujeres y niños" (citado en el libro de Dee Brown "*Bury My Heart at Wounded Knee*"). Así que decidió simplemente matar a todo el mundo, mujeres y niños incluidos. Marshall, que fue el historiador oficial del gobierno de los Estados Unidos en el teatro europeo de la guerra durante la segunda guerra mundial, calificó las órdenes de Sheridan a Custer como "las más brutales órdenes que se dieron jamás a soldados norteamericanos". Se atribuye a Sheridan la frase según la cual "el único indio bueno es el indio muerto", una política que fue apoyada tanto por Sherman como por Grant (que, por cómico que parezca, los historiadores de la Corte han presentado recientemente como una especie de héroe de la lucha contra el racismo).

Fue el comportamiento bárbaro de esos "iluminados de la Guerra Civil" durante el cuarto de siglo que siguió a *Appotamox* lo que se empleó para "justificar" cosas como el asesinato en masa de cientos de miles de filipinos por el ejército de los Estados Unidos durante la revuelta contra el imperialismo americano que tuvo lugar entre 1899 y 1902. El Presidente **Theodore Roosevelt** "justificó" este asesinato masivo llamando a los filipinos "salvajes, mestizos, una gente salvaje e ignorante". El propio Williams Tecumseh Sherman no podría haberlo expresado mejor.

CAPÍTULO 25.- Los engaños de la versión políticamente correcta de la "Guerra Civil" según Paul Kurgman

Lo primero que dijo **James M. Buchanan** en la conferencia de prensa que dio en la *George Mason University* cuando le entregaron el Premio Nobel de Economía en 1986 fue que el premio "no me convierte de repente en un experto en todo". Buchanan era muy consciente -y le hacía gracia- que los premiados que le precedieron quedaran como unos estúpidos cuando se tomaban el premio como una licencia para pontificar sobre cualquier cosa, ya supieran algo al respecto o no.

Paul Krugman, un nobel más reciente, no tiene ni esa modestia ni el sentido de la realidad ocupa su mente. Como columnista del periódico *New York Times* (NYT) ha hecho siempre lo que todo columnista del NYT hace: pretender que, de hecho, lo sabe todo de todo. Un caso paradigmático es una entrada del blog del NYT de 29 de marzo de 2012 titulada "*Road to Appomattox Blogging*". Tras comentar que para conmemorar el 150 aniversario del inicio de la guerra, el NYT había abierto un blog especial sobre la "*Desunión*", Krugman brinda una histriónica descripción de su visión de la "Guerra Civil" que es propia de un escolar de grado elemental.

Krugman dijo que siempre le había gustado el "simbolismo" de la rendición de Lee en Appomattox, con Lee el patricio en su uniforme de gala, comparado con el General Grant, que estaba aún desaliñado y con barro tras una larga cavalgada". Parece que Krugman no está al corriente de que en 1860, al estallar la guerra, Robert E. Lee llevaba treinta y dos años en el ejército de los Estados Unidos desempeñándose principalmente como ingeniero militar. Difícilmente puede calificársele de patricio o miembro de la clase dirigente. Grant, por el contrario, era el capataz de una plantación de 850 acres que era propiedad de su rico suegro y en la que trabajaban esclavos. La plantación, situada cerca de San Louis, era conocida como *White Haven* ("*El Paraíso Blanco*") (nombre que bien puedo darle el *Kluklux Klan*, KKK) y es hoy un parque nacional (En el sitio web del Servicio de Parques Nacionales al describir *White Haven* se dice eufemísticamente de Grant que fue el 'gerente' de la plantación de esclavos en vez de emplear el término históricamente más acertado de capataz o encargado).

En 1862 Lee liberó a los esclavos que había heredado su esposa, cumpliendo así el testamento de su suegro. Los esclavos del suegro de Grant no fueron liberados hasta que en 1865 se decretó la emancipación por ley en Missouri y se vio obligado a hacerlo. El hecho de que Lee se cambiara de ropa antes de rendirse formalmente no convierte instantáneamente a un militar veterano con treinta seis años de servicio a sus espaldas en un 'patricio', contrariamente a la aseveración del sabelotodo de Krugman.

Krugman llega a afirmar que la victoria del Norte en la guerra fue una victoria de los "buenos modales" y que venció una región que "destacaba en el arte de la paz". Bueno, en realidad no. En lo que destacó el Norte fue en librar una guerra total contra la

población civil del Sur. La Administración de Lincoln promulgó la primera ley federal que instituyó el reclutamiento obligatorio y seguidamente ordenó a miles de hombres de los Estados del Norte a que fueran a morir en las salvajes y sanguinarias cargas napoleónicas que caracterizaron la guerra. Cuando decenas de miles de soldados del ejército del Norte desertaron, la Administración de Lincoln empezó a realizar ejecuciones públicas diarias de los desertores. Cuando los neoyorquinos se amotinaron en protesta por los reclutamientos militares forzosos, Lincoln envió a 15.000 soldados a esa ciudad y mataron a cientos, quizás a miles, de los que se oponían a ser reclutados (véase la obra de **Iver Bernstein** titulada "*The New York City Draft Riots*" ("*Las revueltas callejeras contra el alistamiento en Nueva York*"). También reclutó a miles de mercenarios europeos, muchos de los cuales ni siquiera hablaban inglés, para que tomaran las armas y marcharan al Sur a enseñar a los descendientes de **James Madison**, **Patrick Henry** y **Thomas Jefferson** lo que significaba realmente ser americano. **Lee Kennett**, biógrafo del General **Willliam Tecumseh Sherman**, escribió acerca de lo muy inclinados que eran muchos de los reclutas de Lincoln al pillaje, al saqueo y a la violación: "El regimiento de New York estaba plagado de criminales de la gran ciudad y de extranjeros recién salidos de las cárceles del viejo mundo" (Lee Kennett, "*Marching Through Georgia*").

El Norte hizo la guerra a la población civil del Sur durante cuatro largos años, matando por lo menos a 50.000 personas. Bombardeó durante días a ciudades como Atlanta en un tiempo en que solo había civiles en ella y los soldados del ejército de los Estados Unidos se abrieron paso por el Sur robando, saqueando y violando por doquier. En efecto, Sr. Krugman, el "arte de la paz".

En cuanto a que la guerra fuese una victoria de los buenos modales, como dice Krugman, considérese lo siguiente: cuando las mujeres de Nueva Orleans se negaron a arrodillarse ante las tropas del ejército de los Estados Unidos que estaban ocupando su ciudad y matando a sus maridos y a sus hijos y hermanos, el General **Benjamin "Bestia" Butler** dio orden de que todas las mujeres de la ciudad fuesen en lo sucesivo tratadas como prostitutas. "Como los oficiales y soldados de los Estados Unidos han sido sometidos a repetidos insultos por parte de las mujeres ... de Nueva Orleans", escribió Butler en su orden número 28 del 15 de mayo de 1862, "se ordena que, cuando de ahora en adelante, cualquier mujer insulte de palabra, mediante gestos o movimientos, o muestre desprecio, a cualquier oficial o soldado de los Estados Unidos, se la considere y se la trate como si fuese una prostituta ofreciendo sus favores". La orden de Butler estaba redactada de tal forma que invitaba a que se interpretara como una licencia para violar y todo el mundo le condenó por ello. Butler tenía los modales de un cerdo pervertido.

Krugman celebra la victoria de una "Unión Democrática" (el Norte) en su blog. Pero durante la guerra, el Norte fue cualquier cosa menos "democrático": Lincoln suspendió ilegalmente el derecho de *habeas Corpus* y encarceló sin proceso previo a decenas de miles de disidentes políticos del Norte; cerró centenares de periódicos opositores;

deportó al Congresista **Clement Vallandigham** de Ohio por criticarle; amenazó con encarcelar al Presidente del Tribunal Supremo, el Juez **Roger B. Taney**, por emitir la (correcta) opinión de que la suspensión del *habeas corpus* decretada por Lincoln era inconstitucional; censuró todas las comunicaciones telegráficas; amañó elecciones, encarceló a miembros de la legislatura del Estado de Maryland que habían sido legítimamente elegidos, así como al congresista **Henry May** por Baltimore y alcalde de Baltimore; urdió la ilegal secesión de Virginia para que el Partido Republicano tuviera dos senadores más en el Senado de los Estados Unidos; confiscó las armas de fuego en los Estados fronterizos violando así la *Segunda Enmienda*; cometió un acto de alta traición al invadir los Estados soberanos del Sur (El artículo 3 sección 3 de la *Constitución de los Estados Unidos* define la traición "únicamente" como alzarse en armas contra los Estados o prestar ayuda y aliento a sus enemigos").

Krugman tiene razón cuando dice que la democracia es, en esencia, un gran acto organizado de intimidación por el que un grupo más numeroso abusa de otro más pequeño para esquilmarlo con impuestos. La "Guerra Civil" demuestra que cuando el grupo pequeño se harta e intenta abandonar la partida, el grupo más numeroso recurrirá a cualquier cosa para salirse con la suya (incluido el exterminio en masa de centenares de miles de personas y al bombardeo e incendio de ciudades enteras). Después de todo, en su primer discurso inaugural Lincoln amenazó con usar literalmente la "fuerza", con "invadir" y "dar un baño de sangre" a cualquier Estado que se negara a pagar los aranceles federales, que se habían más que duplicado dos días antes. Cumplió su amenaza. "Éste es el tipo de nación en el que yo creo", dice Krugman en su blog.

CAPÍTULO 26.- Esos viejos grandes tiranos

Lo primero que hizo públicamente **Abraham Lincoln** después de estrenarse como decimosexto presidente fue una enconada defensa de la esclavitud. "No tengo el propósito de interferir, ni directa ni indirectamente, con la institución de la esclavitud en los Estados en los que existe. Creo que no tengo derecho a hacerlo y no estoy inclinado a hacerlo". Citó entonces el programa del Partido Republicano de 1860 que decía en esencia lo mismo; se comprometió a apoyar la cláusula sobre esclavos fugitivos de la Constitución "sin reservas mentales"; y apoyó una propuesta de enmienda constitucional (*la enmienda Corwin*) que prohibiría al Estado Federal inmiscuirse para siempre en lo tocante a la esclavitud. De hecho, fue Lincoln quién dio instrucciones a **William Seward** para que se asegurase que la enmienda Corwin fuese aprobada por el Senado de los Estados Unidos, cosa que hizo (y el Congreso también).

En el mismo discurso, Lincoln prometió una invasión militar y un "baño de sangre" a cualquier Estado que se negara a recaudar los aranceles federales sobre las importaciones, que acababan de sufrir un aumento de hasta el doble de su importe dos días antes de que tomara posesión. Y prosiguió diciendo que: "No tiene porqué haber derramamiento de sangre o violencia y no lo habrá a no ser que la autoridad nacional se vea forzada a ello". Así pues, pocos minutos después de jurar proteger las libertades constitucionales de los ciudadanos americanos, Abraham Lincoln amenazó con organizar una matanza de muchos de esos mismos ciudadanos.

¿De qué diablos estaba hablando? ¿Qué podría llevar a un presidente a hacerle la guerra a sus propios ciudadanos cuyas libertades acabada de comprometerse a proteger? Lincoln lo dejó claro en la siguiente frase: "El poder que me ha sido conferido será ejercido para mantener, ocupar y conservar las propiedades y los lugares que pertenecen al Gobierno y para recaudar los impuestos y exacciones ; pero más allá de lo que sea necesario a esos propósitos, no habrá invasión ni se utilizará la fuerza contra el pueblo en ningún sitio" (énfasis añadido). Prometió matar a ciudadanos americanos para recaudar los impuestos.

Para Lincoln se trataba de algo que era necesario hacer si quería cumplir con aquéllo para lo que el partido le había elegido: subir las tarifas, entregar terrenos públicos a la minería, a los ferrocarriles y a las empresas madereras y conceder subsidios con prodigalidad a las compañías férreas. Éste era el viejo sistema americano de **Alexander Hamilton**, que fue respaldado durante décadas por el *Partido Liberal* de Lincoln y finalmente por los Republicanos. La abrumadora mayoría de los congresistas del Sur se había opuesto ardientemente durante décadas a todo eso. Pero ahora, se les debía forzar a aceptarlo, o eso pensaba Lincoln, para salvaguardar los ingresos del Estado (en aquella época los aranceles o tarifas sobre las importaciones representaban más del 90 % de todos los impuestos federales).

Había que obligar a los sureños (al igual que los habitantes de los Estados del Norte) a que pagaran la montaña de subsidios a empresas que el Partido Republicano esperaba que le mantendría en el poder durante décadas (lo consiguió, ya que el Partido

Republicano, en esencia, monopolizó el poder durante el restante medio siglo). Por eso es por lo que, en opinión de Lincoln y del Partido Republicano, tenía que haber una guerra. Estaban plenamente dispuestos a instituir explícitamente la esclavitud en la Constitución, pero la recaudación de la tarifa, incrementada ahora al doble, era un asunto no negociable.

Es por eso también por lo que la oposición a la guerra en el Norte tuvo que ser brutalmente reprimida, como efectivamente sucedió, y por lo que tuvo que inventarse el mito de la "unidad nacional". El historiador **William Marvel** en su libro "*Lincoln's darkest year: The War in 1862*" ("*El año más negro de Lincoln: La Guerra en 1862"*) cuenta buena parte de la historia de cómo se embarcó el Partido Republicano en un espasmo de represión *estalinista* (Marvel es un reconocido estudioso de Lincoln, que ganó el *premio Lincoln* y el *Premio Douglas Southall Freeman*).

La primera argucia política del Partido Republicano fue expulsar del Senado de los Estados Unidos a hombres como el Senador Demócrata **Jesse Bright** de Indiana, que según dejó escrito Marvel, "mostró falta de entusiasmo por la guerra de Abraham Lincoln contra el Sur". Empleando la excusa de que en los años previos a la guerra, el senador Bright "había conocido y admirado al Senador **Jefferson Davies** de Mississippi, el partido Republicano acusó al senador Bright, uno de los más antiguos miembros del Senado, de "traición con eficacia retroactiva" y lo expulsó con una mayoría de solo dos tercios de los votos.

El *Congressional Globe* hizo propaganda en el sentido de que "solo un traidor abogaría por la paz", y periódicos de todos los Estados del Norte que estaban abiertamente unidos al Partido Republicano (como era frecuente durante ese período) reprodujeron esa acusación. En cuanto a los periódicos del Norte que no apoyaron la guerra contra sus conciudadanos americanos, el gobierno ya había empezado a "ahogar a los que se mostraron más eficaces en sus ... críticas, parando su distribución, confiscando sus máquinas y arrestando a sus editores. Bandas de sindicalistas habían colaborado en la supresión de la libertad de expresión durante le verano de 1861, destruyendo las oficinas de los diarios contrarios a la guerra y atacando a sus editores".

Hasta el propio nieto de **Francis Scott Key** comprendió lo peligroso que se había vuelto emitir una opinión impopular en la '*Tierra de los Libres*', escribe sarcásticamente Marvel. El nieto del autor del libro "*The Star Spangled Banner*" ("*La Bandera Estrellada*") era el editor de un diario de Baltimore que había sido arrojado "a las entrañas de un castillo de la costa" sin proceso judicial previo, por haber publicado un editorial contra la supresión de la libertad de expresión decretada por la Administración Lincoln.

El Partido que dominaba el Senado de los Estados Unidos intentó asimilar legalmente la franca disidencia (respecto del programa político del partido Republicano) con la

traición". Tras echar al senador Bright, los líderes del "Grande y Viejo Partido"[8] quisieron entonces terminar pronto su jornada para poder asistir a una gran fiesta que había ocupado la atención de Lincoln durante algunas semanas". Marvel escribe que los empleados de la Casa Blanca pronto empezaron a llamar a la Señora de Lincoln "*La Reina Americana*" quien, a decir de un senador, se presentó a la fiesta "luciendo lo que parecía ser un florero en la cabeza". Muchos de los Generales, Almirantes, Jueces del Tribunal Supremo y Diplomáticos extranjeros que asistieron al ágape, escribe Marvel, consideraban que Lincoln era un "vulgar provinciano que carecía tanto de las cualidades de un hombre de Estado como de sinceridad".

Sin molestarse en enmendar la Constitución, el Partido Republicano inventó en 1861 una nueva definición de "traición". Traición, para Lincoln y el Partido Republicano, significaba oponerse a ellos. Eso era algo muy distinto de la auténtica definición de traición del artículo 1, sección 3ª de la *Constitución de los Estados Unidos*: "La traición a los Estados Unidos consistirá solo en hacer la guerra contra ellos, o unirse a sus Enemigos y prestarles ayuda y aliento" (énfasis añadido). Como en todos los documentos fundacionales, "*Estados Unidos*" está en plural, significando que los Estados libres e independientes (como se les llama en la Declaración de Independencia) están unidos y forman un compacto de Estados en su propio y mutuo beneficio. El Gobierno Central estaba llamado a ser el agente o representante de los mismos.

Según la Constitución, traición es hacerles la guerra a los Estados. Por supuesto, eso es exactamente lo que Lincoln y el Partido republicano hicieron. Su guerra contra el Sur es la definición misma de traición que se enuncia en la *Constitución de los Estados Unidos*. Mucho antes de **George Orwell**, distorsionaron el significado de las palabras para que significara exactamente lo contrario de lo que los padres fundadores quisieron que significaran. Como autores de la traición que definía la Constitución, acusaron de traición a sus oponentes políticos, a quienes se opusieran a la guerra contra los Estados.

Marvel escribe que en su primer día en el cargo como Secretario de Guerra de Lincoln, **Edwin Stanton** "mostrando un frío comportamiento dictatorial" comenzó a aplicar la nueva definición de traición. El gobierno de los Estados Unidos no estaba consiguiendo reclutar a bastantes soldados para su guerra, aún cuando ofrecía a quienes se alistaran premios de hasta 415 dólares americanos. A pesar de la represión totalitaria a la que se vieron sometidos los periódicos que se mostraron contrarios a la guerra en el Norte, había aún una muy generalizada oposición verbal a la guerra en las ciudades del Norte. Consecuentemente, escribe Marvel, el 8 de agosto de 1862 Stanton "derogó unilateralmente" esa libertad de expresión. Habiendo consagrado legislativamente una política de alistamiento militar, Stanton nombró a un juez especial para que se ocupara de la disidencia y ordenó a los funcionarios locales y federales que encarcelaran a cualquiera que "pudiera estar involucrado en actuaciones o críticas, de palabra y por escrito, que desanimaran los alistamientos voluntarios o que diesen, de cualquier manera, ayuda y aliento al enemigo ...". La vaguedad de esta orden permitió al gobierno encarcelar a

[8] El Partido Republicano de los Estados Unidos es conocido como el "Grand Ole Party" (El viejo gran partido) con la abreviatura GOP.

cualquiera que dijera algo negativo de Lincoln, del Partido Republicano o de su guerra contra sus conciudadanos.

Con renovado vigor", escribe Marvel, "con la excusa de que habían hecho público su desacuerdo con las políticas presidenciales y que eso desanimaba a los hombres a la hora de presentarse voluntarios, alguaciles de los Estados Unidos, de *pedigrí* predominantemente republicano, empezaron a encargarse de los descontentos, casi todos ellos Demócratas". Quienes se atrevieron a escribir en algún diario del Norte cualquier clase de crítica contra el *Grand Ole Party* fueron muy maltratados. "En agosto de 1861 ... una banda de soldados de New Hampshire atacó a los editores de un diario Demócrata de Concord en New Hampshire y destruyeron sus oficinas". "El 14 de agosto **Dennis Mahony**, el director irlandés del *Dubuque Herald*, fue arrestado por el Alguacil de los Estados Unidos de Iowa, **H.M. Hoxie**, un compinche del gobernador republicano **Samuel Kirkwood** ... Mahony había estado predicando por la paz durante meses ...". "En la cárcel Mahony se encontró con **David Sheward**, director del diario *Constitution and Union* de Fairfield (Iowa). "Ambos fueron encarcelados junto con "editores de periódicos de Illinois, algunos jueces de Illinois y unos cuantos célebres disidentes hasta acabar, tras un largo viaje, en Washington", donde los metieron en la "prisión del Viejo Capitolio". Al parecer, los críticos a la Administración residentes en el Estado del que Lincoln era natural, de su tierra, tenían que ser encarcelados en Washington, D.C. donde podrían ser estrechamente vigilados.
Periódicos próximos al Partido Republicano "se felicitaron por el último atentado contra la libertad de expresión llevado a cabo por la Administración", lo que dice mucho de la podrida mentalidad totalitaria de los sinvergüenzas que dirigían el Partido Republicano de los años 1860. Marvel escribe acerca de cómo "destacados Demócratas" del Norte fueron encarcelados por cosas como aconsejar a los votantes que votasen por candidatos que apoyasen la paz, por reírse de una compañía de la milicia unionista o por hacer comentarios "graciosos" acerca de Lincoln.

Hubo incluso candidatos Demócratas en las elecciones que fueron encarcelados antes de las votaciones, como le ocurrió a **William J. Allen**, "un Demócrata pacifista del sur de Illinois" quien "fue a la cárcel durante esa orgía represiva de mediados de agosto por expresar opiniones durante una campaña política". Allen se había presentado a la reelección. Muchos de sus compañeros Demócratas "no fueron liberados de uno de los *gulags* de Lincoln hasta después de las elecciones de otoño". Algunos de ellos permanecieron en la prisión "hasta que renunciaron a su derecho a procesar a los funcionarios por detención ilegal". Miles de ciudadanos del Norte, escribe Marvel, "sintieron la mano de algún *sheriff* o de algún oficial de la policía militar agarrándolos por los hombros" (metafóricamente hablando).

Los matones del Partido Republicano ni siquiera se detuvieron ante palizas o el asesinato de civiles del Norte que disintieran de la línea marcada por el *Gran Viejo Partido* (*Grand Ole Party,* GOP, (el Partido Republicano). Un grupo de Republicanos

"voluntarios en la ciudad de Troy (Kansas) dieron una severa paliza a un ciudadano porque no les gustó sus observaciones políticas", dice Marvel. "La enemistad política condujo al asesinato de otro hombre en el sureste de Missouri". El periódico local afiliado al Partido Republicano publicó un editorial justificando su muerte diciendo que el hombre, aunque abogara por la paz, "no tenía derecho a ser desleal al gobierno", equiparando así al Partido Republicano con el "gobierno". El diario también identificó a otros ciudadanos locales como "aceptables blancos". Tales fueron los orígenes del *Grand Ole Party*.

Todo esto sucedió tan solo en los primeros meses de la guerra. Durante los años siguientes cientos de miles de hombres del Norte serían esclavizados mediante el reclutamiento forzoso, cientos de miles de mercenarios europeos serían pagados para hacerle la guerra a los Estados del Sur, cientos de periódicos opositores serian cerrados, un miembro disidente del Congreso, **Clement Vallandigham** de Ohio, sería deportado, cientos de manifestantes serían tiroteados y morirían en las calles de Nueva York por disparos de los soldados del ejército de la Unión y la Constitución sería ignorada por completo.

Todo este sentimiento de oposición al gobierno, a la guerra y a los reclutamientos llevó al Partido Republicano a formar sociedades secretas, escribe Marvel, que producirían un diluvio de propaganda republicana durante años y años después de acabada la guerra. La *Union League* (*Liga de la Unión*) fue una de esas sociedades. Una de las cosas que hizo la maquinaria de propaganda del Partido Republicano fue fabricar el mito (o sea, la mentira) de la "unidad nacional" durante la guerra, sugiriendo que los ciudadanos del Norte estaban unidos en llevar adelante una guerra total contra sus conciudadanos. La verdad es que fue el Partido Republicano quien hizo esa guerra contra el Sur, no una unida población del Norte (He escrito en otro lugar sobre como hubo tal crisis de deserciones en el ejército de la Unión que con frecuencia regimientos enteros desertaron en vísperas de la batalla). El mito de la "unión nacional" es una Grande y Vieja Mentira.

CAPÍTULO 27.- Fascialismo: El Nuevo Sistema Americano

Los dos peores flagelos de la humanidad en el siglo XX fueron el socialismo y el fascismo. Ambos arruinaron gran parte de la economía mundial por su compartida y "fatal arrogancia" (expresión empleada por **F.A. Hayek**) de que los planificadores centrales del gobierno eran superiores a la propiedad privada y a los mercados libres. Los gobiernos socialistas y fascistas (entre los que no hay mucha diferencia) mataron a más de 100 millones de sus propios ciudadanos, como documentó el sociólogo **R.J. Rummel** [véase su libro "*Death by Government*" ("*Muerto por el Gobierno"*)], e instigaron guerras que causaron la muerte de unos cuantos millones más.

Increíblemente, el duopolio de dos partidos que desde hace tiempo ha gobernado América ha adoptado a ambos, al fascismo y al socialismo, como las características definitorias de nuestro sistema económico. Llámese *Fascialismo*. Es una receta para el suicidio económico nacional.

Fascismo Económico

El fascismo económico como el practicado por Italia y Alemania en los años 20 y 30 del siglo pasado permitió que existieran la propiedad y las empresas privadas pero solo mientras permanecieran estrictamente controladas y reglamentadas por el Estado para que sirvieran al "interés público" y no a intereses privados. La filosofía del fascismo alemán venía expresada en el eslogan *Gemeinnutz geht vor Eigennutz* que significa "el bien público es anterior al bien privado". "Los arios", escribió **Hitler** en "*Mein Kampf" ("Mi Lucha")*, "subordinan voluntariamente su propio ego a la comunidad y, llegada la hora, hasta lo sacrifican".

Por supuesto, es el gobierno quien decide lo que constituye "el bien común" ¿Queda alguna duda de que el gobierno será ahora quien defina qué constituye "el bien común" en las industrias bancarias y del automóvil así como en la industria sanitaria en cuanto ésta esté completamente nacionalizada?

La filosofía que había detrás del fascismo italiano era virtualmente idéntica. "La concepción fascista de la vida", escribió **Mussolini** en "*Fascismo: Doctrinas e Instituciones*", "insiste en la importancia del Estado y acepta al individuo solo en la medida en que su interés coincida con el del Estado".

Es llamativo como muchos de los pronunciamientos actuales sobre política económica son a menudo tan parecidos a los realizados por los fascistas europeos de principios del siglo XX. Por ejemplo, Mussolini se quejaba en 1935 de que la intervención del gobierno en la economía italiana era "demasiado diversa, variada, contrastada. Ha habido... intervención, caso por caso, según surge la necesidad". Su asesor, **Fausto Pitigliani**, explicó que, en cambio, bajo el fascismo, la regulación del gobierno conseguiría cierta "unidad de fines".

Así es exactamente como los poderes que residen en Washington, D.C. diagnosticaron la llamada Gran Recesión: ha habido una regulación de los mercados financieros muy insuficiente, nos dicen, y también ha sido demasiado diversa y contrastada. Por eso recomendaron que se instituyera una Autoridad Super-Reguladora para que supuestamente regulase, reglamentase y controlase todos los "riesgos sistémicos que se asumieran" en la economía en su conjunto. El único debate es si debe crearse una nueva agencia para lograr esa "unidad en los fines" o si esa responsabilidad debe encomendarse a la Fed, que fue precisamente quién en primera instancia provocó la actual crisis económica.

Las "asociaciones" entre el gobierno y las empresas fueron la marca característica de los fascismos Italiano y Alemán. Como señaló una vez **Ayn Rand**, en tales "asociaciones", sin embargo, es siempre el gobierno el "socio dominante". La "colaboración" entre el gobierno y las empresas era supuestamente necesaria en la Italia fascista porque, como explica **Fausto Pitigliani** en su libro de 1934 "*El Estado Corporativista Italiano"*, "el principio de la iniciativa privada solo podría ser útil al servicio del interés nacional". Es este servicio al interés nacional lo que constituye el objetivo de los desvelos de la docena de "zares" nombrados por los Presidentes Americanos.

El fascismo italiano dio lugar a un gigantesco rescate de la economía. El crítico social italiano **Gaetano Salvemini** escribió en 1936 en el libro "*Bajo el hacha del fascismo*" que "Es el Estado, es decir, el contribuyente, quien se ha convertido en el responsable de la empresa privada. En la Italia fascista el Estado paga por los fallos de la empresa privada". "Los beneficios siguieron siendo de la iniciativa privada", escribió Salvemini, pero "el gobierno agregó las pérdidas a las cargas de los contribuyentes. El beneficio es privado e individual. La pérdida es pública y social"

¿Resulta familiar?

Según Salvemini, el propio Mussolini se jactó en 1934 de que "tres cuartas partes del sistema económico italiano habían sido subvencionadas por el gobierno". El gobierno de los Estados Unidos está esforzándose por superar el alcance del expolio.

Socialismo

En el prefacio de la edición de 1976 de su famoso libro "*Camino de Servidumbre"*, **F.A. Hayek** escribió que cuando se publicó el libro por primera vez en 1944, el socialismo significaba "inequívocamente la nacionalización de los medios de producción y la planificación económica centralizada que aquélla hacía necesaria". Pero en 1970 "el socialismo había venido a significar principalmente la extensa redistribución de la riqueza con impuestos y con las instituciones del Estado del Bienestar". por tanto, desde 1930 el Partido Demócrata en América ha sido el partido del socialismo, con un Partido Republicano que o bien le presentaba poca o ninguna oposición o bien le servía de cómplice.

CAPÍTULO 28.- En defensa de la sedición

Joe Klein de la revista *Time* acudió una vez al programa de televisión de una cadena donde acusó a **Glenn Beck** y a **Sarah Palin** de "sedición" por sus críticas a la administración de Obama por gastar billones de dólares en ayudas corporativas bajo la forma de rescates; por su nacionalización al estilo soviético de la industria del automóvil, de los bancos, de las entidades de crédito para estudiantes y de las entidades de crédito del mercado hipotecario; por un gasto salvaje, que no tiene precedentes históricos; por una expansión brutal del crédito; por su defensa de la medicina socializada y por sus planes de llevar a la ruina al capitalismo norteamericano a base de aumentar los impuestos. Quienquiera que se atreva a criticar esas cosas debería ser enviado al *Gulag*, decía Klein. Otro busto parlante del mismo programa televisivo que Klein pedía a gritos que **Rush Limbaugh** fuese también procesado por "sedición" por el crimen de osar criticar la agenda política izquierdista radical del Rey Obama.

Joe Klein nos decía que constituye sedición toda amenaza a la "autoridad del Estado". Pero la cuestión clave es:
¿Autoridad para hacer qué? ¿Tiene el Estado Americano una ilimitada "autoridad" para cumplir los sueños de cualquier político estatista? Si pueden nacionalizar empresas de la industria del automóvil, bancos y la industria sanitaria ¿Pueden también nacionalizar los comercios de alimentación, la construcción de viviendas, la fabricación de acero y todo lo demás? Joe Klein obviamente lo cree posible. Al hacerlo, apoya la "autoridad" de un Estado totalitario. Oponerse a un gobierno totalitario equivale, para Joe Klein y sus colegas en la función de bustos parlantes de la cadena de "noticias", a un acto de "sedición".

Originalmente, el gobierno americano estaba diseñado de manera que la única "autoridad" que tendía el gobierno central vendía circunscrita a los poderes que le hubieran sido delegados por los Estados libres, soberanos e independientes de entre los enumerados por el artículo 1 sección 8ª de la Constitución. Todos los demás poderes son, según la *Décima Enmienda*, responsabilidad respectivamente del pueblo y de los Estados, lo cual para el mismo Jefferson constituía la piedra angular del documento. Esos poderes fueron delegados al gobierno central en beneficio de los Estados soberanos, que al adoptar la Constitución nombraron como apoderado suyo al gobierno central (principalmente para cuestiones relativas a la guerra y a la política exterior). Es por eso por lo que la traición, tal como la contempla la *Constitución* en su artículo 3 sección 3ª, se define como sigue: "La traición contra los Estados Unidos consistirá solo en hacer la guerra contra ellos, o unirse a sus enemigos y prestarles ayuda y aliento ...". Como en todos los documentos fundacionales, los "Estados Unidos" está escrito en plural significando así que los Estados libres e independientes estaban unidos al delegar ciertos poderes, que se enumeran, en su propio y mutuo beneficio. Así pues, "hacer la guerra contra ellos" se refiere a los Estados. Hacerles la guerra a los Estados libres e independientes es lo que constituye traición según la Constitución de los Estados

Unidos.

Como este autor ya escribiera en su obra "*The Real Lincoln*", lo único inequívocamente positivo que resultó de la guerra de Lincoln fue la abolición de la esclavitud. Pero la peor cosa que trajo consigo (y que constituyó la verdadera finalidad de la guerra) fue la centralización de virtualmente todos los poderes políticos en Washington, D.C. y la patente defunción del sistema Jeffersoniano de derechos de los Estados o Federalismo que fue la esencia de la Constitución de antes de la guerra. Tras 1865, el gobierno federal se convirtió en el único que podía decidir con respecto de los límites a sus propios poderes. Ejerció este poder decisorio en el sistema judicial federal, y, como los Jeffersonianos siempre habían temido, eventualmente acordó que sus poderes no tenían, de hecho, límites.

No le costó mucho tiempo al gobierno federal declarar nula y sin validez la idea de los derechos naturales, que era el fundamento mismo de la filosofía Jeffersoniana sobre el gobierno. Lo hizo al adoptar el impuesto sobre la renta en 1913 junto con la gran estratagema de falsificación conocida como la Reserva Federal. El impuesto sobre la renta declara que todas las ganancias, todos los ingresos, son efectivamente propiedad del Estado y que el Estado, al establecer los tipos o porcentajes del impuesto, nos hará de vez en cuando saber con qué parte de nuestros ingresos podemos quedarnos para seguir viviendo. Cuatro años después, la Reserva Federal y el impuesto sobre la renta permitieron al gobierno financiar una explosión sin límites de estatismo y que los Estados Unidos entraran en la primera guerra mundial, el desastre mundial que condujo al siglo más destructivo y sangriento de toda la historia de la humanidad.

El impuesto sobre la renta y la Reserva Federal centralizaron por fin todo el poder político en Washington, ya que al Estado central le resultó trivialmente fácil reclutar a millones de hombres para sus guerras, gastar cantidades alucinantes de dinero en cosas como el Estado del Bienestar y la nacionalización de la educación para lo que carecía de toda autoridad y para sobornar fácilmente a cualquier gobierno local o estatal, que airease el mínimo disenso, amenazándole con quitarle los préstamos federales. Más de la mitad de la población norteamericana es hoy sobornada y manipulada por procedimientos parecidos en su condición de perceptores de una miríada de subsidios federales.

En la década de los años 1930 y siguientes, el Estado central estaba enfermo y cansado de lo que consideraba que eran despreciables argumentos constitucionales que limitaban el tamaño y el alcance de la acción de gobierno. El presidente **Franklin Delano Roosevelt** (FDR) condenó a la Constitución diciendo de ella que contenía los irrelevantes garabatos de una generación perdida y abogó por una masiva intervención de un gobierno socialista en virtud de la cual y por arte de magia garantizaría a los todos un trabajo muy bien remunerado, altos precios de los alimentos a los granjeros, una "vivienda digna", toda la asistencia sanitaria que pudiera uno querer, que todos se viesen librados de las inquietudes asociadas a la vejez, a la enfermedad, a los accidentes y, por supuesto, educación financiada con recursos públicos. Esa era, en esencia, la lista infantil

de deseos de FDR inspiradora de una "carta de derechos económicos". Por supuesto que el gobierno no puede prometer a nadie nada sin que al mismo tiempo confisque a alguien los ingresos necesarios para pagarlo. Ni tampoco podía entonces "garantizar" ninguno de los deseos de la lista de FDR a no ser que se rechazaran las leyes económicas, cosa que por supuesto nunca puede ocurrir.

Como los derechos de los Estados habían sido destruidos por la guerra de Lincoln, ya no había ninguna oposición efectiva a la mente totalitaria de halcones políticos como FDR. De modo que pudo nombró jueces del Tribunal Supremo en número suficiente como para que en 1937 el Tribunal estuviera en condiciones de eliminar toda una larga tradición de decisiones anteriores que intentaron reforzar las restricciones constitucionales sobre la actuación del gobierno. Y lo lograron: según **Andrew Napolitano**, autor de *"The Constitution in Exile" ("La Constitución en el Exilio*"), entre 1937 y 1995 ninguna ley federal fue declarada inconstitucional. El estudioso del Derecho **Bernard Siegan** hizo la misma observación en "*Economic Liberties and the Constitution*" ("*La Constitución y las Libertades Económicas*").

Durante generaciones, los norteamericanos han vivido bajo una dictadura judicial que aprueba toda expansión del poder federal, sin que importe cuan en oposición pueda hallarse con respecto a la propia Constitución. El cuerpo de "leyes constitucionales" que se ha ido desarrollando durante ese tiempo no es más que un amasijo de impronunciable jerga leguleya diseñada para pervertir y destruir cualquier vestigio que pudiera quedar de las limitaciones constitucionales a los poderes del Estado Central.

En pocas palabras, el gobierno de Washington no ha sido un gobierno consentido (por el pueblo) desde 1865. En respuesta a la declaración de los ciudadanos residentes en los Estados del Sur en 1860-61 por la que decidieron que ya no consentían ser gobernados por Washington D.C., el gobierno de los Estados Unidos lanzó una guerra contra toda la población civil del sur, matando a unos 350.000 de sus compatriotas, ciudadanos americanos como ellos, una cifra que supera al número de norteamericanos muertos en todas las guerras. Además, las ciudades y pueblos del Sur fueron incendiados, bombardeados y saqueados. Los saqueos siguieron durante una década después de acabada la guerra durante lo que, no sin sorna, convino en llamarse período de "reconstrucción".

Los norteamericanos, en especial los conservadores, se engañan a si mismos cuando expresan la idea de que sería posible restaurar un gobierno constitucional ¿Cómo iba a suceder algo así? ¿Quién haría cumplir la Constitución? ¿Porqué habría el gobierno federal de renunciar al monopolio en la interpretación de la Constitución que hoy detenta para volver al sistema vigente antes de 1865 cuando con frecuencia se reconocía a las tres ramas del gobierno y a los ciudadanos de los Estados libres, soberanos e independientes el mismo peso a la hora de interpretar la Constitución ? El Estado central asesinó a cientos de miles de sus propios ciudadanos para conseguir esa posición de monopolio y jamás renunciará a ella.

Es el régimen de Washington, que incluye a lo que son sus perritos falderos, esto es, a los medios de comunicación como Joe Klein, quienes son culpables de sedición. La legítima autoridad del Estado viene escrita en la Constitución de los Estados Unidos. Es el régimen de Washington el que ha abandonado esa legítima autoridad y el que se ha concedido a si mismo unos poderes virtualmente ilimitados. Por consiguiente, no puede haber nada más patriótico y "americano" que oponerse a todas las iniciativas del Estado Central dirigidas a aumentar de cualquier forma su tamaño y sus poderes. Si no tiene ningún tipo de restricción constitucional ni está sujeto a un control ciudadano efectivo, el gobierno federal se convierte, como dijo Murray Rothbard, en una banda criminal más. El hecho de que sea una banda muy numerosa no le da ningún plus de legitimidad. El *TEA Party* y todos cuantos se oponen a la opresión del Estado Central deben ignorar los pueriles y enfáticos discursos de los Joe Klein(s) de este mundo y recordar lo que Thomas Jefferson escribió en la *Declaración de Independencia* cuando dijo:

> Los hombres han sido dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables, entre los que se cuenta el derecho a la vida, a la libertad y a perseguir la felicidad. Para asegurar esos derechos, se instituye un Gobierno entre los hombres, cuyos justos poderes derivan del consentimiento de los gobernados. Siempre que cualquier forma de gobierno deviene destructiva para esos fines, el pueblo tiene derecho a alterarlo o a abolirlo y a instituir un nuevo gobierno ... (énfasis añadido).

Los activistas del TEA Party dicen que ya pagan bastantes impuestos.[9] Eso no es suficiente. Si se tomaran en serio su propia retórica sobre el gobierno constitucional, reconocerían que lo que se necesita es por lo menos una reducción del 90 % de los impuestos federales. No pueden quedarse meramente con el "ya pagamos bastante".

Como semejante reducción de impuestos no es probable que se lleve a cabo con la colaboración del régimen de Washington y como, a estos efectos, no importa quien sea elegido presidente, la única posibilidad real de éxito es que nos tomemos en serio las palabras de **Thomas Jefferson**, autor de la *Declaración de Secesión Americana del Imperio Británico*, y que organicemos numerosos movimientos pacíficos de secesión. Dejemos que tengan su utopía socialista a orillas del río *Potomac*. El resto de nosotros podemos contemplar con gran deleite cómo arruinan su pequeña sociedad, se empobrecen y convierten a Washington D.C. en una ciénaga del Primer Mundo, que es lo que fue cuando se fundó la ciudad hace algunos cientos de años.

---

[9] El autor emplea un juego de palabras con las siglas del movimiento TEA Party al decir que sus simpatizantes no pueden aducir que: "ya pagan bastantes impuestos" ("...they are Taxed Enough Already")

CAPÍTULO 29.- Distorsionando la Historia al servicio del Estado

Un "historiador de la corte" es alguien que produce propaganda pro-estatista disfrazada de "erudición". El propósito del historiador cortesano es dar cobertura, distorsionar la visión del público, justificar y glorificar al Estado y a su clase dirigente. Como corolario tiene que criticar e incluso demonizar a la sociedad civil, especialmente al sistema de libre empresa. A cambio, los historiadores de la corte reciben con frecuencia puestos privilegiados en el mundo académico, "préstamos o becas de investigación del gobierno" para financiar sus carreras, columnas en los periódicos y se convierten en "celebridades" de la radio y la televisión. Son los megáfonos de la propaganda del Estado.

Este capítulo trata dos egregios y excepcionales ejemplos de sendos intentos de reescribir la Historia para mayor gloria del Estado. Uno es el de **James Loewen**, un sociólogo asociado a un grupo de izquierdas instigador del odio conocido como el "*Centro Jurídico contra la Pobreza Sureña*" (*Southern Poverty Law Center*) y el otro es de **Newt Gingrich** y el historiador **William Forstchen.** Loewen cree que se ha hecho a sí mismo por ser el fiel narrador de la verdad histórica; ha publicado artículos y libros bajo el tema: "*Mentiras que tu profesor te ha enseñado*". Fue autor de un artículo del *Washington Post* publicado el 9 de enero de 2011 y titulado "*Cinco mitos acerca de porqué se separó el Sur*" ("*Five miths about why the South seceded*") como parte de una conmemoración que hizo el *Post* del 150 aniversario del inicio de la guerra entre los Estados. Casi todo el artículo es históricamente inexacto.

Al tratar del papel que tuvo la política federal de tarifas a la hora de crear tensiones políticas regionales Norte/Sur durante el período anterior a la guerra, Loewen se refiere a la "*Tariff of Abominations*" de 1828, que condujo a la Ordenanza de *Nulificación* de Carolina del Sur, por la cual dicho Estado condenó el aumento del 48 % de la tarifa sobre las importaciones por ser un patente acto de latrocinio (principalmente a expensas del Sur) y se negó a recaudarlo en el puerto de Charleston. Escribió que "cuando, después de que Carolina del Sur, a título de protesta, reclamase el derecho a declarar nulas y a no aplicar la ley federal o amenazase con la secesión, el presidente **Andrew Jackson** amenazó con emplear la fuerza". Todo eso es verdad. Loewen prosigue diciendo que "ningún Estado se unió al movimiento y Carolina del Sur tuvo que retractarse". Eso es palmariamente falso.

El historiador **Chauncey Boucher** escribió en su libro, "*The Nullification Controversy in South Carolina*" ("*La Controversia sobre la Nulificación en Carolina del Sur*"), que Carolina del Norte y Alabama se unieron a Carolina del Sur y sus legislativos condenaron públicamente la *Tariff of Abominations*, mientras que Massachussets, Ohio, Pennsylvania, Rhode Island, Indiana y New York, cuyos legislativos estaban todos fuertemente influenciados por los proteccionistas, dictaron resoluciones favorables a la explotación de los Estados del Sur por medio de tarifas proteccionistas.

Tampoco es correcto decir que "Carolina del Sur se retractó" como escribe Loewen. Carolina del Sur y la Administración de Jackson alcanzaron un compromiso que reducía el porcentaje de la tarifa a lo largo de los siguientes diez años. Ambos "se retractaron", pero Loewen sostiene engañosamente que solo Carolina del Sur lo hizo. Los historiadores de la corte acumulan en su haber una larga y patética historia de tergiversaciones de la Historia de las protestas fiscales como ésta. En el caso de Loewen, tiene una segunda motivación para sus mentirijillas históricas: quiere que los americanos crean que, a diferencia de las demás guerras que ha habido en el mundo, la "Guerra Civil" Americana nada tenía que ver con conflictos de tipo económico. Es uno de los proveedores de una versión de la Historia Americana, que es digna de una tira cómica, según la cual el racismo del Sur fue la única causa de una guerra, que unos visionarios Republicanos de los Estados del Norte llevaron adelante por motivos raciales.

Loewen divulgó entonces una mentira alucinante acerca del papel de la política tarifaria como causa de la "Guerra Civil". "La cuestión en 1860 no eran las tarifas y los Estados del Sureste nada dijeron contra ellas" escribió en el *Post*. "¿Por qué tendrían que haberlo hecho?", preguntó. "Los sureños habían redactado las tarifas de 1857 bajo las que la nación venía funcionando. Desde 1816 sus tipos nunca habían sido tan bajos". Cada palabra de esta explicación es falsa.

Una tarifa proteccionista era parte del programa del Partido Republicano de 1860, mientras que los sureños eran tan firmes defensores del libre comercio que las tarifas proteccionistas estaban literalmente prohibidas en la *Constitución Confederada* (Véase la obra de **Marshal DeRosa**, "*The Confederate Constitution of 1861", "La Constitución Confederada de 1861")*. El cartel de la campaña oficial de Lincoln mostraba fotografías suyas y del aspirante a la vicepresidencia de su partido **Hannibal Hamlin** bajo el título proteccionista de "*Protección a la Industria Doméstica*". En un discurso que dio en Pittsburgh, Pennsylvania, poco antes de acceder a la presidencia, Lincoln declaró que "ninguna otra cuestión" era más importante para la nación que la de aumentar los tipos de la tarifa federal. Dijo esto como parte de la campaña proteccionista para lograr que el Presidente **James Buchanan** firmara la legislación que sancionaba la *Tarifa Morrill de 1861*, cosa que aquél hizo dos días antes de que Lincoln tomase posesión. Una vez empezada la guerra, Lincoln anunció un bloqueo naval de los puertos del Sur y solo dio una razón para ello: era su deber, dijo, recaudar la tarifa federal.

En su primer discurso inaugural, Lincoln anunció que era su deber "recaudar los gravámenes e impuestos" y que "fuera de ese supuesto" no habría "invasión" o "baño de sangre" (ésas fueron las palabras que empleó) en ningún Estado. Amenazó literalmente con la guerra a los Estados que no cobrasen las tarifas. Abraham Lincoln no iba a retractarse frente a los objetores fiscales de Carolina del Sur o de ningún otro lugar, como había hecho **Andrew Jackson**. Es innegable que la política arancelaria era una cuestión extremadamente importante para Abraham Lincoln en 1860, contrariamente a lo que afirma Loewen.

La más ilustre falsedad que divulgó Loewen consiste en decir que la tarifa que estaba vigente en 1861 tenía el mismo tipo de gravamen que la tarifa de 1857, que era de hecho el tipo más bajo del siglo XIX. La cuestión es que no era ese tipo de gravamen el aplicado a la Tarifa sino el de la tarifa Morrill que era mucho más alto, más del doble más alto (32,6 % frente a 15%). En una época en la que las tarifas representaban más del 90 % de todos los ingresos fiscales federales, la ley que aprobó el Congreso de los Estados Unidos en sus sesiones de 1859-60 y el Senado de los Estados Unidos después de sus deliberaciones de 1860-61 y que fue promulgada el 2 de marzo de 1861 elevó el porcentaje o tipo de gravamen de la tarifa a más del doble. Las palabras "*Tarifa Morrill*" no aparecen en ninguna parte en el artículo del *Washington Post* que escribió Loewen.

Loewen también estaba completamente equivocado cuando sostuvo que los sureños nada dijeron respecto de la tarifa antes de que estallara la guerra. El Presidente Confederado **Jefferson Davis** enfatizó la importancia de la política tarifaria en su primer discurso inaugural (que dio en Montgomery, Alabama el 18 de febrero de 1861) tanto como Lincoln lo hizo en el suyo. Dijo ésto:

> Siendo un pueblo de agricultores, cuyo principal interés es exportar una materia prima que demanda todo país manufacturero, nuestra verdadera política es la Paz y la mayor libertad comercial que la satisfacción de nuestras necesidades permita. Tanto a nosotros como a quienes les compramos, nos interesa que existan las menores restricciones posibles sobre el intercambio de bienes. No puede haber sino poca rivalidad entre nosotros y cualquiera de las comunidades manufactureras o navegantes, como las de los Estados del Noreste de la Unión Americana. De ello se deduce, por consiguiente, que un interés mutuo incita a la benevolente voluntad y a los buenos oficios. Sin embargo, si la pasión o la lujuria de dominio nubla el juicio o inflama la ambición de esos Estados, hemos de estar preparados para hacer frente a la emergencia...

Por tanto, el su primer discurso inaugural Lincoln anunció que el proteccionismo era la piedra angular de la política económica del gobierno de los Estados Unidos y que estaba dispuesto a lanzar una "invasión" de "cualquier Estado" que la resistiera. En su discurso inaugural, **Jefferson Davis** anunció que la política económica de la Confederación era exactamente la contraria: el "la mayor libertad comercial" posible. Cuando en la cita de más arriba dijo que "hemos de estar preparados para hacer frente a la emergencia" estaba diciendo que sabía que esta vez el Norte estaría dispuesto a ir a la guerra por el asunto de la recaudación de impuestos, a diferencia de lo que ocurrió con la *Tariffs of Abomination* de treinta años antes, y que el Sur debería "prepararse" para una posible invasión. Y James Loewen pretende que nos creamos que nadie de ambos lados dijo nunca nada en absoluto sobre la cuestión de las tarifas en los meses previos a la guerra.

El resto del artículo de Loewen del *Washington Post* no era menos inexacto. Por ejemplo, es bien sabido que solo un muy pequeño porcentaje de los soldados confederados eran propietarios de esclavos. La pregunta obvia es entonces:

¿Porqué combatían? No solo no tenían esclavos sino que muchos de ellos eran pequeños propietarios a los que la institución de la esclavitud perjudicaba porque los propietarios de grandes plantaciones, que sí que tenían esclavos, competían con ellos con ventaja. Y muchos más se veían privados de la oportunidad de trabajar en el campo por el hecho de que gran parte de ese trabajo era realizado por esclavos.

En vez de consultar a los especialistas para averiguar por qué lucharon los soldados Confederados, Loewen elaboró una ridícula respuesta a la cuestión de porqué lucharon soldados Confederados que no tenían esclavos, según él: ¡Esperaban supuestamente convertirse mágicamente en ricos propietarios de plantaciones de esclavos después de la guerra! Esto es lo que el *Washington Post* considera "erudición" en el campo de la Historia. De haber leído Loewen el libro de **James McPherson** titulado "*What they Fought For: 1861-1865*" ("*Porqué lucharon: 1861-1865*"), habría sabido que en general el soldado Confederado decía en las cartas que enviaba a casa que estaba combatiendo contra la agresión de un gobierno extranjero que estaba invadiendo su país, bombardeando e incendiando sus ciudades y amenazando con causar daño a su familia y amigos.

Los grupos de activistas de izquierda dedicados a azuzar el odio no son los únicos historiadores de la corte en lo concerniente a Lincoln y su guerra. Para los Neo-conservadores "el mito del padre Abraham" es un ingrediente esencial de su ideología militarista y estatista y parece que están dispuestos a decir y a escribir cualquier cosa que contribuya a perpetuar esa mitología. Un ejemplo de este fenómeno fue un artículo del 9 de febrero de 2009 publicado por el sitio web *Newsmax.com* firmado por **Newt Gingrich** y **William Forstchen** titulado "*What would he say to us today?*" ("*¿Qué es lo que él nos diría hoy?*"). El artículo era una nueva versión de la táctica de los *Neocon* de sugerir que Abe Lincoln, de vivir hoy, aprobaría su programa político. Si padre Abraham Lincoln lo aprueba, ¿Cómo es que alguien objeta? Activistas políticos neo-conservadores han escrito docenas, quizás centenares de artículos que siguen en líneas generales este argumentación (Los neocon no están solos en esta aventura; **Mario Cuomo** y **Harold Holzer** dedicaron un libro entero titulado "*Lincoln on Democracy*" ("*Lincoln sobre la Democracia*") a la tarea de demostrar que si viviese hoy, Lincoln sería un Socialdemócrata, es decir, un socialista como ellos).

Gingrich y Forstchen se enzarzan en la típica deificación de Lincoln al decir del *Lincoln Memorial de Washington D.C.* que es "su trono" construido según el "modelo de los templos griegos". Esto es por supuesto cierto: El Rey Lincoln tiene una apariencia más propia del Dios Zeus sentado en su trono del Distrito Central (aunque el historiador **Clyde Wilson** describió ese símbolo del Estado Americano con más precisión diciendo que representaba a un "lobista corporativista sentado en un sillón de brazos").

Gingrich y Forstchen denominan el Lincoln Memorial "nuestro templo Americano a la democracia". Por supuesto, los padres fundadores de América temían y hasta odiaban la democracia, a la que **James Madison** definió como "la violencia de una facción o partido" en el número 10 de los *Federalist Papers*. Lo último que James Madison o

Thomas Jefferson habrían hecho es construir un templo a la democracia. El entero propósito de la Constitución, escribió Madison en el número 10 de los *Federalist*, era controlar y restringir a la democracia, o sea a "la violencia partidista".

En realidad el *Lincoln Memorial* es un templo que celebra la destrucción de la idea Jeffersoniana según la cual "los gobiernos derivan sus justos poderes del consentimiento de los gobernados". Tal destrucción difícilmente puede concebirse como democrática. Fue el Sur, después de todo, quien en 1861 no quiso continuar siendo gobernado por Washington D.C. Fue Lincoln y el Partido Republicano quienes sostuvieron la postura de que en América el gobierno no era voluntario; de que, contrariamente a las palabras de Jefferson en la Declaración de Independencia, el pueblo no tienen el derecho de "alterar o abolir" su propio gobierno; y que el gobierno federal tiene "derecho" a invadir, matar a cientos de miles de conciudadanos, bombardear, quemar y arrasar ciudades y pueblos americanos para imponer ese punto de vista.

Gingrich y Forstchen pretenden que esos baños de sangre, esas muertes y que ese caos y destrucción "unieron" a América. La suya es una muy extraña definición de "unión" que nos recuerda más a como se formó la Unión Soviética que a los orígenes de la unión Americana. Si una persona apunta un arma a la cabeza de otra y le pregunta si está de acuerdo con ella, entonces, sí, uno puede decir, al menos retóricamente, que a las dos les "unen" las mismas opiniones.

Es un principio del Derecho Anglosajón que los contratos consumados por la fuerza o fraude no son válidos o legítimos. Lo mismo puede decirse de la Unión Americana de la era posterior al año 1865.

Quizás la mayor mentira de Gingrich y Forstchen sea que Lincoln "era un hombre profundamente comprometido con su fe". Lo cual habría sido una noticia chocante para la esposa de Lincoln y para su mejor amigo y socio, el abogado **William Herndon**, ya que ambos testificaron que Lincoln nunca abrazó el cristianismo. Al preparar su biografía sobre Lincoln, Herndon le preguntó al respecto a **Mary Todd Lincoln** (esposa del primero) y ella dijo que su difunto esposo "no tenía fe ... Nunca fue a una Iglesia (y) ... nunca fue técnicamente un cristiano" (véase el libro de **Edgar Lee Masters**, "*Lincoln the Man*" "*Lincoln el Hombre*", pág. 150). Este hecho es bien conocido por los estudiosos de Lincoln a pesar de la absurda afirmación que hacen Gingrich y Forstchen. Por ejemplo, en su libro "*Team of Rivals*" ("*Equipo de Rivales*"), **Doris Kearns-Goodwin** escribió extensamente sobre el hecho de que Lincoln nunca fuese creyente. El giro que le dio Goodwin a este hecho es que todos deberíamos sentirnos aún más compungidos por el pobre Abe porque tendría que haber sufrido más que la mayoría ya que no creía en la otra vida.

La guerra de Lincoln fue una guerra total que se libró contra la población civil del Sur y contra los combatientes del Ejército Confederado. Lincoln sabía de todas las atrocidades y es alabado por los historiadores por su forma de dirigir personalmente la guerra total contra los ciudadanos de los Estados del Sur. Recompensó a generales como

Sherman y Sheridan que no destacaron por ser buenos estrategas militares pero fueron valiosos para Lincoln como terroristas que asesinaron a civiles, bombardearon y quemaron ciudades y pueblos habitados solo por civiles y que miraron para otro lado cuando sus propias tropas saqueaban millones de dólares en toda clase de propiedades particulares, desde ganado a vajillas de plata. Lincoln también fue famoso por experimentar con el empleo de armas de destrucción masiva en ciudades como Richmond en Virginia, Atlanta, en Georgia y Charleston en Carolina del Sur donde cayeron literalmente miles de proyectiles de artillería en el intervalo de unos pocos días en un momento en que no había ningún ejército enemigo en ellas.

Gingrich y Forstchen aparentemente creyeron que los norteamericanos no están en absoluto al corriente de estos hechos cuando escribieron que Lincoln tenía "un profundo sentido del amor y de la compasión por todos. Hasta llegó a arrodillarse y a rezar con un soldado Confederado herido en un hospital"; "sus ojos llenos de dolor por el sufrimiento ajeno"; y "era conocido por su amabilidad extrema ante un animal herido". No aportan referencia alguna para esas disparatadas afirmaciones, limitándose a decir tan solo que proceden de "historias" (sin siquiera revelar las fuentes de esas "historias").

Gingrich y Forstchen engañan también a sus lectores al hacerles creer que Lincoln era sensible a la cuestión racial diciendo que "fue el primer presidente Americano que invitó y recibió a una delegación de afroamericanos en la Casa Blanca". Lincoln sí que mantuvo una reunión con un grupo de hombres libres de color en la Casa Blanca, pero no era el primer encuentro de ese tipo según el Profesor **Henry Louis Gates** de la *Universidad de Harvard.* El propósito de la reunión no era romper una lanza a favor de la igualdad racial como da a entender engañosamente el artículo de Gingrich y Forstchen. La verdad es justamente la contraria: el propósito de la reunión, que se describe en la entrada correspondiente al 14 de agosto de 1862 de "*Lincoln's selected Wrintings and Speeches*" ("*Escritos y Discursos Selectos de Lincoln*") era persuadir a esos hombres negros libres para que "dieran ejemplo" y se auto-deportasen fuera de los Estados Unidos. "La suya y la nuestra son razas distintas", observó sabiamente Lincoln, "Entre ambas existen las mayores diferencias que puede haber entre dos cualesquiera otras ... Esa diferencia física es una gran desventaja para ambas ... y proporciona por si sola una razón para separarnos ... Es por consiguiente mejor para las dos que estemos separados".

Pidió entonces a esos hombres que se fuesen a Liberia, afirmando que ya se había establecido allí una colonia de negros americanos (a principios del siglo XIX por la *American Colonization Society*), aunque la mayoría de los colonos originarios había muerto. Lincoln trató de asegurar a aquellos hombres que semejante aventura sería ventajosa para ellos aún cuando la mayor parte de ellos pereciese también de enfermedad o inanición. Si llegaran antes a procrear, entonces, conjeturó Lincoln, algún día sus descendientes probablemente serían más numerosos que ellos. Los negros hombres libres sabiamente rechazaron el generoso ofrecimiento que les hizo Lincoln de pagarles

por su deportación a Liberia.

La falsa historia de Lincoln y su guerra ha sido utilizada durante largo tiempo para impulsar la idea del "*excepcionalismo americano*", que se ha convertido en una sempiterna excusa o racionalización de las aventuras de imperialismo militar del gobierno de los Estados Unidos alrededor del mundo.

SECCIÓN 4.- EL ESTADO Y EL DINERO

CAPÍTULO 30.- La Banca Centralizada como motor de corrupción

Mucho se ha escrito acerca del famoso debate entre **Thomas Jefferson** y **Alexander Hamilton** sobre la constitucionalidad del primer Banco Central de los Estados Unidos, el *Bank of the United States* (BUS). Es entonces cuando Jefferson, siendo Secretario de Estado, enunció su visión "estrictamente construccionista" de la Constitución, defendiendo ante el Presidente **George Washington** la postura de que como la creación de un Banco Nacional no era uno de los poderes específicamente delegados por los Estados al gobierno central, y como la idea había sido expresamente rechazada por la convención constitucional, un Banco Central era inconstitucional. Es bien conocido el hecho de que el Secretario del Tesoro Hamilton respondió inventando el concepto de los poderes "implícitos" frente a los explícitamente delegados por la Constitución.

George Washington firmó la ley que instituía el *Bank Of The United States* no por la solidez del argumento de Hamilton sino como consecuencia de un oscuro pacto político. La capital de la nación se estaba trasladando de New York a Virginia y Washington quería que el nuevo distrito de Columbia colindara con su propiedad en *Mount Vernon*. A cambio de modificar los límites del distrito (presumiblemente para aumentar el valor de su propiedad), Washington firmó la legislación federalista por la que se creaba el BUS.

El primer Banco Central de los Estados Unidos nacía de un corrupto pacto político, pero ese acto particular de argucia política palidece en comparación con lo que Hamilton y sus secuaces nacionalistas tenían realmente en mente para el país.

Como escribió **Murray Rothbard** en "*The Mistery of Banking*" ("*El Misterio de la Banca*"), Hamilton y sus compatriotas políticos, especialmente el políticamente bien relacionado contratista de armas **Robert Morris**, querían

> volver a imponer en los Estados Unidos un sistema mercantilista con un Estado grande similar al de Gran Bretaña, contra el que se habían rebelado los colonos. El objetivo era tener un gobierno fuerte, en particular, un poderoso presidente o rey como jefe ejecutivo, erigido sobre la base de elevados impuestos y una abultada deuda pública.

Una parte especialmente importante de lo que Rothbard denominó "el estratagema o el plan de Morris" era "organizar y dirigir un Banco Central, para que le proporcionara a él y a sus aliados crédito barato y más dinero".

Hamilton era esencialmente un hombre de Robert Morris en la Administración de Washington cuya misión era crear un sistema económico "mercantilista" al estilo británico que principalmente beneficiara a plutócratas como Morris a costa de casi todo el mundo. Como explicó el historiador **Douglas Adair**, uno de los editores de los

Federalist Papers:

> Con taimada brillantez y mediante un programa legislativo clasista Hamilton consiguió unir los intereses de los propietarios de la costa Este en un partido cohesionado en torno a la Administración, mientras que al mismo tiempo intentó que el ejecutivo dominase al Congreso recurriendo a un generoso reparto de cargos y prebendas. Para llevar adelante su plan, Hamilton transformó cada transacción financiera del Departamento del Tesoro en una orgía de especulación y soborno en la que participó un selecto grupo de senadores, de congresistas y algunos de sus partidarios que se contaban entre los hombres más ricos de toda la nación.

De lo que el profesor Adair está hablando en este pasaje es de cómo se las arregló Hamilton para nacionalizar la vieja deuda del gobierno. Se emitieron nuevos bonos del gobierno y la vieja deuda se tenía que reembolsar por su valor facial. Como escribió **John Steele Gordon** en su "*Hamilton's Blessing*" ("Las Bendiciones *de Hamilton*"), en la ciudad de Nueva York este plan se hizo del dominio público entre los integrantes del gobierno y quienes se movían a su alrededor, pero las noticias sobre el mismo se abrieron paso muy lentamente por el resto del país, a lomos de caballo y a bordo de veleros.

Por ello, se creó una enorme oportunidad de negocio para quienes estaban bien conectados políticamente como Robert Morris y sus socios políticos y comerciales, lo que incluía a miembros del Congreso. En su clásico libro "*Jefferson and Hamilton*", el historiador **Claude Bowers** describió cómo muchos miembros del Congreso, políticos influyentes y sus allegados se aprovecharon de cientos de confiados veteranos de la Guerra Revolucionaria, a los que se había pagado parcialmente sus servicios con bonos del gobierno, comprándoles los bonos al dos por ciento de su valor nominal. Bowers describe la escena como sigue:

> transportes expresos cargados de grandes sumas de dinero ... chapotearon y traquetearon por las lamentables carreteras invernales ... de camino a Carolina del Norte para especular en él ... Dos rápidos veleros contratados por un miembro del Congreso ... surcaban las aguas rumbo al Sur con una misión similar.

Según Bowers, muchos miembros del Congreso se hicieron millonarios de la noche a la mañana. Se dice que Morris ganó millones con esta operación y que el mismísimo Hamilton también participó en ella.

En cuanto Jefferson tuvo conocimiento del embrollo que había organizado Hamilton, supo que la intención de aquél era crear un sistema de corrupción institucionalizada para comprar el apoyo político del Congreso al programa mercantilista de su partido centrado en implantar un gran gobierno, tarifas proteccionistas, subvenciones a las empresas y centralización bancaria. En un ensayo escrito el 4 de febrero de 1818, mucho después de que Hamilton falleciera, Jefferson apuntó que "el sistema de Hamilton tenía un doble objetivo. Primero, el de despistar y evitar que la gente comprendiera y preguntara, y, segundo, el de servir de mecanismo para corromper al legislativo". Con

respecto a la acusación de corrupción, Jefferson explicó que Hamilton había confesado que en su opinión el hombre solo puede ser gobernado por uno de dos motivos, la fuerza y el interés. La fuerza, señaló, es en este país inadmisible, y, por consiguiente, los intereses de los miembros (del Congreso) deben ser sujetados para mantener al legislativo al unísono con el ejecutivo. Y por triste y vergonzoso que parezca, hay que reconocer que su maquinaria funcionó. ... Algunos miembros del Congreso fueron lo bastante ruines como para doblegar su deber a sus intereses y a anteponer sus propios intereses personales al bien público.

"Hombres enriquecidos gracias a la habilidad de un líder (como Hamilton)", escribió Jefferson, "seguirían por supuesto al jefe que los estaba haciendo ricos y de este modo se convertirían en entusiastas colaboradores de todas sus empresas".

Pero Jefferson creía que el problema al que se enfrentaba Hamilton era que los apoyos políticos que compraba merced a la estafa del arbitraje de la deuda pública eran solo temporales. "Si llegara a perder el apoyo de los miembros del Congreso a los que había enriquecido (por jubilación o fallecimiento) estaría acabado". Por consiguiente, razonó Jefferson, tiene que idearse "algún motor más permanente de corrupción". Este motor permanente de "influencia" o corrupción, dijo, "era el *Bank of the United States*". Un Banco Central, una vez establecido, instantáneamente aglutinaría tras de sí a unos intereses políticos y sería difícil destruirlo. Jefferson temía que pudiera convertirse en un permanente motor de sobornos a políticos y de corrupción al servicio de la expansión del tamaño y del poder del gobierno fuera de los límites de la *Constitución*. Thomas Jefferson concluyó que "Hamilton no solo era un monárquico sino que era partidario de una monarquía edificada sobre corrupción", con un banco central que sería la pieza central del tipo de régimen corrupto que Hamilton aspiraba crear.

Jefferson llegó a esta conclusión basándose en la conducta de Hamilton y en sus palabras también. En su ensayo del 4 de febrero de 1818 Jefferson recordó una conversación personal que sostuvo con Hamilton, el Secretario de Guerra de **Henry Knox**, el Presidente **John Adams** y el Fiscal General **Edmund Randolph** en 1791, el año en el que se creó el *Banco de los Estados Unidos*. Recordó como el Presidente Adams dijo refiriéndose a la Constitución británica, "quítese a esa Constitución su corrupción y dese a su rama popular igualdad de representación y será la más perfecta Constitución que la mente humana haya concebido nunca".

Ante esa afirmación, Hamilton hizo la objeción siguiente: "Quítese su corrupción y dese igualdad de representación a su rama popular y se convertirá en un gobierno impracticable. Como está en el momento presente, con todos sus supuestos defectos, es el gobierno más perfecto que haya existido nunca".

Por tanto, para el maquiavélico Hamilton, la existencia de corrupción en el gobierno británico era algo bueno, no algo malo, ya que ayudó a centralizar el poder político en torno al ejecutivo. Hamilton está "tan cautivado y pervertido por el ejemplo Británico", escribió Jefferson, "que está por completo convencido de que la corrupción es esencial

para el gobierno de una nación". Y la creación de un banco central era el ingrediente esencial de tal corrupción.

CAPÍTULO 31.- Derechos de los Estados frente a Monopolio Monetario

Los norteamericanos no siempre fueron tan esclavos de la burocracia del gobierno como lo son en la actualidad. Uno de los mejores ejemplos históricos de esto puede verse en la forma en que los americanos utilizaron en una ocasión la tradición Jeffersoniana de los derechos a la *nulificación* e interposición de los Estados para ayudar al Presidente **Andrew Jackson** en la batalla que libró para suspender al *Second Bank of The United States,* el sucesor del primer Bank of the United States (BUS).

El BUS se constituyó originalmente por veinte años (empezando en 1791), plazo que el Congreso no renovó porque el banco hizo exactamente lo que Jefferson temía que haría: creó una inflación de precios del 71 % en sus primeros cinco años, generó ciclos expansivos y depresivos muy agudos y corrompió la política. Fue resucitado por el Congreso en 1816 ostensiblemente para ayudar a monetizar la deuda de la guerra de 1812.

El mismo año que el BUS fue resucitado (1816), Indiana e Illinois modificaron sus Constituciones Estatales para prohibir al BUS establecer ramas o filiales dentro de sus respectivas jurisdicciones. Carolina del Norte, Georgia y Maryland se unieron a la batalla imponiendo elevados impuestos a las filiales que existían en sus Estados. Su objetivo obvio era hundirlas a impuestos. El libro de **James Kilpatrick** "*The Sovereign States: Notes of a Citizen of Virginia*" ("*Los Estados Soberanos: anotaciones de un ciudadano de Virginia*") narra toda la historia.

> Al darse cuenta de que tales impuestos podrían destruir al BUS, el gobierno federal litigó en Maryland (*McCulloch contra Maryland, 1819*), con la confianza de que el Presidente del Tribunal Supremo **John Marshall**, un nacionalista partidario del Banco que idolatraba a Alexander Hamilton, sentenciaría a su favor. Y así lo hizo, acuñando la famosa frase según la cual "el derecho a gravar con impuestos es el poder de destruir".

Pero eso sucedió en una época en que la opinión del Tribunal Supremo era vista solo como la opinión del Tribunal Supremo y no como hoy se concibe: como un mandamiento venido del cielo y entregado por Dios. En la década posterior a 1820 los americanos aún eran de la opinión que había tres ramas de gobierno, no solo una (la judicial), y que las tres ramas tenían que poder opinar en la misma medida sobre cuestiones constitucionales, al igual que los ciudadanos de los distintos Estados soberanos a través de actos de nulificación, si fuera preciso. La Constitución, después de todo, nada dice respecto de la cuestión de quién ha de ser el árbitro de la constitucionalidad y desde luego no concede esa responsabilidad solamente a los jueces federales.

A pesar de la opinión de Marshall de que el BUS era constitucional e ilegítimos los impuestos que lo gravasen, numerosos Estados siguieron acosando al Banco. Ohio gravó con un impuesto anual de 50.000 dólares a cada una de las dos ramas del BUS.

Cuando el Banco se negó a pagar, el Auditor del Estado de Ohio despachó a un diputado suyo, un tal **John L. Harper**, para que cobrase el impuesto. Como explica Kilpatrick:

> En la mañana del 17 de septiembre, Harper hizo un último requerimiento de pago voluntario. Cuando fue denegado, saltó por encima del mostrador, irrumpió en las cámaras acorazadas del Banco y se apoderó de 100.000 dólares en papel y en especie. Lo entregó a un diputado ... que metió ese sustancioso tesoro en una pequeña maleta con la que los que eran de la partida se habían convenientemente equipado.

El Congreso de Ohio consideró que la opinión de Marshall y la existencia del Banco nacional, eran una grave amenaza para la soberanía de los ciudadanos y un peligroso precedente para todos los americanos, no solo para el pueblo de Ohio. Hizo una proclamación según la cual: "Consentir semejante atropello de los privilegios y de la autoridad de los Estados, sin esforzarse por defenderlos, sería un acto de traición al propio Estado y a todos los Estados que componen la Unión Americana".

La legislatura del Estado de Ohio declaró que conocía la teoría según la cual el Tribunal Supremo debe ser el único intérprete de la Constitución, una teoría inventada por John Marshall, por cierto. Pero, como escribió Kilpatrick, también declaró que "nunca podría aceptar esa doctrina". Los legisladores del Estado de Ohio para respaldar su tesis citaron a Jefferson quien en su *Resolución de Kentucky* argumentó que cada una de las partes de un contrato o pacto constitucional tiene por si sola el mismo derecho a interpretar la Constitución. Dijeron que John Marshall estaba equivocado y consideraron que no tenían ninguna obligación de aceptar su decisión.

El *Congreso de Ohio* prometió entonces devolver los 100.000 dólares si el BUS abandonaba el Estado. Si no lo hacía, amenazó con promulgar una ley que prohibiría "a los guardianes de nuestras prisiones" encarcelar a cualquier persona "condenada a resultas de un juicio promovido por el *Bank of the United States*", prohibiría a los juzgados y tribunales del Estado de Ohio "reconocer legitimación al Banco en los procedimientos en los que fuese parte" y prohibiría a "nuestros tribunales, juzgados de paz, jueces y grandes jurados oír y tener cualquier conocimiento de cualesquiera infracciones contra cualquier clase de propiedad del Banco". Denunció entonces al Tribunal Supremo y a su Presidente el Juez John Marshall por haber violado la Constitución.

El *Banco de los Estados Unidos* contra-atacó, consiguiendo que policías federales arrestaran y encarcelasen al Tesorero del Estado de Ohio. Estando en la prisión, le quitaron físicamente las llaves de los cofres del gobierno del Estado y empleados federales se llevaron por valor de 100.0000 dólares de cuanto en ellos había. Esto enfadó aún más a los ciudadanos de Ohio que continuaron oponiéndose al Banco, como hicieron otros muchos Estados. Kentucky y Connecticut adoptaron la posición de Ohio respecto del Banco, Carolina del Sur estableció un impuesto especial a los accionistas residentes en su Estado, los legisladores de New York y de New Hampshire dictaron resoluciones pidiendo que no se volviera a constituir el Banco. Como concluyó

James Kilpatrick

> Enfrentado a esa incesante hostilidad, el Banco no podía sobrevivir. La retirada de depósitos por parte del público empezó en agosto de 1833, por orden de Jackson; y cuando Wolf, a la sazón Gobernador de Pennsylvania, que había sido uno de los más firmes defensores del Banco, denunció a la Institución en marzo de 1834, la opinión pública estaba ya fatalmente influenciada en contra del Banco. El Senado de Pennsylvania adoptó nuevas resoluciones instando a que no se volviese a constituir el Banco. Al mes siguiente, el Congreso de los Estados Unidos adoptó el mismo parecer y los días del Banco llegaron a su fin.

Se atribuye generalmente al Presidente Jackson el haber vetado la constitución del *Second Bank of The United States*, cosa que ciertamente hizo. Pero tuvo mucha ayuda en su interminable batalla política y esa ayuda vino del pueblo de los Estados libres, soberanos e independientes que se opusieron a cualquier movimiento que fuese en la dirección de otorgar un monopolio monetario a los políticos de Washington, D.C.

CAPÍTULO 32.- Cómo la centralización bancaria oculta los costes de la guerra

Ludwig Von Mises creía que la inflación de precios causada por la centralización bancaria es "un instrumento indispensable del militarismo" porque hace que las repercusiones de la guerra sean mucho menos evidentes. El "hastío de la guerra" llegaría mucho antes si las guerras se financiaran mediante impuestos directos.

Los políticos americanos siempre han recurrido a la falsificación legal del dinero de los bancos centrales para financiar guerras, el más caro de todos los programas de gobierno. Si los ciudadanos tuvieran más clara idea de los verdaderos costes de la guerra estarían más inclinados a oponerse a las agresiones armadas y a forzar una más rápida conclusión de todas las guerras.

El gobierno puede financiar guerras (y todo lo demás) únicamente por tres medios: impuestos, deuda e inflación, o sea, imprimiendo dinero. Los impuestos son el medio más visible y doloroso, seguido del recurso al endeudamiento, que absorbe el crédito disponible para el sector privado, hace que suban los tipos de interés e impone a los contribuyentes la doble carga de devolver el principal y pagar los intereses. La creación de dinero, el aumento del crédito y del dinero en circulación, de otro lado, hace que la guerra parezca menos costosa a los ojos de los ciudadanos, ya que es más probable que culpen a los "codiciosos empresarios" de la subsiguiente subida de precios antes que a su verdadero causante, el Estado.

Como regla general, la planificación centralizada y el control gubernamental de toda una economía se intensifican cuanto más larga es una guerra. Y continúa durante cierto tiempo aún después de acabada la guerra . Es bien conocida la frase de **Randolph Bourne** según la cual la guerra es la salud del Estado y el crecimiento del Estado significa

> un declive en la libertad y de la prosperidad. Como escribió **Robert Higgs** en "*Crisis y Leviathan*", por ejemplo, los efectos de la Primera Guerra Mundial (1ª GM) fueron la colusión masiva del gobierno con grupos organizados de intereses especiales, la nacionalización de facto de las industrias del transporte marítimo y ferroviario, el aumento de la intervención del gobierno federal en los mercados del trabajo y de capitales, comunicaciones y agricultura y cambios duraderos en la doctrina constitucional con respecto al servicio militar obligatorio y a las libertades civiles, en especial, de la libertad de expresión.

La financiación de la guerra mediante inflación con frecuencia conduce a que se pidan controles de precios que infligen aún mayores daños sobre el sistema de empresa privada al generar escaseces de bienes y servicios. El Estado utiliza la excusa de la escasez que él mismo genera para adjudicarse aún más poder y adjudicar las escaseces a quien le parece. Inflar la moneda como método para financiar la guerra es con frecuencia un primer paso en la adopción de lo que esencialmente es fascismo económico.

Se dice que el papel y la imprenta se inventaron en China, pero los políticos americanos fueron probablemente los primeros en utilizar papel moneda emitido por el gobierno. Fue adoptado por el gobierno colonial de Massachussets en
1690. Como escribió **Murray Rothbard** en "*A History of Money and Banking in the United States*" ("*Una Historia del Dinero y de la Banca en los Estados Unidos*"), el gobierno de Massachussets de aquella época estaba acostumbrado a realizar "expediciones de saqueo" contra los prósperos franceses de Québec. Parte del producto de la rapiña era utilizado para pagar las soldadas de los mercenarios pero cuando algunas de las expediciones de saqueo fracasaron en sus intentos y los soldados mercenarios amenazaron con amotinarse, el gobierno de Massachussets imprimió 7.000 libras británicas en billetes de papel para pagarles. El gobierno prometió canjear el papel moneda con oro o plata, pero le llevó cuarenta años hacerlo. Mientras, el público tenía tan poca confianza en los billetes que se depreciaron un 40 por ciento el primer año después de su emisión.

En 1740 cada una de las colonias excepto Virginia había seguido el ejemplo de Massachussets y habían emitido su propio papel moneda *fiat* o fiduciario. Los resultados fueron una enorme inflación de precios, una depreciación de la divisa y ciclos de auge y caída. Durante la Revolución Americana se adoptó una forma de centralización bancaria cuando en 1775 el Congreso Continental emitió los "Continentales". Como no estaba respaldado por nada que tuviera algún valor, los Continentales se depreciaron tanto que en 1781 prácticamente no valían nada. La frase "No vale un Continental" se hizo popular en la jerga coloquial.

Algunos de los Estados intentaron hacer frente a la inflación causada por la impresión masiva de Continentales con leyes de control de precios. El efecto predecible (para los estudiantes de Economía) fueron escaseces tan severas que el ejército de George Washington casi se muere de hambre en Pennsylvania. La situación se hizo tan desesperada que el Congreso Continental emitió una resolución el 4 de junio de 1778 instando a todos los Estados a que aboliesen sus leyes de control de precios.

Según relatan **Robert Scheuttinger** y **Eamon Butler** en "*Forty Centuries of Wage and Price Controls: How not to Fight Inflation*" ("*Cuarenta Siglos De Controles De Precios y Salarios: Cómo No Combatir la Inflación*") gracias a este cambio en la política, en tres meses el ejército estaba bien provisto.

A pesar de las calamidades económicas que en América causaron las primeras incursiones en pos de un control centralizado de la oferta monetaria, al final de la Guerra Revolucionaria se instituyó el primer Banco Central de la nación, el *Bank of North America*, nombrándose presidente del mismo al contratista de armas y congresista **Robert Morris**. La banca centralizada podría haber sido ruinosa para el público general, pero influyentes políticos se aprovecharon espléndidamente. Se dio al Banco el monopolio de emisión del papel moneda y éste utilizó la mayor parte del dinero recién creado para prestárselo al gobierno federal. Al hacerlo infló su moneda tan rápidamente que en un año el público había perdido toda la confianza en el banco y tuvo

que ser privatizado.

Como señala el *Federal Reserve Board* en una de sus publicaciones, el auténtico padre fundador de la banca centralizada fue **Alexander Hamilton**. Su *Bank of The United States* (BUS), establecido en 1791, fue un intento parcial de financiar "emergencias repentinas" como la guerra, según las propias palabras de Hamilton. El BUS no se volvió a constituir en 1811 cuando expiró su plazo original, pero a pesar de ello el gobierno federal ideó un procedimiento para monetizar la deuda de guerra. Fomentó que se creasen docenas de bancos privados y en 1814 anunció una "suspensión de los pagos en especie". Esto es, los bancos ya dejaban de estar obligados a canjear sus billetes por oro o plata. De esta forma, bajo la dirección del Congreso de los Estados Unidos, durante dos años y medio se impulsó a los bancos a que inflaran sus divisas a voluntad. La inflación de precios durante los años de la guerra fue de un 35 por ciento de promedio.

Para ayudar a pagar la deuda de guerra, en enero de 1817 volvió a instituirse el *Bank of The United States* (BUS) y se le autorizó a emitir un papel moneda nacional, a comprar deuda pública y a recibir en depósito fondos del Tesoro de los Estados Unidos. **Murray Rothbard** en su "*History of Money and Banking in the United States*" explicó las políticas que se siguieron para refundar el BUS:

> El *Second Bank of The United States* fue impulsado en el Congreso por el Secretario del Tesoro **Alexander J. Dallas** ... un rico abogado de Philadelphia, amigo íntimo, consejero y socio financiero del comerciante de Philadelphia y banquero **Stephen Girard**, al que se tenía como uno de los dos hombres más ricos del país ... Girard era el mayor accionista del primer *Bank of The United States* y durante la guerra de 1812 invirtió grandes sumas de dinero en la deuda de guerra del gobierno federal ... Para poder deshacerse de su deuda pública, Girard empezó a agitar para que se crease un nuevo Banco de los Estados Unidos.

Escribe Rothbard que el Segundo BUS "lanzó una inflación monetaria y de crédito espectaculares", aderezada con una dosis elevada de fraude bancario. Creó rápidamente el "*Pánico de 1819*", la primera real Depresión de la historia Americana en la que por primera vez hubo mucho desempleo en las ciudades. **Rothbard** señaló en su libro, "*The Panic of 1819*", que el número de empleados en la farbicación de productos de artesanía en Philadelphia cayó de 9.700 personas en 1815 a solo 2.100 en 1819.

Después que el presidente **Andrew Jackson** vetara la constitución del *Segundo Banco de los Estados Unidos*, el banco se extinguió, pero quienes abogaban por la planificación centralizada (de la economía) a través de la planificación bancaria nunca se dieron por vencidos. Finalmente durante el mandato de Lincoln, tuvieron éxito y lograron que se aprobase la *Ley de Curso Legal de 1862* (*Legal Tender Act*) que autorizaba al Secretario del Tesoro a emitir durante los años de la contienda un papel moneda, los llamados "*greenbacks*"[10], que no eran redimibles en oro o plata. Las *leyes monetarias nacionales*

[10] billetes verdes por el color verde de la tinta utilizada para imprimirlos (N. del T.)

(*National Currency Acts*) *de 1863 y 1864* crearon un sistema de bancos nacionales que podían emitir los billetes que les suministrase el nuevo *Comptroller of the Currency (Controlador o Interventor de la Moneda*). Esas leyes también instauraron un impuesto del 10 por ciento a los billetes de los bancos competidores para echarlos del negocio y crear un monopolio monetario federal.

El efecto previsible fue una importante inflación de precios que llevó a que los billetes verdes se depreciasen hasta el punto de que al cabo de un año valían 35 centavos en oro. Todos los efectos económicos negativos de la inflación (disminución de valor de la riqueza privada, injusta redistribución de la renta de los acreedores hacia los deudores) dañaron al esfuerzo de guerra del Norte pero no tanto como al Sur. El Norte financió la mayor parte de la Guerra Civil mediante deuda pública. El Sur lo hizo imprimiendo dólares Confederados. En consecuencia, la inflación de precios en la Confederación alcanzó un promedio de más del 2.200 por cien por año.

Finalmente en 1913 se creó el *Federal Reserve Board* que se convirtió en el instrumento que hizo posible financiar la desastrosa e inútil participación de América en la Primera Guerra Mundial. La Fed no solo imprimió billetes verdes, como ocurrió durante la Guerra Civil. Imprimió dinero en cantidad suficiente para comprar más de 4 mil millones de dólares en bonos del gobierno que se utilizaron para financiar la guerra. La cantidad de dinero en circulación durante el período que media entre 1914, primer año de existencia de la Fed, y 1820, se duplicó. Durante esos mismos años el nivel de precios también se duplicó, generando una enorme carga tributaria oculta para el contribuyente norteamericano al reducir a la mitad el valor de la riqueza en manos de particulares y deprimir los salarios reales.

El auge creado por la financiación de la guerra por la Fed tuvo inevitablemente su caída, la Depresión de 1920. El primer año de la Depresión de 1920 fue incluso peor que el primer año de la Depresión de una década antes. El Producto Interior Bruto cayó un 24 por ciento entre 1920 y 1921, mientras que el número de desempleados americanos más que se dobló, de 2,1 millones a 4,9 millones. La Gran Depresión de 1920 duró solo ese año, sin embargo, gracias a la inspirada política del Presidente **Warren Harding** de fuertes recortes de gasto público y de impuestos.

> En todas las guerras que siguieron a la Primera Guerra Mundial la centralización bancaria causó esencialmente los mismos perjuicios a la sociedad americana: inflación de precios, caos económico, reducción de salarios reales, controles de precios, desestabilizadoras y empobrecedoras reglamentaciones gubernamentales y otros controles del gobierno además de ataques ideológicos contra el capitalismo en vez de contra la verdadera culpable: la Reserva Federal.

Adam Smith reconoció la ventaja de financiar guerras con impuestos en comparación a hacerlo con deuda pública cuando escribió en "*La Riqueza de las Naciones*" que "las guerras en general acabarán más pronto y parecerán menos gratuitas" cuando se financien con impuestos. "Al sentir el pueblo toda la carga de la guerra pronto se cansará de ella y el gobierno, para contentarlo, no se verá en la necesidad de proseguirla por más

tiempo del que fuese necesario hacerlo".

La inflación aparejada a la centralización bancaria hace que los costes de la guerra sean aún menos visibles que cuando se financian con deuda y es, por consiguiente, aún más desastrosa desde la perspectiva del público obligado a pagar los impuestos.

CAPÍTULO 33.- Como la Reserva Federal crea desempleo

Históricamente, la política monetaria bajo la dirección del *Federal Reserve Board* creó y destruyó empleo. La razón de ello ha de verse en que la Fed, como los demás Bancos Centrales, siempre ha originado *ciclos de auge y caída* en la economía. La explicación de este fenómeno se expone en tres tratados clásicos de economía autriaca: "*La Teoría del Dinero y el Crédito*" de **Ludwig Von Mises**, "*Teoría monetaria y Ciclo Económico*" de **F.A. Hayek** y "*Precios y producción*" de **Hayek**. "*La Gran Depresión Americana*" de **Murray Rothbard** también contiene una lúcida exposición de la teoría de los ciclos económicos postulada por los economistas austriacos. Hayek recibió el premio Nobel en Economía en 1974 por ese trabajo, entre otras cosas.

> Cuando la Fed expande la oferta monetaria no solo tiende a crear inflación, sino que también siembra las semillas de la recesión o de la depresión al bajar artificialmente los tipos de interés, ya que puede desencadenar un falso e insostenible período de "boom económico". Tipos de interés más bajos inducen a la gente a consumir más y a ahorrar menos. Pero es el aumento del ahorro lo que alimenta el subsiguiente crecimiento económico y la creación de empleo.

La reducción de los tipos de interés y la mayor disponibilidad de crédito causada por la política de expansión de la oferta monetaria de la Fed indujo a las empresas a acometer proyectos de inversión, sobre todo a largo plazo, que a principios del período del boom del 2000 se materializaron principalmente en bienes inmuebles. Hubo un crecimiento correlativo del empleo en las industrias vinculadas a la construcción y al mercado inmobiliario. Pero como los menores tipos de interés causados por la expansión de la oferta monetaria impulsada por la Fed no vinieron motivados por un mayor ahorro del público (como sucedería en un mercado libre), las empresas que invirtieron capital en proyectos a largo plazo descubrieron eventualmente que no había una suficiente demanda de los consumidores para justificar esas inversiones (los menores ahorros del pasado significan que la demanda de los consumidores será más débil en el futuro). Entonces es cuando se produjo el descalabro.

El daño que la política de auges y caídas capitaneada por la Fed causa a la economía ocurre en el período de auge cuando los recursos se asignan erróneamente en la forma que aquí se expone. El período de caída es realmente una cura necesaria de los errores cometidos que se desencadena cuando las empresas liquidan sus desacertadas inversiones y empiezan a tomar decisiones sobre la base de tipos reales de interés de mercado. Los precios y los salarios deben también que volver a la normalidad para que se pueda producir una auténtica recuperación económica.

Las políticas del gobierno dirigidas a rescatar a las empresas que han tomado esas malas decisiones de inversión solo retrasarán o impedirán que la recuperación económica tenga lugar al tiempo que supondrán un peligroso precedente al fomentar que esos comportamientos se vuelvan a producir en el futuro ("el problema del riesgo moral"). Es

así como breves recesiones se pueden alargar o se pueden convertir en depresiones. O lo que es aún peor, la Fed, en respuesta al problema que ella misma causa inflando la oferta monetaria, puede crear aún más inflación monetaria. Al hacerlo puede iniciar un nuevo ciclo de auge y caída.

Es obvio que los tipos de interés artificialmente bajos, que constituyeron la política oficial de la Fed durante el mandato de **Greenspan** iniciado en el año 2000, crearon un boom insostenible en el mercado inmobiliario. Se crearon miles de nuevos empleos -después destruidos- dando así un actualizado sentido a la expresión "destrucción creativa" del economista **Joseph Shumpeter**. Muchos norteamericanos que obtuvieron un trabajo e iniciaron una carrera profesional en la construcción de viviendas y en las industrias relacionadas vieron más tarde como ese trabajo y esa carrera no eran sostenibles después de todo. Les engañó la Fed. Por eso la Fed no solo causó una elevada tasa de desempleo (oficialmente del 10 % pero que llegó al 17 % si se incluye entre los desempleados a los "trabajadores desalentados"), sino que también produjo un desequilibrio en el mercado del trabajo. Esto es, los conocimientos que toda la gente de esas industrias adquirió ya no eran demandados. Perdieron sus trabajos y se vieron forzados a re-educarse y a dotarse de nuevas herramientas o a languidecer en el paro o en la asistencia social.

Desde su nacimiento en 1914, la Fed ha estado generando ciclos de auge y caída. De 1914 a 1920 el importe acumulado de los depósitos bancarios más que se duplicó (gracias principalmente a la financiación de la Fed al gobierno de los Estados Unidos para que participara en la primera guerra mundial) creando una falsa expansión que se convertiría en la Depresión de 1920 en la que el PIB cayó un 24 % de 1920 a 1921 y el número de norteamericanos desempleados más que se duplicó, pasando de 2,1 a 4,9 millones [tal y como documentan **Richard Vedder** y **Lowell Galloway** en su libro "*Out of Work*" ("Parado")]. Ésta fue una depresión más severa que la del primer año de la Gran Depresión de una década más tarde.

Murray Rothbard demostró en su libro "*America's Great Depression*" que no fue una política monetaria restrictiva de 1929 a 1932 lo que alimentó la Gran Depresión, como argumentaron **Milton Friedman** y **Anna Schwartz** en su tratado "*Una Historia Monetaria de los Estados Unidos*". Sino que fueron las prácticas de expansión monetaria que la Fed llevó a cabo durante los años veinte del siglo pasado las que generaron otro ciclo de auge y caída, cuya fase de caída fue la causa principal de la Gran Depresión.

Encomendar a la Reserva Federal la responsabilidad de mantener bajo el desempleo tiene el mismo sentido que encargar a un pirómano la responsabilidad de combatir el fuego.

CAPÍTULO 34.- El mito de una Reserva Federal Liberal

Uno de los espectáculos más absurdos de la Gran Depresión fue ver como muchos comentaristas echaban la culpa del *crash* a una Fed a la que tachaban de ser una entidad "demasiado liberal" en vez de una oficina de planificación central. El historiador económico **John Steele Gordon** escribió en el *Wall Street Journal* que la causa del desplome era la "funesta" influencia de Thomas Jefferson y su oposición a la centralización bancaria que, según él, era una visión que aún subsistía entonces. El agente de bolsa de Wall Street **Henry Kaufman** escribió en el *Financial Times* que el "dogma liberal" había confundido a la Fed. Este comentario fue repetido por muchos otros que parece que asumieron que: (1) como el Presidente de la Reserva Federal, **Alan Greenspan**, había sido un protegido de **Ayn Rand** cuarenta años antes; y (2) como Ayn Rand estaba asociada al *laissez faire*; entonces (3) la Reserva Federal bajo la presidencia de Alan Greenspan no estaba en modo alguno implicada en la regulación de los mercados financieros o en impulsar *ciclos de auge y caída* con sus políticas monetarias.

Nunca se han publicado cosas más absurdas en publicaciones como el *Wall Street Journal* y el *Financial Times*. Lo único que debe uno hacer para darse cuenta de esto es buscar en la web una publicación de la Fed titulada "*El Sistema de la Reserva Federal: Fines y Funciones*" ("*The Federal Reserve System: Purposes and Functions*"). Además de manipular imprudentemente la oferta monetaria y de causar *ciclos de auge y caída* que a veces dieron lugar a Grandes Depresiones, la Fed tiene "autoridad para supervisar y regular sobre un amplio abanico de instituciones y actividades".

Tales funciones en modo alguno quedaron en suspenso o dejaron de estar plenamente vigentes durante la presidencia de Greenspan.

- Sociedades *Holding* Bancarios
- Bancos concertados con el Estado
- Filiales extranjeras de Bancos adheridos al Sistema de Reserva Federal.
- Endidades constituidas al amparo de la *Edge Act* y la *Agreement Corporation Act* de 1919 para participar en actividades financieras y bancarias en el extranjero.
- Filiales autorizadas por el Estado Federal, sucursales y oficinas representativas de bancos extranjeros.
- Bancos Nacionales
- Cajas de Ahorros
- Filiales no bancarias de compañías *holding* bancarios.
- *Thrift Holding Corporations*
- Procedimientos para rendir información financiera
- Políticas contables de los Bancos
- "Continuidad" de los negocios en casos de emergencia económica

- Leyes para la protección de los consumidores
- Gestión bancaria de Valores
- Tecnología de la información en los Bancos.
- Inversión bancaria en el exterior.
- Préstamos bancarios al exterior.
- Filiales bancarias
- Fusiones y adquisiciones bancarias
- Quién puede ser dueño de un banco
- "Estándares de adecuación" de capital
- Ampliaciones de crédito para la compra de valores
- Igualdad de oportunidades frente al crédito
- Obligaciones de información en materia de hipotecas
- Requerimientos de reservas.
- Transferencia electrónica de fondos
- Responsabilidades interbancarias
- Solicitudes de préstamos *sub-prime* al amparo de la *Community Reinvestment Act.*
- Operaciones bancarias íntegramente internacionales
- *Leasing* a los consumidores
- Privacidad de la información financiera de los consumidores
- Depósitos para efectuar pagos a petición o bajo demanda
- Informes para un *Crédito Justo*
- Transacciones entre Bancos adheridos al Sistema de Reserva Federal y sus afiliadas.
- Transparencia en los Préstamos.
- Transparencia en el Ahorro.

Toda esta masiva reglamentación de los mercados financieros estaba plenamente vigente durante la era Greenspan. Nada en ella podría considerarse, siquiera remotamente, como "liberal" o "Jeffersoniana" en modo alguno. La Fed es una agencia de planificación centralizada y la lista anterior es una lista de algunos de los centenares de herramientas de planificación central de que dispone. Como con todos los intentos por .instaurar una planificación centralizada, lo único que se consigue con ella es desestabilizar la economía y proporcionar a los oligarcas bien relacionados políticamente crédito barato, rescates y otros tipos de ayuda para sus empresas.

CAPÍTULO 35.- El mito de la independencia de la Fed

Desde su fundación, la Fed se ha presentado a si misma como una agencia "independiente" operada por altruistas servidores públicos que se esfuerzan por planificar centralizadamente la economía de los Estados Unidos haciendo uso de la política monetaria. En realidad, sin embargo, una empresa gubernamental que sea apolítica es tan probable como un gato que ladre o como un perro que maúlle. Pero el mito de la independencia y del carácter apolítico de la Fed persiste y los manuales de Economía han ayudado a perpetuar ese mito durante décadas.

Desde 1948 hasta 1980 el manual de introducción a la Economía más vendido fue "*Economics*" de **Paul Samuelsson**. Se vendieron más de cuatro millones de copias y es el que se ha venido utilizando para enseñar Economía Básica a varias generaciones de estudiantes universitarios. Con algunas pocas excepciones, los demás libros de texto fueron en su mayor parte simples clones del manual de Samuelsson, ampliando así la influencia de éste sobre el pensamiento económico del promedio de la población con formación universitaria. La edición de 1989 del manual del que Samuelsson es autor, junto con **William Nordhaus**, dice lo siguiente de la Fed:

> Los objetivos de la Reserva Federal son lograr un crecimiento sostenido de la producción nacional y mantener bajo el desempleo. Su enemigo jurado es la inflación. Si la demanda agregada es excesiva, y esto hace que suban los precios, la Reserva Federal puede ralentizar el crecimiento de la oferta monetaria, con lo que ralentizará el crecimiento de la demanda agregada y de la producción. Si el desempleo es alto y las empresas languidecen, la Fed puede considerar un aumento de la oferta monetaria, lo que incrementará la demanda agregada e intensificará el crecimiento de la producción. En pocas palabras, ésa es la función de la banca centralizada, que es una parte esencial de la gestión macro-económica en todas las economías mixtas.

Quizás el segundo libro de Economía más vendido durante la era Samuelsson fue "*Economics*" de **Campbell McConnell**, que se hizo eco de la visión de Samuelsson al presentar a los burócratas de la Fed como altruistas servidores públicos (bastante inteligentes cuando no omnipotentes) lealmente empeñados en satisfacer el "interés público".

> Como es un ente público, las decisiones de la Junta de Gobernadores de la Fed (Board of Governors) se toman en pos de lo que aquélla percibe ser el interés público ... Los bancos de la Reserva Federal no se guían por el ánimo de lucro sino que más bien, persiguen las medidas que la Junta de Gobernadores recomienda ... El objetivo fundamental de la política monetaria es asistir a la economía en conseguir una producción total compatible con el pleno empleo y sin inflación.

Nótese que los autores de esos manuales evaluaron a la Fed por sus buenas intenciones. Nunca hubo en ninguno de esos libros ningún análisis serio sobre el desempeño real de la Fed a la hora de conseguir esos gloriosos objetivos. Por ejemplo serán vanos los

intentos de encontrar un gráfico que muestre cómo en 1989, después de décadas de inflación de precios causada por la Fed, el dólar había perdido el noventa por ciento del valor que tenía en 1913 cuando se instituyó la Fed. Las afirmaciones anteriores son meros deseos, no hechos constatados. Como todas las instituciones del gobierno, la Fed siempre ha sido manipulada por los políticos, antes que nada en su propio beneficio no en beneficio del "interés público" que es en cualquier caso algo imposible de definir y que no existe en ningún sitio excepto en la cabeza de ingenuos comentaristas adoradores del Estado como Campbell McConnell.

La Fed como herramienta política

Cuando se fundó la Fed, estaba controlada por dos órganos: la *Conferencia de Gobernadores* (*Governor's Conference)*, compuesta por doce presidentes de bancos regionales, y el *Consejo* (*Federal Reserve Board*), situado en Washington e integrado por siete miembros. En 1935 se reorganizó el sistema de la Reserva Federal para concentrar casi todo el poder en Washington en torno al Consejo (Federal Reserve Board). El presidente **Franklin Roosevelt** logró asegurarse una mayoría de partidarios entre los miembros del *Federal Reserve Board* al igual que ya hiciera antes, sin conseguirlo, con los jueces del Tribunal Supremo de los Estados Unidos después de que declarase inconstitucional su Primer New Deal (1933-35). Eso es todo cuanto la Fed tiene de "independiente" y apolítica.

Roosevelt nombró como Presidente de la Fed a **Marriner Eccles**, un fervoroso partidario del gasto público, del déficit y de la inflación. Eccles apoyó políticas fiscales irresponsables incluso antes de que **John Maynard Keynes** aportase una racionalización académica a las mismas en su famosa obra "*The General Theory Of Employment, Interest and Money*" ("L*a Teoría General del Empleo, El Interés y el Dinero*"), publicada por vez primera en 1936. Durante aquellos años fue el mentor político de Eccles, el Secretario del Tesoro **Henry Morgenthau Jr.**, y, a través de él, el propio Roosevelt, quienes probablemente más controlaron a la Fed.

Debe ser obvio para cualquiera, que los presidentes siempre se ven inclinados a politizar a la "independiente" Fed con sus poderes de designación: nombrarán Presidente de la Fed a quienes crean que promoverán políticas que serán de su agrado y, lo que es más importante, que les ayudarán a continuar en el poder. El Congreso es también responsable de la inherente politización de la Fed al hacer saber de antemano a los presidentes si apoyará o no y votará a favor del nombramiento de la persona que el Presidente piensa proponer.

En su edición de abril de 1978, la revista académica "*Journal of Monetary Economics*" del economista **Robert Weintraub** publicó una historia sobre la politización de la Fed. Weintraub demostró cómo la Fed cambió fundamentalmente su política monetaria en 1953, 1961, 1969, 1974 y 1977 que fueron años en los que la presidencia cambió de titular. La política de la Fed siempre cambia para adaptarse a las preferencias

presidenciales, ya que eso es lo que tienen que hacer los Presidentes de la Fed que quieran ser reelegidos.

Por ejemplo, el Presidente **Eisenhower** dejó claro en sus discursos públicos que quería un crecimiento más lento de la oferta monetaria. La oferta monetaria solo aumentó un 1,73 por ciento durante su administración. el tipo más bajo en una década. Luego, el Presidente **Kennedy** anunció públicamente que defendía un crecimiento monetario más rápido. De enero de 1961 a noviembre de 1963 la oferta monetaria básica creció un 2,31 por ciento.

El Presidente **Lyndon Johnson** pidió un mayor crecimiento de la masa monetaria para que ayudase a financiar el Estado del Bienestar y la expansión del Estado militarista con la guerra de Vietnam. El crecimiento de la oferta monetaria más que se duplicó hasta alcanzar un 5 por ciento durante la administración Johnson conforme la Fed se acomodaba a sus deseos, como ya hiciera con sus predecesores. Esas tasas tan variables de crecimiento de la masa monetaria se adoptaron bajo el mandato del mismo Presidente de la Fed, **William McChesney Martin**, quien obviamente estaba más interesado en agradar a sus amos políticos que en implementar una política monetaria consistente e independiente. Irónicamente, durante esta época el economista **Milton Friedman** y sus colegas de la "*Escuela de Chicago*" se hicieron famosos abogando por un "régimen monetario" en el que la oferta monetaria creciera anualmente en un porcentaje fijo. Es irónico porque Friedman y sus colegas de la Escuela de Chicago se vanagloriaban de ser astutos analistas políticos así como técnicamente buenos economistas. Es más, al colega de Friedman, **George Stigler**, le fue concedido el premio Nobel de Economía por, entre otras razones, sus investigaciones sobre el análisis económico del comportamiento del gobierno. Con semejante reputación como estudioso de la Política y de la Economía, cabría pensar que Friedman se habría dado cuenta de que era un disparate creer en una Fed apolítica que pudiese ejercer un poder real en el ámbito monetario.

El sucesor de William Chesney Martin, **Arthur Burns**, era tan acérrimo partidario del Presidente **Richard Nixon** que perdió toda credibilidad profesional al respaldar los desastrosos controles de precios y salarios decretados por Nixon (un truco que Nixon pensó que le ayudaría en sus posibilidades de ser reelegido pero que es universalmente condenado por los economistas académicos). Aún cuando sus asesores le informaron en otoño de 1972 que se preveía que la oferta monetaria crecería en el tercer trimestre de ese año electoral a una tasa extremadamente inflacionaria del 10,5 por ciento, Burns se dio cuenta de que la oferta monetaria estaba creciendo a un ritmo aún mayor. La tasa de crecimiento de la oferta monetaria en 1972 fue la mayor de cualquier año posterior a la segunda guerra mundial y ayudó a que Richard Nixon fuera reelegido. Este es un ejemplo de lo que los economistas llaman el "*ciclo político de la economía*", el fenómeno en virtud del cual las políticas fiscal y monetaria se utilizan para estimular temporalmente la economía justo antes de unas elecciones nacionales para dar al público la impresión de una mayor prosperidad con la esperanza de que votarán a favor de los

políticos responsables de las mismas.

Cuando el presidente **Ford** pidió un menor crecimiento en respuesta a la inflación de precios desencadenada por la Fed de Burns bajo la Presidencia de Nixon, la Fed aceptó una tasa de crecimiento monetario del 4,7 por ciento. Luego cuando el Presidente Demócrata **Jimmy Carter** anunció públicamente sus deseos de que hubiera un crecimiento más rápido de la oferta monetaria, Burns de nuevo cumplió, aumentando la tasa de crecimiento al 8,5 por ciento anual. Carter no volvió a nombrar a Burns, pero ateniéndonos a las investigaciones de **Robert Weintraub**, la Fed intentó que Carter fuera reelegido, como hizo con Nixon, hinchando la oferta monetaria hasta una tasa anual del 16,2 por ciento en los cinco meses anteriores a las elecciones presidenciales de 1980.

El Presidente **Reagan** se entrevistó personalmente con el Presidente de la Reserva Federal **Paul Volcker** para hacerle saber que apoyaría un crecimiento más lento de la masa monetaria que permitiese rebajar la tasa de inflación que estaba entonces en el 13 por ciento. Volcker cumplió obedientemente y su sucesor, **Alan Greenspan**, se labró la fama de ser quizás el presidente de la Fed más "acomodaticio" (con los Presidentes) de todos los tiempos. Como ya dijera **Robert Weintraub** un presidente de la Fed que ignore los públicos deseos de un Presidente lo hace a su propio riesgo y ventura.

Los políticos no siempre se limitan solo a presionar al presidente de la Fed para que les ayude en el momento de su reelección y no son los únicos que presionan. Con frecuencia sirven a los grupos especiales de interés del Estado del Bienestar y del Estado Militarista que se benefician de los programas de gasto del gobierno y que éste financia recurriendo a la creación de dinero y a la inflación de precios (de lo que se acusa a menudo a los codiciosos empresarios). A cambio, esos grupos especiales de interés proporcionan votos y hacen "donaciones" para financiar las campañas electorales de los políticos. Como el economista de la *North-Western University* **Robert J. Gordon** escribió en 1975 en un artículo de la revista académica "*Journal of Law and Economics*" sobre la "demanda de inflación", la aceleración del crecimiento monetario (y la subsiguiente inflación de precios) "no es impuesto a la sociedad por gobiernos caprichosos o egoístas sino que más bien representa la respuesta que, para maximizar el número de votos, da el gobierno a la presión política ejercida por los potenciales beneficiarios de la inflación".

La Fed también participa con el Congreso y con el ejecutivo en el juego de la política de otras formas. En 1980, el economista **Edward Kane** describía en el "*Journal of Monetary Economics*" ("*Revista de Economía Monetaria*") como la Fed a veces funciona voluntariamente como chivo expiatorio de los políticos a cambio de que le permitan amasar una fortuna en sobornos por la vía de los ingresos derivados de los intereses de los títulos de deuda pública que adquiere en sus operaciones a mercado abierto. Como escribió Kane:

> Siempre que las políticas monetarias son populares, los responsables pueden pretender que su influencia fue crucial en su adopción. Por otra parte,

> cuando las políticas monetarias demuestran ser impopulares, pueden echarle la culpa de todo a una obstinada Reserva Federal y aducir que las cosas podrían ser aún peores de no haber sido porque ellos presionaron a los responsables de la Fed en cada oportunidad (que tuvieron).

El mito de la Fed independiente es una cortina de humo dirigida a mantener al público en la penumbra acerca de las verdaderas funciones de la Fed como financiador de la carrera política de los responsables del Congreso y del Gobierno, del Estado del Bienestar y del Estado Militarista que agranda y consolida sus poderes. Las explicaciones de los economistas acerca de cómo la Fed favorece supuestamente la estabilidad económica es abiertamente contradicha por la experiencia histórica de los repetidos fracasos de la Fed a la hora de estabilizar los precios o el desempleo. Son, en el mejor de los casos, tonterías de personas desinformadas y propaganda diseñada intencionadamente, en el peor de ellos.

CAPÍTULO 36.- Por qué es el gobierno responsable de la crisis *sub-prime* del mercado hipotecario

La ola de impagados e insolvencias del mercado inmobiliario sub-prime durante la "Gran Recesión" fue resultado directo de la política patrocinada por la Fed de "dinero fácil" unida a una política gubernamental que se extiende a más de treinta años durante los cuales se forzó a los prestamistas a conceder préstamos hipotecarios de más que dudoso cobro, esto es, a personas que no merecían crédito. Cuando tras la caída del mercado bursátil, que tuvo lugar a comienzos de este siglo, la Fed de Greenspan adoptó la política de mantener los tipos de interés lo más próximos posible de cero, el sistema bancario inevitablemente respondió concediendo más y más préstamos hipotecarios a prestatarios marginalmente cualificados.

Cuando los tipos de interés eran más altos y no estaban artificialmente bajos a causa de la Fed, los bancos prestaban dinero para comprar casas en función del crédito que tenían los deudores. Pero cuando los tipos de interés se vieron artificialmente reducidos por las decisiones de la Fed surgió una clase de potenciales prestatarios completamente nueva, esto es, la de gente que, teniendo *ratios* de crédito bajos o inferiores a la media, veía que su calificación como deudores hipotecarios devenía pasable porque la reducción de los tipos de interés minoraba el importe de los pagos mensuales de los préstamos a los que debía hacer frente. Muchos miles de esos prestatarios marginales dejaron de pagar en cuanto llegó la recesión y sus ingresos menguaron. Otros, que habían contratado hipotecas a tipo variable, se encontraron con que, como estaban siempre al borde del precipicio y a punto de no poder atender sus vencimientos mensuales, el pequeño aumento de los tipos de interés les llevaba a incurrir en impagos.

Además de los estímulos al insostenible mercado hipotecario *sub-prime* proporcionado por la política monetaria de la Fed, la *Community Reinvestment Act de 1977* (CRA) también jugó un rol prominente. Esta ley de la Administración **Carter** obligaba a los bancos a conceder préstamos hipotecarios a prestatarios con reducidos ingresos y a lo que los partidarios de la ley llamaron "comunidades de color" que según ellos tenían problemas para obtener préstamos hipotecarios con arreglo a los tradicionales criterios económicos, es decir, no eran personas económicamente aptas para tomar dinero a préstamo con el fin de comprar una casa.

Los proponentes originales de la CRA fueron el núcleo duro de la extrema izquierda que apoyó a la Administración Carter, especialmente "organizaciones vecinales" del tipo de la *Association of Community Organizations for Reform Now, conocida por sus siglas como "ACORN", (que se podría traducir por: Asociación de Organizaciones Comunitarias Para Reformar Ya).* **Barack Obama** trabajó como abogado y "organizador comunitario" para ACORN después de dejar la Facultad de Derecho en Harvard.

Los denominados "grupos comunitarios" como ACORN se aprovecharon de la CRA

mediante un procedimiento que se parece mucho a una extorsión legal. Cuatro agencias tienen la competencia de hacer cumplir la legislación CRA: la *Fed*, el *Controlador de la Moneda* (*Comptroller of The Currency*), la *Oficina de Supervisión de los Thrifts* (*Office of Thrift Supervision*)[11] y la *Entidad o Corporación Federal de Seguros de Depósitos* (*Federal Deposit Insurance Corporation*).

La ley está redactada de forma que cualquier fusión bancaria, expansión o creación de filiales puede verse retrasada o cancelada por cualquiera de esas cuatro burocracias en el caso de que un "grupo comunitario" como ACORN presente una "reclamación". Esto puede costar a los bancos grandes sumas de dinero y los "grupos comunitarios" aprovechan esa amenaza como palanca para enriquecerse a costa de los bancos. Piden a los bancos que les den millones (y a veces miles de millones) de dólares y que se comprometan además a conceder miles de millones de dólares en préstamos dudosos a prestatarios no cualificados, prestatarios *sub-prime*, a cambio de retirar la reclamación.

Un hombre llamado Bruce Marks (pronunciado como "Marx") se hizo bastante famoso presionando a los bancos de Boston, donde trabajaba como "organizador comunitario", para que destinasen literalmente miles de millones de dólares a su "Asistencia Vecinal Americana" ("Neighborhood Assistance of America"). En una ocasión se jactó en el New York Times de que había "obtenido" compromisos de los bancos por importe de 3,8 miles de millones de dólares mediante el recurso al mecanismo de las reclamaciones que instituía la CRA. Y se trataba de un único "grupo comunitario" en una sola ciudad.

Como resultado de la CRA los bancos en cada ciudad de Norteamérica se vieron forzados a tener una cartera de préstamos dudosos. Para compensar este adicional riesgo sistémico que les impuso la Fed, mucho bancos aumentaron las comisiones asociadas a los préstamos hipotecarios, obligando así a los prestatarios cualificados a subsidiar parte de las pérdidas resultantes de los préstamos de dudoso cobro que se vieron obligados a concertar en aplicación de la legislación CRA. También hicieron lo que siempre han hecho los bancos: cargar intereses más altos por préstamos *sub- prime* inherentemente más arriesgados.

Los grupos comunitarios se quejaron de que tales prácticas eran discriminatorias y "predatorias" y presionaron para que se aprobaran medidas legales anti-predatorias que prohibieran esas comisiones. Lo consiguieron en muchos Estados, forzando a los bancos a asumir las pérdidas derivadas de los préstamos sub-prime.

En torno a toda esta broma de la CRA, existe una publicación influyente de la Fed de Boston titulada "*Closing de Gap: A Guide to Equal Opportunity Lending*" ("*Eliminando la desigualdad: Una Guía para la igualdad de oportunidades en el crédito*") que es muy reveladora. Y es que, aunque parezca asombroso, según esa publicación hay una desigualdad entre las habilidades que para recibir un crédito tienen: (a) quienes cuentan con suficientes ingresos para permitirse un préstamo hipotecario de cierto importe y (b)

[11] En EEUU los Thrifts son entidades financieras que canalizan el ahorro hacia el mercado hipotecario.

aquellos que no tienen suficientes ingresos para ser aprobados para obtener ese mismo préstamo. Por supuesto, según este criterio también existiría una desigualdad a la hora de comprar un automóvil, comprar alimentos, disfrutar de distinto número de días de vacaciones retribuidas al año, etc ... El estudio de la Fed de Boston amenaza con emplear los poderes coactivos del Estado para eliminar la "desigualdad en la vivienda" tomando medidas contra los prestamistas hipotecarios para que concedan muchos más préstamos dudosos a prestatarios no cualificados.

Además de otorgar más préstamos dudosos, la Fed exigió a los bancos que a la hora de contratar empleados, aplicasen cuotas raciales que favoreciesen a las minorías y ello porque eran de la opinión que empleados pertenecientes a minorías raciales se verían más inclinados a conceder más préstamos dudosos a minorías de su misma raza.

La Fed de Boston adujo que su documento se limitaba a ofrecer unas recomendaciones o "líneas de actuación" para las entidades bancarias que operasen en el mercado hipotecario, pero estaba muy claro que cualquier prestamista hipotecario que no las siguiera se exponía a sanciones pecuniarias muy serias. El informe afirmaba con caracteres en negrita que:

> No cumplir las prescripciones de la "*Equal Opportunity Act*" o de la "*Regulation B*" puede acarrear a la institución financiera responsabilidades civiles para resarcir los perjuicios así como penalidades tanto en procedimientos individuales como a resultas de acciones colectivas. Las penalidades pueden alcanzar los 10.000 dólares en el caso de reclamaciones individuales y en el caso de acciones colectivas a la menor de las dos siguientes cuantías: 500.000 dólares o el uno por cien del valor del patrimonio neto del acreedor.

Se dijo a todos los prestamistas hipotecarios (bancos, compañías hipotecarias independientes, etc ...) que tenían que tener mucho cuidado con "leyes y reglamentaciones como la '*Ley de Igualdad de Oportunidades*' (*Equal Opportunity Act* conocida como *Regulation B*), la '*Ley de Vivienda Justa' (Fair Housing Act*), la '*Ley que rige las obligaciones de información sobre préstamos hipotecarios' (Home Mortgage Disclosure Act* conocida como *Regulation C*) y la '*Ley para la Reinversión en la Comunidad' (Community Reinvestment Act*). El Consejo de Administración (de un banco), si actúa concienzudamente, identificará las potenciales responsabilidades asociadas a su incumplimiento".

La Fed dictó instrucciones a los prestamistas hipotecarios para que ignorasen los criterios tradicionales de evaluación de la capacidad de endeudamiento respecto de "consumidores de minorías raciales y de bajos ingresos".

Se dijo que las normas tradicionalmente utilizadas para analizar la viabilidad de los préstamos hipotecarios contenían "criterios arbitrarios o no razonables para medir la capacidad crediticia". En vez de ello, se daba instrucciones a los prestamistas para que adoptasen "estándares especiales" para los préstamos, que fuesen presuntamente "apropiados para la cultura económica de los consumidores urbanos no tradicionales de

bajos ingresos". Por ejemplo, los estándares tradicionalmente utilizados para conceder préstamos hipotecarios toman en consideración cosas como la edad, el emplazamiento y el estado de conservación de la vivienda, pero esos son criterios que, según la Fed, deben omitirse en los casos de prestatarios de reducidos ingresos pertenecientes a minorías.

La Fed instruyó que se debían ignorar los *ratios* tradicionales que comparan los pagos de la hipoteca con los ingresos mensuales. No había que preocuparse ya que la Fed también prometió a los prestamistas hipotecarios que el riesgo derivado de la concesión de miles de millones de dólares en préstamos dudosos a prestatarios no cualificados se vería reducido porque *Fannie Mae* y *Freddie Mac* les comprarían los préstamos para luego empaquetarlos, titulizarlos y venderlos en el "mercado secundario" de hipotecas.

Por supuesto, la Fed también dio instrucciones a los prestamistas hipotecarios para que ignorasen la "ausencia de un historial crediticio favorable" respecto de los prestatarios de bajos ingresos pertenecientes a minorías. "Participar con aprovechamiento en cursillos de asesoramiento financiero" constituía un adecuado sustituto de un historial crediticio favorable, dijo la Fed.

Para prestatarios "normales", buscar un tasador inmobiliario deshonesto que se preste a falsear sus valoraciones al gusto de sus clientes implica sanciones penales. Pero no para las mascotas de la Fed, los prestatarios con ingresos reducidos de las minorías. Si un prestatario "*sub-prime*" tuviera un problema de tasación de la propiedad que pudiera suponer que se le denegase un préstamo, en ese caso la Fed alegremente intentaría encontrarle "otro tasador experimentado" que presumiblemente falsearía su valoración en provecho del prestatario *sub-prime*.

Después de que para fomentar el acceso a una vivienda en propiedad, la Fed generase la perspectiva de una crisis bancaria por obligar a los bancos a conceder miles de millones de dólares en préstamos hipotecarios a deudores poco fiables, el gobierno intentó atajar esa crisis recurriendo a la "magia" de la "titulización". Empezando a mediados de la década de los noventa, el Congreso dio instrucciones a *Fannie Mae* y *a Freddie Mac* para que acelerasen la compra de préstamos CRA a los prestamistas hipotecarios, los empaquetaran y los vendieran como "títulos-valores" en los llamados mercados secundarios.

El Presidente de la Reserva Federal **Ben Bernanke** se vanaglorió de la supuesta sabiduría y superioridad moral de su política en un discurso que dio el 30 de marzo de 2007 bajo el título "*La Community Reinvestment Act: su evolución y sus nuevos retos*". El discurso formaba parte de las celebraciones que el gobierno dedicó al treinta aniversario de la Ley. Según Bernanke,

> La titulización de préstamos para la compra de vivienda se expandió, al igual que el mercado secundario de ese tipo de títulos, en parte como resultado de una una ley de 1992 que requirió a las empresas patrocinadas por el gobierno, *Fannie Mac* y *Freddie Mac*, que dedicaran una gran parte de sus

actividades a lograr objetivos encaminados a facilitar el acceso a la compra de una vivienda.

Además de la ley de 1992 a la que Bernanke se refiere, la '*Ley Riegle y Neal de Eficiencia Interestatal de los Bancos y sus Filiales*' (*Riegle-Neal Interstate Banking and Branching Efficiency Act*) fortaleció las barreras legales a las fusiones bancarias, lo que mejoró en gran medida la influencia y las cuentas bancarias de "grupos comunitarios" de izquierda como ACORN. Bernanke continúa explicando que: "los grupos de presión utilizaron cada vez más el procedimiento de información pública para oponerse a las peticiones de los bancos valiéndose de la legislación CRA". En otras palabras, hubo una explosión del tipo de actividades de extorsión legal que prevé la CRA; lo que constituyó siempre su objetivo. No es de extrañar que, como dijo Bernanke, "los bancos empezaran a destinar más recursos a sus programas CRA".

Eso no es todo. En 1995 el Tesoro de los Estados Unidos decidió que el gobierno mismo debería implicarse directamente en el negocio de la concesión de préstamos dudosos a prestatarios no cualificados dedicando miles de millones de dólares de los contribuyentes a capitalizar las llamadas '*Instituciones Financieras de Desarrollo Comunitario' ("Community Development Financial Institutions"*) que prestarían directamente a "prestatarios" *sub- prime*. Fue también en ese momento, 1995, que el gobierno, con la Fed como brazo ejecutor, empezó a presionar a los bancos para que abandonasen los criterios tradicionales de calificación crediticia para los prestatarios de bajos ingresos adscritos a minorías, como el historial de ahorro y crédito, la verificación de sus ingresos y la comparación del importe del préstamo con sus ingresos mensuales.
En 2003, una institución financiera, *Countrywide Bank*, había dado tantos préstamos CRA, por valor de más de 600 mil millones de dólares, que la *Fannie Mae Foundation* concedió a Countrywide un premio especial y la destacó como el modelo a seguir por todos los demás bancos. Countrywide Bank solicitó poco después acogerse a un expediente concursal, ahogado en un océano de préstamos CRA impagados.

SECCIÓN 5.- TRABAJADORES Y SINDICATOS

CAPÍTULO 37.- La Política Económica de los Sindicatos de Empleados Públicos

Una de las razones más importantes por las que en los Estados Unidos tantos gobiernos municipales y de los Estados parecen estar en una permanente situación de crisis financiera -que lleva a sus políticos a estar continuamente tramando subidas ocultas de impuestos (y no tan ocultas)- es que prestan la mayor parte de lo que denominan "servicios públicos" mediante monopolios sindicales.

Los sindicatos de empleados públicos tienen mucho más poder que los sindicatos del sector privado porque las entidades para las que trabajan son en su mayoría monopolios. Cuando los empleados de una tienda de alimentación, por ejemplo, se ponen en huelga y cierran la tienda o la cadena de tiendas, los consumidores pueden comprar en otro sitio y la dirección de la tienda tiene plena libertad para contratar a trabajadores sustitutos. En contraste, cuando el sindicato de los profesores de una ciudad o el sindicato de los conductores de los camiones de la basura van a la huelga, no hay clases ni se recoge la basura mientras dure la huelga. Eso otorga a los sindicatos de empleados de servicios públicos un enorme poder de negociación ya que los políticos electos tienen que hacer frente a las quejas de los encolerizados votantes si no hay colegio o se acumula la basura no recogida y se ven presionados para ceder rápidamente a las demandas de los sindicatos.

Además, los profesores de la enseñanza pública con frecuencia consiguen un puesto fijo tras solo dos o tres años y las reglamentaciones sobre funcionarios civiles hacen extremadamente costoso, sino imposible, contratar a trabajadores sustitutos. Así pues, cuando los burócratas del gobierno van a la huelga, tienen la capacidad de cerrar indefinidamente toda la "industria" para la que trabajan. Esta es la principal razón por la que los gastos de los gobiernos locales y de los Estados se han disparado en décadas recientes.

Durante décadas, los investigadores han señalado que cuanto más dinero se gasta por alumno en las escuelas públicas, peor es el rendimiento académico de los alumnos. Resultados similares son prevalentes en todas las demás áreas del gobierno. Como escribió una vez el economista **Milton Friedman**, las burocracias gubernamentales, especialmente las sindicalizadas, son como "agujeros negros" en los que mayores "*inputs*" (por ejemplo, dinero gastado en programas del gobierno) llevan a una disminución de "*outputs*" (por ejemplo, rendimiento de los alumnos, pobreza, etc ...). Cuanto más se gasta en escuelas públicas, menos educación tienen los alumnos. Cuanto más se gasta en asistencia social, más pobreza hay, y así ocurre siempre. Esto es exactamente lo contrario de lo que normalmente sucede en la vida económica en un mercado libre en el que mayores "*inputs*" llevan a más y mejores productos y servicios, no a menos.

En las actividades del gobierno, no existe un mecanismo como en el mercado que proporcione retro-alimentación en el sentido de que recompense la mejora del producto y la reducción de los costes (con beneficios) y que castigue (con pérdidas) los sobre-costes y la baja calidad del producto o servicio, ya que en el sector público no hay en sentido contable beneficios y pérdidas. De hecho, en el caso del sector público los incentivos son perversos: cuanto peor es el desempeño de las burocracias

del gobierno, es característico que, tras justificar su bajo rendimiento como algo no inherente a ellas sino causado por la falta de dinero, reciban más fondos presupuestarios.

Hay muchos estudios en la literatura económica que demuestran que los burócratas del gobierno perciben mayores salarios y beneficios que sus homólogos del sector privado que tengan las mismas acreditaciones académicas o nivel de estudios. El enorme poder que tienen los sindicatos de empleados públicos efectivamente logra transferir el poder tributario, el poder de crear y exigir impuestos, de los votantes a los sindicatos lo que es, por supuesto, palmariamente anti-democrático. Como los sindicatos de empleados públicos pueden fácilmente forzar a los cargos públicos electos a que aumenten los impuestos para satisfacer sus demandas, son ellos, y no los votantes, quienes controlan cuanto se ha de pagar en concepto de impuestos. Ellos son los beneficiarios de una particular forma de imposición sin representación (lo cual no implica que la imposición con representación sea para nada mejor). Es por ello por lo que algunos Estados tienen leyes que prohíben que los sindicatos de empleados públicos hagan huelga.

Los políticos se encuentran maniatados por los sindicatos de empleados públicos: si ceden a sus reivindicaciones retributivas y aumentan los impuestos para financiar esas demandas, aumentan las posibilidades de que los enojados contribuyentes los echen del gobierno en las elecciones siguientes. La "solución" a este dilema ha sido durante mucho tiempo ofrecer a los sindicatos de empleados públicos incrementos salariales moderados y prometer espectaculares pensiones de jubilación. Esto permite a los políticos complacer a los sindicatos mientras difieren los costes para el futuro, para mucho después de que hayan sido promocionados a mejores puestos o de que se hayan retirado de la política.

Los sindicatos de empleados públicos ni siquiera están principalmente interesados en el bienestar de los miembros del sindicato sino en el del propio sindicato, como tal organización. Los dirigentes de los sindicatos los gestionan primordialmente en su propio y personal beneficio. Consecuentemente, utilizan las reglamentaciones de los funcionarios civiles como herramienta para proteger el empleo de hasta el último burócrata del gobierno, por vago o incompetente que sea. Menos burócratas gubernamentales significa menos cuotas sindicales y menores probabilidades de extravagantes salarios y beneficios para los dirigentes sindicales. Es por eso que los sindicatos de empleados públicos siempre llevan a juicio (o amenazan con hacerlo) todo intento de despido de cualquier burócrata, a veces hasta de quienes están acusados de conductas delictivas.

Despedir por incompetente a un profesor de la enseñanza pública, por ejemplo, puede costar meses o años de disputas legales. Los políticos descubrieron hace muchos años que la estrategia más conveniente es en realidad recompensar al burócrata incompetente con un puesto administrativo mejor retribuido que el empleado incompetente aceptará alegremente. Esto resuelve el problema de los padres que se quejan de que el profesor de matemáticas no sabe matemáticas mientras que a la vez elimina la posibilidad de que el sindicato plantee un pleito. Es por ello que las oficinas administrativas del Departamento de Educación del gobierno están llenas de monstruosidades burocráticas dotadas de profesores incapaces de enseñar pero a los que, en cambio, se encomienda la responsabilidad de "administrar" todo el sistema educativo. Ninguna escuela privada podría subsistir en un sistema tan perverso.

Los sindicatos de empleados públicos también son campeones de la manida práctica sindical por la que se obliga a los empleadores a hinchar plantillas y contratar a más personas de las necesarias para hacer el trabajo. Si esto sucede en el sector privado, los mayores costes salariales harán a la empresa menos rentable o la llevarán a la bancarrota al haber competencia. Nada de esto ocurre en los monopolios estatales. Esa práctica es una estrategia en la que políticos y sindicalistas salen favorecidos a costa de los contribuyentes. Los sindicatos aumentan sus cuotas sindicales y los políticos pueden patrocinar nuevos empleos. Los contribuyentes son quienes acaban pagando más impuestos.

Cada sindicato del sector público es una máquina política que presiona sin tregua en pos de impuestos más elevados, más gasto público, más empleados que colocar y más promesas de pensiones mientras demonizan a los contribuyentes por ser insensibles enemigos de los niños, de los ancianos, de las viudas y huérfanos, de los pobres, etc ... Es el viejo truco socialista que **Frédéric Bastiat** explicó en su famoso libro, "*La Ley*". Los sindicatos retratan a quienes abogan por la privatización de los colegios no como legítimos críticos de un sistema fracasado, por ejemplo, sino como gente que odia a los niños.

Tratan a quienes critican el Estado del Bienestar no como gente preocupada por como el Estado del Bienestar ha destruido los incentivos por trabajar y ha arruinado a las familias sino como gente que odia a los pobres.

Los monopolios sindicales que gestiona el gobierno han convertido a los norteamericanos en *servidores* en vez de en los *amos* del gobierno. Año tras año, vienen prestado "servicios" cada vez más chapuceros por más dinero. Son ejemplos de libro de los fallos del socialismo y deben abolirse. Cualquier servicio que presten para el que exista una demanda real puede prestarse con una mayor calidad y a un menor coste por la iniciativa privada, en mercados competitivos.

CAPÍTULO 38.- La violencia intrínseca de los Sindicatos

Imagina que abres una nueva cafetería, que tienes éxito y ganas dinero. Entonces imagina que, como es inevitable que suceda en mercados competitivos, abren otras cafeterías que compiten por tus clientes con precios más bajos. Tú respondes intentando asesinar a tus competidores, asaltándolos a ellos y a sus empleados con cuchillos, bates de béisbol, palos y puños americanos, cometiendo actos vandálicos contra sus coches y sus negocios, incendiando sus locales, esparciendo mata-ratas por sus tiendas, tirándoles piedras cuando se marchan de sus tiendas y hasta volando sus inmuebles.

¿Se consideraría que esas prácticas forman parte de una pacífica economía de mercado? Por supuesto que no. Los actos mencionados más arriba son puramente actos propios de matones y criminales. También son, por definición, una de las características del movimiento sindical norteamericano.

Una básica comprensión de economía elemental del trabajo, y de la Historia del sindicalismo, explican porqué la violencia siempre ha sido una característica inherente a los sindicatos en las empresas del sector privado. Históricamente, la principal "arma" que los sindicatos han empleado para lograr aumentos de salarios por encima de los precios de un mercado competitivo basado en la negociación individual del empleador con los empleados ha sido la huelga o la amenaza de huelga. Pero para que una huelga sea efectiva y para que los sindicatos tengan cualquier influencia sobre los trabajadores, algún tipo de violencia y coacción debe ser empleada para dejar a los trabajadores sustitutos fuera del mercado de trabajo. Como explica el Dr. **Morgan Reynolds**, un antiguo economista-jefe del Departamento del Trabajo de los Estados Unidos en su libro "*Power and Privilege: Labor Unions in America" ("Poder y Provilegios: Los Sindicatos en América".*

> El problema de un sindicato es clamorosamente obvio: huelguistas organizados tienen que parar la empresa, cerrar el mercado a cualesquiera otros (trabajadores que no cooperen, miembros de sindicatos, ex huelguistas desencantados y empleadores) para forzar los salarios y las condiciones laborales por encima de los precios fijados libremente por el mercado. Si demasiados individuos desafían a los huelguistas ... entonces, con frecuencia los huelguistas recurren a la violencia. Los sindicalistas en última instancia no pueden imponer niveles salariales no competitivos ... a no ser que consigan impedir que los empleadores contraten a personas adultas dispuestas a aceptar condiciones mutuamente satisfactorias. Los sindicatos deben interferir activamente con la libertad de comercio en los mercados de trabajo para poder cumplir sus promesas.

Así pues, las huelgas (y los sindicatos en general) representan un conflicto entre trabajadores sindicalizados y no sindicalizados, no entre los "trabajadores y la empresa". Según Reynolds, entre las tácticas que los sindicatos han utilizado tradicionalmente contra los trabajadores no sindicalizados, a los que describen como "esquiroles" y ratas, son los piquetes masivos, los insultos, las amenazas, tirarles piedras y botellas, las persecuciones, las llamadas telefónicas abusivas, los asaltos físicos, la destrucción de propiedades y hasta el asesinato.

La violencia sindical es, de hecho, mucho peor que la descrita por Reynolds. En 1983 la *Unidad de Investigación Industrial de la Wharton School de la Universidad de Pennsylvania* publicó un libro de 540 páginas titulado "*Union Violence: The Record and The Response by Courts, Legislatures and the National Labor Relations Board*" (NLRB) ("*Supuestos de violencia sindical y respuesta de los*

Tribunales, de los Legisladores y del Consejo Nacional de Relaciones Laborales ante la misma") de los profesores **Armand J. Thieblot** y **Thomas R. Haggard**. El libro señala que los empresarios también han recurrido a la violencia en las disputas laborales, pero eso no quiere decir que de dos males se obtenga un bien. Se han escrito libros sobre la violencia empresarial. Thieblot y Haggard documentan los casos de violencia sindical que, como ha dicho Reynolds, es *inherente* a los sindicatos.

Tras recopilar los relatos periodísticos y los registros judiciales durante un periodo de varias décadas, los autores señalan que los episodios de violencia sindical están repletos de casos de asesinato, intentos de asesinato, destrucción de propiedades, secuestro, sabotaje, estragos, disparos, apuñalamientos, palizas, apedreamientos, voladuras, intimidaciones, amenazas, en síntesis, abusos verbales, físicos y psicológicos de todo tipo.

El sistema policial y el judicial a menudo miran para otro lado cuando son los sindicatos quienes cometen actos de violencia o quienes causan daños materiales. Lo hacen porque los mismos policías están sindicalizados y consideran a los trabajadores en huelga como sus "compañeros", como sus "hermanos". Y al enfrentarse a los sindicatos, el sistema judicial es tan corrupto e ineficiente como lo es al tratar de cualquier otro asunto.

Thieblot y Taggard explican por qué la violencia y la coacción son características inherentes del sindicalismo: se utilizan como una herramienta de organización, para engendrar miedo y sometimiento a las demandas sindicales, como un medio para negociar, como una forma de llamar la atención que los sindicalistas esperan que generará presión para lograr un acuerdo en su favor, como un mecanismo para mantener disciplinados a los huelguistas, como una advertencia a los empleadores que pudieran estar considerando contratar a trabajadores no sindicalizados, como un medio para impedir que empresas no sindicalizadas trabajen durante las huelgas y como un medio para crear miedo, en general, como lo haría una banda criminal para intimidar a cualquier potencial competidor.

Thieblot y Taggard revisaron cientos de casos del *Consejo Nacional de Relaciones Laborales (National Labor Relations Board* - NLRB) así como millares de documentos judiciales y relatos periodísticos de actos de violencia sindical cometidos durante varias décadas y concluyeron que "a juzgar por los listados de casos registrados, la violencia parece ser una parte inherente a las relaciones laborales y a los procesos de negociación colectiva o, por lo menos, su utilización está ampliamente distribuida. Los 2.598 incidentes registrados en la base de datos involucran a 131 sindicatos distintos". El propósito general de la violencia, concluyen más adelante, es "conseguir los objetivos sindicales a través del descarado, y, con frecuencia, impune empleo de la fuerza y la coacción".

CAPÍTULO 39.- Los falsos fundamentos ideológicos del Sindicalismo

Ludwig Von Mises escribió en su tratado, "*La Acción Humana*", que el principal fundamento ideológico del sindicalismo, y de la política laboral del gobierno que se apoya en él, consiste en "ideas tan confusas" como el mito de que los empresarios tienen un "poder de negociación superior" al de los trabajadores.

En los mercados de trabajo, la competencia entre los empresarios asegura que haya una estrecha relación entre la compensación que recibe el trabajador y la productividad marginal del trabajo. Con más precisión, la compensación viene determinada por "los ingresos marginales del producto", generados por el trabajador, que es un múltiplo del producto físico marginal -cuantos bienes físicos o servicios produce o presta el trabajador en un determinado período de tiempo- y del precio final pagado por los consumidores por esos artículos.

Por consiguiente los trabajadores se hacen más valiosos para los empleadores si su productividad marginal aumenta, lo cual viene motivado por la inversión en capital de los empresarios (que hacen el trabajo más productivo y por ello más valioso), por las mejoras tecnológicas, que son generalmente el resultado de las inversiones en investigación y desarrollo de los empresarios, y de un mejor capital humano, que es el producto de la educación, la formación, la experiencia y el aprendizaje de todo tipo.

Los trabajadores también se convierten en más valiosos cuando existe una gran demanda de los consumidores, lo que eleva el precio del bien o servicio en cuya producción trabajan. Esto también aumenta sus ingresos marginales por producto, dado que la demanda de trabajo es una "demanda derivada", que resulta de que los consumidores demanden bienes y servicios para cuya producción se requiere trabajo.

Si en un mercado capitalista del trabajo que sea competitivo, un empleador intenta explotar a algunos o a todos sus empleados, con ello tan solo creará una oportunidad de beneficios para sus rivales perjudicando a su propio negocio. Si el ingreso marginal por producto de un empleado es pongamos de 500 dólares por semana pero se le pagaran solo 200 dólares por semana, entonces a los empleadores de la competencia les compensará contratar a ese trabajador por 300 dólares, luego por 400 dólares, o incluso más, porque aún estarán obteniendo un beneficio si lo hacen. Como escribió Mises en "*La Acción Humana*", "Habrá gente dispuesta a sacar provecho de la diferencia que exista entre los costes salariales que prevalezcan en el mercado y la productividad marginal del trabajo. Su demanda de trabajo hará aumentar el coste de los salarios hasta que éstos alcancen el importe que venga determinado por la productividad marginal del trabajo".

Incluso si ciertos empleadores explotaran a sus empleados pagándoles menos dinero que el equivalente al ingreso marginal del producto (que el trabajador contribuye a obtener), no está claro en absoluto que eso fuera a beneficiar en primera instancia al empleador, en el supuesto de que llegara a beneficiarle en absoluto. La competencia que hay en el mercado por los productos bien podría forzarle a transferir esos ahorros de costes a los consumidores en la forma de precios más bajos, lo que en

realidad beneficiaría a los empleados al aumentar sus salarios reales.

La única forma concebible de que la explotación de los trabajadores pueda producirse se daría en el caso de que hubiera un cártel o pacto universal de empleadores que implantara un monopolio por el que todos los empleadores acordaran pagar salarios de explotadción y blindaran ese pacto frente a las posibles violaciones de sus miembros. El único ejemplo de tal escenario y de la explotación universal de los trabajadores fue el socialismo, en el que el Estado era el empleador monopolista. Nunca ha sucedido y nunca podría suceder bajo el capitalismo debido a la bien conocida inclinación de los miembros del cartel por infringirlo. Mises escribió en "*La Acción Humana*" que "se ha demostrado que en en una economía libre de mercado nunca jamás ha podido descubrirse en ningún lugar cárteles o pactos de esa naturaleza".

La fábula de que "los capitalistas tienen poderes de negociación superiores" también se extiende a la falacia de que el trabajo es homogéneo. Mises también explicó el significado de esto último:

> Lo que se vende y se compra en el mercado de trabajo no es "trabajo en general" sino trabajo de un tipo específico, adecuado para prestar servicios definidos. Cada emprendedor busca a los trabajadores apropiados para que lleven a cabo las específicas tareas que necesita para ejecutar sus planes. Debe retirar a esos especialistas de los empleos en los que estén trabajando en ese momento. El único medio de que dispone para lograrlo es ofrecerles un salario mayor. Todas y cada una de las innovaciones que un empleador planea ... requiere del empleo de trabajadores hasta ese momento empleados en otro lugar.

En realidad, la representación sindical a menudo perjudica a muchos trabajadores, contrariamente a las aseveraciones derivadas de la falacia del "superior poder negociador". Los sindicatos solo pueden beneficiar a algunos de sus miembros, a los que no se vean expulsados de sus trabajos por tener retribuciones, que gracias a los sindicatos, sean superiores a las de mercado. Otros miembros del sindicato, aquellos que tengan menos experiencia laboral y menor antigüedad en el puesto de trabajo, perderán sus empleos. Cuando esos trabajadores busquen empleo en otras áreas, lo que incluiría áreas en las que existirían trabajadores no pertenecientes a sindicatos, tenderán a deprimir los salarios en ellas. En general, virtualmente todos los beneficios de los trabajadores afiliados a un sindicato se producen a expensas de los trabajadores no afiliados.

Una consecuencia general del sindicalismo es la reducción de la dispersión de los salarios que se produce cuando los salarios de los trabajadores más productivos se ven arrastrados a la baja para equipararse al salario medio mientras los salarios de los trabajadores menos productivos se ven impulsados al alza por encima de los niveles autorizados por sus niveles de productividad marginal. Por tanto, la sindicalización penaliza a los empleados más trabajadores y ambiciosos mientras subsidia a los menos ambiciosos y productivos. Ésta es una de las muchas razones por las que los empleadores a veces se toman muchas molestias para evitar la sindicalización: premiar la mediocridad y penalizar el mayor rendimiento laboral es una receta segura para el fracaso empresarial.

CAPÍTULO 40.- Los mercados, no los sindicatos, nos proporcionan tiempo libre y seguridad en el trabajo

En "*La Acción Humana*" **Ludwig Von Mises** escribió que, en su tiempo, los sindicatos siempre habían sido la principal fuente de propaganda anti-capitalista. Para acordarme de eso me puse una pegatina en el paragolpes del coche que dice: "El movimiento sindical: los que te consiguieron el fin de semana".

En realidad, el promedio de horas trabajadas por semana había venido reduciéndose desde hacía tiempo antes de que los sindicatos empezaran a reivindicar que se limitara por ley el número máximo de horas de trabajo. La disminución a la mitad de la duración media de la semana laboral de 61 horas hasta las 35 horas actuales (según el *Departamento de Trabajo de los Estados Unidos*) fue causada por el capitalismo, no por el sindicalismo. Como explicó Mises: "En la sociedad capitalista prevalece una tendencia orientada a incrementar constantemente la cantidad de capital invertido *per capita* ... Consecuentemente, la productividad marginal del trabajo, los salarios y el nivel de vida de los asalariados tienden a aumentar continuamente.

Por supuesto, esto es solo verdad en una economía capitalista en la que prevalezcan la propiedad privada, los mercados libres, el emprendimiento y la libertad económica. El continuo aumento del nivel de vida en los países capitalistas es debido principalmente a los beneficios que comporta la asunción de riesgos y la inversión, a los avances tecnológicos y a (la existencia de) unos trabajadores mejor educados (no gracias a la escuela pública que progresivamente ha hecho más estúpida a la población norteamericana). Los sindicatos se adjudican rutinariamente todo eso mientras instigan políticas que entorpecen las instituciones del capitalismo que son la causa de su propia existencia y de su propia prosperidad.

La reducción del número semanal de horas de trabajo es una invención capitalista porque como la inversión de capital hace que con el tiempo aumente la productividad marginal del trabajo, se requiere menos trabajo para conseguir la misma producción. O lo que es igual, el mismo esfuerzo rinde una mayor producción. Según se intensifica la competencia, en especial en la era de la globalización, los empleadores compiten por los mejores empleados ofreciéndoles mejores salarios y trabajar menos horas. Aquellos empleadores que no ofrecieran semanas laborales más cortas se verían obligados por las fuerzas de la competencia a ofrecer salarios más altos para compensar o dejarían de ser competitivos en el mercado laboral.

La competencia capitalista es también la causa principal de la reducción del trabajo infantil, y, en algunas sociedades, de su eliminación. Al principio, la gente joven abandonó el campo para trabajar en las fábricas bajo duras condiciones de trabajo porque era una cuestión de supervivencia para ellos y sus familias. Pero conforme los trabajadores fueron obteniendo mejores salarios -gracias a la inversión de capital y a las subsiguientes mejoras de productividad- más y más gente pudo permitirse dejar a sus hijos en casa y en la escuela. La legislación que los sindicatos respaldaron y que prohibió el trabajo infantil se aprobó mucho después de que comenzara el declive del trabajo infantil.

Es más, las leyes que prohibieron el trabajo infantil siempre fueron motivadas por el deseo de los sindicatos de expulsar a los trabajadores jóvenes de sus puestos de trabajo, porque no pertenecían a los sindicatos, no para "protegerlos". Hoy en algunas partes del tercer mundo, la alternativa al trabajo

infantil es pedir limosna, la delincuencia, la prostitución infantil o el hambre y la calle. No hay nada más hipócrita que ver como los sindicatos defienden las leyes contra el trabajo infantil mientras pretenden actuar movidos por el bienestar de los niños. Su objetivo es monopolizar la fuerza laboral con trabajadores sindicalizados a costa de los trabajadores jóvenes no sindicalizados.

Los sindicatos también presumen de haber sido ellos quienes durante las últimas tres décadas han impulsado las normas aprobadas por la "*Agencia para la Seguridad y la Salud en el Trabajo" (Occupational Safety and Health Administration*, la conocida como OSHA en los Estados Unidos). El entorno laboral efectivamente se ha vuelto más seguro en los Estados Unidos durante el pasado siglo, pero esto también es producto de las fuerzas de la competencia capitalista, no de la legislación o de las regulaciones de inspiración sindical.

Un entorno laboral inseguro o peligroso es costoso para los empleadores ya que para atraer a los trabajadores han de pagar una diferencia que les compense (por ejemplo, un salario más alto). Por consiguiente, los empleadores tienen un fuerte interés económico en mejorar la seguridad del medio laboral, especialmente en las industrias manufactureras en las que los salarios con frecuencia suponen la mayor parte de los costes totales. Además, cuando hay un accidente de trabajo los empleadores deben soportar el coste del trabajo perdido, de formar a los nuevos trabajadores y de las compensaciones a los trabajadores que el gobierno les impone. Sin olvidar la amenaza de costosos procesos judiciales.

La inversión en tecnología, desde tractores con aire acondicionado para trabajar en el campo hasta los robots que se utilizan en las factorías de automóviles, también han vuelto más seguro el puesto de trabajo. Los sindicatos se han opuesto a muchas de esas tecnologías que mejoran la seguridad sobre la base de que supuestamente "destruyen empleo".

Hace tiempo que los sindicatos han estado en la vanguardia de los esfuerzos lobistas orientados a aumentar los impuestos y las regulaciones que gravitan sobre las empresas, que reducen la rentabilidad de la inversión de capital, distraen la atención de los gestores de la gestión de la empresa al papeleo que el gobierno les impone y, en consecuencia, hace que todos -incluyendo a los sindicalistas-, estemos económicamente peor. Todos, excepto los burócratas del gobierno cuyas retribuciones derivan de todas esas reglamentaciones, claro está.

La ralentización del crecimiento de la productividad causada por la mayor regulación y la mayor carga fiscal que recae sobre las empresas, y que los sindicatos apoyan, conduce a un menor crecimiento de la producción económica, lo que a su vez motiva que los precios en muchas industrias sean más altos de lo que en otro caso serían. Todo esto es perjudicial para los "trabajadores", a los que los sindicatos dicen representar, al reducir sus salarios reales. La propaganda anti- capitalista es también propaganda anti-trabajador.

CAPÍTULO 41.- La conspiración sindical contra los empleados de *Walmart*

Ya en los años noventa (del siglo pasado) se convirtió en un artículo de fe entre los estudiantes universitarios (y muchos otros) la idea de que *Walmart* era una institución malévola con la que ninguna persona decente debería tratar jamás. Comentaristas invitados aparecieron en todos los distritos universitarios de los Estados Unidos para denunciar la opresión a la que *Walmart* sometía a los pobres y a la clase trabajadora. Todo era parte de una campaña de descrédito organizada por los sindicatos y dirigida primordialmente contra los empleados no sindicalizados de *Walmart*. Formaba parte de un intento de presionar a *Walmart* para sindicalizar o, en su defecto, para destruirla por ser competidora en precio de otras cadenas de tiendas cuyos precios eran más altos y cuyos empleados sí que estaban afiliados.

La, al parecer, interminable campaña de propaganda contra *Walmart* es lo que se conoce en la literatura académica sobre sindicatos como una "campaña corporativa". Hoy hay muy pocas huelgas sindicales, dado que los trabajadores en huelga pueden ser muy fácilmente reemplazados por trabajadores sustitutos. Las denominadas "campañas corporativas" han tomado el lugar de las huelgas como arma preferida de los sindicatos.

Existen varias justificaciones para las campañas corporativas. De una parte, son una forma de sindicalizar trabajadores sin que éstos, que podrían no querer pertenecer a ningún sindicato, tengan que intervenir. La idea es utilizar todos los medios posibles para imponer costes a una empresa y asustar a sus clientes con propaganda negativa, presentando a la compañía como una especie de proscrito social. Una táctica consiste en presentar a la Administración miles de quejas por escrito sobre la empresa, que aquélla debe entonces investigar, lo que obliga a la empresa a incurrir en elevados gastos jurídicos.

El sindicato también emitirá notas de prensa acerca del gran número de reclamaciones habidas contra la empresa, sin mencionar jamás que es él -el sindicato- la fuente de las artificiales reclamaciones! Esto le puede costar a una empresa una gran parte de sus clientes si la publicidad es lo bastante negativa. En los años noventa una campaña corporativa contra otra cadena de tiendas de alimentación, *Food Lion*, provocó que ésta cerrase docenas de tiendas. Las tiendas volvieron a abrir más tarde, cuando los clientes descubrieran que las acusaciones del sindicato *United Food and Commercial Worker's Union* (UFCW) contra *Food Lion* eran falsas.

En el Estado de Maryland la demonización de *Walmart* por parte del sindicato UFCW dio al legislativo estatal "justificación" suficiente para aprobar una ley que forzaba a Walmart -pero no a otras empresas que operaban en el Estado- a aumentar las coberturas del seguro de salud que pagaba a sus empleados.

El objetivo último de las campañas corporativas, como la instigada contra *Walmart*, es el de conseguir que la empresa firme un contrato con un sindicato sin que sus empleados siquiera participen, un proceso que los estudiosos del movimiento sindical denominan "sindicalismo de pulsar botones".

El sindicato UFCW ha estado en primera línea de la campaña corporativa contra *Walmart* porque los

precios de los productos de alimentación de *Walmart* son significativamente más bajos que los de toda la competencia sindicalizada. El "problema" al que se enfrenta ese sindicato es que conforme más y más clientes compren sus comestibles en *Walmart*, el empleo en la industria de alimentación también cambiará de las cadenas de alimentación sindicalizadas, que son más caras, hacia la no sindicalizada *Walmart*, lo que causará al sindicato una caída de afiliados y, lo que es más importante, una disminución de ingresos procedentes de las cuotas sindicales que son necesarios para pagar los exorbitantes salarios y demás beneficios de los líderes sindicales.

CAPÍTULO 42.- Cómo la explotación laboral ayuda a los pobres

Uno de los más viejos mitos del capitalismo es la noción de que las fábricas que ofrecen a lo pobres salarios más altos como señuelo para que abandonen las calles (y vidas dedicadas a pedir, robar, prostituirse o a hacer cosas aún peores) o para que dejen de deslomarse en el campo, de alguna manera los empobrece y explota. Se dice que son explotados en *sweatshops*[12] por "salarios de subsistencia". Ése fue el argumento de inspiración marxista que hicieron los socialistas en el siglo XIX, y es aún hoy esgrimido por varios neo-marxistas, la mayoría de los cuales jamás ha realizado trabajo manual y experimentado lo que es sudar en el trabajo.

La codicia y el egoísmo de los sindicatos en esta cruzada anti-capitalista, que ya dura varias generaciones, siempre han sido transparentes: los sindicatos no pueden existir sin prohibir de alguna forma la competencia de los trabajadores no pertenecientes a sindicatos; de ahí resulta la denominación de *sweatshop* o "explotadoras" para las fábricas que emplean a trabajadores no afiliados.

A los sindicatos norteamericanos les importa un comino la suerte de los pobres del tercer mundo. Les preocupa la salud financiera de sus organizaciones sindicales. Si los sindicatos consiguieran lo que se proponen, los trabajadores de los 'talleres de esclavos' que hay en el tercer mundo y que están operados por empresas norteamericanas serían todos despedidos y obligados a sobrevivir mendigando, robando o haciendo cosas peores. Ésos son los altos valores morales que la propaganda sindical ha difundido en los 'campus' de las Universidades de toda América en los que han instigado campañas, seminarios y protestas contra las *sweatshops* o "fábricas de explotación esclavista".

La naturaleza fraudulenta de la campaña contra los "explotadores" se hizo patente en un artículo publicado en el año 2007 en el "Journal of Labor Research" por los economistas Ben Powell y David Skarbek quienes presentaron los resultados de una encuesta realizada en esos "talleres esclavistas" de once países del tercer mundo. En nueve de los once países, los salarios de ese tipo de centros de trabajo, pertenecientes a empresas extranjeras allí establecidas, eran más altos que el salario local promedio. En Honduras, donde casi la mitad de la población vive con 2 dólares al día, los "talleres esclavistas" pagaban más de seis veces ese importe -13,10 dólares al día-. Los salarios en los "talleres esclavistas" de Camboya, Haiti, Nicaragua y Honduras eran de más del doble del salario medio nacional según Powell y Skarbek.

Nunca son los trabajadores de países como Honduras los que se quejan de la existencia de fábricas que emplean a trabajadores no afiliados a sindicatos, esto es no sindicalizadas, y que les ofrecen aumentos salariales inmediatos del 500 por ciento. La gente, en esas situaciones, se beneficia tanto en su vertiente de trabajador como en su condición de consumidor, ya que así se venden artículos de consumo en mayor número y variedad (y a precios más económicos) en sus respectivos países. La inversión de capital de este tipo es infinitamente superior a la alternativa de la "ayuda exterior". La denominada ayuda exterior es siempre una transferencia de fondos de gobierno a gobierno que fortalece a los Estados de los países receptores de la ayuda, incluso cuando el Estado es un régimen corrupto y opresivo. La inversión de capital impulsada por el mercado es siempre muy superior a la reasignación de capital realizada a instancias políticas.

La inversión exterior en el tercer mundo también tiene el potencial de transferir conocimiento empresarial a países donde no existía previamente. No solo se transfiere tecnología, sino conocimientos acerca de las prácticas de los negocios y toda la cultura y la creación de riqueza capitalistas. Sin ella ninguna nación puede hacer progresos frente a la pobreza.

La existencia de fábricas en manos de extranjeros en países pobres crea lo que los economistas llaman "economías de aglomeración". La apertura de una fábrica provocará que muchos negocios de todo tipo surjan alrededor de la fábrica para darle servicio como proveedores de *inputs* y para dar servicio a los empleados también (con restaurantes y demás).

[12] Sweatshop significa fábrica donde se explota a los trabajadores. Literalmente se forma por la conjunción de la palabra sudor (sweat) y tienda (shop). De ahí la alusión al sudor en el trabajo que hace después el autor. Podría traducirse como taller clandestino o taller esclavista pero en puridad no serían ni lo uno ni lo otro ya que ni se esconden ni emplean a esclavos (N. del T.).

Así pues, no se crean solo puestos de trabajo en la fábrica. Una inversión exitosa en un país pobre también dará la señal a otros potenciales inversores de que allí hay un entorno estable para invertir, lo que puede llevar a más inversión, más creación de empleo y a una mayor prosperidad.

La inversión en capital por inversores extranjeros en países pobres también hará que suban los salarios al incrementarse la productividad marginal del trabajo. Desanimar esa inversión, que es el objetivo del movimiento contra los talleres esclavistas, provocará lo contrario y hará que los salarios se estanquen o bajen.

Una de las más grandes virtudes de la existencia de talleres esclavistas en el tercer mundo es que reducen el poder de los sindicatos americanos. Con pocas excepciones, los sindicatos han estado en la vanguardia de la ideología anti-capitalista y son partidarios de una asfixiante intervención del gobierno que merma el crecimiento económico. Por tanto, cuanto más se debiliten, mejor para todos los trabajadores americanos.

La mejor forma de apoyar a los pobres del tercer mundo como simple particular es comprando más productos producidos por empresas capitalistas que se han establecido allí.

SECCIÓN 6.- VERDADES Y MENTIRAS DE LOS MERCADOS

CAPÍTULO 43.- La verdad sobre los "magnates ladrones"

La época de finales del siglo XIX es con frecuencia identificada como la de los "magnates ladrones". Para los libros de Historia el pan nuestro de cada día es vincular esa calificación peyorativa a figuras como **John D. Rockefeller, Cornelius Vanderbilt** y a empresarios de los ferrocarriles del siglo XIX como **Grenville Dodge, Leland Stanford, Henry Villard, James J. Hill** y otros. Para la mayoría de los historiadores que escriben sobre este período, esos empresarios se enriquecieron robando con indisimulado descaro a sus clientes. Una vez más, contemplamos la imagen de capitalistas codiciosos y explotadores, pero en muchos casos es una realidad distorsionada.

Siendo algo muy común que se hable de los "magnates ladrones", la mayoría de quienes utilizan ese término están confundidos respecto del papel del capitalismo en la economía norteamericana y olvidan hacer una importante distinción, la distinción entre lo que podría llamarse empresario de mercado y empresario político. Un puro empresario de mercado, o capitalista, tiene éxito financiero vendiendo un producto mejor y/o más barato en un mercado libre sin recibir subsidios directos o indirectos del gobierno. La clave de su éxito como capitalista es su habilidad para satisfacer al consumidor, ya que en una sociedad capitalista, en definitiva el blanco de toda la actividad económica es el consumidor. En contraste, un empresario político tiene éxito principalmente influenciando al gobierno para que conceda subsidios a su empresa o industria o para que apruebe una legislación o regulación que perjudique a sus competidores.

La economía norteamericana siempre ha tenido una mezcla de empresarios de mercado y de empresarios políticos, de hombres y mujeres que se han hecho a si mismos y de confabuladores y manipuladores políticos.

A veces personas que gracias a su habilidad empresarial en algún momento de su vida han conocido el éxito y han triunfado en el mercado, se convierten en empresarios políticos en otros momentos de sus vidas. Ser un empresario hábil a la hora de servir al mercado es el sello del capitalismo, mientras que la empresarialidad política no lo es. Equivale a utilizar los poderes coactivos del Estado para saquear a tus clientes y competidores. Es una forma de "mercantilismo", el mismísimo sistema de gobierno que **Adam Smith** criticó en su famoso libro de 1776, "*An enquiry into de Nature and Causes of the Wealth of Nations*" ("*Un Estudio acerca de la Naturaleza y Causas de la Riqueza de las Naciones*").

Poner raíles, no que los raíles te pasen por encima

La mayor parte de historiadores económicos asumieron que los ferrocarriles transcontinentales nunca se habrían construido sin subsidios del Estado. El libre

mercado habría fallado a la hora de facilitar el capital adecuado o eso asegura la teoría. La prueba de esta teoría es que las vías férreas de *Union Pacific* y de *Central Pacific*, que fueron terminadas en los años posteriores a la guerra de los Estados, recibieron subsidios del gobierno federal por cada milla construida en la forma de préstamos a bajo interés y enormes préstamos para la compra de terrenos. Pero no tiene que haber aquí una relación de causa a efecto: no se necesitaron subsidios para que las líneas férreas transcontinentales se construyeran. Lo sabemos porque al igual que a principios del siglo XIX se financiaron privadamente tantísimas carreteras y canales, un empresario de mercado llamado **James J. Hill** construyó su propia línea férrea transcontinental financiándola privadamente, la *Great Northern*. Hill presumió de que construyó la *Great Northern* sin ninguna ayuda del gobierno, ni siquiera el derecho de paso sobre terreno público. Pagó en efectivo por los derechos de paso de su ferrocarril, incluso para cruzar tierras de los indios.

Hill se opuso con firmeza a que el gobierno hiciese favores a sus competidores. En la biografía que sobre él escribió **Albro Martin** titulada "*James J. Hill and the Opening of the Northwest*" ("*James J. Hill y La Apertura de la Línea Férrea del Noroeste*") se recoge una de sus citas según la cual "El gobierno no debe facilitar capital a esas compañías, además de sus enormes subsidios en tierras, para permitirles competir con empresas que no han recibido ayuda del Tesoro Público".

James J. Hill no era ningún "magnate" o aristócrata. A los 14 años murió su padre y tuvo que dejar la escuela para trabajar en una tienda de alimentación por cuatro dólares al mes para ayudar a mantener a su madre viuda y a sus hermanos. De joven adulto trabajó en granjas, en el transporte marítimo, en vapores, comerciando con pieles y en el ferrocarril. Aprendió a hacer negocios en esos ambientes, ahorró dinero y se convirtió finalmente en inversor y gestor de sus propias empresas.

Hill comenzó en la industria del ferrocarril cuando, con varios socios, compró un ferrocarril de Minnesota que había sido arruinado por la subsidiada *Northern Pacific* (NP). La NP fue un premio por el mecenazgo dispensado por el '*bankster*'[13] **Jay Cooke**, quien en la guerra entre los Estados había sido uno de los más importantes financieros del gobierno de los Estados Unidos Pero Cooke y sus asociados de la NP construyeron su ferrocarril temerariamente; los subsidios del gobierno y los préstamos de tierra les fueron otorgados en función de las millas de vía férrea construida, de modo que Cooke y sus secuaces tenían incentivos financieros para construir lo más deprisa posible, lo que favoreció el trabajo negligente. En consecuencia, en 1873 la NP estaba en bancarrota. Según el historiador **Michael Malone**, autor de "*James J. Hill and the Opening of the Northwest*", el pueblo de Minnesota y de los Dakotas, donde se estaba construyendo el ferrocarril, consideraron a Cooke y a sus socios "en el mejor de los casos, como unos dejados, y como ladrones, en el peor de ellos".

Le llevó cinco años a Hill y a sus socios completar la compra del ferrocarril (el *Saint Paul, Minneapolis y Manitoba*), que formaría el núcleo de una línea de ferrocarril que él

[13] Bankster se forma por la conjunción de las palabras Banker, es decir, banquero, y Gangster.

mismo construiría finalmente y que llegaría hasta el océano pacífico. Despreciaba a Cooke y a la NP por sus turbias prácticas comerciales y por su corrupción y demostró rápidamente ser un genio de la construcción de ferrocarriles. Bajo la dirección de Hill, los trabajadores empezaron a colocar raíles el doble de deprisa a como lo habían hecho los equipos de la NP, e incluso a esa velocidad construyó lo que todo el mundo consideró que era en la época la mejor línea. Era muy meticuloso a la hora de reducir costes y trasladó esas reducciones a sus clientes bajo la forma de tarifas más bajas. Hill comprendió que los granjeros, los mineros, los intereses de los madereros y otros clientes de su línea o tendrían éxito o fracasarían con él. Su lema era: "Hemos de prosperar con vosotros o hemos de ser pobres con vosotros".

Con esta filosofía, Hill alentó la diversificación en los cultivos entre los granjeros situados en su ruta, les educó respecto de los peligros económicos de depender de una sola cosecha. Facilitó gratuitamente grano para sembrar y hasta ganado a los granjeros que habían sufrido a causa de la sequía y la depresión. Transportó a inmigrantes a las grandes praderas por tan solo diez dólares si prometían establecerse como granjeros cerca de su ferrocarril, y donó tierra a las ciudades para que construyeran parques, escuelas e iglesias.

Las tarifas de Hill cayeron de forma sostenida, año tras año, y cuando los granjeros empezaron a quejarse de la falta de silos para guardar el grano cerca de su ferrocarril, dio instrucciones a la dirección de la compañía para que construyesen grandes instalaciones para el almacenamiento de grano. Se negó a participar en conspiraciones para fijar precios con los dueños de otros ferrocarriles, y disfrutó "recortando tarifas y desbaratando pactos por el estilo", escribió **Burton Folsmon** en "*Entrepreneurs versus the State*" ("*Emprendedores frente al Estado*").

Folsom describe de la siguiente manera la insistencia de Hill por la excelencia:

> Hill tenía la obsesión de encontrar rutas más cortas, con pendientes menos pronunciadas y menos curvas. En 1889, Hill conquistó las Montañas Rocosas encontrando el legendario paso *Marias Pass*. **Lewis** y **Clark** ya en 1805, habían descrito un paso que cruzaba las Rocosas; pero más tarde, nadie parecía saber si había o no existido realmente o donde estaría en caso de que existiera de verdad. Hill deseaba tanto encontrar la mejor pendiente que contrató a un hombre para que recorriese durante meses Montana occidental en pos de ese paso legendario. De hecho lo encontró y el eufórico Hill acortó su ruta en casi cien millas. Gracias a esa hazaña, el historiador **Michael Maole** escribió que la *Great Northern* era "la línea de ferrocarril mejor construida y la más rentable de cuantas hay de importancia en el mundo".

En marcado contraste, los ferrocarriles transcontinentales construidos con subsidios del gobierno eran un carnaval de corrupción e ineficiencia. Por cada milla de raíles, el gobierno dio a la *Union Pacific* (UP) y a la *Central Pacific* (CP), que él mismo había creado, préstamos de tierra así como préstamos subsidiados con intereses por debajo de los intereses de mercado de 16.000 dólares por milla de raíl colocado sobre terreno llano, 32.000 dólares si era sobre terreno con colinas y pendientes y 48.000 dólares en terreno

de montaña. La consecuencia es que UP y CP construyeron rutas con muchas curvas con el fin de embolsarse más y más subsidios. Según **Burton Folsom**, enfatizaron la rapidez, no la profesionalidad y siempre utilizaron los materiales de construcción más baratos. Eran tan corruptos e ineficientes, escribió Folsom, que construyeron vías sobre un espesor de varios pies de hielo y nieve y "naturalmente, la vía tenía que volverse a construir en primavera".

En vez de emplear su tiempo en esforzarse por encontrar formas de recortar costes, acortar rutas y favorecer la prosperidad a lo largo de sus líneas, los ejecutivos de la UP y la CP se mostraban más inclinados a invitar a los políticos y burócratas a disfrutar comiendo y bebiendo en grandiosos almuerzos gastronómicos que se celebraban en los mismos vagones del tren y a los que muchas veces seguía una cacería de bisontes desde el propio tren.

Muchos miembros del Congreso pedían líneas de ferrocarril específicas para sus distritos electorales como condición para votar a favor de los subsidios, lo que dio lugar a que la UP y la CP acabaran teniendo unos mapas de rutas que asemejaban a un bol de espagueti. Es más, como las reglamentaciones siempre acompañan a los subsidios del gobierno a las empresas, los gestores de la UP y la CP no podían tomar ninguna decisión importante sin la directa interferencia del Congreso de los Estados Unidos. El resultado fue una absoluta ineficiencia económica, la corrupción y la bancarrota.

Hill siguió recortando sus tarifas durante décadas y sobresalió a la hora de ofrecer descuentos por volumen de carga transportada a sus más importantes clientes. Los menos eficientes ferrocarriles subsidiados por el gobierno le odiaban por ello, ya que las bajadas de precios de Hill evidenciaban su ineficiencia e incompetencia. El gobierno tuvo su revancha ante los recortes de precios de Hill con la *Ley del comercio interestatal (Interstate Commerce Act),* que prohibió la "discriminación de precios" como los descuentos por volumen de carga transportada, a la que siguió la *ley Hepburn de 1906* que explícitamente declaró ilegal aplicar tarifas distintas a distintos clientes. En otras palabras, prohibieron recortar precios, forzando a todo el mundo a repercutir unas mismas tarifas más caras. Como Hill y sus clientes eran los mayores beneficiarios de las bajadas de precios de la *Great Northern,* fueron quienes más perdieron con esas leyes.

No hubo "robo alguno" en el mercado libre de finales del siglo XIX y principios del XX en el negocio de los ferrocarriles. Los verdaderos ladrones fueron los gestores de las compañías de ferrocarriles subsidiadas por el gobierno y sus patrocinadores políticos en el Congreso y en el ejecutivo.

CAPÍTULO 44.- La verdad acerca de la Ley Sherman anti-monopolio

En Economía existe un viejo mito según el cual a finales del siglo XIX, un período de varias décadas de deflación, los monopolios se multiplicaron en la industria norteamericana. Como escribió el estudioso del Derecho **Richard Posner** en su libro "*Antitrust Economics*" ("*Economía anti-monopolio*"), al parecer hubo una "*cartelización generalizada*". Según la interpretación predominante (que no es la de la *Escuela Austriaca de Economía*), esta multiplicación de los monopolios, como todas las formas de monopolio, supuestamente condujo a una reducción de la producción y a subsiguientes subidas de precios. Se dice que el libre mercado provocó una proliferación de monopolios cuyas víctimas fueron los consumidores.

El corolario a esta mitología es que, para salvaguardar el interés público, el gobierno federal intervino y en una acción poco menos que heroica salvó a los consumidores de los rapaces monopolistas aprobando la *ley Sherman anti- monopolio de 1890*. Por tanto, se dice que la legislación anti-monopolio fue una legislación de "interés público" contra los monopolios que resultan ser una forma de "fallo del mercado". Toda esa narrativa es una completa falsedad.

En un artículo publicado en el ejemplar de junio de 1984 de la *International Review of Law and Economics* este autor demostró que la industria norteamerciana durante las últimas décadas del siglo XIX era de hecho extremadamente competitiva y que el auténtico objetivo de la ley Sherman anti-monopolio fue el de reprimir la competencia en lugar de protegerla.

En los últimos años de la década posterior a 1880 el Senador **John Sherman** (hermano del General William Tecumseh Sherman) y sus colegas del Congreso empezaron a acusar a varias industrias de "restringir el comercio" y cobrar precios monopolísticos por sus productos. En efecto, el lenguaje de la ley Sherman anti-monopolio declara ilegales las "conspiraciones para restringir el comercio". Las denuncias se hicieron durante el 51º Congreso y figuran en el registro de actividades de la Cámara dedicado al mismo. Entre las industrias denunciadas se incluía a la de la sal, el zinc, la del acero, la del carbón bituminoso, de fabricación de raíles de acero, la del azúcar, la del plomo, la de los licores, a los cordoneros, la de fabricación de tuercas y tornillos de acero, la de los lavanderos, la del aceite de castor, la del aceite de semillas de algodón, la del cuero, la del aceite de linaza y la de cerillas.

Todas esas industrias fueron acusadas de conspirar para "restringir el comercio" o reducir los niveles de producción para hacer subir los precios durante la década anterior a la *ley Sherman anti-monopolio de 1890*. Gracias a fuentes de información como *Historical Statistic of the United States* ("*Estadísticas Históricas de los Estados Unidos*") uno puede concluir con certeza que esas acusaciones fueron puras tonterías. La década anterior a la ley Sherman forma parte de lo que los historiadores económicos denominan

la "segunda revolución industrial" de América. Como tal, el Producto Interior Bruto (PIB) creció un 24 % desde 1880 a 1890. La economía de los Estados Unidos había aumentado de un cuarto al final de la década, lo que difícilmente constituye un signo de restricción generalizada de la producción y del comercio.

En contraste, las industrias acusadas de prácticas monopolísticas respecto de las que hay disponible datos reales de producción (ajustados a la inflación) crecieron un 175 % durante esa década. En otras palabras, las industrias acusadas por Sherman, y otros, de "restringir el comercio" lo incrementaron más de siete veces más deprisa que el resto de la economía, la cual estaba también creciendo muy vigorosamente. No hubo en esas industrias ninguna "restricción del comercio", ni por conspiraciones ni de cualquier otro tipo. Entre las industrias ridículamente acusadas de restringir el comercio que más rápidamente se expandieron estaban la del acero (158 %), la del carbón (153 %), la de los raíles de acero (142 %) y la del petróleo (79 %). Esas mismas tendencias siguieron durante la década posterior a la aprobación de la ley Sherman durante la cual las industrias "monopolísticas" siguieron creciendo más rápidamente que el resto de la economía.

En términos de precios, debe destacarse que la década previa a la promulgación de la ley Sherman fue un período de deflación de precios en el que el índice de precios al consumo cayó un 7 % de 1880 a 1890. Los precios en las industrias supuestamente "monopolísticas" cayeron aún más deprisa. Por ejemplo, el precio de los raíles de acero cayó un 53 %; el precio del azúcar refinado bajó de 9 centavos por libra en 1880 a 7 centavos en 1890 y a 4,5 centavos en 1900. El precio del plomo bajó un 12 % de 1880 a 1890; y el precio del zinc cayó un 20 % durante ese período.

En suma, la evidencia histórica muestra que según la propia definición que el gobierno hace del monopolio -restricción del comercio y aumento de precios- no hubo un problema de monopolio en América en la década que precedió a la publicación de la ley Sherman anti-monopolio. El auténtico problema para los consumidores fue el intervencionismo del gobierno, espoleado por grupos de interés integrados por competidores amargados y fracasados que amenazaron con interferir en la extraordinaria expansión de la producción, en la creación de nuevos productos y en las políticas de reducción de precios de las firmas más dinámicas que había en la industria americana de la época. Ése fue el verdadero propósito de la ley Sherman anti-monopolio.

El verdadero propósito de la ley Sherman

Una función de la ley Sherman fue distraer y alejar la atención del público de una fuente más segura de monopolios, el propio gobierno, en particular la política de elevadas tarifas proteccionistas de larga tradición en el Partido Republicano. La tarifa promedio en 1857 -en vísperas del inicio del período de hegemonía del Partido Republicano que duraría más de 50 años- era del 15 % según señala **Frank Taussig** en su "*Tariff History of the United States*" ("*Historia de los Aranceles (o Tarifas) de los Estados Unidos*"). A mediados del mandato del presidente Lincoln, el porcentaje de la tarifa media se aproximaba al 50 %, y, aunque con algunas subidas y bajadas, se mantuvo en esos elevados

niveles proteccionistas hasta que en 1913 se adoptó el impuesto sobre la renta federal. La ley anti-monopolio de Sherman no contenía ninguna mención sobre cómo las tarifas proteccionistas restringían el comercio a pesar de que ya desde la publicación de "*La Riqueza de las Naciones*" de **Adam Smith** en 1776 los aspectos relativos a la disminución del comercio inherentes a las tarifas proteccionistas eran comúnmente conocidos en el mundo económico .

Durante los debates que tuvieron lugar en el Congreso sobre la ley Sherman, el mismo Sherman se lamentaba de que los "acuerdos" para expandir la producción y reducir precios que había en las industrias mencionadas anteriormente "subvertía el sistema de tarifas" que había sido diseñado para "proteger ... a las industrias norteamericanas". Piénsenlo bien. Lo único que podía "subvertir" el sistema de tarifas proteccionistas eran los menores precios ya que el único y real propósito de las tarifas era proteger a los consumidores de las bajadas de precios. De lo que "protegían" las tarifas a la industria Americana es de la competencia. Por consiguiente, la ley Sherman siempre fue inherentemente una ley contra la competencia.

Lo que es aún más indignante que las palabras de Sherman es el hecho de que apenas tres meses después de que el Congreso aprobara la ley Sherman, Sherman patrocinó una legislación que los periodistas bautizaron "*Campaign Contributor's Tariff Bill*" (o sea la "*Ley de Tarifas de contribuyentes a las campañas*"). Esa ley fue la *ley de Tarifas Mc Kinley* que aumentó la tasa promedio de las tarifas del 38 al 49,50 %. El 1 de octubre de 1890 el *New York Times* publicó en su editorial que: "la *Ley de Tarifas de Contribuyentes a las Campañas* se remitirá ahora la firma del Presidente ... y los fabricantes favorecidos, muchos de los cuales propusieron y fijaron los tipos de las tarifas que afectan a sus productos, empezarán a disfrutar de esta legislación".

Esto llevó a que el *New York Times*, que inicialmente había apoyado la ley Sherman, cambiara de posición. En el mismo editorial el *Times* escribió que "La llamada ley anti-monopolio o anti-trust fue aprobada para engañar a la gente y dar paso a la aprobación de esta ... ley sobre tarifas. Se diseñó para que los órganos del partido pudieran decir a quienes se opusieran a la extorsión mediante tarifas y confabulaciones proteccionistas: ¿Deteneos! hemos actuado contra los monopolios. El Partido Republicano es enemigo de esos manejos".

En otras palabras, la ley Sherman fue políticamente una hoja de higuera diseñada para engañar al público con el fin de que creyese que el Partido Republicano, que se fundó como el partido del Proteccionismo, de la banca centralizada y de las subvenciones estatales a las empresas, había de alguna manera cambiado su fundamental razón de existir y era ahora una organización liberal de defensa de los consumidores. Todo esto era por supuesto una gran mentira, como el *New York Times* explicó en la época.

CAPÍTULO 45.- El Mito del Monopolio "Natural"

Una de las cosas que se enseña a todos los estudiantes universitarios que eligen un curso de Principios de Economía es que las utilidades o infraestructuras públicas (para el suministro de electricidad, agua, gas natural, etc ...) han sido monopolios regulados por el gobierno desde principios del siglo XX porque el gobierno tuvo que intervenir para salvar a los norteamericanos de los males del libre mercado o de los monopolios "naturales". La narrativa es la siguiente: en industrias con costes fijos altos (como los precisos para construir una central de generación de electricidad) el coste de dar servicio a cada cliente disminuye muchísimo una vez la central está terminada y en servicio. Esto se llama '*economías de escala'*. Desde principios del siglo pasado se ha venido diciendo que esto es una verdad que es aplicable a todas las infraestructuras públicas.

El supuesto problema es que una gran empresa podría conseguir costes (y precios) tan bajos que podría expulsar a todas las demás competidoras de su mercado y con ello convertirse en un monopolio "natural". En cuyo momento, cargaría precios monopolísticos. El corolario de esta teoría de los "fallos del mercado" es que el gobierno intervino y creó intencionadamente "monopolios autorizados" previa licencia y que seguidamente fijó sus precios en interés del público, lo que presuntamente equivale a un nivel no monopolístico.

No hay ninguna prueba que permita concluir que esa historia es cierta. Nunca hubo una evolución en el libre mercado hacia un "monopolio natural". Todos los monopolios del sector de las utilidades públicas fueron creados por el gobierno, en beneficio del propio gobierno y de los aliados y beneficiarios de subsidios y ayudas que el Estado tiene en el sector eléctrico, en el del suministro de agua potable, en el del gas natural y en otras industrias.

El economista **Harold Demsetz** en su libro "*Efficiency, Competition and Public Policy*" incluye una cita de **Burton Gehling** que es como sigue:

> En el año 1887 se constituyeron seis compañías para el suministro de electricidad en la ciudad de Nueva York. En Chicago, antes de 1907 había cuarenta y cinco empresas legalmente autorizadas para suministrar luz eléctrica. Antes de 1895, en Duluth, Minnesota, había cinco compañías eléctricas y Scranton, Pennsylvania, tenía cuatro en 1906 ... Durante la última parte del siglo XIX, que hubiese competencia en la industria del suministro de gas era lo habitual en este país. Antes de 1884, seis compañías operaban en competencia en la ciudad de Nueva York... la competencia era común y especialmente persistente en la industria de la telefonía ... Baltimore, Chicago, Cleveland, Columbus, Detroit, Kansas City, Minneapolis, Philadelphia, Pittsburgh y San Louis, entre otras ciudades más grandes, tenían por lo menos dos companías telefónicas en 1905.

La verdadera historia (a diferencia de la fábula que se cuenta en los manuales de introducción a la Economía) sobre cómo surgieron los monopolios en el sector de las utilidades públicas se explicaba en un libro de 1936 del economista **George T. Brown** titulado "*The Gas Light Company of Baltimore*". Estudia el caso de la creación de un monopolio en las utilidades públicas en Baltimore, Maryland, pero sus lecciones son aplicables a todas las ciudades de América.

La historia de la *Gas Light Company of Baltimore* es la que sigue: desde su fundación en 1816 tuvo que luchar continuamente con nuevos competidores. Su respuesta fue competir en el mercado pero también influir sobre las autoridades estatales y locales para que denegasen a las compañías competidoras la autorización para operar. Puede que hubiera economías de escala en la industria pero no impidieron que hubiera una fuerte competencia.

Brown cita un editorial de 1851 publicado por el *Baltimore Sun* en el que se decía que "la competencia es la vida de los negocios" palabras con las que el diario daba la bienvenida a varios nuevos competidores en los negocios del suministro eléctrico y de gas. En 1880 había en Baltimore tres empresas eléctricas y de gas compitiendo ferozmente unas con otras. Sí que intentaron fusionarse y operar como monopolista en 1888, pero un cuarto competidor frustró sus planes cuando "**Thomas Alva Edison** presentó la luz eléctrica que amenazó la existencia de todas las compañías de gas., escribe Brown. A partir de entonces hubo competencia entre las compañías eléctricas y las de gas.

Cuando aparecieron monopolios fue solo debido a la intervención del gobierno. Por ejemplo, en 1890 se presentó ante la legislatura de Maryland una proposición de ley que "exigía de la *Consolidated Gas Company* el pago anual a la ciudad de 10.000 dólares al año y un 3 % de todos los dividendos declarados a cambio del privilegio de disfrutar de un monopolio durante 25 años". En otras palabras, la creación de un monopolio en los servicios públicos era un arreglo entre los políticos y las empresas para participar en el botín generado por un monopolio a expensas de los desventurados contribuyentes y consumidores. Algunos manuales de Economía se refieren eufemísticamente a esta trama como una forma de "imposición indirecta".

Los consumidores sufren porque tienen que pagar precios de monopolio y padecen unos servicios deficientes que son proverbiales en toda empresa pública o monopolística. Se echa la culpa a los "codiciosos empresarios" a quienes no les importa cargar con ella siempre que los políticos que hacen esas acusaciones mantengan sus monopolios. George T. Brown concluyó en su libro que "el desarrollo normativo del Estado de Maryland sobre utilidades o servicios públicos ejemplifica lo ocurrido en otros Estados".

Otro economista que se mostraba escéptico respecto de la historia de los "monopolios naturales" fue **Horace M. Gray**, un ayudante del Decano de la *Universidad de Illinois* que publicó un artículo titulado "*The Passing of The Public Utility Concept*" ("*La Configuración del Concepto de Utilidad Pública*") en el *Journal of Land and Public Utility Economics* ("Diario o *Revista de Economía del Suelo y de las infraestructuras o*

Utilidades públicas") en 1940. "Durante el siglo XIX", observó Gray, algunos creían que en muchos sectores "el interés público sería mejor servido concediendo privilegios especiales a personas particulares y a sociedades". Por supuesto fueron esas personas y sociedades privadas quienes extendieron el absurdo cuento de que sus especiales privilegios iban realmente dirigidos a satisfacer el "interés público" y no solamente sus propios intereses particulares.
Los partidarios de esta disparatada idea llamada "interés público" defendieron las patentes, los subsidios directos, los aranceles proteccionistas, las cesiones de terreno a los ferrocarriles y la concesión de monopolios en el ámbito de los "servicios públicos". A finales del siglo XIX y principios del XX, por todos los Estados Unidos se autorizaron cientos de monopolios para compartir el botín obtenido al estilo del de Maryland. De ahí en adelante, escribió Gray, "el estatuto de servicio público iba a convertirse en el paraíso donde se refugiarían todos los aspirantes a monopolista que considerasen demasiado difícil, costoso o precario ganar y mantener un monopolio exclusivamente mediante acciones privadas".

Resulta divertida la observación que hizo Gray de que en los Estados Unidos virtualmente todos y cada uno de los aspirantes a monopolista, cualquiera que fuese el sector de actividad económica al que pertenecieran, reclamase para sí la condición de "servicio público" y que el Estado le reconociera acto seguido el estatuto correspondiente. Esto incluía a la radio, los intermediarios inmobiliarios, los productores de leche, las aerolíneas, el carbón, el petróleo y las industrias agroalimentarias, por nombrar solo unas pocas. De hecho, "Todo el experimento de la *ley de recuperación nacional* (*National Recovery Act*) de 1933 puede contemplarse como un esfuerzo de las grandes empresas por asegurarse la sanción legal respecto de sus prácticas monopolísticas". Aquí Gray estaba refiriéndose al hecho de que dicha ley fue un intento de elevar los precios creando cárteles respaldados por el gobierno en todos los sectores industriales, con miles de codificaciones de precios mínimos aprobados e impuestos por el Gobierno.

El papel de la mayor parte de los economistas (que podríamos denominar "convencionales") en todo este esquema fue el de elaborar lo que Gray llamó una "racionalización confusa" de las "siniestras fuerzas del privilegio particular y del monopolio". Es esta "confusa racionalización" la que aún hoy se enseña en todos los manuales de introducción a la Economía.

No todas las ciudades americanas participaron en la trama de participar en el botín del monopolio característico de los monopolios "regulados" de servicios públicos y no todos los economistas los defendieron. En su libro "*Direct Utility Competition: The Natural Monopoly Mith*" ("*Competición directa en las Utilidades Públicas: El Mito del Monopolio Natural*"), el economista de la *Universidad de Illinois* **Walter J. Primeaux** describió cómo, durante décadas, sí que existió una competencia directa en el sector eléctrico. Apoyándose en cientos de páginas de análisis estadístico, Primeaux concluyó que en aquellas ciudades en las que los competidores estuvieron en condiciones de igualdad (en oposición a aquellos otros sistemas de reparto del mercado en los que una compañía servía a la mitad de la ciudad y otra compañía a la otra mitad), la competencia fue

vigorosa, los costes y los precios fueron más bajos y no hubo un "exceso de capacidad" mayor que en ciudades en las que el servicio se prestaba en régimen de monopolio. Concluyó que la teoría del monopolio natural carece por completo de fundamento: hubo competencia durante décadas; las "guerras" de precios no amenazaban la supervivencia de las empresas; había un mejor servicio al cliente y precios más bajos; y los mismísimos consumidores preferían la competencia al monopolio, mientras que los ejecutivos de las empresas de servicio público generalmente opinaban lo contrario ¡ Qué sorpresa !

El economista **Thomas Hazlett** llegó a similares conclusiones basándose en sus investigaciones sobre la industria de la televisión por cable. En un artículo aparecido en 1990 en el *Journal of Law and Economics ("Revista de Derecho y Economía")* Hazzlet documenta cómo unas tres docenas de ciudades permitieron la competencia directa en el sector del cable a pesar del hecho de que la televisión por cable en aquellos tiempos se definía como un "monopolio natural". En aquellas ciudades en las que se permitió la competencia, los precios fueron de media un 23 por ciento más bajos, se ofrecieron más canales y el servicio al cliente fue superior a las ciudades en las que había monopolios.

La teoría del monopolio natural es una ficción económica. Horace M. Gray acertó cuando escribió que "mediante un tranquilizador proceso de racionalización, los hombres son capaces de oponerse a los monopolios en general pero aprobar cierto tipo de monopolios ... [Y] como esos monopolios eran "naturales" y la naturaleza es benéfica, se infirió de ello que eran "buenos monopolios" y que "por consiguiente estaba justificado que el gobierno estableciera 'buenos' monopolios".

CAPÍTULO 46.- Las virtudes de las lagunas de las normas que regulan los impuestos

Los dos partidos mayoritarios de los Estados Unidos hace tiempo que adoptaron la retórica de la izquierda socialista con respecto a las deducciones fiscales. La deducción de los intereses de los préstamos hipotecarios, la deducción de los impuestos estatales y locales y todas las demás deducciones se critican rutinariamente por ser "lagunas fiscales" que se debe colmar o como fuente y origen de interminable confusión.

Todos los presidente han dicho durante décadas virtualmente lo mismo sobre las "lagunas fiscales". En 2004, por ejemplo, la Administración **Bush** anunció que quería "simplificar la legislación fiscal de la nación" eliminando muchas deducciones de impuestos que beneficiaban a "intereses especiales". Si traducimos el lenguaje de Washington, "intereses especiales" equivale a "laborioso contribuyente". Además, el *establishment* de Washington siempre que habla de reformar los impuestos incluye la expresión "neutralidad fiscal". "Neutralidad fiscal" significa que el gobierno federal no debe bajo circunstancia alguna dejar de ingresar ni un penique menos en concepto de ingresos tributarios año tras año. Las empresas pueden tener menos beneficios o incurrir en pérdidas, las familias pueden sufrir una pérdida de empleo y de ingresos, pero bajo ninguna circunstancia debe jamás el gobierno sufrir cualquier reducción en el monto del dinero que saquea a la gente que trabaja.

La premisa subyacente a toda esa palabrería es que el Estado tiene un "derecho" respecto de toda la renta que se produce y que las "lagunas legales" le privan de parte de esa renta y tienen que ser por consiguiente eliminadas. Esto es, de hecho, la premisa que hay detrás de todas las formas de imposición directa. Como explicó **Frank Chodorov** en su obra "*The Income Tax: Root of All Evil*" ("*El Impuesto sobre la Renta: Raíz de Todos los Males*"), el Estado está esencialmente diciendo a sus ciudadanos: "Vuestra renta no es exclusivamente vuestra; tenemos un derecho sobre ella y nuestro derecho precede al vuestro; os permitiremos conservar parte de ella porque reconocemos vuestra necesidad, no vuestro derecho; pero nosotros somos quienes decidimos con qué parte de ella os podéis quedar". Más aún, "el importe de vuestra renta con el que os podéis quedar viene determinado por las necesidades del gobierno, y vosotros no tenéis nada que decir al respecto".

Cuando se aprobó la enmienda constitucional que introdujo el impuesto federal sobre la renta en 1913, escribió Chodorov, "el derecho absoluto de propiedad fue violado en los Estados Unidos". Y "éso, por supuesto, es la esencia del socialismo. Por lo demás, el socialismo será lo que será, pero ... su primer principio es la negación de la propiedad privada ... todos los socialistas, empezando por **Karl Marx** han abogado por la tributación de la renta, cuanto más mejor".

Los economistas académicos, incluso los que se autodenominan "economistas pro libre mercado" han aportado gran apoyo intelectual a una política tributaria de corte socialista.

El argumento fundamental que presentan es que mediante las deducciones a los impuestos, los contribuyentes se ven impulsados a dedicar mucho tiempo a aprender cómo aprovechar esas deducciones, lo que con frecuencia exige recurrir a contables y abogados.

Y lo que es aún peor, la existencia de deducciones fiscales hace que grupos organizados de presión (*lobbies*) se esfuercen por conseguir más deducciones. El problema es que, como dicen los economistas académicos, si lo comparamos con un mundo ideal en el que el tratamiento fiscal fuera el mismo para todos, las deducciones de los impuestos suponen un gran peso muerto, también denominado coste social o despilfarro social. Que viene constituido por todo ese tiempo empleado en intentar eludir impuestos que se podría haber utilizado en producir bienes y servicios, y que es por tanto una carga para la economía, o eso es lo que ellos dicen.

Semejante retórica, a pesar de que los economistas académicos pretendan que viene respaldada por la objetividad científica, lleva una carga ideológica. La premisa subyacente es que el gobierno no se ha apoderado en suficiente medida de la renta de la gente y que de alguna manera sería más "eficiente" "simplificar" el código fiscal para apropiarse de una porción mayor de su renta.

Pero las personas particulares siempre gastan su propio dinero mejor que los burócratas del gobierno. Por tanto, la absurda premisa del argumento que sostiene la corriente de opinión mayoritaria entre los economistas es exactamente opuesta a la verdad, esto es, que la eficiencia se puede alcanzar dejando que sean los burócratas del gobierno, y no los ciudadanos, quienes gasten una mayor parte de la renta que estos últimos han arduamente ganado.

El tiempo malgastado por los ciudadanos intentando eludir legalmente impuestos es de hecho una buena inversión de su tiempo: es una inversión que les puede permitir conservar, gastar y ahorrar sus propios ingresos. El hecho mismo de que los ciudadanos sigan realizando tales actividades a gran escala, año tras año, es una prueba de la inherente eficiencia que las mismas tienen a ojos de los contribuyentes.

Como **Murray Rothbard** señaló en su libro, "*The Logic of Action Two*":

> Cada actividad económica que evita que alguien pague impuestos y le permita eludir controles no solo da aliento a la libertad y a los derechos de propiedad; sino que supone también que un flujo de energía productiva se libera y escapa de la represión parasitaria. Es por ello por lo que hemos de dar la bienvenida a cada nueva laguna fiscal, refugio, crédito o exención y trabajar no para impedirlos sino para ampliarlos de forma que incluyan a todos...

Ludwig Von Mises reiteró esta idea cuando en una reunión de la *Mont Pélerin Society* celebrada en 1952 dijo: "Mostrémonos agradecidos ante el hecho de que todavía haya cosas como las que los caballeros honorables llaman lagunas legales. Gracias a esas lagunas, este país es aún un país libre y sus trabajadores aún no se han visto reducidos a

la condición, ni sufren las penalidades, de sus colegas rusos".

Quienes se oponen a las deducciones de impuestos no solo niegan el derecho a la propiedad privada -la definición misma de lo que significa ser socialista- sino que también alegan y recurren al igualitarismo, el segundo ingrediente más importante del socialismo. Lo hacen quejándose de la "injusticia" del hecho de que todos y cada uno de los miembro de la sociedad, individualmente considerados, no se beneficien de ciertas deducciones fiscales en particular. Su *mantra* es: si no se benefician todos, entonces nadie ha de hacerlo.

Rothbard contesta a este argumento diciendo que quienes proponen una sociedad libre nunca se deben quejar de la injusticia de las deducciones de impuestos, sino que, por el contrario, deben trabajar para conseguir que más personas las lleguen a disfrutar. Rothbard también apunta otro fallo de los argumentos de los economistas de la corriente dominante en el ámbito de la Hacienda Pública cuando aducen que si solo se reconocen deducciones fiscales a una sola industria pero no a todas, entonces esas políticas conducirán a que en esas industrias o sectores se empleen más recursos de los que se utilizarían en el caso de que no existieran deducciones impositivas en un mercado que fuera de verdad libre.

Los economistas de la corriente de pensamiento mayoritaria en el campo de la Hacienda Pública omiten un punto esencial, dice Rothbard. " Y se pregunta por "¿Cuál es la alternativa?" "Si se eliminan las deducciones o créditos fiscales por inversiones, energéticos u otros, los recursos no van a ir automáticamente hacia las áreas más productivas de la economía sino que, por el contrario, irán a parar al gobierno por la vía de mayores impuestos y simplemente se malgastarán, se echarán a perder en la madriguera de ratas en que el improductivo y disoluto gasto del gobierno consiste".

Los economistas de la corriente mayoritaria generalmente ignoran por completo este argumento e ignoran por lo general todo lo relativo a la vertiente del gasto del presupuesto público cuando discuten de estas cosas. Esto les permite pretender ser "científicos" y "objetivos" cuando de hecho son todo menos eso.

El premio Nobel de Economía **Milton Friedman** dijo una vez que él era partidario de cualquier tipo de reducción de impuestos, cualquiera que fuera la razón y el momento para llevarla a cabo. En este tema Friedman era "austriaco" ya que opinaba lo mismo que Rothbard y Mises.

CAPÍTULO 47.- Los macro-economistas descubren la Economía y desacreditan el New Deal

Costó varias décadas pero los creadores de modelos econométricos, que se consideran a sí mismos la élite de la profesión económica, han descubierto por fin los principios elementales de la Economía y los han empleado para desbancar finalmente al *New Deal* de **Franklin Delano Roosevelt** (ya al principio de la década de los años 30 del siglo pasado, un economista de la escuela austriaca de Economía como **Henry Hazlitt** reconoció cual fue el verdadero logro del New Deal: hizo que la Gran Depresión fuera más profunda y más duradera).

Este nuevo descubrimiento de la élite de la profesión económica se manifestó bajo la forma de un artículo aparecido en el ejemplar de agosto de 2004 de la revista "*Journal of Political Economy*" ("*Revista de Economía Política*"), una de las revistas académicas destacadas de la profesión. El artículo llevaba por título: "*New Deal Policies and The Persistence of the Great Depression: A General Equilibrium Analysis*" ("*Las Políticas del New Deal y la Persistencia de la Gran Depresión: Un Análisis De Equilibrio General*"), de los economistas de la *Universidad de California en Los Ángeles (UCLA)* **Harold L. Cole** y **Lee E. Ohanian**. Escribieron que "el PIB real por persona adulta, que estaba en 1933, en plena depresión un 39 % por debajo de la tendencia, siguió estando un 27 % por debajo de la tendencia en 1939". Y "De igual modo, las horas trabajadas en el sector privado fueron un 27% inferiores a la tendencia en 1933 y siguieron estando un 21 % por debajo en 1939". En otras palabras, contrariamente a lo que la propaganda gubernamental de varias décadas ha venido enseñando a los chicos norteamericanos en las Escuelas Públicas, el *New Deal* nunca estuvo ni siquiera cerca de acabar con la Gran Depresión.

Cole y Ohanian - y el resto del club de los artífices de modelos macro-económicos - parecen sorprendidos, sino asombrados, con semejante descubrimiento. Pero esto no debería sorprender a nadie que hubiese estudiado la realidad de la Gran Depresión (en contraposición al estudio de modelos matemáticos de Depresiones). Las estadísticas de la *Oficina del Censo de los Estados Unidos* muestran que la tasa de desempleo oficial aún era del 17,2 % en 1939 a pesar de los 7 años que el régimen de FDR llevaba "salvando al capitalismo de sí mismo". El PIB *per cápita,* según los datos de la Oficina del Censo, era en 1939 inferior al de 1929 (847 $ frente a 857 $), al igual que los gastos para el sostenimiento o consumo personal (67,6 mil millones de dólares frente a 78,9 mil millones de dólares). Además la inversión empresarial privada neta se redujo en 3,1 mil millones de dólares de 1930 a 1940.

Considerando lo desconcertantes y carentes de sentido que son los modelos macro-económicos "mayoritariamente" al uso, incluso la élite de la profesión económica parece perpleja por sus últimos descubrimientos acerca de lo que de verdad ocurrió con el *New Deal*. Cole y Ohanian califican de "llamativo" el hecho de que la recuperación de la Gran Depresión durante el régimen de FDR fuera "muy débil" (y se quedan bastante

cortos). A ellos les resulta "llamativo" porque "esos datos contrastan marcadamente con la teoría neo-clásica ...". Esto es, han dedicado toda su carrera profesional a darle vueltas al tema en artículo tras artículo apoyándose en sofisticados modelos matemáticos que con frecuencia carecen de la más remota relación con la realidad económica. Y después de hacerlo durante décadas y de recibir numerosos premios y honores de manos de sus compañeros de profesión económica, sempiternos envidiosos de la Física, por fin se aventuraron a echar un vistazo al exterior para intentar descubrir unos pocos hechos del mundo económico ¿Y quién lo iba a decir? Descubrieron lo que los economistas austriacos habían sabido setenta años antes: que el intervencionismo del *New Deal agravó* la Gran Depresión.

Cole y Ohanian admitieron que la teoría "neo-clásica" de las Depresiones es inútil y reconocieron haberse quedado atónitos al descubrir su inutilidad. Emplean también una versión absolutamente cómica de la lengua inglesa. Podría verse a las depresiones como una especie de monstruo **Frankestein**. Como explican Cole y Ohanian, "la débil recuperación [de la Gran Depresión] es un enigma porque las grandes sacudidas negativas que para algunos economistas fueron las causantes del declive de 1929-33 -incluyendo la crisis monetaria, la de la productividad y la crisis bancaria- se volvieron positivas después de 1933". Así pues, según la teoría "neo-clásica" la economía durante una depresión es de alguna manera como una especie de postrado monstruo Frankestein, con economistas en el rol de científico loco recomendando que la bestia sea "devuelta a la vida" con "descargas" de déficit público administradas por el gobierno. Y si esa resucitación de la bestia no funciona, quizás se le pueda inyectar un suero que solucione el problema. Tales "inyecciones" de gasto público o crédito fácil pueden lograr que la economía vuelva a "avanzar con ímpetu", por utilizar el lenguaje propio de los macro-economistas "neo-clásicos" que construyen esos modelos.

"La base monetaria aumentó más de un 100 por cien entre 1900 y 1939", escriben esos autores, defendiendo que una "inyección monetaria" de esa magnitud debería haber devuelto la economía a la normalidad. Invocan la autoridad de macro-economistas bien conocidos como **Robert Lucas** y **Leonard Rapping**, quienes proclamaron en una ocasión que "los estímulos monetarios positivos deberían haber producido una fuerte recuperación, devolviendo el empleo a sus niveles normales de 1936". Pero por supuesto que no lo hicieron.

Como demostró **Murray Rothbard** en su libro, "*America's Great Depression*" ("*La Gran Depresión Americana*"), fueron las políticas monetarias expansivas de finales de los años 1920 las que causaron una burbuja en la economía que eventualmente reventó, causando la Gran Depresión. La única cosa inteligente que se debería haber hecho fue permitir la liquidación de cientos de empresas descapitalizadas, bajar los impuestos y el gasto, y eliminar reglamentaciones. En cambio, la Fed aumentó la oferta monetaria en un 100 por cien en un intento fallido de crear otra burbuja mientras el Presidente y el Congreso implementaban una explosión de intervencionismo gubernamental. Esa fue la primera vez en la Historia de los Estados Unidos que frente a una depresión se reaccionaba con intervencionismo del Estado en vez de un retroceso del Estado y el

resultado fue una depresión que duró diecisiete años, la peor de la Historia.

Cole y Ohanian aparentemente decidieron que las lecciones que habían estado impartiendo en las clases de licenciatura a sus alumnos de la *Universidad de UCLA* no eran a fin de cuentas tan solo inútiles ejercicios para construir modelos, sino que éstos podían emplearse a veces para explicar acontecimientos económicos reales. En particular, recordaron que la micro-economía elemental enseña que los cárteles con grupos de empresas que intentan subir artificialmente los precios mediante acuerdos colectivos dirigidos a restringir la oferta en el mercado. También reconocieron que los austriacos reconocieron desde el principio del *New Deal* en 1933 que el primer *New Deal* (1933-35) fue un intento de
'*cartelizar'* a toda la industria y la agricultura con restricciones a la producción impuestas por el gobierno y codificaciones de precios que los fijaban por encima de los un mercado libre.

"Las políticas monopolísticas del *New Deal* son un factor clave de la débil recuperación", escribieron, "y representaron alrededor del 60 % de la diferencia entre la producción real y su tendencia". Traduciendo del lenguaje económico, esto significa que si el gobierno impone restricciones a la producción de bienes y servicios en la economía, habrá menos gente empleada produciendo bienes y servicios en esa economía. Por tanto, las políticas pro monopolio del New Deal hicieron que el desempleo fuera mayor de lo que habría sido en otro caso. Es verdaderamente asombroso que la doctrina dominante en la profesión económica llegara siete décadas más tarde a esta simple conclusión.

A diferencia de los economistas austriacos, entre los que es tradición ser personas ampliamente instruidas en Economía, Historia, Filosofía y otras disciplinas, los economistas de la escuela de pensamiento mayoritaria en la profesión económica muestran una increíble estrechez de miras, en virtud de la cual el típico economista académico se especializa en algún aspecto trivial de un ejercicio elemental de construcción de un modelo matemático. Su "conocimiento" de la Economía tiende a extenderse solamente a los artículos publicados en los últimos dos años en las revistas más destacadas de su trivializada especialidad. Raramente lee, si es que alguna vez lo hace, un libro entero y aún es más raro que lo escriba. A este respecto lo más decepcionante del descubrimiento de Cole-Ohanian es que ni siquiera citan las investigaciones pioneras sobre el tema, a saber, el libro "*Out of Work: Unemployment and Government in Twentieth Century America"* ("*Sin trabajo: El Desempleo Y El Gobierno en La América del Siglo XX*"): de **Richard Vedder** y **Lowell Gallaway**, publicado por vez primera en 1933. Vedder y Gallaway llegaron a las mismas conclusiones que Cole y Ohanian pero con mucho más detalle y de una manera mucho más informada. Estimaron que a causa del intervencionismo del *New Deal*, en 1940 el desempleo era ocho puntos porcentuales más alto de lo que habría sido en caso contrario y concluyeron que "la Gran Depresión se vio muy significativamente agravada tanto en duración como en magnitud por el impacto de los programas del New Deal". Además de las políticas conducentes a la *cartelización* del *Primer New Deal*, Vedder y Gallaway explican como "el *segundo New Deal*" convirtió el empleo en

mucho más oneroso para los empleadores con leyes de salario mínimo, leyes que fortalecieron a los sindicatos, y con impuestos sobre los salarios para dar cobertura a las prestaciones por desempleo y la Seguridad Social. Como la ley de la demanda nunca ha sido rechazada, es obvio que las políticas del gobierno que fuerzan el precio del trabajo al alza llevan a una reducción en el número de trabajadores empleados ya que fija un precio para los trabajadores menos productivos que les impide encontrar trabajo. Es cuando menos chapucero que Cole y Ohanian omitan citar el libro de Vedder y Gallaway y escandaloso en el peor de los casos.

La investigación de Cole y Ohanian llega en esencia a las mismas conclusiones que Vedder y Gallaway, pero las expresaron con el lenguaje enrevesado de las revistas económicas más punteras, en vez de utilizar el sencillo inglés que puede leerse en "*Out of Work*". Concluyeron que:

> El empleo y las políticas industriales del *New Deal* no sacaron a la economía de la Depresión ... En cambio, el efecto acumulado de las políticas que, de una parte, aumentaron el poder de negociación de los trabajadores, y de otro, vincularon el pago de salarios elevados a las prácticas colusorias, impidieron una normal recuperación al crear rentas y una fricción ineficiente entre los conectados (*'insiders')* y los no conectados (*'outsiders')* que aumentó los salarios significativamente y restringió el empleo ... el abandono de esas políticas coincidió con la fuerte recuperación económica de los años 1940.

Esta última frase constituye también el objeto de un trabajo de otro economista austriaco, **Robert Higgs,** quién también es ignorado por Cole y Ohanian. Por lo menos, la mayoría de los miembros de la profesión económica está por fin dándose cuenta de lo que los austriacos siempre han sabido: que la intervención del gobierno es lo que causó la Gran Depresión y que es el capitalismo de post-guerra lo que la curó.

CAPÍTULO 48.- ¿Te hará más feliz el Socialismo? El caballo de Troya de las "investigaciones sobre la felicidad"

Ahora que nadie cree que ni el Socialismo ni la intervención del Gobierno sirvan para otra cosa que no sea destruir la prosperidad, sigue habiendo en el mundo personas con inclinaciones totalitarias partidarias del Estado y están cambiando su discurso y diciendo que la prosperidad no es lo que importa a fin de cuentas; que lo que importa es lo felices que seamos. Y, dicen, que es en éso en lo que el Estado puede ser realmente bueno, en lograr que todos seamos felices. Por consiguiente, argumentan, no debe haber límites a los poderes del Estado ya que ello limitaría nuestra felicidad misma.

Esta es la temática de un "*Informe sobre la la Felicidad Mundial*" del año 2012 encargado por las *Naciones Unidas* y del que es autor el académico de izquierdas **Jeffrey Sachs** de la *Universidad de Columbia.* El informe cita al pequeño reino de Bután como el primer país que adoptó (en 1972) un índice de la "*Felicidad Nacional Bruta*". Entre las cosas que Naciones Unidas considera aparentemente como causantes de que el pueblo Butanés sea especialmente feliz es la indumentaria aprobada oficialmente por el Estado y su discriminación en el empleo contra los residentes Butaneses no nativos que ha sido allí institucionalizada. El informe de Naciones Unidas también menciona a Grecia como uno de los países más felices de la tierra a pesar del hecho de que cuando se publicó el informe el gobierno griego estaba en bancarrota y había revueltas callejeras en Atenas por ese motivo.

Un amplio cuerpo doctrinal se ha ido desarrollando en el área de la llamada "investigación de la felicidad" y se está utilizando para defender una vuelta a la planificación centralizada socialista. La investigación se apoya en varias afirmaciones, que hace tiempo que fueron descartadas por la profesión económica por ser falacias sin sentido. La asunción de que la utilidad o el bienestar que uno percibe es algo "cardinal" o que se puede medir; que pueden hacerse comparaciones de utilidad interpersonal y que es posible derivar una "función objetiva y mensurable de bienestar social" o "índice de felicidad".

Tras abandonar hace ya tiempo el argumento de la superioridad del socialismo respecto del capitalismo a la hora de organizar la producción y la actividad económica, algunos investigadores de la "felicidad" afirman ahora que la riqueza es en realidad una "enfermedad" que genera infelicidad a gran escala en la sociedad. Incluso hay un libro pseudo- científico sobre el tema titulado "*Affluenza*".

Las afirmaciones relativas a la supuesta habilidad de los investigadores de la felicidad de poder por fin medir la utilidad simple y llanamente ignora todas las razones que la profesión económica ha aceptado durante décadas acerca de porqué la utilidad es "ordinal" en vez de cardinal y no mensurable. Como escribió **Murray Rothbard** en un artículo titulado "*Towards Reconstruction of Utility and Welfare Economics*" ("*Reformulando la Economía de la Utilidad y Del Bienestar"*):

> El concepto de preferencia demostrada es simplemente el siguiente: que la elección actual revela, o demuestra, las preferencias de un hombre: esto es, que sus preferencias son deducibles de lo que ha elegido con sus acciones. Así pues, si un hombre elige dedicar una hora a escuchar un concierto en vez de ir al cine, deducimos que prefirió lo primero, o que lo valoró más en su escala de valores ... Este concepto de preferencia, enraizado en elecciones reales, forma la piedra angular de la estructura lógica del análisis económico y particularmente del análisis de la utilidad y del bienestar.

Rothbard siguió explicando que era demencial recurrir a encuestas de opinión pública en oposición a las preferencias reales demostradas por las decisiones de los agentes económicos diciendo lo siguiente:

> Uno de los procedimientos más absurdos, que se basa en una asunción de permanencia (la asunción de que la gente nunca cambia sus preferencias), ha sido el intento de alcanzar una escala de preferencias de los consumidores, no a través de la observación de sus acciones reales, sino haciéndoles contestar cuestionarios. En abstracto, se pregunta a unos pocos consumidores extensamente sobre qué conjunto imaginario de bienes preferirían a otro conjunto abstracto. Este proceder no solo está viciado por el error de suponer que la gente es constante, el error de constancia, sino porque no se puede extraer ninguna conclusión segura cuando la gente se limita a rellenar cuestionarios pero no se la confronta en la práctica con opciones reales. Las valoraciones de una persona no solo diferirán cuando hable de ellas en vez de cuando tenga realmente que elegir entre ellas, sino que tampoco habrá garantía alguna de que esté diciendo la verdad.

Es improbable que los investigadores de la "felicidad" sometan a la máquina de la verdad a quienes contesten sus cuestionarios (prescindiendo de que las pruebas de los detectores de mentiras no son al cien por cien fiables).

El economista que puede decirse que lidera el campo de la investigación sobre la felicidad es el profesor **Bruno Frey** de la *Universidad de Zurich*. Cuando le pregunté en una conferencia celebrada en el año 2008 en Praga por las críticas, que vienen de lejos, al hecho de que se quiera reemplazar las preferencias realmente demostradas por cuestionarios, su respuesta fue que sus datos no eran "peores" que los del PIB. En otras palabras, no contestó a la pregunta. Pero la verdad es que gran parte de los datos que se manejan en las investigaciones sobre felicidad son mucho peores.

Los socialistas europeos (Frey no es uno de ellos) fuera del campo de la Economía, han ido aún más lejos con sus investigaciones sobre felicidad. Un libro europeo de gran éxito lleva el título: "*The Spirit Level: Equality is better for everyone*" ("*El Nivel Espiritual: La Igualdad es Mejor para Todos*") de **Richard Wilkinson** y **Kate Pickett**. Este libro es un ejemplo perfecto de cómo dos epidemiólogos británicos abusan de las estadísticas. Abusan de las estadísticas porque todo el libro se dedica a buscar simples correlaciones entre el grado de desigualdad material que hay en un país y una miríada de otras variables. Los autores ni siquiera intentan llevar a cabo un *análisis de regresión múltiple*; en cambio, presentan *correlaciones estadísticas* artificiales que implican que

una mayor igualdad material (presumiblemente causada por las masivas redistribuciones de renta que los Estados del Bienestar europeos llevan a cabo) supuestamente conduce a mejoras en la vida comunitaria, en la salud mental, en el consumo de drogas, en la salud física, en los ratios de obesidad, de inteligencia, en el número de partos de madres adolescentes, en el reciclado, la violencia, el número de reclusos, la movilidad social, la disfuncionalidad, la ansiedad y la autoestima. Un crítico de esos estudios se burló de una metodología que consiste "en torturar los datos hasta que confiesen" publicando un gráfico que mostraba una correlación positiva entre ratios de reciclado y ratios de suicidio y concluyendo que cuanto más recicla uno, más probabilidades tiene de suicidarse.

Según las "investigaciones" de Wilkinson y Pickett los más felices de la tierra durante el siglo XX tendrían que haber sido los ciudadanos del imperio soviético, incluyendo a los de todos los países comunistas satélites del Este y de Centro Europa durante la postguerra, ya que la "igualdad" siempre fue el objetivo principal de todas las formas de socialismo. Como **F.A. Hayek** comentó en "*Camino de Servidumbre*", el fin del socialismo siempre fue el igualitarismo; solo los medios cambiaron con el tiempo, empezó asignando al Estado la titularidad de los medios de producción y se transformó en un sistema de redistribución de la riqueza mediante un Estado del Bienestar y un impuesto "progresivo" sobre la renta.

Esos investigadores de la felicidad nunca hacen mención alguna de las patologías bien documentadas que crea el Estatismo, como son la destrucción de la ética del trabajo, la desintegración de la familia, el aumento de la disfuncionalidad causada por un Estado del Bienestar que deja a la gente sin trabajo, etc ...

Bruno Frey no es conocido por ser socialista, pero en la revisión de un artículo sobre investigación de la felicidad de junio de 2002 publicado en el "*Journal of Economic Literature*" ("*Revista de Literatura Económica*") titulado "*What can Economists Learn from Happiness Research*" ("*Qué pueden aprender los economistas de las investigaciones sobre la felicidad*") (con **Alois Stutzer**) Frey y Stutzer celebraban lo que creían ser la resurrección de la idea de la función de bienestar social. En el artículo escribieron que "Parece que, a largo plazo, la hasta ahora empíricamente vacía maximización del bienestar social ... ha cobrado de nuevo aliento". Citan "investigaciones" que postulan que aunque la renta ha aumentado enormemente desde la segunda guerra mundial, la "felicidad" no lo ha hecho. Extraen de ello la noción, carente de sentido, de que el trabajo, el ahorro, la inversión y el emprendimiento, o sea los ingredientes de la prosperidad económica, no traen la felicidad, aunque los seres humanos sigan esforzándose con ahínco, día sí y día también, para tener éxito en esas tareas.

Los socialistas siempre abrazaron las ideas de la función de bienestar social y las comparaciones de la utilidad interpersonal porque argumentaron que si el gobierno detrae riqueza de una persona más rica y da parte del dinero así obtenido a una persona menos rica (quedándose con una parte para cubrir los "gastos administrativos"), entonces puede aumentarse el "bienestar social". Esto se debía supuestamente a la ley económica

de la utilidad marginal decreciente. Una persona rica tiene mucho dinero, por consiguiente, otorga al último dólar que gana un valor marginal o adicional relativamente bajo. Un pobre que no tiene mucho dinero, por otra parte, otorga un valor marginal relativamente alto a cada dólar adicional que pueda obtener. Por consiguiente, según ese argumento, quitarle (legalmente) un dólar a un rico puede hacer que pierda, digamos, solo un "útil" o unidad de utilidad, mientras que dando ese dólar a un pobre podría aumentar su utilidad en, pongamos, diez "útiles". El resultado final es una ganancia neta de nueve "*útils*" o un aumento del "bienestar social". Hace tiempo que la profesión económica abandonó este sinsentido, pero Frey y Stutzer parece que se regocijan ante la perspectiva de que resucite la idea de la función de bienestar social disfrazada como "función de felicidad".

Otra conclusión absurda de la literatura sobre "felicidad" que documentan Frey y Stutzer es la noción de que la gente rica impone un efecto externo negativo sobre la gente más pobre, pero no al revés. Ese supuesto "efecto negativo externo" es la envidia de la gente más pobre. Pero la verdad es que los principales defensores del igualitarismo siempre han sido los intelectuales, no los pobres. Los pobres quieren ser ricos. Son los intelectuales quienes están tan frecuentemente obsesionados con la envidia y el odio a la gente que tiene económicamente más éxito que ellos. Que puedan manipular las preguntas de las encuestas que se utilizan para que parezca que este punto de vista es el "de los pobres", y no el de ellos, no convierte en falsa esta afirmación.

Es más, los parásitos que viven del Estado del Bienestar de hecho imponen externalidades muy negativas sobre sus laboriosos y productivos huéspedes que son quienes pagan impuestos y a los que el Estado roba en nombre del Estatismo del Bienestar.

Frey y Stutzer también defienden que la planificación central *Keynesiana* también podría verse reforzada por las investigaciones sobre felicidad. Durante los años setenta del siglo pasado la mayor parte de los profesionales de la Economía del ámbito académico abandonaron el *Keynesianismo* cuando fracasó a la hora de explicar el fenómeno del "estancamiento con inflación" (*stagflatio*n) o sea el simultáneo aumento tanto de la inflación como del desempleo. Los Keynesianos jamás pudieron presentar una explicación basada en ningún modelo económico Keynesiano. El viejo modelo, llamado de la *curva de Phillips*, que se empleó como argumento de que el gasto público podría "comprar" un desempleo menor a costa de una mayor inflación, estaba muerto.

Frey y Stutzer parecen muy contentos ante la perspectiva de resucitar el aparato de planificación central en que *la curva de Phillips* consiste amparándose en la investigación sobre felicidad. Escribieron que "si el desempleo aumenta en cinco puntos porcentuales la inflación debe descender en 8,5 puntos porcentuales para que la población siga igual de satisfecha". La falsa asunción de esta afirmación es que, después de todo, es posible que el gobierno pueda modificar las tasas de inflación y de desempleo pulsando algún tipo de botón.

La investigación sobre felicidad también nos informa de que "los gastos asistenciales deben incrementarse para compensar a las familias numerosas", apuntan, "de forma que se pueda mantener el bienestar subjetivo de la familia". De nuevo, no hay ninguna mención de los severos efectos negativos del Estado del Bienestar sobre la ética de trabajo, la familia, la auto-estima, etc ... Ni tampoco hay mención alguna de sus efectos sobre la felicidad de los explotados contribuyentes que tienen que pagar mayores impuestos para financiar un Estado del Bienestar más grande. Para los investigadores de la felicidad, la riqueza es una enfermedad, de manera que cuanto menos rica sea una "sociedad", más saludable será.

Frey y Stutzer también califican el esfuerzo en el trabajo, el ahorro, la inversión y el emprendimiento como un "despilfarro social" si todo ello resulta en que alguna gente tiene más éxito que otra. Señalan que "los perceptores de altos ingresos, como vencedores en esas carreras, deben tributar mucho más". Concluyen que "el aumento de los ingresos de todo el mundo no hace que crezca la felicidad de todos mientras que cuando uno mejora sus ingresos en comparación con los de los demás, sí". No sorprende que Frey y Stutzer digan que un socialista de toda la vida como **John Kenneth Galbraith** pueda ser considerado como el "padre" de la investigación sobre felicidad.

Muchas de las conclusiones pseudo-científicas de las investigaciones sobre felicidad son extraordinariamente simples cuando no francamente cómicas. Consideren sino los siguientes ejemplos del artículo de Frey y Stutzer:

- Las personas con ingresos más altos tienen más oportunidades para conseguir lo que desean.
- Los ganadores de la lotería británicos... al año siguiente de recibir el premio mostraron disfrutar de un mayor bienestar mental.
- "Para el bienestar subjetivo influyen más cosas que tan solo el nivel de ingresos". Algo que nunca nadie ha discutido.
- "En promedio, las personas que viven en países ricos son más felices que las que viven en países pobres". Por consiguiente, cualquier investigador sobre felicidad concluirá que se tiene que gravar a los países ricos y enviar el dinero a los gobiernos de los países pobres.
- "La felicidad de las personas desempleadas es muy inferior a la de las personas que tienen empleo".
- "Sufrir desempleo vuelve a la gente muy infeliz".
- "La libertad y la felicidad muestran una relación positiva".
- "La gente feliz sonríe más en las interacciones sociales".
- "La gente que recibió una herencia mostró un mayor bienestar mental al año siguiente". Chocante.

- "Las personas con rentas mayores ... pueden comprar más bienes materiales y más servicios". Asombroso.

Una crítica excelente de la investigación sobre felicidad es un libro de **Christopher Snowdon** titulado "*The Spirit Level Delusion: Fact-Checking. The Left's New Theory of Everything*" ("*El Engaño del Nivel Espiritual: Comprobando los datos. La Nueva Teoría Universal de la Izquierda*"). El autor concluye que:

> Los apologistas del Marxismo han expuesto una miríada de excusas para justificar el fracaso de su ideología a la hora de proveer el mismo nivel de vida y de libertad de que disfrutan las naciones capitalistas. Hasta no hace mucho, pocos fueron tan descarados como para reconocer que la reducción en los niveles de vida y la restricción de las libertades fueran consecuencias intencionadamente buscadas, y menos aún para pretender que la gente fuera a ser más feliz con menos o para defender ambos postulados. En este sentido, libros como "*The Spirit Level*" representan un punto de ruptura frente a la izquierda. Que ahora defiende abiertamente que disponer de menos opciones, ser menos rico y tener menores aspiraciones son objetivos deseables en si mismos.

Por tanto, "la investigación sobre la felicidad" es parte de una cruzada para convencer a la gente de que la pobreza y servir al Estado son preferibles a la prosperidad y a la libertad. Es una nueva versión de lo que los comunistas del siglo XX denominaron como "el socialismo de rostro humano" durante los últimos días de agonía del comunismo totalitario.

CAPÍTULO 49.- El bulo de la "información asimétrica" como causa de un fallo de mercado

La voluminosa literatura sobre los "fallos de mercado" es, en su mayor parte, una colección de miles de ejemplos ilustrados de la falacia del Nirvana que consiste en comparar mercados del mundo real con un utópico ideal inalcanzable (competencia perfecta) y denunciar después a los mercados porque se quedan cortos y no nos traen la utopía o Nirvana. Habiendo "probado" que los mercados "fallan" el analista propone entonces la intervención estatal dando por sentado que ninguno de esos fallos afectará a la acción del Estado. Puede que los mercados no sean perfectos, pero se asume que los gobiernos, los Estados, sí que lo son. Este método de análisis está generalizado a pesar de la "revolución" que ha supuesto la escuela de la elección pública y su énfasis en los fallos del Estado en materia económica.

Los economistas austriacos entendieron hace tiempo que ese método de análisis es profundamente erróneo por numerosas razones, una de las cuales, y no la de menos peso, es que todo el aparato construido en torno a la imperfección/perfección de la información en un marco de competencia, sencillamente ignora por completo, o casi por completo, lo que es un proceso real de mercado. En competencia perfecta, como Hayek explicó en su libro "*Individualism and Economic Order*" ("*Individualismo y Orden Económico*"), no hay competencia ya que todas las características de la competencia del mundo real, como la publicidad, la innovación y las rebajas de precios se ignoran, al asumirse que la información es perfecta.

Un ejemplo especialmente destacado de lo profundamente equivocada que está la teoría de los fallos de mercado es el concepto de información asimétrica, en un principio atribuido al economista **Bruce Akerloff**. Como por lo general los vendedores tienen una mejor información respecto del producto o servicio que venden de la que disponen los compradores, según esa teoría, pueden timar fácilmente a los consumidores y venderles "limones". El problema básico de esta teoría es que concibe el mundo económico exactamente al revés: la información asimétrica es esencialmente otra forma de referirse a la "división del trabajo", que es el fundamento mismo del comercio y de los intercambios y del éxito de los mercados.

En "*La Acción Humana*" **Ludwig Von Mises** bautizó con propiedad a la división del trabajo como "el fundamental fenómeno social" (junto con la cooperación humana en general). Mises escribió que la acción cooperativa entre individuos es más productiva y eficiente que "individuos auto-suficientes" por varias razones fundamentales: la innata desigualdad de todos los seres humanos con respecto a sus habilidades para el trabajo; la "desigual distribución de oportunidades productivas sobre la superficie terrestre que son causadas por la naturaleza y ajenas a la voluntad del hombre"; y el hecho de que casi todos los procesos de producción requieran algún tipo de trabajo que ninguna persona aislada podría realizar.

Más adelante, al describir la evolución de la división del trabajo y de la especialización en el proceso de mercado, Mises escribió acerca de cómo "intensifica la innata desigualdad de los hombres ya que la práctica de tareas específicas ajusta mejor a los individuos a las exigencias de su rendimiento; los hombres desarrollan algunos de sus talentos en detrimento de otos... La gente se convierte en especialista". Por ello, para Mises, la división del trabajo es nada más y nada menos que el origen de la civilización humana. "Lo que distingue al hombre de los animales", escribió Mises, "es que aquél percibe las ventajas que se derivan de la cooperación bajo la división del trabajo". Sin las ventajas de la división del trabajo, los hombres vivirían como "salvajes primitivos".

Mises escribió todo eso durante la era de la máquina, cuando era adecuado hablar de "división del trabajo". La inteligencia aún no había sustituido a la fuerza bruta como primordial aportación humana al proceso productivo, como sucedió después de forma paulatina durante la era de la información de nuestros días. Hayek también vivió casi toda su vida durante la época de la máquina, pero vislumbró la era de la información y dedicó la mayor parte de su vida a estudiar y escribir sobre la utilización del conocimiento en la sociedad. Así pues para Hayek, y para cualquiera en la era de la información actual, la frase "división del conocimiento" podría ser más precisa que "división del trabajo". Como el mismo Hayek explicó en su famoso ensayo "*El uso del conocimiento en sociedad*":

> Basta recordar lo mucho que tenemos que aprender en cualquier ocupación después de haber completado nuestra formación teórica, el tiempo de nuestra vida laboral que dedicamos a aprender trabajos concretos y lo importante y valioso que es, en todos los aspectos de la vida, conocer gente, conocer las condiciones locales y las especiales circunstancias ... El naviero que se gana la vida aprovechando los viajes de barcos que, de no ser por él, irían vacíos o medio vacíos, o el agente inmobiliario cuyo único saber gira exclusivamente en torno a fugaces oportunidades, o el corredor que gana dinero merced a las diferencias de precios de ciertas materias primas en distintos lugares; todos ellos están realizando funciones muy útiles basadas en el especial conocimiento que tienen de las cambiantes circunstancias del momento y que los demás ignoran.

Hágase estas preguntas: ¿Quién sabe más de construir viviendas: quienes las construyen o quienes las compran? ¿Quién sabe más de suministrar a las carnicerías: los ganaderos o los consumidores en general? ¿Quién sabe más de fabricación de automóviles: los ingenieros que trabajan para los fabricantes de coches o los compradores de coches? ¿Quién sabe más sobre producción y comercialización de ropa: las empresas textiles que la fabrican o quienes compran la ropa?

El propósito de esas preguntas retóricas es poner de relieve que en las economías de mercados (o capitalistas) que funcionan con éxito, la división del conocimiento (y del trabajo) que tiene la gente hace que toda la información sobre todos los productos y servicios sea asimétrica. Si todos tuviésemos información simétrica sobre todas las tareas anteriores, no existiría ninguno de los negocios y ocupaciones mencionados anteriormente. Ni es deseable ni es posible que todos tengan información simétrica.

Parafraseando a Mises, lo que distingue al hombre de los animales es que aquél percibe las ventajas derivadas de la cooperación cuando la información es asimétrica y existe división del trabajo en la sociedad.

De hecho, Mises criticó la idea de que la información asimétrica fuera un fallo del mercado, aunque no empleara exactamente esa expresión. "En un sistema económico en el que cada agente está en condiciones de reconocer correctamente la situación del mercado con la misma capacidad de percepción", escribió, "el ajuste de los precios a cada cambio de los datos sería inmediato. Es imposible imaginar semejante uniformidad a la hora de conocer y anticipar correctamente los cambios habidos en los datos de no ser por la intercesión de algo sobrenatural". Tendríamos que asumir que "a cada ser humano se le acercaría un ángel para informarle de cada cambio en los datos" continuó diciendo Mises. Es más, aunque quienes participaran en el mercado sí que poseyeran los mismos datos y la misma información, inevitablemente los valorarían de forma diferente.

En efecto, las diferencias en la información, y diferentes interpretaciones sobre el significado e importancia de la información de cada individuo, son la única causa de que existan el comercio y los intercambios. El comercio y los intercambios tienen lugar porque distintos individuos valoran los mismos bienes físicos (o servicios) de forma distinta. Esas distintas valoraciones subjetivas derivan de la diferente información que tienen en mente compradores y vendedores, de información asimétrica, en otras palabras.

Como la mayor parte de los demás ejemplos de "fallos del mercado", el modelo de la información asimétrica -o de los limones- premeditadamente ignora a los mercados tal como son en la realidad. Incluso el argumento de Akerlofff sobre los "limones", que se cita profusamente, y, conforme al cual, el mercado de coches de segunda mano acabaría por desaparecer a consecuencia de la creciente desconfianza de los consumidores respecto de los que se dedican a ese negocio, siempre fue totalmente erróneo. Estaba equivocado porque ignoraba la existencia de garantías en los mercados de coches usados del mundo real. Akerlofff afirmó que el mercado de coches de segunda mano acabaría paulatinamente dominado por coches de cada vez peor calidad (si es que no desaparecía por completo) por la facilidad con la que los vendedores de coches usados pueden vender "limones" a los desinformados compradores. Pero incluso en la época en la que Akerlofff hizo por primera vez esa afirmación (en la década de los años 1970) las garantías de 30 días eran bastante corrientes en los mercados de automóviles de segunda mano de los Estados Unidos. Treinta días es un plazo más que suficiente para determinar si un coche es o no un "limón". En efecto, hay hoy compañías como CarMax que ofrecen políticas comerciales en virtud de las cuales admiten las devoluciones de todos los coches usados que venden en el plazo de los siete días siguientes (a su venta) sin hacer preguntas, con lo que eliminan cualquier posibilidad de tener problemas por los limones. El mercado libre ya había resuelto el "problema de los limones" cuando Akerlofff (y buena parte del resto de la profesión económica) descubrieron su existencia.

La literatura sobre información asimétrica inspirada en Akerlofff también ignora las

implicaciones de la naturaleza dinámica de la competencia. Si se sabe que un comerciante de automóviles usados es deshonesto, por serlo, crea una oportunidad de negocio para un competidor. En un mercado competitivo los vendedores de coches que sean más honestos arrebatarán cuota de mercado a los menos honestos, precisamente el resultado opuesto al previsto por Akerlofff. El buen nombre comercial es un valioso activo para cualquier negocio, quizás su más valioso activo, pero la literatura sobre información asimétrica/fallos del mercado, le resta importancia o lo ignora. La competencia no eliminará la deshonestidad, pero sí que la penaliza mientras recompensa a la honestidad en los tratos comerciales. Además de la comunicación boca a boca, publicaciones como "*Consumer Reports*" y una miríada de fuentes de información disponibles en internet hace que sea cada vez más fácil que los consumidores se eduquen acerca de los vendedores de casi cualquier producto que hay hoy en el mercado.

El verdadero problema de la información asimétrica

La información asimétrica es simplemente otra forma de decir que existe la división del conocimiento y del trabajo en la sociedad humana. Cuando surgen potenciales problemas, como mayores conocimientos de parte de los vendedores de coches usados, la competencia que hay en el mercado facilita una solución, como se ha descrito antes. Sin embargo, tales soluciones no existen en el caso del Estado y es ahí donde existe una gran asimetría de la información y donde se plantea un serio problema. En ese caso estamos tratando con el hecho bien asentado de que, en su condición de votante, la gente tiende a "ignorar racionalmente" casi todo lo que hace el Estado. De hecho, el Estado es tan grande que no hay mente humana capaz de comprender ni siquiera la más pequeña fracción de un uno por ciento de todo lo que hace en un país del tamaño de los Estados Unidos. En consecuencia, todos los gobiernos democráticos están dominados por los grupos de interés; el gasto, los impuestos, los poderes reguladores y la capacidad para endeudarse que tienen los Estados con esencialmente ilimitados; y la búsqueda de rentas por parte de los agentes económicos por medios extra- comerciales de origen político está generalizada. El resultado de todo ello en años recientes han sido déficits públicos sin precedentes e incluso la inminente bancarrota de Estados, desde California a Grecia.

La política exterior es uno de los supuestos destacados en los que el Estado plantea severos problemas de asimetría en la información: todas las negociaciones, discusiones y sesiones de estrategia que podrían llevar a toda una nación a la guerra siempre las llevan a cabo un número reducido de personas del poder ejecutivo en completo secreto y a espaldas de los ciudadanos. Los ciudadanos deben entonces confiar en lo que les cuente el portavoz del gobierno acerca de las supuestas razones de la guerra. todo el mundo sabe hoy, por ejemplo, que la razón que se dio para justificar la invasión de Irak en 2003 por los Estados Unidos, que Saddam Hussein tenía armas de destrucción masiva y que pretendía utilizarlas contra los Estados Unidos, era falsa. Comparado con el vendedor de coches usados más deshonesto del mundo, la ignorancia en la que

tienen sumido al pueblo acerca de cuáles son sus verdaderas razones concede a los políticos infinitamente más posibilidades de mentirle.

En los mercados, la gente deshonesta puede ser castigada rápidamente con la pérdida de negocio o la bancarrota (además de perder clientes, los proveedores también abandonarán a los colaboradores o asociados que no sean honestos en los negocios). En el Estado ocurre justo lo contrario. Es virtualmente imposible cesar a un corrupto congresista porque el Congreso de los Estados Unidos ha sido manipulado y los interesados se han concedido a sí mismos tales ventajas monopolísticas (docenas de empleados que son esencialmente asesores permanentes financiados con dinero público; correo postal gratuito; docenas de subcomités que se utilizan para repartir fondos para emplearlos con fines electoralistas) que sus porcentajes de reelección han sido en los Estados Unidos de un noventa por ciento de promedio durante el último medio siglo (www.opensecrets.org/bigpicture/reelect.php).

Aún en el caso de que esto no fuese posible, los miembros del Congreso de los Estados Unidos permanecen en el cargo durante dos años; los del Senado lo hacen por seis años; y los Presidentes por cuatro. En contraste, cuando un consumidor decide que la publicidad de una empresa es engañosa, puede cambiar de producto en un instante. El verdadero problema de la información asimétrica es un problema que deriva de un fallo del Estado, no de un fallo del mercado.

CAPÍTULO 50.- El auténtico problema ético de América

Bajo la dudosa proposición de que la Gran Recesión fue causada por un aumento repentino de la avaricia (como si la codicia no existiera siempre), un nuevo negocio que hoy está creciendo en los Estados Unidos es la enseñanza universitaria de la "ética en los negocios". Esto, sin embargo, equivale a recibir instrucción en fidelidad marital de **Tiger Woods** o un curso de gastronomía impartido por **Jeffrey Dahmer**, el carnicero de Milwaukee.

Hay algunas excepciones, pero los cursos sobre ética en los negocios tienden a seleccionar ejemplos aislados de comportamientos reprobables y carentes de ética que se dan en el mundo de los negocios y a insinuar que tales conductas son inherentes a todos los negocios. Esto supone ignorar cómo funcionan en realidad los mercados y transmite una información incorrecta a los estudiantes. Los empresarios deshonestos serán castigados económicamente porque sus clientes se pasarán a la competencia y sus proveedores rechazarán tener tratos comerciales con ellos. Es frecuente en casos de negligencia, como cuando se produce un vertido de petróleo, que los directivos pierdan sus empleos, que las compañías sean perseguidas judicialmente y que el precio de sus acciones caiga. Esos mecanismos de retro-alimentación que proporciona el mercado no existen en el caso del Estado y es allí donde se plantean problemas éticos mucho mayores.

Los cursos de ética en los negocios típicamente combinan sermones moralizantes contra las empresas con la defensa y promoción de las regulaciones estatales sobre las empresas y la subsiguiente mayor politización de la sociedad. Al hacerlo, en realidad, animan los comportamientos no éticos puesto que es la política, no los mercados, la que es inmoral en sí misma. Los padres fundadores lo entendieron así y es por eso por lo que **Thomas Jefferson** dijo una vez que el gobierno "debía estar maniatado por las cadenas de la Constitución". Para **James Madison**, la Constitución era necesaria "para contener la violencia de las facciones". En su "*Farewell Address*" **George Washington** ya alertó de que "hombres astutos, ambiciosos y sin principios" tienden a dominar la política. **Thomas Paine** vio al gobierno como "un mal necesario" en el mejor de los casos.

¿De qué hablaban esos hombres? Bien pues, entendieron que cuando el gobierno utiliza su monopolio legal de la coacción para confiscar la propiedad de una persona y dársela a otra, comete lo que normalmente se llamaría robo. Llamar a este acto inmoral "democracia", "gobierno de la mayoría" o "progresividad impositiva" no la convierte en moral. En democracia, los gobernantes confiscan la renta de los miembros productivos de la sociedad, la redistribuyen y se la dan a quienes les apoyan con el fin de mantenerse en el poder. El gobierno también se retribuye a sí mismo muy bien con cargo a esos fondos confiscados. Hoy, según el Departamento del Trabajo de los Estados Unidos el típico burócrata del gobierno federal gana alrededor del doble en concepto de salarios y demás ventajas que su contra-parte del sector privado. Los burócratas de los

gobiernos estatales y locales ganan una vez y media lo que sus colegas del sector privado.

Para financiar una campaña electoral, un político debe prometer robar dinero (es decir, gravar con impuestos) de quienes lo ganaron y dárselo a otros que no tienen derecho ni moral ni legalmente a él. Con (muy) pocas excepciones, los políticos también tienen que hacer promesas a sabiendas de que nunca las van a cumplir (es decir, mienten). Es por ello por lo que muy pocas personas decentes son elegidas para cargos políticos. Los políticos de más éxito son aquellos que se sienten menos limitados por firmes principios morales. Son quienes tienen menos escrúpulos en confiscar propiedades ajenas para poder mantener su propio poder, beneficios e ingresos. En su libro "*Camino de Servidumbre"* de 1944, un gran éxito de ventas, el premio Nobel de Economía **F.A. Hayek** describe este fenómeno en un capítulo titulado "Porqué son los peores quienes alcanzan la cúspide".

Los políticos que tienen éxito tienden a ser extremadamente egoístas, a tener una imagen inflada de sí mismo, una desmedida sensación de importancia y una desviada inclinación hacia la agresión. Es desviada porque no se dirige a servir a sus conciudadanos, como ocurre con la competencia que rige el mercado, sino a servirse a sí mismos. Son el escaparate de los siete pecados capitales: su orgullo triunfa sobre la humildad; la envidia envenena el corazón de todos esos cruzados de la "redistribución de rentas"; la ira es lo que uno experimenta al oponerse a la élite gobernante; la pereza hace tiempo que se asocia a la burocracia gubernamental; la codicia por dominar a otros es la personificación de la política; la gula, se exhibe con frecuencia en los estilos de vida ostentosos y la llamativa riqueza de la casta de Washington; el *impeachment* de **Bill Clinton** y la renuncia de **Newt Gingrich** como *House Speaker* por adulterio demostraron una vez más que los líderes de la casta de Washington no son ajenos al séptimo pecado capital de la lujuria (su mayor pecado es el ansia de poder sobre otras personas y gobiernos).

En pocas palabras, las universidades prestan un mal servicio con su relativo desinterés por el auténtico problema ético de América, la politización de la sociedad y la expansión del Estado al tiempo que exagera enormemente los problemas éticos de la empresa privada.

CAPÍTULO 51.- El mito de que el Estado crea empleo

Nuestros políticos perpetuaron un mito peligroso, el de que el Estado, o el gobierno, pueden crear empleo. Y esa fue la causa de que millones de norteamericanos permanecieran desempleados varios años durante la "Gran Depresión". El gasto público no puede crear empleo neto; solo puede destruir empleos en el sector privado para crear puestos de trabajo en el sector público. La creación de puestos de trabajo por parte del Estado se financia con impuestos, con deuda pública o mediante la creación de dinero inflacionario lo que deprime al sector privado y destruye empleo en éste para poder financiar empleo público. Equivale a robar a Pedro para pagar a Pablo.

Los políticos perpetúan el mito de la creación de empleo por el Estado porque el votante promedio percibe que el Estado está creando puestos de trabajo, mientras que los puestos de trabajo que el sector privado destruye (o nunca crea) no se ven. A mayor abundamiento, no es raro que los costes de funcionamiento del Estado sean tan elevados que tenga que recaudar 100.000 dólares al año del sector privado para financiar la creación de un puesto de trabajo remunerado con 35.000 dólares anuales. Por ello, varios puestos de trabajo del sector privado se ven destruidos para crear un puesto de trabajo político y clientelar.

Es ilegal que los políticos paguen a la gente en metálico por sus votos, pero no lo es que se las arreglen de manera que los votantes reciban cheques del Estado a cambio de su apoyo. Cada empleo público vale muchos votos a ojos de un político ya que la esposa del empleado, sus hijos adultos y sus familiares es seguro que votarán a favor del político que le da trabajo. Cuando un político presume de que un programa "ha creado 200.000 puestos de trabajo públicos", lo que realmente tiene en mente es que el programa probablemente ha generado medio millón de votos en las elecciones.

El gasto público nunca ha reducido en conjunto el desempleo; más bien todo lo contrario, siempre lo incrementa porque impide mucha creación de empleo en el sector privado. En 1929 el Presidente **Herbert Hoover** dedicó un 13 % del presupuesto federal al gasto destinado a ejecutar obras públicas "de emergencia". Esta suma en porcentaje del presupuesto es el doble de lo que la Administración Obama gastó en "estímulos". Lo único que hizo fue empeorar las cosas.

A pesar de todo el gasto público del *New Deal* en los años treinta del siglo pasado, incluyendo el empleo de unos diez millones de personas en el sector público, la tasa oficial de desempleo fue del 15,7 % en 1940, en vísperas de la segunda guerra mundial. Eso es más de cinco veces la tasa de desempleo de 2,9 por ciento que había en 1929, al principio de la Gran Depresión. Tampoco causó la explosión de gasto público de la segunda guerra mundial el fin del desempleo. Había alrededor de 5,5 millones de desempleados en Norteamérica en 1940. En 1943 más de 8 millones se habían alistado en los ejércitos y otros 2 millones fueron reclutados en los dos años siguientes. Fue el reclutamiento, no el "estímulo" resultante del gasto público ocasionado por la guerra lo que acabó con el desempleo durante los años que duró la guerra.

Las reducciones masivas del gasto público siempre han creado auténtica prosperidad y verdadera creación de empleo. Al acabar la segunda guerra mundial, el presupuesto federal se redujo de 98.400 millones de dólares en 1945 a 33.000 millones de dólares en 1948 mientras que unos diez millones de hombres y mujeres dejaron las filas. Esto es lo que creó la expansión de la post-guerra mientras que unos diez millones de hombres y mujeres abandonaban filas. Esto es lo que creó la expansión de posguerra. Con semejantes recortes de gasto público, los componentes privados del PIB, el consumo y el ahorro privados, aumentaron un 30 por ciento en 1946, el mayor incremento anual de los componentes privados del PIB que ha habido en la Historia de los Estados Unidos. La eliminación de los controles de precios de tiempos de guerra y los recortes en la fiscalidad de las empresas también espolearon el crecimiento económico.

El gasto público como "estímulo" económico nunca ha sido otra cosa sino un estratagema para comprar votos. Un informe del *Comité del Senado sobre los Gastos Electorales* de 1938 descubrió que en muchos Estados para obtener un puesto de trabajo en la *Works Progress Administration*[14] se requería afiliarse al Partido Demócrata, pedir el voto para dicho Partido e incluso donar el dos por ciento del salario para financiar la campaña de reelección de Roosevelt. Es indudable que los Republicanos han jugado al mismo juego a lo largo de los años.

En su libro, "*The Political Economy Of the New Deal*" ("*La Política Económica del New Deal*"), los economistas **William Shugart** y **Jim Couch** realizaron un estudio estadístico de las pautas a las que se sujetó el gasto público durante el *New Deal* y concluyeron que el principal determinante acerca de dónde o en qué se gastaba el dinero era el potencial que ese gasto tendría a la hora de favorecer la reelección de FDR. Por ello, la parte más pobre del país, el sur, donde el partido Demócrata estaba sólidamente asentado, recibió relativamente poca ayuda comparado con las áreas donde se encontraba "la maquinaria de las grandes ciudades, donde las fuerzas laborales estaban organizadas y donde había otros grupos de interés con peso electoral" que podrían probablemente ayudar a la reelección de FDR. La fórmula para la recuperación económica es hacer exactamente lo contrario de lo que casi todos los gobiernos han venido haciendo desde 1930, consiste en seguir el ejemplo de *Harry Truman* y recortar dramáticamente el tamaño y las funciones del Estado.

[14] La Works Projects Administration o WPA era la principal agencia instituida en el marco del New Deal. Se creó el 6 de mayo de 1935, por una orden presidencial (la financió el Congreso, pero no la creó). La misión de la WPA era dar empleo a millones de desempleados recurriendo a vastos programas de obras públicas (N. del T.).

CAPÍTULO 52.- El mito de la desigual retribución económica entre mujeres y hombres

En lo concerniente a la habilidad para ganar dinero, el matrimonio afecta a hombres y mujeres en distinta medida. Hay excepciones, pero en general, es más probable que las mujeres dejen el trabajo durante cierto tiempo para criar a los hijos y otras tareas (que la mayoría de hombres evitan). En consecuencia, se quedan atrás respecto de sus colegas masculinos en términos de acumulación de capital humano, productividad y salarios. Esto último, mucho más que la discriminación, es la causa de que en promedio las retribuciones de los hombres sean superiores a las de las mujeres.

Pero esa no es la única razón. El libro titulado "*Why Men Earn More: The Startling Truht Behind the Pay Gap - And What Women Can Do About It*" ("*Porqué los Hombres Ganan Más: La Impactante Realidad Del Diferencial De Rentas Y Qué Pueden Hacer Las Mujeres Al Respeto*") de **Warren Farrell** y el libro "*The Politics Of American Feministm: Gender Conflict in Contemporary Society*" ("*Políticas del Movimiento Feminista Norteamericano: Conflictos de Género en la Sociedad Contemporánea*") de **James T. Bennett** proporciona muchos más detalles.

Warren Farrell presume de haber sido elegido tres veces como miembro del Consejo de Directores de la sede que la "*Organización Nacional Para La Mujer" (National Organization for Women* - NOW) tiene en Nueva York. La autora del prefacio del libro de Farrell, **Karen DeCrow**, ex-presidenta de NOW, trabaja como abogada especializada en casos de discriminación laboral. Según ella, "los hombres no han urdido una trama vil orientada a mantener bajas las retribuciones de las mujeres".

En su "*Politics Of The American Feminism*", el profesor Bennett parafrasea más de veinte razones por las que los hombres ganan más que las mujeres, que vienen tratadas y documentadas con más detalle en "*Why Men Earn More*".

En conjunto, explican en buena medida las razones de esa diferencia aunque ni Bennett ni Farrell creen que la discriminación por sexo sea completamente inexistente. Tampoco queda limitada a la discriminación que los hombres hacen en contra de las mujeres. Las razones, según generalizaciones apoyadas en voluminosas estadísticas, son:

- Los hombres se interesan en mayor medida que las mujeres por la tecnología y las ciencias puras.
- Es más probable que los hombres tengan trabajos más peligrosos que las mujeres, y esos empleos están mejor retribuidos que los menos peligrosos y más cómodos.
- Los hombres están más dispuestos a trabajar en condiciones inclementes y se les compensa por ello (son "diferencias compensables" en el lenguaje económico).
- Los hombres tienden a coger empleos más estresantes, que no son de "nueve a cinco".
- Muchas mujeres prefieren sentirse profesionalmente satisfechas en el trabajo (por ejemplo tener servicio profesional de guardería) a tener un mayor salario.
- Los hombres tienden a asumir más riesgos en general. Un riesgo mayor supone una recompensa también mayor.

- Los peores horarios están mejor pagados y es más probable que los hombres los acepten a que lo hagan las mujeres.
- Los trabajos peligrosos (minería del carbón) están mejor pagados y en ellos predominan los hombres.
- Los hombres tienden a "actualizar" sus calificaciones laborales con más frecuencia que las mujeres.
- Es más probable que los hombres trabajen más horas y la diferencia salarial aumenta con cada hora extra por encima de las cuarenta semanales.
- Es más probable que las mujeres tengan "huecos" en sus carreras o sea períodos de prolongada ausencia del mundo laboral a causa de las exigencias impuestas por la crianza y cuidado de los niños. Una menor experiencia significa una menor retribución.
- Las mujeres tienen nueve veces más posibilidades que los hombres de abandonar el trabajo por "razones familiares". Menos antigüedad conlleva una paga inferior.
- Los hombres trabajan más semanas al año que las mujeres.
- Los hombres tienen la mitad de absentismo que las mujeres.
- Los hombres están más dispuestos a tener que hacer largos desplazamientos para ir a trabajar.
- Los hombres están más dispuestos a mudarse a sitios no deseados a cambio de puestos mejor pagados.
- Los hombres están más dispuestos a coger empleos que requieran viajar mucho.
- En el mundo de las empresas, los hombres se muestran más inclinados a elegir puestos mejor retribuidos en campos como las finanzas o las ventas, mientras que las mujeres se decantan en mayor medida por puestos menos remunerados en relaciones públicas o recursos humanos.
- Aún en los casos en los que los hombres y las mujeres ocupan puestos con la misma denominación, las responsabilidades de los hombres suelen ser mayores.
- Es más probable que los hombres trabajen a comisión; es más probable que las mujeres busquen la seguridad en el empleo. Los primeros tienen más potencial económico.
- Las mujeres otorgan mayor valor a la flexibilidad, a disponer de un entorno laboral humano y a tener tiempo para ocuparse de los niños y de la familia que los hombres.

El mensaje que Farrell da a las mujeres es que si realmente quieren ganar más dinero, deben prestar más atención a todos los factores que determinan mayores retribuciones y dedicar menos esfuerzos a quijotescas cruzadas para favorecer una legislación que postule "una misma paga por el mismo trabajo" o "formación en la diversidad" que demonice al empleado varón sin hacer nada por ellas. Este es el tipo de consejo práctico que daría un economista de primera clase, pero ese mensaje con frecuencia es en nuestros días silenciado en los campus universitarios por las muchedumbres de enfervorizados defensores de lo políticamente correcto en busca de alguien a quien linchar; por eso, el profesor Bennett dice de las feministas académicas que "encuentran que es sencillamente mucho más fácil calumniar a quienes denuncian la naturaleza fantasmal de esa diferencia retributiva".